FRIEDRICH
AURORA
NIETZSCHE

Si Kant es el paradigma del pensador sistemático, sin duda Nietzsche lo es del pensador aforístico. Esta nueva forma de pensar, más fragmentaria, más acorde con el tiempo de «lo transitorio, lo fugitivo, lo contingente», como lo definió Baudelaire, ya se halla plenamente desarrollada en *Aurora*. Sus 575 aforismos critican las caracterizaciones de la esencia de lo moral: el deber, la compasión, la utilidad… El filósofo carga, en definitiva, contra el modo en que estas provocan que el juicio libre del individuo ceda el lugar al prejuicio, a la hipócrita adopción de unos valores no pensados, atávicos o, simplemente, culturalmente hegemónicos. «Es sorprendente comprobar el parentesco enorme que tienen ciertas observaciones de Nietzsche sobre la moral con los ataques, nada vanos por cierto, con que casi por los mismos días Oscar Wilde sorprendía a su público y lo hacía reír» diría Thomas Mann.

Friedrich Nietzsche

Aurora

Reflexiones sobre los prejuicios morales

ePub r1.1
ElCavernas 04.04.14

Título original: *Morgenröthe. Gedanken über die moralischen Vorurtheile*.
Friedrich Nietzsche, 1881.
Traducción: Enrique López Castellón
Diseño de portada: ElCavernas

Editor digital: ElCavernas
ePub base r1.0

EL COMIENZO DE LA CAMPAÑA NIETZSCHEANA CONTRA LA MORAL

Por Enrique López Castellón

Culpar a otros de nuestras desdichas es una muestra de ignorancia; culpamos a nosotros mismos constituye el principio del saber; abstenerse de atribuir la culpa a otros o a nosotros mismos es muestra de perfecta sabiduría.

EPICTETO

I

Nietzsche recogió en *Aurora* una serie de aforismos concebidos y redactados entre febrero de 1880 y abril de 1881. Tiene el autor treinta y seis años. Sus dolores constantes de cabeza y de estómago le han inducido a abandonar su cátedra en la Universidad de Basilea. Inicia, así, una vida errante y solitaria, buscando en invierno las costas soleadas del Mediterráneo y en verano las serenas alturas de los Alpes suizos. Atrás ha quedado su etapa de filólogo académico. Su pensamiento filosófico más original empieza a tomar cuerpo. Ha terminado *Humano, demasiado humano*; ahora redacta notas dispersas en Riva, a orillas del lago Garda; en Venecia, junto a su fiel discípulo y amanuense Peter Gast; en el balneario de Marienbad; en Naumburg, con su madre y su hermana; y, finalmente, en Génova, adonde llega enfermo y solo en noviembre de 1880. Habita en una buhardilla situada en un lugar recoleto, y da largos paseos por desiertas y umbrías avenidas, por callejuelas sinuosas o por las alturas fortificadas de la ciudad desde donde se divisa el amplio círculo de la bahía y el puerto. Este escenario grandioso acoge con su clima benigno al pensador que a él acude en busca de soledad y que lucha dolorosamente con su enfermedad, como puede constatarse leyendo las cartas que dirige a sus amigos más íntimos.

«Una vez más —escribe a su madre y a su hermana— trato de encontrar una vida en armonía conmigo mismo, y creo que este es también el camino hacia la salud; hasta ahora, por lo menos, lo que he hecho por los otros caminos ha sido sólo dejar

jirones de salud. Quiero ser mi propio médico, y para ello me hace falta serme en lo más profundo fiel a mí mismo y no prestar oídos a nada extraño. ¡No puedo deciros el bien que me hace la soledad!». Nietzsche ansia, pues, que la soledad y el sol mediterráneo disipen en torno a él las brumas de la filosofía idealista, la presunción de los filólogos y eruditos, el ambiente mediocre y fanático de las villas alemanas. Como un «animal marino sobre las rocas», espera que la brisa salobre deje su espíritu en libertad, que ahuyente de él todos los prejuicios, empezando por el más poderoso y arraigado de ellos: el *prejuicio de la moral*. «Prácticamente todas las frases del libro —señala refiriéndose a *Aurora*— están ideadas, *pescadas* en ese conjunto caótico de rocas que hay cerca de Génova, en el que me encontraba a solas, confiando mis secretos al mar».

Una vez acabada la obra, en la que ha intentado no proyectar sus sufrimientos físicos, envía el manuscrito a Gast para que lo pase a limpio y corrija sus errores gramaticales. La respuesta animosa y confiada del discípulo no tarda en llegar. Y, con ella, la sugerencia de un cambio de título, indicado por un verso del *Rig Veda* que Gast copia a su maestro: «¡Hay tantas auroras que aún no han despuntado!». El filósofo había recopilado sus aforismos bajo la denominación de *Sombra de Venecia* —en recuerdo de la ciudad que tanto le había encantado— y de *La reja del arado*, señalando metafóricamente su proyecto de remover todos los terrenos sobre los que los pensadores erigen sus ilusorios edificios y, en especial, el sólido terreno de nuestra fe en la moral. Aunque, en un primer momento, *Aurora* le parece un título «demasiado sentimental, oriental y de escaso buen gusto», acaba aceptándolo «por la ventaja de que se presupone un estado de ánimo más alegre en el libro que con otro título, y se lee en otra disposición».

Tal vez ningún libro haya nacido de una necesidad más indómita de independencia. Durante su concepción y redacción, Nietzsche había procurado no dejarse influir por persona o libro algunos. Sus únicos interlocutores son las fuerzas vitales a las que apela e interroga con febril impaciencia, desesperándose muchas veces ante su permanente silencio. Nietzsche sufre, así, los dolores e incomprensiones de todo innovador solitario. Su pensamiento es intempestivo, pletórico de nostalgia del futuro, precursor de un «gran mediodía» que aún está por llegar y del que sólo se vislumbran los primeros albores de su aurora. Y es que el interés y el valor de *Aurora*, como ha señalado Lou Andreas-Salomé, estriba en que marca un hito entre un mundo antiguo y un mundo nuevo. La nueva mañana, la aurora que persigue el autor, y de la que únicamente percibe rápidos destellos y fugaces relámpagos, consiste en una inversión de todos los valores, «en una liberación de todos los valores morales, en un afirmar y en un creer en todo lo que hasta hoy se ha venido prohibiendo, despreciando y maldiciendo».

Se trata, pues, de «taladrar», de «socavar», de «roer» los fundamentos

presuntamente sólidos de la fe ciega que los hombres tienen en la moral. ¿Cómo? Remontándose a los orígenes de esa fe, reconstruyendo y analizando las condiciones históricas de la época en que surgió y el estado psicofisiológico de quienes la instauraron. Es aquí donde la moral revela su verdadero rostro, en cuanto producto de la vida contemplativa de antaño. Para Nietzsche, el contemplativo no es más que una forma debilitada del bruto humano primitivo que, cuando se siente débil y cansado, se dedica a pensar. Esa debilidad y ese cansancio le impelen a despreciar la vida, siendo tal actitud la que configura el pensamiento de los primeros poetas, de los primeros sacerdotes y de los primeros filósofos. La fuerza de estos radica en los medios mágicos de que disponen, en su capacidad de influir en el pueblo aterrorizándole con los castigos de ultratumba; de no haber ocurrido así, los despreciados habrían sido esos pensadores cansados, enfermizos, débiles. De este modo, se impone un modelo de existencia que abandona la acción para abrazar pálidas imágenes verbales, entre seres invisibles, impalpables y mudos.

En suma, la crítica de Nietzsche a la moral se centra en un remontarse a las fuentes, método llamado *genealógico* que, según Jean Beaufret, fue el más constantemente empleado por Nietzsche. Es de añadir que esta genealogía no implica solamente una historia —aun cuando pueda, y aún deba, suponer una historia—, sino, sobre todo, un bucear en el ser del hombre como individuo histórico. En la medida en que la moral se da en el seno de lo colectivo y es, antes que nada, obediencia a las costumbres, un espíritu libre, esto es, un individuo que aspira sobre todo a ser fiel a sí mismo, ha de entrar en contradicción con los usos establecidos. En conclusión, Nietzsche critica la moral en nombre de la individualidad, de la excepción no regulable por normas universales, es decir, por usos que determinan las conductas y los juicios de las medianías despersonalizadas que aceptan sin cuestionar lo que la tradición ha consagrado e impuesto. Es en esa denuncia, que recurre a la historia y a la psicología científicas para llevar a cabo el desenmascaramiento de la moral como debilidad, patología, cansancio e ilusión, donde Nietzsche se muestra como un ilustrado. Hay que matizar, empero, que nuestro autor —como ha explicado Fink— «no cree con absoluta seriedad en la razón, en el progreso, en la “ciencia”, pero los utiliza como medio para poner en duda la religión, la metafísica, el arte y la moral, para hacer de ellos “cosas discutibles” (…). El espíritu libre no es libre porque viva de acuerdo con el conocimiento científico, sino que lo es en la medida que utiliza la ciencia como un medio para liberarse de la gran esclavitud de la existencia humana respecto a los “ideales”, para escapar al dominio de la religión, de la metafísica y de la moral». En este sentido, la crítica nietzscheana es radical, alcanza a sus fundamentos y, en consecuencia, afecta también a las nuevas religiones laicas que sustituyen el culto a Dios por el culto a la humanidad, por la veneración de lo colectivo. Una crítica radical a la religión debe suponer, necesariamente, una crítica a

la moral que se mantiene y que reaparece bajo nuevas formas secularizadas, que perpetúan la ilusión de la igualdad de todos los hombres y el mito de la voluntad libre y responsable como supuesto teórico que permite dar rienda suelta al resentimiento dispensador de castigos a quienes no se acomodan a la norma establecida.

La crítica a la moral exige, lógicamente, un distanciamiento de lo social. Únicamente en la soledad, el individuo se descubre a sí mismo, toma conciencia de sus posibilidades y de su poder, se encuentra en situación de crear, de arrancar sus verdades desnudas a una naturaleza que fluye inocentemente, ajena a las categorías morales, más allá del bien y del mal. Esto explica el retiro y la soledad que Nietzsche se impone para dar a luz los pensamientos que plasma en *Aurora*. Igual disposición de espíritu se exige al lector para obtener una cabal comprensión del contenido de sus páginas. El propio autor lo advierte: «Un libro como este no se ha escrito para ser leído deprisa, de un tirón, ni en alta voz. Hay que abrirlo muchas veces, sobre todo mientras paseamos o viajamos. Es necesario poder sumergirse en él, mirar luego a otra parte y no encontrar a nuestro alrededor nada de lo que nos es habitual».

II

Aurora es un libro compuesto por 575 fragmentos —más o menos extensos— agrupados en cinco partes, en las que se tratan temas distintos, unificados sólo por un fondo común, que es la rebelión nietzscheana contra la moral. Tal vez resulte inútil tratar de reconstruir el plan original del autor, que en el libro se encuentra sumamente difuminado. Nietzsche lanza sus dardos conforme estos le asaltan a él. La cuestión no está en hilar un discurso largo y premiso, sino en poner al descubierto la endeblez, la mendacidad, los móviles a los que obedece la forma de proceder y de razonar que caracteriza a la moral. Con todo, la división original de la obra, cuya temática Nietzsche se propuso desarrollar, se estructura en tres apartados. El primero estaría dedicado a la vida contemplativa como origen de la moral en el sentido antes expuesto. El segundo —titulado «Los Emigrantes»— se referiría a la gran emigración que nos lleva de la patria de nuestras costumbres y de nuestros orígenes a la patria en la que seremos creadores y estaremos libres de prejuicios. El tercero trataría de esa «nueva pasión» que es la probidad intelectual, la honradez y la sinceridad a las que apela el pensador alemán para reconocer y aceptar el origen «humano, demasiado humano» de las ideas presuntamente trascendentes del idealismo en todas sus formas y el origen vergonzante de nuestros sentimientos morales, tenidos por sublimes y hermosos. Desde esta óptica, el obrar moral aparece respondiendo a motivos que no tienen nada que ver con la ética. Nietzsche apunta aquí en una dirección que le acerca al psicoanálisis de Freud. Así, escribe: «El someterse a las leyes de la moral puede

deberse al instinto de esclavitud, a la vanidad, al egoísmo, a la resignación, al fanatismo o a la irreflexión. Puede tratarse de un acto de desesperación o de un sometimiento a la autoridad de un soberano. En sí, no tiene nada de moral». En un aspecto concreto, la denuncia que Nietzsche hace de la moral se dirige a desenmascarar los auténticos móviles de sentimientos y actitudes tales como el altruismo, la compasión, la renuncia a uno mismo, el afán justiciero de impartir castigos, la castidad, la humildad, etc. Es en este terreno donde, a mi juicio, el autor muestra una perspicacia implacable, llegando a los más íntimos recovecos del psiquismo humano.

Frente a las presuntas virtudes basadas en el autoengaño, Nietzsche esgrime cuatro virtudes que considera cardinales: «que seamos *leales* con nosotros mismos y con los que siguen siendo amigos nuestros, *valientes* frente al enemigo, *generosos* con el vencido; *corteses* en todo momento». ¿Qué implica la lealtad con nosotros mismos? Ante todo, la fidelidad a nuestras individuales exigencias, posibilidades y capacidades, la probidad, la veracidad. Efectivamente, la veracidad caracteriza a la conducta humana desde el punto de vista de lo subjetivo y presupone, por tanto, el paso de la visión externa, social y alienada a la consideración *psicológica*. La valoración de la subjetividad sólo es, pues, posible después de la formación de una subjetividad consciente de sí misma. Ser veraz y leal con uno mismo exige liberarse de las costumbres morales impuestas por la debilidad, el cansancio, el resentimiento, la enfermedad y la decrepitud. Por eso la probidad, la veracidad y la lealtad para con uno mismo se identifican con el espíritu libre, con la supresión de los prejuicios. Donde la adaptación a las costumbres que rigen el funcionamiento de lo colectivo se haga inconscientemente no habrá ningún problema de veracidad o mendacidad, ya que el hombre vive todavía en total acuerdo con el espíritu dominante, esto es, con el imperio de la mediocridad despersonalizada. Sólo cuando surge la tensión entre la conciencia individual y el espíritu colectivo, y el individuo tiene que hacerse cargo de esa tensión, se plantea para él la decisión entre la adaptación o la autoafirmación y, por tanto, entre la mendacidad y la veracidad, el autoengaño y la probidad. La sinceridad es, entonces, la característica del hombre libre y se opone en este sentido a la disposición zalamera y servil; es virtud de señores, nunca de esclavos. En suma, el espíritu libre es la liberación del hombre para alcanzar la soberanía de sí, la toma de posesión de sí mismo. No hay nada bueno ni malo en sí mismo, sino sólo estados de alma en los cuales damos esos nombres a las cosas que están fuera de nosotros. La palabra *moral* habría de ser aplicada propiamente al estado sano de un alma fuerte, que afirma la vida, al ser mismo del hombre cuando está —como diría Ortega y Gasset— «en su propio quicio y vital eficiencia. Un hombre desmoralizado es simplemente un hombre que no está en posesión de sí mismo, que está fuera de su radical autenticidad y por ello no vive su vida y por ello no crea ni fecunda ni hincha

sus destinos». Ser libre es contradictorio con un plegarse a valores presuntamente trascendentes, dado que el autodescubrimiento que lleva a cabo el espíritu libre consiste en un verse como creador y dictador de valores, como un individuo capaz de invertir los valores que otros veneran por entender que les son impuestos por alguien superior. La inversión del idealismo representa, pues, la buena nueva que comienza a enunciar Nietzsche en *Aurora* y en *La gaya ciencia*, el libro que escribirá a continuación. Desde esta perspectiva, el *antihegelianismo nietzscheano* adquiere su real y auténtico sentido.

La desalienación exige fortaleza, sanidad, confianza en uno mismo, aceptación amorosa de la vida; es decir, presupone un estado anímico que confiere bondad y valor a cuanto se hace o juzga desde él. Ahora bien, esta grandeza de alma —la magnanimidad de los autores grecolatinos— no es algo puramente anímico, espiritual, incorpóreo. La estructura ontológica del hombre es la de ser un *cuerpo viviente*. Nietzsche proclama siempre «el punto de partida del cuerpo y de la fisiología» para el verdadero conocimiento e idea del hombre. Zaratustra mandará escuchar la voz del cuerpo sano, que habla «con más fe y pureza» que los despreciadores del mismo. Por eso el sabio exclama: «Yo soy cuerpo todo entero y nada fuera de él». Desde sus primeros escritos, el pensador alemán rechaza constantemente todo dualismo de alma y cuerpo. El «alma» es uno de los pálidos y fantasmales conceptos que produce un cuerpo enfermo, cansado y decrépito. De este modo, ser bueno es sentirse bien, verse en plenitud de vigor y de fuerza. De ahí la importancia del ejercicio físico, del cuidado del cuerpo, de la elección de una dieta y de un clima adecuados, dado que, en último término, una filosofía puede tal vez definirse —dice Nietzsche— «como el instinto de un régimen personal que busca mi atmósfera, mi actitud, mi temperatura, la salud que necesito, por el rodeo de mi cerebro». Nuestra filosofía, nuestros juicios y nuestros actos serán, así, la manifestación del estado vital de nuestro cuerpo. En pocas palabras, la aurora que anuncia el gran mediodía de la inversión de todos los valores supone la sustitución de los juicios y estimaciones emanados de un cuerpo débil, enfermizo y cansado —los que configuran la moral dominante en nuestras colectividades— por valoraciones que sean el fruto de una afirmación de la vida formulada por un cuerpo sano y vigoroso. Semejantes sanidad y vigor significan la condición indispensable para negar el idealismo de los débiles y resentidos y para concebir al hombre como el ser que se trasciende a sí mismo. Al ocaso de los ídolos creados por los fabricantes de ilusiones consoladoras, seguirá la aurora con la que surgirán por vez primera las grandes posibilidades del hombre.

III

Uno de los aspectos fundamentales de la crítica de Nietzsche a la moral se centra en la peculiar interpretación que hace la religión del sufrimiento humano. Este remite al concepto de pecado, de falta, entendiéndose que quien sufre lo hace a causa de su culpabilidad. La culpabilización aparece, pues, como un intento de explicar el fenómeno del sufrimiento, y cumple la función de aminorar este, dado que «las razones alivian». Desde el momento en que el castigo se encamina a compensar la falta generadora de sufrimiento, se incurre en la paradoja de combatir el dolor infligiéndose uno mismo o infligiendo a otros un dolor adicional. De este modo, a los ojos de Nietzsche, «la educación de la humanidad» se presenta inspirada por «la negra imaginación de carceleros y verdugos».

«No existen fenómenos morales —dice nuestro autor en otro lugar—, sino una interpretación moral de fenómenos». La explicación del dolor que lleva a cabo la moral en términos de culpa y de pecado proyecta en la situación azarística de los fenómenos naturales algo que le es ajena. El individuo que sufre prefiere pensar que su dolor tiene una explicación, que alguien es «responsable» del mismo, a aceptar el carácter casual del sufrimiento y de la felicidad humanos. Desde esta óptica se despoja al devenir de su inocencia, llegando semejante locura al extremo de considerar que «la existencia misma es ya un castigo». Efectivamente, para toda existencia débil, enferma, mediocre y cansada, la vida en su conjunto constituye un castigo; el hecho mismo de existir implica ser culpable, situación de la que sólo cabrá salir negando y despreciando «el valle de lágrimas» que significa esta vida y afirmando una vida futura en la que desaparecerá el dolor inherente y consustancial a esta.

No deja de ser significativo que ciertos antropólogos, a la hora de determinar un criterio general para especificar transculturalmente el sentimiento moral característico, hayan recurrido a la indignación que produce la transgresión de una norma socialmente imperante y establecida. Esta indignación se debe tanto a la incapacidad que ofrece lo colectivo para asumir lo excepcional, lo nuevo, lo no regulado por las costumbres, cuanto el rechazo de todo elemento azarístico e imprevisto en la repetición mecánica de conductas y juicios habituales.

Para la crítica nietzscheana, esta indignación de la colectividad frente al transgresor e innovador es fruto del odio impotente contra lo que no se puede ser o no se puede tener. Es aquí donde el pensador alemán introduce la noción de «resentimiento», tema que desarrollará en una obra posterior a *Aurora: La genealogía de la moral*. No obstante, dicha idea está ya presente implícitamente en el libro que comento. Nietzsche piensa que la rebelión de los esclavos comienza cuando el resentimiento mismo se vuelve creador y engendra valores: el resentimiento de aquellos seres a quienes les está vedada la auténtica reacción, la reacción de la acción, y que se desquitan únicamente con una venganza imaginaria. Paralelamente,

el resentimiento se manifiesta también en el odio secreto de los filósofos contra la vida, por lo cual la filosofía ha sido hasta ahora «la escuela de la calumnia»: la calumnia contra el mundo real o sensible, que los filósofos han intentado sustituir por el mundo ideal de la metafísica y de la moral. En este sentido, la negación del idealismo filosófico se identifica con la negación de la moral.

Por otro lado, Nietzsche comparte con el espíritu de los ilustrados la idea de que la concepción religiosa del mundo significa un residuo de una interpretación mágica de los fenómenos naturales, siendo en consecuencia un obstáculo para el avance de la ciencia. Hay un fragmento de *Aurora* que resulta muy claro al respecto: «Las desgracias que asaltan a un pueblo, tales como las tormentas, las sequías o las epidemias, despiertan en los individuos la idea de que han cometido faltas contra las costumbres, o hacen creer en todos los miembros del grupo que hay que inventar nuevas costumbres para aplacar a un nuevo poder sobrenatural o a un nuevo capricho de los demonios. Esta forma de sospechar o de razonar impide que se profundice en la verdadera causa natural y hace que la causa demoníaca se erija en la razón primera del hecho». Lo que singulariza a la crítica nietzscheana es su negación de toda moral, incluidas sus formas aparentemente no religiosas, como serían las que valoran y prescriben el humanitarismo, la compasión, el altruismo y la simpatía, versiones secularizadas del amar cristiano. La condena de Nietzsche se dirige, pues, contra la teoría de los sentimientos morales elaborada preferentemente por los filósofos ingleses. Es de advertir que también Max Scheler considerará que el humanitarismo y el altruismo modernos son producto del resentimiento de los impotentes, si bien diferirá de Nietzsche en su renuncia a aceptar que también lo sea el concepto del amor cristiano.

La moral centrada en la responsabilidad de los agentes parte del supuesto de la existencia de voluntades libres de las que emanan acciones susceptibles de calificación moral. Como es sabido, la posibilidad «trascendental» de una «causalidad por la libertad» es característica de la ética kantiana. Lo que Nietzsche niega es esta presunta trascendencia de una forma de causalidad que es situada por encima de la naturaleza. El noúmeno kantiano, en suma, escondido tras las brumas de su incognoscibilidad, aparece como un claro paradigma de los pálidos fantasmas creados por la imaginación de los filósofos idealistas. El autor de *Aurora* explica que esta doctrina de la voluntad cumple una función práctica: la de sentar los supuestos teóricos que permiten inculpar y castigar; dicho de otro modo, constituye una forma de defensa por parte de lo colectivo que, de este modo, reprime y penaliza lo que se encuentra al margen o por encima de lo general y común. Por eso dice Nietzsche en *Aurora*: «No queremos que las causas sean pecados y los efectos castigos».

En otro aspecto actúa también el resentimiento de los débiles: en considerar que la dignidad humana, la justificación moral, radica en acatar y plegarse a leyes que

resulten aplicables a la totalidad de los mortales. De este modo, las virtudes excepcionales del héroe quedan al margen del ámbito de la cualificación moral, y ello en aras de normas universalizables, esto es, de leyes que puedan ser cumplidas por el individuo común. Aún más, esta moral del resentido hace que el individuo superior perciba su excepcionalidad y su singularidad en términos de defecto y de culpa. Ajustarse al término medio de lo colectivo representa, pues, la norma moral básica dictada por la impotencia del débil que rebaja y devalúa la singularidad excepcional.

La implantación social de la moral del débil ha exigido que se lleve a cabo una transformación de ideas respecto de las primitivas designaciones de lo bueno y lo malo en todas las lenguas. En efecto, lo «bueno» significaba originariamente «lo distinguido en el rango social», lo que era «noble» y privilegiado. Y de modo paralelo se terminó «por transformar las nociones de “vulgar”, “plebeyo”, “bajo” en la de “malo”». Nietzsche aduce un ejemplo de la lengua alemana: la palabra *schlecht* («malo») es idéntica a *schlicht* («simple»), y en su origen designaba «al hombre sencillo, al hombre del vulgo» por oposición al hombre noble. Operado el proceso de inversión semántica, esto es, una vez denigrado el señor como «malo», los impotentes proceden a alabar las cualidades que contribuyen a suavizar la existencia de los que sufren: la compasión, la humildad, la paciencia, la fe en la otra vida. Esta es la razón de que la moral del esclavo sea esencialmente «utilitaria». Con otras palabras, pensar y obrar moralmente responde a las necesidades del débil, del impotente, del resentido.

IV

¿Por qué la crítica emprendida por un amplio sector de la filosofía moderna contra el carácter ilusorio de la religión no afectó igualmente a la moral? Responder a esta pregunta equivale a destacar la originalidad de la posición de Nietzsche. Dedicaré a ello este último apartado de mi introducción.

Para nuestro autor, el proceso de secularización que se lleva a cabo en la edad moderna resulta ficticio en la medida en que se sigue manteniendo e incluso se intensifica el contenido moral de la actitud idealista y del cristianismo en concreto. Nietzsche expone su postura respecto a este punto en el extenso aforismo 132 de *Aurora*, que lleva por título «Los últimos ecos del cristianismo en la moral». «Cuanto más se separaban los hombres de los dogmas —escribe—, más se buscaba la explicación de este alejamiento en el culto del amor a la humanidad. El impulso secreto de los librepensadores franceses —desde Voltaire a Augusto Comte— fue no quedarse atrás en este punto respecto al cristianismo, e incluso superarle, si fuera posible. Con su célebre fórmula “vivir para los demás”, Comte *supercristianizó el cristianismo*. Schopenhauer en Alemania y John Stuart Mili en Inglaterra son los que

han dado mayor celebridad a la doctrina de la compasión o de la utilidad o de la simpatía para con los demás, como principios de conducta, aunque, en realidad, no han sido sino ecos, puesto que, desde que se produjo la Revolución francesa, tales doctrinas surgieron por todas partes y al mismo tiempo, con extraordinaria vitalidad, bajo formas más o menos sutiles, más o menos elementales, hasta el punto de que no existe un solo sistema social que no se haya situado, sin pretenderlo, en el terreno común de dichas doctrinas».

He aquí, pues, la clave explicativa del auge de la moral igualitaria en el pensamiento social moderno: el modelo de organización social que se impone —según la ideología burguesa primero y según la ideología proletaria después— se basa en el principio de la igualdad de todos los seres humanos ante la ley. La soberanía reside en el pueblo, que elige a sus gobernantes y legisladores por sufragio universal. Desde esta perspectiva la moral constituye el principio del orden social y los valores y las costumbres cumplen un papel unificador de los miembros del colectivo. Bien es cierto que los filósofos sociales modernos tienen conciencia del carácter convencional del orden social —no en vano se habla de «contrato»— que trata de superar la situación de «guerra de todos contra todos», propio del «estado de naturaleza». La utilidad de la vida en sociedad se justifica en función de las ventajas que reporta al individuo la convivencia con seres iguales a él. De todos modos, la tensión entre las exigencias psicobiológicas individuales y los requisitos jurídico-morales de la vida en sociedad representa una cuestión sin liquidar en el seno de la filosofía social moderna. Hito fundamental de semejante tensión vendrá representado por Freud, para quien el avance de la civilización se opera necesariamente mediante una creciente represión y dominación de los impulsos naturales del hombre.

Valgan estas breves —y, en consecuencia, inexactas— consideraciones para hacer ver al lector que la crítica nietzscheana a la moral implica un rechazo de los principios rectores de la organización de los modernos sistemas sociales que surgen con el triunfo de la burguesía. Efectivamente, para Nietzsche, la moral de las costumbres es un fenómeno paralelo al de la aparición del Estado. En un primer momento, la moralidad nace de la coacción impuesta por los fuertes y poderosos, que han obligado a los más débiles a cumplir una serie de reglas sociales. «Dondequiera que exista una comunidad —se nos dice en *Aurora*—, y, en consecuencia, una moral basada en las costumbres, domina la idea de que el castigo por la transgresión de las costumbres afecta a toda la comunidad», por lo que el Estado impone una pena «como una especie de venganza sobre el individuo». Ahora bien, en el terreno de esta moral de las costumbres que sirve de base a la vida en comunidad, se produce un cambio sustancial. Esta transformación es la que se produce con «la rebelión de los esclavos», cuyo primer momento correspondió al pueblo judío, paladín de la casta de los impotentes. En la época moderna esta rebelión de los resentidos viene

protagonizada por los movimientos democráticos y socialistas, cuyo modelo de orden social preconiza la moral igualitaria del rebaño. Nietzsche lanza aquí todo el peso de su denuncia contra el colectivismo moderno, que pretende «transformar radicalmente, debilitar y hasta suprimir al *individuo*. Quien así piensa —señala— no se cansa de ponderar todo lo que tiene de mala, dispendiosa, lujosa, amenazadora y derrochadora la existencia individual que se ha venido llevando hasta hoy en día; se espera dirigir la sociedad con menos costo, con menores peligros y mayor unidad, cuando no haya más que un *gran cuerpo* con sus miembros. Se considera *bueno* todo lo que, de un modo u otro, responde a este instinto de agrupación y a sus diversos subinstintos. Esta es la *corriente fundamental* de la moral de hoy, con la que se funden la simpatía y los sentimientos sociales».

¿Dónde confluyen la crítica a la religión, la crítica al colectivismo que ahoga la individualidad y la crítica a la moral centrada en el castigo, críticas que, en este estudio preliminar, han ido apareciendo de una forma dispersa? A mi modo de entender, Nietzsche ve en el monoteísmo el fundamento del igualitarismo social: la idea de un solo Dios lleva emparejada la de la igualdad de los hombres, en cuanto que hijos de un mismo Padre y, en consecuencia, en cuanto que hermanos entre sí. El lema de «libertad, igualdad y fraternidad» que inspira a las modernas revoluciones burguesas no es sino una secularización de ideas religiosas. Un solo Dios legislador y remunerador significa una misma moral para todos, una igualdad de derechos y de deberes. La unicidad de Dios es el fundamento y la garantía de la unidad del género humano. El Dios trascendente que dicta leyes goza, lógicamente, de la prerrogativa de premiar y de castigar, crea sujetos responsables dotados de libertad para reservarse la posibilidad de actuar como juez de «buenos» y «malos», de separar a los justos de los réprobos. En este sentido, la idea moderna de «humanidad» significa una supervivencia del concepto cristiano de «pueblo de Dios». Pero muerto el Dios uno de la religión monoteísta, los hombres toman a ser individuos singularizados por su grado de fortaleza y de poder. Los modernos filósofos sociales buscarán nuevos fundamentos teóricos que justifiquen el igualitarismo, supuesto básico del orden social burgués y liberal, y en éticas secularizadas como la kantiana, el concepto ilustrado de Razón una y universal representará el «equivalente funcional» del viejo Dios del monoteísmo. Ahora bien, la crítica de la religión implica también la denuncia del conceptualismo metafísico. El nominalismo nietzscheano supone la renuncia a todo concepto universal, y, en consecuencia, el rechazo de todo fundamento teórico que sirva de base a toda organización social que parta de la igualdad de los miembros del colectivo. Los nuevos dioses que se vislumbran con la aurora que anuncia el «gran mediodía» serán los herederos directos del Dios del voluntarismo y del contingentismo moral concebido por los últimos filósofos medievales. Son dioses que hacen las cosas buenas o malas al quererlas o al

rechazarlas, más allá de toda «razón necesaria» que les trascienda. Un nominalismo consecuente ha de rechazar también la idea de un Dios universal; ha de hablar de dioses y no de Dios. De este modo, no hay nada bueno o malo en sí, que trascienda a la voluntad de poder del individuo singular. Paralelamente, la idea de una moral de castigos pierde su justificación ante la inexistencia de leyes universales y ante la denuncia del resentimiento de los débiles que esgrimen la «razón social» del rebaño para segar el florecimiento de los individuos excepcionales.

Estas son, a mi juicio, las ideas rectoras que articulan la unidad temática contenida en la crítica nietzscheana a la moral dispersa en los aforismos de *Aurora*. Nietzsche ha iniciado una campaña contra la moral que proseguirá en obras ulteriores como *Más allá del bien y del mal*, *La genealogía de la moral*, *El ocaso de los ídolos* y *El Anticristo*. Nuestro pensador es consciente de que el problema del origen de los valores morales dista mucho de ser una cuestión meramente especulativa; que representa un problema de primer orden en la medida en que determina el futuro de la humanidad. Y es que, como señala Nietzsche comentando *Aurora*, la verdad es «que la humanidad ha estado hasta ahora en las *peores* manos, que ha estado gobernada por los fracasados, por los vengativos más astutos, los que se llaman "santos", y calumnian el mundo y denigran al hombre».

Ciertamente, el pensamiento nietzscheano —como en buena medida también el de Marx y el de Freud— no ha dejado indiferente al hombre contemporáneo. La clara luz mediterránea que se proyecta en sus escritos y el aire puro y gélido de las montañas alpinas que orea su pensamiento, cuartea los presuntos cobijos y los dogmas pretendidamente incuestionables. Puede que Nietzsche, Marx y Freud sean los responsables de que el hombre contemporáneo resulte suspicaz y receloso en extremo. Pero indudablemente ellos han sentado las bases de esa probidad, de esa honradez y de esa sinceridad intelectual, personal y moral, que hoy representan tal vez las virtudes más valoradas y buscadas de nuestro tiempo.

¡Hay tantas auroras que aún no han despuntado!

RIG VEDA

PRÓLOGO

I

Este libro es obra de un hombre *subterráneo*, de un hombre que taladra, que socava y que roe. Quien tenga los ojos acostumbrados a estas actividades subterráneas podrá ver con qué delicada inflexibilidad va avanzando lentamente el autor, sin que parezca afectarle el inconveniente que supone estar largo tiempo privado de aire y de luz. Hasta se podría pensar que le satisface este oscuro trabajo suyo. Cualquiera diría que le guía una determinada fe, que un cierto consuelo le compensa de su dura labor. Pero ¿no será que quiere rodearse de una densa oscuridad que sea *suya* y nada más que *suya*, que trata de adueñarse de cosas incomprensibles, ocultas y enigmáticas, con la conciencia de que de ello surgirá su mañana, su propia redención, su propia *aurora*?

Por supuesto que volverá a la superficie; no le preguntéis qué es lo que busca allá abajo; él mismo os lo dirá cuando vuelva a ser hombre ese Trofonio, ese sujeto de aspecto subterráneo. Y es que quienes, como él, han vivido a solas mucho tiempo llevando una existencia de topo, no pueden permanecer en silencio.

II

En efecto, mis pacientes amigos, lo que hubiese deseado contaros cuando estaba allá abajo, en mis profundidades de topo, quiero decíroslo ahora en este prólogo tardío, que muy bien hubiera podido ser una nota necrológica. Pero no creáis que voy a induciros a que corráis esta arriesgada empresa mía, ni a vivir en una soledad semejante; la *singularidad* de tales caminos hace que quien se aventura por ellos no encuentre a nadie a su paso. Nadie acude en su auxilio; tiene que superar él solo todos los peligros, todos los azares, todas las asechanzas y todos los temporales que le sobrevengan. El sigue un camino que es *suyo*, y ello implica, como es lógico, que tenga que tragarse su amargura y a veces su despecho. Entre las cosas que motivan esa amargura y ese despecho hay que incluir, por ejemplo, el que sus amigos no puedan adivinar dónde se encuentra, hacia qué lugar se dirige; por ello se preguntan a veces: «¿Está realmente avanzando? ¿Dispone ciertamente de un camino?».

En suma, la obra que yo emprendí no es apta para todos. Descendí a lo profundo, y una vez allí me puse a horadar el suelo, y empecé a examinar y a socavar una vieja fe sobre la que, durante milenios, nuestros filósofos han tratado de edificar una y otra vez como si se tratara del más sólido de los terrenos, pese a que sus edificios se han ido viniendo abajo inexorablemente. Me puse a socavar, ¿comprendéis?, nuestra fe en la moral.

III

Nunca se han cuestionado a fondo hasta el momento los conceptos de bien y de mal; en realidad, el tema era muy peligroso. La conciencia, la reputación, el infierno y hasta la policía no permitían —ni permiten— que se sea imparcial en este punto. Ante la moral, como ante cualquier autoridad, no está permitido reflexionar, y mucho menos hablar. No hay más que *obedecer*. Desde que el mundo es mundo, ninguna autoridad ha consentido ser objeto de crítica. ¿Acaso no se ha considerado que es *inmoral* criticar la moral, cuestionarla, ver en ella un problema?

Más que de medios de disuasión y de coacción frente a las críticas, la moral dispone de un determinado poder de seducción que domina perfectamente: me refiero a que es capaz de *entusiasmar*. A veces le basta una mirada para paralizar la voluntad crítica o incluso para ponerla de su parte; a veces consigue que dicha voluntad crítica termine volviéndose contra sí misma y clavándose su propio aguijón a la manera del escorpión. Desde hace mucho tiempo, la moral dispone de todo tipo de artimañas en el arte de convencer a la gente; incluso hoy en día no hay orador que no recurra a ella en demanda de ayuda (véase, por ejemplo, cómo nuestros propios anarquistas apelan a *la moral* para tratar de convencer y cómo terminan considerándose a sí mismos «los buenos y los justos»). Y es que, en todas las épocas, desde que en el mundo existe la palabra y la posibilidad de convencer, no ha habido mejor maestra que la moral en el arte de seducir; para nosotros, los filósofos, ella ha sido nuestra auténtica Circe.

¿A qué se debe, pues, que, desde Platón, todos los constructores de filosofías hayan edificado en falso? ¿Cómo es posible que todo amenace ruina? ¿Cómo se encuentra reducido a escombros lo que los filósofos consideraban más duradero que el bronce? ¡Qué equivocada es, desgraciadamente, la respuesta que se sigue dando a esta pregunta!: que «todos se olvidaron de cuestionar la hipótesis, de examinar el fundamento, de someter a crítica a toda la razón».

Esta funesta contestación de Kant no nos ha conducido a los filósofos a un terreno más sólido y menos inseguro; pero, dicho sea de pasada, ¿no era un poco extraño pedirle a un instrumento que criticase su propia aptitud y perfección? ¿No era absurdo exigirle a la razón que ella misma calculara su valor, su fuerza y sus límites?

Por el contrario, la verdadera respuesta hubiera sido que todos los filósofos, tanto Kant como los anteriores a él, han construido sus edificios sobre la seducción de la moral; que su intención sólo se encaminaba en apariencia a la verdad y a la certeza; porque lo que buscaban, en realidad, era la *majestuosidad del edificio de la moral*, por decirlo con las ingenuas palabras de Kant, quien consideraba que su tarea y su mérito —una tarea «menos brillante aunque no exenta de valor»— consistía en «remover y consolidar el terreno en el que se había de levantar el majestuoso edificio de la moral». (*Crítica de la Razón Pura*, II, p. 257).

Desgraciadamente, no hay más remedio que decir que no lo consiguió; que lo que logró fue más bien todo lo contrario. En realidad, Kant fue un hijo de su época, y, como tal, un exaltado; aunque también lo fue, afortunadamente, respecto a lo mejor que tuvo aquella, como lo demuestra el sano sensualismo que introdujo en su teoría del conocimiento. A Kant le había picado también aquella tarántula moral llamada Rousseau; sobre su alma pesaba el fanatismo moral del que Robespierre, otro discípulo de Rousseau, se consideraba y pregonaba ejecutor, pretendiendo «fundar en la tierra el imperio de la sabiduría, de la justicia y de la virtud». (Discurso del 7 de junio de 1794).

Por otra parte, llevando en el corazón ese fanatismo francés, no se podía actuar de una forma menos francesa, más honda, más sólida, más alemana de como lo hizo Kant: para dejarle espacio a su imperio moral hubo de añadir un mundo indemostrable, un *más allá* lógico; para lo que precisó de su crítica de la razón pura. Con otras palabras, *no hubiera necesitado hacer esa crítica* de no haber existido algo que le importaba más que nada: hacer inatacable el *mundo moral*, o, mejor aún, inalcanzable para la razón, pues de sobra sabía lo vulnerable que era aquel a los envites de esta. Como todo alemán, Kant era pesimista frente a la naturaleza y a la historia, frente a la inmoralidad radical de estas; creía en la moral, no porque la naturaleza y la historia la demuestren, sino a pesar de que ambas la estén contradiciendo constantemente. Para entender este «a pesar dé», conviene recordar lo que aquel otro gran pesimista que fue Lutero trató de explicar una vez a sus amigos con la osadía que le caracterizaba: «Si pudiéramos entender mediante la razón cómo un Dios que muestra tanta cólera y tanta crueldad puede ser justo y bueno, ¿de qué serviría la fe?».

Y es que, en toda época, nada ha impresionado tanto al alma alemana que la más nociva de todas las conclusiones: la que afirma: «creo porque es absurdo», una deducción que a todo latino le parecerá un auténtico atentado contra la inteligencia. Con ella se introduce por primera vez la lógica alemana en la historia del dogma cristiano; incluso hoy en día, mil años después, los alemanes actuales, retrasados desde todos los puntos de vista, consideran que tiene algo de verdad, que es *posible* que sea verdad el célebre principio fundamental de la dialéctica con el que Hegel

colaboró a la victoria del espíritu alemán sobre el resto de Europa: «La contradicción es el motor del mundo: todas las cosas se contradicen a sí mismas». Hasta en lógica son pesimistas los alemanes.

IV

Con todo, el atrevimiento de nuestra suspicacia no puede detenerse en los juicios *lógicos*, que son los más inferiores y fundamentales: la confianza en la razón, exigencia inseparable de la validez de los mismos, constituye en cuanto tal un fenómeno *moral*… Puede que ese pesimismo alemán tenga que dar aún un último paso. Tal vez haya de provocar aún un terrible enfrentamiento entre su *creo* y su *absurdo*. Siendo mi libro como es una obra pesimista, no sólo en el terreno de la moral, sino también en un ámbito que trasciende la fe en la moral, ¿será entonces un escrito genuinamente alemán? Porque lo cierto es que representa una contradicción, aunque eso no sea una cosa que me asuste: rechaza la fe en la moral, ¿por qué? ¡*Por moralidad*! ¿Cómo llamar si no a lo que sucede en este libro, a lo que *nos* sucede a *nosotros*, aunque prefiramos usar un término más modesto? Porque no hay duda: también a nosotros nos habla un deber; también nosotros obedecemos a una severa ley que se halla por encima de nuestras cabezas; y esta es la última moral que podemos seguir entendiendo, la última moral que incluso nosotros podemos todavía vivir; pues si en algún sentido seguimos siendo *hombres de conciencia*, es precisamente en este. No queremos volver a lo que consideramos superado y caduco, a lo que no juzgamos digno de crédito, ya sea Dios, la virtud, la verdad, la justicia, el amor al prójimo, etc.; no queremos seguir una vía engañosa que nos lleve otra vez a la vieja moral. Sentimos una honda aversión hacia todo lo que hay en nosotros que trata de acercarnos a eso, y servir de mediador entre ello y nosotros; somos enemigos de todas las clases de fe y de cristianismo que subsisten hoy en día; enemigos de todo romanticismo y de todo espíritu patriotero; enemigos también, en cuanto artistas, del refinamiento artístico, de la falta de conciencia artística que supone el tratar de persuadirnos de que debemos adorar aquello en lo que ya no creemos; enemigos, en suma, del *afeminamiento* europeo (o del *idealismo*, si se prefiere) que *tiende* eternamente *hacia las alturas*, y que, por ello mismo, *rebaja* eternamente.

Sin embargo, en cuanto que somos hombres que tenemos esta conciencia, creemos que nos retrotraemos a la rectitud y a la piedad alemanas de hace miles de años; y aunque seamos sus últimos herederos, nosotros, los *inmoralistas* e impíos de hoy, consideramos que somos, en cierto sentido, los herederos legítimos de dicha rectitud y de dicha piedad, los ejecutores de su voluntad interior, de una voluntad pesimista, que no teme negarse a sí misma porque lo hace con alegría. Si se quiere

reducir esto a una frase, cabría decir que en nosotros se realiza la *autosupresión* de la moral.

¿A qué viene, en último término, decir tan alto y con tanto ardor lo que somos, lo que queremos y lo que no queremos? Pensémoslo más fría y serenamente, desde más arriba y desde más lejos; digámoslo como si nos los dijéramos a nosotros mismos, lo bastante bajo como para que no lo oigan los demás, para que *no nos oiga nadie*. Pero, sobre todo, digámoslo muy despacio.

Este *prólogo* llega tarde, aunque no demasiado tarde; ¿qué más da, a fin de cuentas, cinco años que seis? Un libro y un problema como estos no tienen prisa; además, tanto mi libro como yo somos amigos de la *lentitud*. No en vano he sido filólogo, y tal vez lo siga siendo. La palabra «filólogo» designa a quien domina tanto el arte de leer con lentitud que acaba escribiendo también con lentitud. No escribir más que lo que pueda desesperar a quienes se *apresuran*, es algo a lo que no sólo me he acostumbrado, sino que me gusta, por un placer quizá no exento de malicia. La filología es un arte respetable, que exige a quienes la admiran que se mantengan al margen, que se tomen tiempo, que se vuelvan silenciosos y pausados; un arte de orfebrería, una pericia propia de un orfebre de la *palabra*, un arte que exige un trabajo sutil y delicado, en el que no se consigue nada si no se actúa con lentitud.

Por esto precisamente resulta hoy más necesaria que nunca; precisamente por esto nos seduce y encanta en esta época nuestra de *trabajo*, esto es, de precipitación, que se consume con una prisa indecorosa por acabar pronto todo lo que emprende, incluyendo el leer un libro, ya sea antiguo o moderno.

El arte al que me estoy refiriendo no logra *acabar* fácilmente nada; enseña a leer *bien*, es decir, despacio, profundizando, movidos por intenciones profundas, con los sentidos bien abiertos, con unos ojos y unos dedos delicados. Pacientes amigos míos, este libro no aspira a otra cosa que a tener lectores y filólogos perfectos. ¡*Aprended*, pues, a leerme bien!

Alta Engadina, otoño de 1886.
Friedrich Nietzsche.

LIBRO PRIMERO

1

Razón ulterior. Todo lo que pervive durante mucho tiempo se ha ido cargando poco a poco de razón, hasta el extremo de que nos resulta inverosímil que en su origen fuera una sinrazón. ¿No nos parece sentir que estamos ante una blasfemia o ante una paradoja siempre que alguien nos muestra el origen histórico concreto de algo? ¿No está todo buen historiador constantemente *en contradicción* con su medio ambiente?

2

Prejuicio de los sabios. Los sabios están en lo cierto cuando juzgan que, en todas las épocas, los hombres se han hecho la ilusión de creer que *ahora* estamos *mejor* informados que en ninguna otra época.

3

Cada cosa a su tiempo. En aquella época remota en que el hombre atribuía su sexo a todas las cosas, lo único que pretendía era ampliar sus conocimientos, sin tener conciencia de que aquello era únicamente un juego de su imaginación. Sólo mucho más tarde reconoció la inmensidad de su error, aunque incluso hoy no haya asumido eso plenamente.

Del mismo modo el hombre ha relacionado todo lo existente con la moral, echando sobre los hombros del mundo el manto de una *significación* ética. Pero llegará un día en que esto tendrá exactamente el mismo valor que hoy le concedemos a la creencia de que el sol tiene sexo.

4

Contra el sueño de que entre las esferas se da una disonancia. Hay que quitarle al mundo toda esa abundancia de *falsa* sublimidad, porque va en contra de la justicia que las cosas pueden reivindicar. Por eso es muy importante no concebir el mundo con menos armonía de la que tiene.

5

¡Dad las gracias! Lo mejor que ha logrado hasta ahora la humanidad es no necesitar vivir con el temor constante a los animales salvajes, a los bárbaros, a los dioses y a nuestros sueños.

6

El prestidigitador y su opuesto. Lo que hay de sorprendente en la ciencia es precisamente lo opuesto a lo que nos sorprende en el arte de la prestidigitación. Este último pretende que veamos una causalidad muy simple donde actúa una causalidad sumamente compleja. La ciencia, por el contrario, hace que dejemos a un lado la creencia en la causalidad simple, en casos en que todo parece tan sumamente sencillo que nos dejamos llevar por las apariencias. Las cosas más simples son las más complicadas, por mucho que ello nos asombre.

7

Cambiemos la idea que tenemos del espacio. ¿Qué ha contribuido más a la felicidad humana, lo real o lo imaginario? Lo cierto es que el espacio existente entre la mayor de las alegrías y la más honda desgracia sólo se puede calcular recurriendo a cosas imaginarias. En consecuencia, esa idea del espacio se va reduciendo cada vez más bajo el influjo de la ciencia; de la misma forma que la ciencia nos ha enseñado y nos enseña que la tierra es pequeña y que todo el sistema solar no es más que un punto en la inmensidad del infinito.

8

Transfiguración. Rafael dividió a la humanidad en tres grados: los que sufren sin esperanza, los que sueñan de una forma confusa, y los que se extasían ante el más

allá. Hoy ya no concebimos así el mundo, y ni siquiera Rafael tendría derecho a seguir concibiéndolo de este modo: vería con sus propios ojos que se ha producido una nueva transfiguración.

9

Idea de la moral de las costumbres. Si comparamos las distintas formas de vida que durante miles de años ha seguido la humanidad, comprobaremos que los hombres de hoy vivimos en una época muy inmoral; la fuerza de la costumbre se ha debilitado de una forma sorprendente, y el sentido moral se ha vuelto tan sutil y tan elevado que casi se podría decir que se ha evaporado. Por eso nosotros, que somos hombres tardíos, intuimos con tanta dificultad las ideas rectoras que presidieron la génesis de la moral, y, si llegamos a descubrirlas, nos resistimos a comunicarlas a los demás, porque nos parecen toscas y atentatorias contra la moral.

Consideremos, por ejemplo, la afirmación principal: la moral no es otra cosa (en consecuencia, es *antes que nada*) que la obediencia a las costumbres, cualesquiera que sean, y estas no son más que la forma tradicional de comportarse y de valorar. Donde no se respetan las costumbres, no existe la moral; y cuanto menos determinan estas la existencia, menor es el círculo de la moral. El hombre libre es inmoral porque quiere depender en todo de sí mismo, y no de un uso establecido. En todos los estados primitivos de la humanidad, lo «malo» se identifica con lo «intelectual», lo «libre», lo «arbitrario», lo «desacostumbrado», lo «imprevisto», lo que «no se puede calcular previamente». En estos estados primitivos, de acuerdo con la misma valoración, si se realiza un acto, no porque lo ordene la tradición, sino por otras razones (como, por ejemplo, buscando una utilidad personal), incluyendo las que en un principio determinaron la aparición de la costumbre, dicho acto es calificado de inmoral hasta por el individuo que lo realiza, ya que no ha estado inspirado en la obediencia a la tradición.

¿Qué es la tradición? Una autoridad superior a la que se obedece, no porque lo que ordene sea útil, sino por el hecho mismo de que lo *manda*. ¿En qué se diferencia este sentimiento de respeto a la tradición del miedo en general? En que el sentimiento de respeto a la tradición es el temor a una inteligencia superior que ordena, el temor a un poder incomprensible e indefinido, a algo que trasciende lo personal. Tal temor tiene mucho de superstición.

En otros tiempos, *toda* forma de educación, los preceptos higiénicos, el matrimonio, el arte de la medicina, la agricultura, la guerra, el lenguaje y el silencio, las relaciones con los demás hombres y con los dioses entraban dentro del campo de la moral. La moral exigía que se siguieran determinadas reglas, sin que el sujeto

tuviera en cuenta su individualidad al obedecerlas. En esos tiempos primitivos todo dependía, pues, de los usos establecidos y de las costumbres, y quien pretendiera situarse por encima de las costumbres, tenía que convertirse en legislador, en curandero, en algo así como una especie de semidiós; es decir, tenía que *crear nuevas costumbres*, lo que no dejaba de ser terrible y peligroso.

¿Qué hombre es más moral? *Por un lado*, el que cumple más escrupulosamente la ley, el que, como el brahmán, tiene presente la ley en todo momento y lugar, de forma que se las ingenia para ver constantemente ocasiones de cumplirla. *Por otro*, el que cumple la ley en las situaciones más difíciles, el que con mayor frecuencia *sacrifica* cosas en aras de las costumbres. Y ¿cuáles son los mayores sacrificios? Del modo como se conteste a esta pregunta se deriva una gran cantidad de morales diferentes, aunque la diferencia más importante es la que distingue la moral basada en la observancia más frecuente, de la moral basada en el cumplimiento más difícil.

Con todo, no nos dejemos engañar respecto a los motivos de esta última moral, que exige, como prueba de moralidad, el que se siga una costumbre en los casos más difíciles. El que se venza a sí mismo no es algo que se exija al hombre en virtud de las consecuencias útiles que ello pueda reportar al individuo en cuestión, sino en función de que sean las costumbre y la tradición quienes aparezcan como dominantes, esto es, por encima de todo deseo e interés individuales. Lo que la moral de las costumbres exige es que el individuo se debe sacrificar. Por el contrario, los moralistas que, como los sucesores de Sócrates, aconsejan al individuo que se domine a sí mismo y que sea sobrio en orden a su felicidad personal, constituyen una excepción. Tales moralistas abren una nueva senda y son víctimas de la desaprobación manifiesta de todos los representantes de la moral de las costumbres; al automarginarse de la moral, son inmorales, y, en su sentido más profundo, malos. De esta forma, un romano virtuoso de la vieja escuela consideraba que un cristiano era malo *porque aspiraba, por encima de todo, a su salvación individual*.

Dondequiera que exista una comunidad, y, en consecuencia, una moral basada en las costumbres, domina la idea de que el castigo por la transgresión de las costumbres afecta ante todo a la comunidad entera. Tal castigo es sobrenatural, por lo que su forma de manifestarse y su alcance resulten muy difíciles de especificar para quien lo analiza en medio de un temor supersticioso. La comunidad puede obligar a un individuo a que indemnice a otro del propio grupo en conjunto por el daño directo que ha causado con su acción. Igualmente, puede ejercer una especie de venganza sobre el individuo, ya que por su causa —en virtud de una presunta consecuencia de su acto—, la comunidad se ha visto expuesta a las nubes y a las explosiones de la cólera divina; si bien dicha comunidad considera que la culpa del individuo afecta a toda la colectividad, y que el castigo de aquel recae sobre el conjunto de esta.

Cuando suceden casos así la gente lanza exclamaciones asegurando que se ha

producido una «relajación de las costumbres». Pero lo cierto es que causa pavor todo acto y toda forma de pensar individuales. No podemos imaginar cuánto han tenido que sufrir, en el transcurso de los tiempos, los individuos selectos, singulares y espontáneos, por el hecho de que se les haya juzgado sistemáticamente como malvados y peligrosos, y de que *ellos mismos se hayan considerado así*. Bajo el imperio de la moral de las costumbres, toda suerte de originalidad planteaba problemas de conciencia; el horizonte de los individuos selectos se presentaba más oscuro que lo que hubiera cabido esperar.

10

La relación recíproca entre el sentido de la moralidad y el sentido de la causalidad. Al aumentar el sentido de la causalidad, disminuye el de la moralidad. Conforme vamos comprendiendo que los efectos se siguen necesariamente y nos los representamos al margen de las contingencias del azar, desechamos paralelamente una gran cantidad de causalidades imaginarias que hasta entonces se creía que constituían el fundamento de la moral; al mismo tiempo hacemos que desaparezca del mundo una parte del miedo y de la coacción que implican las costumbres, así como una dosis de la veneración y de la autoridad que estas disfrutan. En suma, la moral experimenta una pérdida global.

Por el contrario, quien trata de ampliar el ámbito de la moralidad ha de procurar que no se puedan someter *a prueba* los resultados.

11

Moral popular y medicina popular. Sobre la moral que impera en una comunidad se ejerce una acción constante en la que participan todos sus miembros. La mayor parte de estos tratan de añadir nuevos ejemplos que demuestren la *presunta relación entre la causa y el efecto*, esto es, entre el crimen y el castigo, con lo que contribuyen a reforzar la base de dicha relación y a aumentar la fe que se tiene en ella. Hay quienes hacen nuevas observaciones sobre los actos y sus consecuencias, extrayendo de ello conclusiones y leyes; pero sólo un número reducido de estas llega a formularse de una forma desordenada y a debilitar la creencia relativa a tal o cual punto.

Todos se parecen en la forma tosca y anticientífica de proceder. Ya se trate de aportar ejemplos, observaciones o dificultades, o bien de demostrar, afirmar, formular o refutar una ley, el resultado es siempre el mismo: un conjunto de materiales o de

fórmulas carentes de valor, similares a los materiales y a las fórmulas de la medicina popular. Ello obliga a que ambas sean juzgadas de la misma manera, y no de una forma tan distinta como se suele hacer. Tanto la moral popular como la medicina popular no son más que ciencias *aparentes* del tipo más peligroso.

12

La consecuencia como don coadyuvante. Antaño se consideraba que el buen resultado de una acción no era una consecuencia de la misma, sino un don gratuito concedido por Dios. ¿Cabe imaginar una confusión más estúpida? Según eso, hay que realizar dos esfuerzos por separado, utilizando prácticas y medios completamente distintos: uno para realizar la acción y otro para obtener un buen resultado.

13

Para la nueva educación del género humano. Hombres serviciales y bienintencionados, si queréis colaborar en una acción provechosa, ayudad a desterrar del mundo la idea de castigo que le invade por doquier, porque es la más peligrosa de todas las malas hierbas.

Esta idea no sólo se ha introducido en las consecuencias de nuestra acción —¿hay algo más funesto e irracional que interpretar la causa y el efecto en términos de falta y de castigo?—, sino que se ha hecho algo todavía peor: se le ha quitado su inocencia a los acontecimientos puramente fortuitos, con la ayuda de ese maldito arte de interpretar presidido por la idea de castigo. La locura ha llegado hasta el extremo de considerar que la existencia misma es ya un castigo. Cabría decir que lo que hasta ahora ha dirigido la educación de la humanidad ha sido la negra imaginación de carceleros y verdugos.

14

Significado de la locura en la historia de la humanidad. Si pese al formidable yugo de la moral de las costumbres bajo el que han vivido todas las sociedades humanas; si durante miles de años antes de nuestra era, e incluso en el transcurso de esta hasta la actualidad (y téngase en cuenta que vivimos en un pequeño mundo excepcional y, en cierto sentido, en la peor de las zonas), las ideas nuevas y divergentes, y los instintos opuestos han resurgido siempre, ello se ha debido a que se

hallaban protegidos por un terrible salvoconducto: casi siempre ha sido la locura la que ha abierto el camino a las nuevas ideas, la que ha roto la barrera de una costumbre o de una superstición venerada.

¿Comprendéis por qué ha sido necesaria la ayuda de la locura; esto es, de algo tan terrorífico e indefinible, en la voz y en los gestos, como los demoníacos caprichos de la tempestad y del mar; de algo que fuese a un tiempo digno de miedo y de respeto; de algo que, como las convulsiones y los espumarajos del epiléptico, llevara el sello visible de una manifestación totalmente involuntaria; de algo que pareciera que imprimía al enajenado la marca de una divinidad, de la que él sería la máscara y el portavoz; de algo que infundiese incluso al promotor de la nueva idea veneración y miedo de sí mismo, en lugar de remordimiento y le impulsara a ser el profeta y el mártir de dicha idea? Aunque hoy se nos esté constantemente diciendo que el genio tiene un grado más de locura que de sentido común, los hombres de otros tiempos se acercaban mucho más a la idea de que en la locura hay algo de genio y de sabiduría, algo de divino, como se decía en voz baja. A veces esta idea se expresaba a las claras. «Lo que más beneficios ha deparado a Grecia ha sido la locura», decía Platón, acorde con toda la humanidad antigua. Demos un paso más y veremos que todos los hombres supremos impulsados a romper el yugo de una moral cualquiera y a proclamar nuevas leyes, si *no estaban realmente locos*, se sintieron forzados a fingirlo o se volvieron verdaderamente tales.

Lo mismo les ha sucedido a los innovadores en cualquier ámbito, y no sólo en el terreno sacerdotal y político. Incluso los innovadores de la métrica poética se vieron forzados a acreditarse por medio de la locura. (Hasta en las épocas más moderadas, había una especie de acuerdo en que la locura constituía un patrimonio de los poetas; y Solón recurrió a ella cuando enardeció a los atenienses para que se lanzaran a la conquista de Salamina).

¿*Cómo volverse loco cuando no se está ni se tiene la valentía de aparentarlo*? Casi todos los grandes hombres de la civilización antigua se han hecho esta pregunta, y se ha conservado una doctrina secreta, compuesta de artificios y reglas para lograr este fin, a la vez que se mantenía el convencimiento de que semejante intención y semejante ensueño eran algo inocente e incluso santo. Las fórmulas para llegar a ser médico entre los indios americanos, santo entre los cristianos de la Edad Media, *anguecoque* entre los groenlandeses, *paje* entre los brasileños, son, en sus preceptos generales, las mismas; ayunos continuos, abstinencia sexual constante, retirarse al desierto o a un monte, o incluso encaramarse a lo alto de una columna, o «vivir junto a un viejo sauce a orillas de un lago», y, sobre todo, el mandato de no pensar más que en lo que pueda provocar el rapto y la perturbación del espíritu.

¿Quién es capaz de fijar los ojos en el infierno de angustias morales —las más amargas e inútiles que se han podido dar— en el que se consumen probablemente los

hombres más fecundos de todas las épocas? ¿Quién tendría valor para escuchar los suspiros de los solitarios y de los extraviados?: «¡Concededme, Dios mío, la locura, para que llegue a creer en mí! ¡Mándame delirios y convulsiones, momentos de lucidez y de oscuridad repentinas! ¡Asústame con escalofríos y ardores tales que ningún mortal los haya sentido jamás! ¡Rodéame de estrépitos y de fantasmas! ¡Déjame aullar, gemir y arrastrarme como un animal, si de ese modo puedo llegar a tener fe en mí mismo! La duda me devora. He matado la ley, y esta me inspira ahora el mismo horror que a los seres vivos un cadáver. Si no consigo situarme por encima de la ley, seré el más réprobo de los réprobos. ¿De dónde viene si no de ti este espíritu nuevo que late en mi interior? ¡Demostradme que os pertenezco, poderes divinos! ¡Sólo la locura me lo puede probar!».

Este fervor conseguía muchas veces su objetivo: «En la época en que el cristianismo resultó ser más fecundo y ello se tradujo en una proliferación de santos y anacoretas, existieron en Jerusalén grandes “manicomios” para atender a los santos fracasados, a aquellos que habían sacrificado hasta el último vestigio de su razón».

15

Las formas más antiguas de consolarse. Primer grado. El hombre ve en todo malestar, en toda calamidad que le toca en suerte, algo que le permite hacer sufrir a otro, sea quien sea. De este modo toma conciencia del poder que le queda, y ello le sirve de consuelo.

Segundo grado. El hombre ve en todo malestar, en toda calamidad que le toca en suerte, un castigo; es decir, la expiación de una falta y la forma de escapar de un «mal de ojo», de un hechizo real o imaginario. Quien llega a ver esta «ventaja» que reporta la desdicha, ya no se considerará obligado a hacer sufrir a otro a causa de su dolor: renunciará a este género de satisfacción, porque ya dispone de otra.

16

Primer principio de la civilización. Hay en los pueblos primitivos un tipo de costumbres que parece que tienden a convertirse en un uso generalizado. Lo que prescriben suele ser ridículo y, en realidad, superfluo (por ejemplo, la costumbre existente entre los kamtchadales de no quitarse del calzado la nieve con un cuchillo, de no cortar el carbón con un cuchillo, de no poner nunca un hierro al fuego; preceptos cuya violación sería castigada con la muerte); pero estas prescripciones mantienen viva la idea de «costumbre», su carácter de coacción constante. Tales

preceptos ratifican el gran principio que preside el comienzo de la civilización: el de que cualquier costumbre vale más que la carencia de costumbres.

17

La naturaleza buena y la naturaleza mala. Los hombres empezaron atribuyendo a la naturaleza su propia forma de ser; es decir, se figuraron ver su humor variable, bueno o malo, en las nubes, en las tempestades, en los animales feroces, en los árboles y en las plantas. Entonces inventaron la idea de que «la naturaleza es mala».

Sin embargo, después vino una época —la de Rousseau— en la que el hombre se quiso diferenciar de la naturaleza. Tan hartos estaban los hombres de sí mismos que quisieron disponer de un rincón al que no pudiera llegar la miseria humana. Fue entonces cuando inventaron la idea de que «la naturaleza es buena».

18

La moral del sufrimiento voluntario. ¿Cuál es el mayor placer que pueden experimentar unos hombres que viven en estado constante de guerra, en esas pequeñas comunidades rodeadas siempre de peligros, donde impera la moral más estricta? O mejor: ¿cuál es el mayor placer que pueden experimentar las almas vigorosas, sedientas de venganza, rencorosas, desleales, preparadas para los acontecimientos más espantosos, endurecidas por las privaciones y por la moral? El placer de la *crueldad*. Esta es la razón de que, en el caso de tales almas y en semejantes situaciones, se considere que inventar formas de venganza y tener sed de venganza constituye una virtud. La comunidad se robustece contemplando actos de crueldad y puede superar por un instante el peso del miedo y la inquietud que le produce el tener que estar constantemente al acecho. La crueldad es, pues, uno de los placeres más antiguos de la humanidad.

De ahí que se haya creído que también los dioses se animan y se alegran cuando se les ofrece el espectáculo de la crueldad. De este modo surgió en el mundo la idea del sentido y del valor superior que implica el sufrimiento voluntario y el martirio libremente aceptado. Poco a poco, las costumbres de la comunidad fueron estableciendo prácticas acordes con estas ideas. Desde entonces los hombres desconfían de todo exceso de felicidad y recuperan la confianza cuando se ven afligidos por algún dolor intenso. Se piensa que los dioses nos serían hostiles cuando nos vieran felices y propicios cuando nos vieran sufrir. ¡Nos serían hostiles, pero no

se compadecerían de nosotros! Pues se considera que la compasión es algo despreciable e indigno de un alma fuerte y terrible. Si se muestran propicios hacia nosotros cuando somos desgraciados es porque les divierten las miserias humanas y les ponen de buen humor, dado que la crueldad suministra la voluptuosidad más elevada del sentimiento de poder.

Así es como se ha introducido en el concepto de «hombre moral» existente en el seno de la comunidad la virtud del sufrimiento frecuente, de la privación, de la vida penitente, de la mortificación cruel; y no como una expresión de disciplina, de autodominio y de aspiración a la felicidad personal, sino como una virtud que dispone a los malos dioses a favor de la comunidad, al estar esta elevando constantemente hasta ellos el humo del sacrificio expiatorio.

Todos los conductores espirituales de pueblos que consiguieron hacer que fluyese el fango estancado y terrible de las costumbres necesitaron, para hacerse creer, no sólo de la locura, sino también del martirio voluntario, y, principalmente, de la fe en sí mismos. Cuanto más rectamente se introducía su espíritu por nuevos caminos, atormentado por los remordimientos y por el temor, más cruelmente luchaba ese espíritu con su propia carne, con sus propios deseos y con su propia salud, con la finalidad de ofrecer a la divinidad en compensación una alegría si se irritaba viendo que las costumbres eran incumplidas u olvidadas y que tales hombres se proponían nuevos fines.

Con todo, no debemos suponer en un exceso de optimismo que en nuestros días nos hemos liberado plenamente de esta lógica del sentimiento. ¡Pregúntense respecto a esto las almas más heroicas en su fuero interno! El menor paso hacia adelante en el terreno de la libertad de pensamiento y de la vida individual se ha dado en toda época a costa de tormentos intelectuales y físicos. Y no sólo los pasos adelante, sino cualquier paso, cualquier movimiento, cualquier cambio, han tenido necesidad de innumerables mártires a través de esos miles de años en que los hombres buscaban caminos y echaban los cimientos de la sociedad, pero que no se tienen en cuenta cuando se habla desde la perspectiva de ese período de tiempo ridículamente breve al que se ha dado el nombre de «historia universal». Incluso dentro de esta historia universal, que no pasa de ser el ruido que se ha levantado en torno a determinados acontecimientos, no hay una cuestión más esencial e importante que la antigua tragedia de los mártires que quieren *remover el pantano*. Nada ha costado más que ese breve destello de razón humana y de espíritu de libertad del que tan orgullosos estamos hoy. Sin embargo, este orgullo es, precisamente, lo que nos imposibilita hoy en día caer en la cuenta del enorme lapso de tiempo en que imperó la *moral de las costumbres* y que antecedió a la *historia universal, época real y decisiva, con una importancia fundamental en la historia, ya que marcó el carácter de la humanidad*; época en que se consideraba que el dolor era una virtud, la crueldad una virtud, el

disimulo una virtud, la venganza una virtud, la negación de la razón una virtud; y, por el contrario, el bienestar, un peligro, al igual que la sed de saber, la paz y la compasión. Se juzgaba que eran una vergüenza el trabajo y el mover a la piedad; que la locura era algo divino, y los cambios algo inmoral y sumamente arriesgado.

¿Creéis que todo esto ha cambiado y que ha variado el carácter de la humanidad? ¡Ay, vosotros que conocéis el corazón humano, aprended a conoceros mejor!

19

Moral y embrutecimiento. Las costumbres son la representación de las experiencias adquiridas por los hombres anteriormente respecto a lo que consideraron útil o nocivo; pero el estar apegado a las costumbres (la moral) no dice referencia ya a tales experiencias, sino a la antigüedad, santidad e incuestionabilidad de las costumbres. Por ello, este sentimiento se opone a que se corrijan las costumbres, lo que significa que la moral se opone a que se formen nuevas y mejores costumbres. En consecuencia, embrutece.

20

Los que obran libremente y los que piensan libremente. Quienes obran libremente en la vida se hallan en una situación más desfavorable que quienes piensan libremente, dado que a los hombres les afectan de una forma más directa las consecuencias de los actos que las consecuencias de los pensamientos. Ahora bien, si tenemos en cuenta que unos y otros tratan de satisfacer sus inclinaciones y que quienes piensan libremente lo consiguen reflexionando sin más sobre lo prohibido y expresándolo, comprenderemos que se confundan los dos casos cuando se les considera sólo en relación con los motivos de la conducta. Y respecto a los resultados, quienes obran libremente aventajan a los que piensan libremente, siempre y cuando no se juzgue de acuerdo con lo que aparece de una forma más visible y vulgar; esto es, como lo hace todo el mundo.

Hay que rectificar las muchas calumnias que recayeron sobre los que violaron con sus acciones la autoridad de una costumbre, y a los que, por lo general, se les ha llamado criminales. A todos los que han echado por tierra la ley moral establecida se les ha considerado *malvados* en un primer momento; pero si dicha ley violada no se restablece y los hombres se habitúan al cambio, el calificativo irá variando paulatinamente. Toda la historia se reduce prácticamente a hablar de esos *malvados* a los que luego se les consideró *buenos*.

21

El «cumplimiento de la ley». En el caso de que la observancia de un precepto conduzca a un resultado distinto del que se esperaba y se perseguía, y no reporte al sujeto que se ajusta a las buenas costumbres la felicidad prometida, sino dolor y miseria, siempre le queda al hombre sensible ante el deber y timorato el recurso de decir: «El error ha estado en la ejecución». Pero, al final, una humanidad oprimida que sufre profundamente, terminará declarando: «Es imposible cumplir bien el precepto: somos débiles y pecadores hasta el fondo de nuestra alma, y totalmente incapaces de ser morales; en consecuencia, no nos es lícito aspirar ni a la felicidad ni al triunfo. Los preceptos morales son para seres mejores que nosotros».

22

Las obras y la fe. Los doctores protestantes siguen propagando ese error básico consistente en afirmar que lo único importante es la fe, y que las obras son una consecuencia natural de ella. Esta doctrina no es cierta, pero su apariencia es tan sugestiva que deslumbró a inteligencias más lúcidas que la de Lutero (me refiero a Sócrates y a Platón), pese a que nuestra experiencia diaria nos pruebe lo contrario.

A pesar de las promesas que encierran el conocimiento y la fe, estos no pueden conferirnos ni fuerza ni habilidad para actuar. No pueden sustituir al hábito de ese mecanismo sutil y complejo que hay que poner en marcha para que algo pueda pasar de la representación al acto. Ante todo son las obras; es decir, ¡el ejercicio, el ejercicio y el ejercicio! La fe que necesitamos se nos dará por añadidura. ¡De eso podéis estar seguros!

23

En qué somos más sagaces. Como durante miles de años se ha venido considerando que las cosas (la naturaleza, los instrumentos, cualquier objeto de propiedad) estaban vivas y animadas, y que podían dañar a los hombres al margen de sus intenciones, la sensación de impotencia de estos ha sido mayor y más frecuente de lo que hubiera sido menester, ya que tenían que dominar a los objetos, de la misma forma en que dominaban a los otros hombres y a los animales: mediante la fuerza, la imposición, la adulación, los pactos y los sacrificios. Esto originó la mayoría de las costumbres supersticiosas, esto es, de una parte, quizá la mayor, y por supuesto la más inútilmente derrochada, de la actividad humana. No obstante, como la sensación

de impotencia y de miedo se encontraba en un estado tan violento, tan constante y casi permanente de tensión, el sentimiento de poder ha venido desarrollándose de un modo tan sutil, que, en este terreno, el hombre actual puede competir con el más sensible de los mecanismos para cazar animales. Este sentimiento acabó convirtiéndose en su inclinación más fuerte. Casi puede decirse que el descubrimiento paulatino de los medios para satisfacer esa inclinación constituye la historia de la cultura.

24

La demostración del precepto. Por regla general, el valor o el no valor de un precepto se demuestra por el hecho de que se consiga o no se consiga el resultado propuesto, siempre y cuando se siga aquel escrupulosamente. Sin embargo, no ocurre lo mismo con los preceptos morales, ya que, en este campo, no es posible comprobar, interpretar ni delimitar los resultados. Estos preceptos se basan en hipótesis de escaso valor científico, sin que quepa apelar a los resultados para demostrarlos o refutarlos. Con todo, en otras épocas, cuando las ciencias eran rudimentarias y primitivas y se exigía muy poco para considerar que algo quedaba demostrado, el valor o el no valor de un precepto moral se determinaba del mismo modo que el de cualquier otro precepto: recurriendo a los resultados.

Entre los indígenas de la América rusa hay un precepto que dice: «No eches ni al fuego ni a los perros los huesos de los animales». Y a título de demostración, añade: «Porque si lo haces, no tendrás buena suerte en la caza». Ahora bien, como por una razón u otra no se tiene suerte en la caza, no resulta fácil refutar, de este modo, el valor del precepto. En consecuencia, siempre se dará alguna circunstancia que demostrará aparentemente el valor de un precepto.

25

Las costumbres y la belleza. No debemos ocultar un argumento a favor de las costumbres. Se trata de que los órganos de ataque y de defensa, tanto físicos como intelectuales, de quien se somete a ellas, de corazón y desde un primer momento, se atrofian; y ello le embellece cada vez más, dado que el ejercicio de dichos órganos y el sentimiento que les acompaña afea e impide el embellecimiento. Esta es la razón de que un babuino viejo sea más feo que uno joven, y que la hembra joven de esta especie animal sea más semejante al hombre y más bella que el resto de sus congéneres. Sáquese de aquí la correspondiente conclusión respecto al origen de la

belleza en la mujer.

26

Los animales y la moral. Las prácticas que se exigen en una sociedad refinada —precaverse de todo lo ridículo, extravagante y pretencioso; reprimir tanto las virtudes como los deseos violentos; ser ecuánime; someterse a las reglas; empequeñecerse—, en cuanto moral social, se da hasta en la escala más inferior del reino animal. Precisamente en esa escala más inferior descubrimos las ideas que se esconden tras la capa de todas esas amables reglamentaciones: se trata de escapar de los perseguidores y de resultar favorecido en la captura del botín. Por eso los animales aprenden a dominarse y a disfrazarse hasta el punto de que algunos llegan a adoptar el color de las cosas que les rodean (en virtud de las llamadas «funciones cromáticas»), a simular que están muertos, a adquirir la forma y el color de otros animales, o la apariencia de la arena, de las hojas, de los líquenes o de las esponjas (eso que los naturalistas ingleses llaman *mimicry*: mimetismo).

De igual forma, el individuo se esconde tras la universalidad del término genérico «hombre» o se confunde con la «sociedad», o se adapta plenamente a la forma de ser de los príncipes, a las castas, a los partidos o a las opiniones de su época y de su país. Todas estas formas sutiles de aparentar felicidad, agradecimiento, poder o amor tienen su equivalencia en el reino animal. También comparte el hombre con el animal el sentido de la verdad, el cual, en última instancia, se reduce al sentido de la seguridad; procurar no dejarse engañar o confundir por uno mismo; escuchar con recelo las voces de nuestras pasiones; dominarse y desconfiar de uno mismo; todo eso es entendido de igual forma por el animal que por el hombre: también en aquel el autodominio nace del sentido de la realidad, de la prudencia.

Del mismo modo, el animal observa los efectos que produce en la imaginación de los demás animales, y aprende a dirigir su mirada sobre sí mismo, a considerarse objetivamente y, en cierta medida, a autoconocerse. El animal aprecia los movimientos de sus enemigos y de los seres a los que puede considerar amigos, y llega a obtener un conocimiento minucioso de las particularidades de unos y de otros. Renuncia, de una vez por todas, a enfrentarse con los ejemplares de una determinada especie, y al acercarse a ciertas especies de animales, adivina sus intenciones pacíficas o bélicas. Los orígenes de la justicia, de la templanza, de la valentía —en una palabra, de todo lo que designamos con el nombre de virtudes socráticas— están en los animales. Tales virtudes son una consecuencia de los instintos que llevan a buscar el sustento y a escapar de los enemigos. En consecuencia, si consideramos que todo lo que ha hecho el hombre superior ha sido elevar y refinar la calidad de sus

alimentos y la idea de lo que considera contrario a su naturaleza, habremos de concluir que el fenómeno moral es algo que afecta a todo el reino animal.

27

El valor de la creencia en las pasiones sobrehumanas. La institución matrimonial hace que se mantenga obstinadamente la creencia de que aunque el amor sea una pasión, se trata de una pasión susceptible de durar en cuanto a tal; de que la regla es el amor duradero, de que dura toda una vida. En virtud de la tenacidad de una noble creencia, sostenida a pesar de que sus refutaciones son tan frecuentes que casi constituyen la regla, la institución matrimonial ha revestido el amor de una nobleza superior. Toda aquella institución que ha otorgado a una pasión el convencimiento de que esta es duradera y la responsabilidad de hacer que sea así, aun en contra de lo que es en sí una pasión, le ha conferido un nuevo rango. Desde ese momento, quien se siente dominado por dicha pasión, no se verá disminuido ni en una situación de peligro, sino que, por el contrario, pensará que dicha pasión le eleva ante sus ojos y los de los demás. Consideremos las instituciones y costumbres que han convertido el arrebato pasional de un momento en una fidelidad eterna, el placer de la ira en una venganza eterna, la desesperación en un duelo eterno, la palabra de un día en un compromiso eterno y exclusivo. A causa de semejantes transformaciones, se ha introducido en el mundo mucha hipocresía y mucha mentira, pero también, y sólo a este precio, se ha generado una concepción sobrehumana que eleva al hombre.

28

La disposición de ánimo como argumento. ¿De dónde procede esa gozosa disposición de ánimo que se apodera de nosotros cuando vamos a realizar un acto? Esta cuestión ha preocupado mucho a los seres humanos. La respuesta más antigua y todavía muy extendida es que la causa de ello es Dios, quien nos hace saber así que aprueba nuestra decisión. En los tiempos en que se consultaba a los oráculos, quienes los interrogaban querían volver a sus casas con esa gozosa disposición de ánimo, y cuando se encontraban ante varias alternativas posibles, deshacían sus dudas diciéndose: «Haré lo que vaya acompañado de este sentimiento». No se decidían por lo más razonable, sino por aquello que, al imaginarlo, les colmaba el alma de resolución y de esperanza. En la balanza que determinaba la decisión pesaba más la buena disposición del alma que la razón, y ello porque se interpretaba dicha disposición de una forma supersticiosa, esto es, como el efecto producido por un Dios

que garantizaba, así, el éxito y que manifestaba mediante este lenguaje una sabiduría superior. Consideremos, sin embargo, las consecuencias que se siguen de semejante prejuicio cuando lo utilizaban —y lo utilizaban— individuos astutos y ávidos de poder. Disponiendo los ánimos favorablemente no hace falta dar ningún argumento y se pueden superar todas las objeciones.

29

Los comediantes de la virtud y del pecado. Entre los hombres que se hicieron célebres en la antigüedad a causa de su virtud hubo, al parecer, muchos que *representaban la comedia incluso delante de ellos mismos*. Ello ocurrió principalmente entre los griegos que, como cómicos consumados que eran, empezaron fingiendo inconscientemente para acabar convenciéndose de lo útil que resulta fingir. Por otra parte, como la virtud de cada uno competía y emulaba la virtud de otro o del resto, no se rehuía recurso alguno para hacer alarde de virtud. ¿De qué servía una virtud si no se podía hacer ostentación de ella o no quedaba por sí misma de manifiesto? El cristianismo puso un freno a estos comediantes de la virtud. Introdujo la costumbre de mostrar los pecados propios en público, de hacerlos ostensibles, e hizo que la gente *fingiera* ser pecadora, cosa que todavía hoy está bien considerada entre los buenos cristianos.

30

La crueldad refinada como virtud. He aquí una inclinación moral totalmente basada en la tendencia a lo distinguido, que no debe inspiramos demasiada confianza. ¿De qué inclinación se trata? ¿Qué segunda intención la rige? Consiste en tender a que el hecho de contemplarnos haga daño al prójimo, que despierte su espíritu de envidia, así como un sentimiento de impotencia y de inferioridad; en hacer que experimente lo amargo de su destino, poniéndole en la lengua una gota de «nuestra» miel, a la vez que les miramos de los pies a la cabeza con aire de superioridad. Ya le tenemos humillado, hasta el punto de que resulta perfecto en su humildad. Ahora buscad aquellos a quienes iba a atormentar, desde mucho tiempo atrás, a causa de su humildad, y pronto daréis con ellos. Aquel se muestra compasivo con los animales, y se le admira por ello, mientras que, de este modo, hace a determinadas personas objeto de su crueldad. Observad a un gran artista: el placer que saborea previamente al imaginar la envidia que despertará en sus rivales al superarles, le proporciona una energía que no le permitirá reposo alguno hasta no llegar a convertirse en una

celebridad. Considerad la castidad de la monja: ¡con qué ojos amenazadores mira a las mujeres que no llevan una vida retirada! ¡Qué alegría vengativa hay en esa mirada! El tema no da para mucho, pero sus variaciones son tan numerosas que nunca llegará a aburrirnos, pues afirmar que la moral de la distinción se reduce, en última instancia, al placer que proporciona la crueldad refinada, constituye una novedad demasiado paradójica y casi ofensiva. Ahora bien, he de señalar que me estoy refiriendo a la primera generación, pues cuando el hábito de una acción que distingue se hace *hereditario*, la intención última no se transmite (lo que se hereda son los sentimientos, no los pensamientos). De este modo, en la segunda generación no se da ya el goce de la crueldad, a menos que lo reactive la educación, quedando sólo el placer que suministra el hábito de esa acción por sí misma. Pero este placer constituye el primer grado del bien.

31

El orgullo del espíritu. El orgullo del individuo que rechaza la doctrina de que descendemos de los animales y que establece un gran abismo entre la Naturaleza y el hombre, se basa en un prejuicio relativo a la índole del espíritu, que es relativamente reciente. Durante el largo período que ha constituido la prehistoria de la humanidad, se creía que todas las cosas tenían espíritu, y que esto no era una prerrogativa del hombre. Como, por el contrario, se consideraba que lo espiritual (al igual que los instintos, las malicias, las inclinaciones) era patrimonio común y algo muy extendido, los hombres no se avergonzaban de descender de animales o de árboles (las razas nobles hasta se sentían honradas por semejantes leyendas). Se juzgaba, pues, que el espíritu es aquello que nos une a la Naturaleza, y no lo que nos separa de ella. De este modo, y también a consecuencia de un prejuicio, los seres humanos aprendieron a ser *modestos*.

32

El freno. Sufrir moralmente y descubrir luego que esta clase de dolor se basa en un error, es algo que nos indigna. El único consuelo consiste en afirmar mediante el dolor que existe un *mundo verdadero* más excelente, real y sólido que ningún otro. De este modo, se prefiere, con mucho, sufrir, con tal de sentirse transportado por encima de la realidad (sobre la base del convencimiento de que, así, nos acercamos a ese mundo más profundamente verdadero), que vivir sin dolor, pero privados de ese sublime sentimiento. En consecuencia, lo que se opone a la nueva interpretación de la

moral es el orgullo y la forma en que este se ha venido satisfaciendo. ¿De qué fuerza podemos hacer uso para neutralizar ese freno? ¿De una mayor dosis de orgullo? ¿De una nueva forma de orgullo?

33

El desprecio de las causas, de las consecuencias y de las realidades. Las desgracias que asaltan a un pueblo, tales como las tormentas, las sequías o las epidemias, despiertan en los individuos la idea de que han cometido faltas contra las costumbres, o hacen creer en todos los miembros del grupo que hay que inventar nuevas costumbres para aplacar a un nuevo poder sobrenatural o a un nuevo capricho de los demonios. Esta forma de sospechar o de razonar impide que se profundice en la verdadera causa natural y hace que la causa demoníaca se erija en la razón primera del hecho. He aquí uno de los factores que determinan los errores hereditarios del espíritu humano, junto con otro que le suele acompañar: el de conceder de un modo igualmente sistemático una atención mucho menor a las *consecuencias* verdaderas y naturales de un acto que a las sobrenaturales (los premios y los castigos divinos). Existe, por ejemplo, un precepto que exige bañarse en determinadas ocasiones, y los individuos no se bañan para estar limpios, sino porque está mandado. Con este precepto no se aprende a evitar las consecuencias reales de la suciedad, sino la supuesta cólera divina que se produciría en el caso de que no se cumpliera lo mandado. Bajo el peso de este miedo supersticioso, se concede más importancia de la que tiene al hecho de lavarse cuando se está sucio; se recurre a interpretaciones de segundo y de tercer orden, con lo que se destruye el placer natural del acto y su auténtico sentido, y se acaba por no dar importancia al hecho de lavarse más que *en función de su posible carácter simbólico*.

De este modo, bajo el imperio de la moral de las costumbres, el hombre menosprecia primero las causas, luego, las consecuencias, y, por último, la realidad, refiriendo todos sus sentimientos *elevados* (de veneración, nobleza, orgullo, gratitud, amor) *a un mundo imaginario*, al que llama mundo superior. Todavía cabe ver las consecuencias: desde el punto en que el sentimiento de un hombre *se eleva* de un modo u otro, entra en juego ese mundo imaginario. Es triste decirlo, pero el científico debiera sospechar, en principio, de todo *sentimiento elevado*, dadas las ilusiones y extravagancias con las que suelen ir mezclados. No quiero decir que estos sentimientos deban ser sospechosos en sí y en cualquier caso, sino que, de entre todas las purificaciones graduales que la humanidad tiene por delante, la de los sentimientos elevados será una de las más lentas.

34

Los sentimientos morales y los conceptos morales. Los sentimientos morales se transmiten mediante la herencia y la educación, como puede comprobarse en los niños, cuyo desarrollado instinto de *imitación* les impele a apropiarse el conjunto de simpatías y de antipatías de los adultos que les rodean. Más tarde, cuando tales sentimientos han pasado a formar parte de su naturaleza, analizan la conveniencia o inconveniencia de los motivos que los inspiran en relación a la vida. Ahora bien, la *exposición de motivos* que llevan a cabo no afecta ni al origen ni al grado de esos sentimientos, sino que se reduce a la necesidad que tiene un ser racional de ofrecer argumentos a favor y en contra de su conducta y de poder manifestarlos de un modo aceptable. De esta forma, la historia de los sentimientos morales difiere muchísimo de la historia de los conceptos morales. Los primeros obran *antes* de que actuemos; los segundos entran en juego después, y en virtud de la necesidad que tenemos de dar una explicación de nuestros actos.

35

Los sentimientos y el efecto que los juicios ejercen en ellos. Se nos dice que nos dejemos llevar de nuestro corazón o de nuestros sentimientos. Pero resulta que los sentimientos no son algo definitivo ni originario, tras ellos se encuentran juicios y apreciaciones que nos son transmitidas en forma de sentimientos (preferencias, antipatías). La inspiración que surge de un sentimiento es nieta de un juicio (y muchas veces de un juicio falso), y, en cualquier caso, de un juicio que no es nuestro. Dejarnos llevar por nuestros sentimientos equivale a obedecer a nuestro abuelo, a nuestra abuela y a los abuelos de estos, y no a esos dioses que habitan en nosotros y que son nuestra razón y nuestra experiencia.

36

Una devoción loca, cargada de segundas intenciones. ¿Será verdad que los inventores de las antiguas culturas, los que fabricaron los primeros utensilios, como cuerdas, carros, canoas y casas, los primeros que observaron la conformidad de las leyes cósmicas y de la tabla de multiplicar, fueron diferentes y superiores a los inventores de hoy? ¿Tendrían, entonces, los primeros pasos del progreso un valor que no podrían igualar, en el campo de los descubrimientos, todos nuestros viajes, todas nuestras navegaciones alrededor del mundo? Quien así habla es el prejuicio, y lo hace

para restar mérito al ingenio de hoy. Sin embargo, es evidente que, en los primeros tiempos, el mejor inventor, el mejor observador y el benéfico inspirador de aquellas ingeniosas épocas fue el azar, mientras que hasta en las invenciones más insignificantes que se realizan hoy en día se emplea más ingenio, más energía y más imaginación científica de la que se desplegó antaño a lo largo de enormes períodos de tiempo.

37

Conclusiones equivocadas que se sacan a partir de la utilidad. Cuando se trata de demostrar la gran utilidad de algo, no se dice absolutamente nada respecto a su origen, lo que demuestra que no se puede explicar el origen de algo recurriendo a su utilidad. Pese a ello, el juicio que ha dominado hasta hoy, incluso en el campo de las ciencias más rigurosas, es que la existencia de algo constituye un índice de su necesidad. ¿No llegaron los astrónomos al extremo de pretender que la presunta utilidad de los satélites (sustituir la luz del sol en los casos en que una gran distancia debilitaba sus rayos, para que los habitantes de un astro no careciesen de luz) era la causa última de los mismos y lo que explicaba su origen? Recordemos, igualmente, el razonamiento de Cristóbal Colón: la tierra ha sido hecha para el hombre; por consiguiente, donde haya tierra firme, tiene que estar habitada. «¿Cómo va a esparcir el sol sus rayos sobre la nada? ¿Cómo se va a derrochar durante la noche el brillo de las estrellas sobre unos mares sin surcar y unas regiones deshabitadas?».

38

Los instintos transformados por los juicios morales. Un mismo instinto pasa a ser o el doloroso sentimiento de la *cobardía*, bajo el impacto de la censura que las costumbres ejercen sobre él, o el sentimiento grato de la *humildad*, cuando cae en manos de una moral como la cristiana que lo califica de «bueno». Lo que supone que un mismo instinto proporcionará unas veces buena conciencia y otra mala. En sí, *como todo instinto*, es independiente de la conciencia, no posee carácter ni intención morales; ni siquiera va acompañado de un placer o un dolor determinados. Todo esto lo adquiere como una segunda naturaleza cuando se relaciona con otros instintos que ya han sido bautizados como buenos o como malos, o cuando se le aplica a un ser que la gente ya ha caracterizado y valorado moralmente.

Así, los antiguos griegos experimentaban la *envidia* de una forma diferente a nosotros. Hesíodo la incluye entre los efectos de la Eris *buena* y bienhechora, y nadie

dudaba de que los dioses tenían algo de envidiosos. Esto es comprensible en una situación cuyo espíritu era la lucha, a la que se consideraba como algo bueno y apreciable. Del mismo modo, los griegos se distinguían de nosotros en la valoración que les merecía la *esperanza*, a la que juzgaban como una especie de ceguera y de perfidia. Hesíodo expresó en una fábula lo más violento que se puede decir contra la esperanza, y lo que señala nos resulta tan ajeno que ningún intérprete moderno lo ha podido comprender, dado que es contrario al nuevo espíritu emanado del cristianismo, para el cual la esperanza constituye una virtud. Entre los griegos, en cambio, conocer el futuro no parecía algo totalmente inaccesible, y en muchísimos casos existía incluso el deber religioso de averiguar el porvenir. Mientras que nosotros nos contentamos con la esperanza, los griegos, basándose en las profecías de los adivinos, la menospreciaban, colocándola incluso entre los males y los peligros. Los judíos, que consideraban la *cólera* de una forma diferente a nosotros, la santificaron; por eso situaron tan alta la sombría majestad del hombre dominado por la cólera, que un europeo no puede captarla; concibieron la santidad de Jehová encolerizado, a partir de la santidad de sus profetas encolerizados. Según esta medida, los europeos más coléricos no son, en cierto modo, sino criaturas de segundo orden.

39

El prejuicio del «espíritu puro». Dondequiera que ha imperado la doctrina de la *espiritualidad pura*, ha destruido con sus excesos la fuerza nerviosa. Enseña que hay que despreciar el cuerpo, descuidarle y mortificarle; que el hombre mismo, a causa de sus instintos, ha de mortificarse y despreciarse. Produce almas sombrías, rígidas y oprimidas, que creen conocer la causa de sus miserias y esperan poder eliminarla. Pensaban: «La causa debe encontrarse en el cuerpo, que aún está demasiado pujante», cuando, en realidad, la carne, con sus dolores, no dejaba de rebelarse contra el constante desprecio a la que se veía sometida. Un nerviosismo exagerado, convertido en fenómeno general y crónico, acaba siendo la característica de esos virtuosos espíritus puros, que no conocen el goce más que bajo la forma del éxtasis y de otros estados de locura. Su sistema llegaba al apogeo cuando consideraban que el éxtasis era el punto culminante de la vida y la piedra de toque para condenar todo lo terreno.

40

Las investigaciones de las costumbres. Los numerosos preceptos morales que se extraían apresuradamente de un acontecimiento singular y extraño en un momento

determinado, acababan pronto por hacerse incomprensibles. Deducir las intenciones a las que obedecían estos preceptos resultaba tan difícil como determinar los castigos que debían disuadir las transgresiones. Se despertaban dudas incluso respecto al orden de sucesión de las ceremonias, y mientras los hombres trataban de ponerse de acuerdo en relación a este tema, iba creciendo en importancia el objeto de semejante investigación, hasta el punto de que lo más absurdo de una costumbre acababa convirtiéndose en algo sacrosanto. No juzguemos a la ligera el esfuerzo que ha dedicado la humanidad a esto durante milenios, y menos todavía el efecto que tales investigaciones ejercían en las costumbres. Estamos ante el enorme radio de acción de la inteligencia, en el que no sólo se desarrollaron y perfeccionaron las religiones, sino donde también la ciencia tuvo sus precursores venerables, aunque todavía terribles. En este terreno se formaron y crecieron el poeta, el pensador, el médico y el legislador. El temor a lo ininteligible, que, de una forma equívoca, exige de nosotros ceremonias, fue adquiriendo paulatinamente el atractivo de lo que resulta difícil de entender, y cuando no se lograba descifrar el misterio, entraba en juego la creencia.

41

Para determinar el valor de la vida contemplativa. Aunque seamos hombres dedicados a una vida contemplativa, no olvidemos las miserias y maldiciones que hubieron de sufrir los hombres de la vida activa, a causa de su rechazo de la contemplación; en suma, qué cuenta nos tendría que pasar la vida activa si nos enorgulleciésemos demasiado de los beneficios que reportamos. *En primer lugar*, nos achacarían las almas *religiosas* que, por su cuantía, predominan entre los contemplativos, constituyendo, así, su especie más común, y que en toda época han hecho todo lo posible para que la vida les resultara difícil a los hombres prácticos, llegando incluso a aburrirles, oscureciendo el cielo, eclipsando el sol, haciendo sospechosa la alegría e inútil la esperanza, paralizando la actividad. Esto es lo que han sabido hacer, junto con estar siempre dispuestos a prodigar a las épocas y a los sentimientos miserables sus consuelos, sus limosnas, sus brazos abiertos y sus bendiciones. *En segundo lugar*, los artistas, una clase de contemplativos más escasa que los religiosos, pero bastante frecuente. En cuanto a sus personas resultan, por lo general, insoportables: son caprichosos, envidiosos, violentos y quisquillosos. Con todo, hay que compensar esta impresión reconociendo la serenidad o la noble exaltación que producen sus obras. *En tercer lugar*, los filósofos, una clase en la que intervienen conjuntamente factores religiosos y artísticos, a los que se une un tercer elemento: El dialéctico, el afán de discutir. También estos han hecho daño, de la misma forma que los religiosos y los artistas, y, además, con su inclinación a la

dialéctica, han aburrido a mucha gente; pero su número fue siempre muy reducido. *En cuarto lugar*, los investigadores científicos, teóricos y experimentales, que pocas veces han tratado de hacerse notar, contentándose con ir abriendo silenciosamente sus agujeros de topo, lo cual ha hecho que ni aburran ni deleiten. Como han sido objeto de irrisión y de burla, sin pretenderlo, han aliviado o divertido a los hombres dedicados a la vida activa. Por otra parte, la ciencia ha llegado a reportar una gran utilidad a todo el mundo. *Gracias a esta utilidad*, muchos hombres predestinados a la vida activa se han abierto camino hacia la ciencia a base de sudores, de maldiciones y de quebraderos de cabeza, cosa que la mayoría de los investigadores científicos, teóricos y experimentales, no está dispuesta a soportar, pese a no ser más que «la miseria generada por nosotros mismos».

42

El origen de la vida contemplativa. En las épocas bárbaras, cuando imperan ideas pesimistas sobre los hombres y el mundo, el individuo, confiando en la plenitud de sus fuerzas, procuraba comportarse siempre de acuerdo con dichas ideas, es decir, ponerlas en práctica mediante la caza, el saqueo, la emboscada, la crueldad y el homicidio, o a través de las formas atenuadas de estos actos, que se toleraban dentro de la comunidad. Sucedía, sin embargo, que cuando decaía el vigor del individuo, al estar cansado o enfermo, melancólico o satisfecho, y, en consecuencia, sin deseos ni apetitos temporalmente, se convertía en un hombre mejor en comparación, menos peligroso, y sus ideas pesimistas sólo se manifestaban en palabras y en reflexiones sobre sus compañeros, su mujer, su vida o sus dioses, por ejemplo. Los juicios que entonces emitía eran *malos*. En este estado de ánimo, el hombre se convertía en pensador y en profeta, o si ampliaba sus supersticiones con el uso de su imaginación, creaba nuevas costumbres o satirizaba a sus enemigos. Sin embargo, imaginara lo que imaginara, todos los productos de su espíritu reflejaban necesariamente su estado psicológico, es decir, el aumento del miedo y del cansancio, la disminución de la valoración que le merecían el obrar y el disfrutar. Esta forma de pensar tenía que corresponder necesariamente a los elementos del estado de ánimo poético, imaginativo y sacerdotal; por lo que acabaron imponiéndose los juicios malos. Posteriormente, a quienes hacían de continuo lo que antaño sólo hacía el individuo que se hallaba en esa disposición de ánimo, a quienes emitían juicios malos, vivían melancólicamente y actuaban poco, se les llamó poetas o pensadores, sacerdotes o *médicos*. Como no obraban lo suficiente, de buen grado les hubieran despreciado e incluso expulsado de la comunidad; pero en esto se veía un peligro: esos extraños individuos estaban sobre la pisa de la superstición y sobre las huellas del poder

divino, y no se dudaba de que disponían de secretos relativos a fuerzas desconocidas. Este grado de estimación se tributó a las *más antiguas generaciones de caracteres contemplativos*, estimación que correspondía exactamente al grado de temor que inspiraban. De esta forma enmascarada, con esta dudosa respetabilidad, con un corazón malo y un espíritu a veces atormentado, hizo su aparición la contemplación, débil y terrible a la vez, despreciada interiormente y cubierta en público de muestras de respeto supersticioso. En esta cuestión hay que decir como siempre: *Pudenda origo*!

43

La cantidad de fuerzas que debe reunir hoy el pensador. Antiguamente se pensaba que la auténtica elevación del espíritu consistía en remontarse a la abstracción y dejar a un lado las consideraciones de los sentidos; pero hoy no podemos seguir sustentando esa forma de pensar. La embriaguez que producían las más pálidas imágenes de las palabras y de las cosas, el trato con seres invisibles, imperceptibles, intangibles, eran considerados como un existir en otro mundo superior, existencia que tenía su origen en un profundo desprecio del mundo perceptible por los sentidos, al que se tachaba de seductor y de malo. Decían: «Estas cosas abstractas no sólo no nos engañan, sino que pueden servirnos de guía». Esta creencia actuaba como un impulso para elevarse a la cima. Sin embargo, lo que se consideró como *algo superior* en los tiempos primitivos de la ciencia no fue el contenido de estos juegos intelectuales, sino los juegos mismos. De ahí la admiración que sentía Platón hacia la dialéctica, y su fe entusiasta en la relación necesaria que debe guardar con esta el hombre bueno, liberado de la esclavitud de los sentidos.

No sólo se fueron descubriendo paulatinamente y por separado las diferentes formas de conocimiento, sino también los medios del conocimiento en general: las condiciones y las operaciones que en el hombre preceden al conocimiento. Y siempre parecía que la operación o los estados anímicos que se acababan de descubrir no eran un medio para llegar al conocimiento, sino el fin buscado, la esencia y la suma de lo que hay que conocer. El pensador precisa imaginación, arrebato, abstracción, espiritualidad, inventiva, presentimiento, inducción, dialéctica, deducción, crítica, división del material, pensamiento impersonal, contemplación y síntesis, y, en no menor grado, requiere sentido de la justicia y amor a todo lo existente; pero todo esos medios han sido considerados alguna vez y separadamente, a lo largo de la historia de la *vida contemplativa*, como fines, y como fines supremos, y han suministrado a sus descubridores esa beatitud que inunda el alma cuando es iluminada por el resplandor de un fin *supremo*.

44

Origen y significación. ¿Por qué me viene constantemente a la cabeza esta idea y reviste cada vez colores más vivos? Me refiero a la idea de que *antiguamente*, cuando los filósofos buscaban el origen de las cosas, suponían siempre que acabarían encontrando algo inapreciablemente valioso para toda clase de actos y de juicios. Hasta imaginaban *previamente* que la salvación del hombre dependía del conocimiento que tuviera del origen de las cosas. Hoy, en cambio, cuanta mayor atención prestamos a investigar los orígenes, menos interés nos suscita esta operación. Por el contrario, todas nuestras apreciaciones, todo el interés que concedemos a las cosas, comienzan a perder su significación a medida que retrocedemos en el conocimiento para captar las cosas más de cerca. *Con la intelección del origen, aumenta la insignificancia de ese origen*, mientras que lo *cercano*, lo que está en nosotros y a nuestro alrededor, empieza poco a poco a mostrar una gran riqueza y variedad de colores, de enigmas y de significaciones, que los antiguos no sospecharon ni en sueños. Antes los pensadores daban vueltas como fieras enjauladas, poseídos de una rabia interior, con la mirada fija en los barrotes de la jaula, contra los que se arrojaban a veces tratando de romperlos; y quien creía ver algo de fuera, algo situado en un más allá lejano, se consideraba *feliz*.

45

Desenlace trágico del conocimiento. De entre todo lo que ha exaltado al hombre, lo que más le ha elevado y espiritualizado, en cualquier época, han sido los sacrificios humanos. Hay una prodigiosa idea que incluso hoy supera a cualquier otra aspiración, triunfando hasta sobre las más victoriosas. Me refiero a la idea de que *la humanidad se sacrifique*. Pero ¿a quién iba a sacrificarse? Evidentemente, podríamos jurar que si la constelación de esta idea apareciera alguna vez en el horizonte, el único objeto grandioso que correspondería a tamaño sacrificio sería el conocimiento de la verdad, ya que ningún sacrificio es poco si se hace en aras del conocimiento. Sin embargo, este problema no se ha planteado nunca; jamás se han preguntado los hombres qué medios habría que utilizar para llevar a toda la humanidad al sacrificio, y menos aún qué instinto de conocimiento impulsaría a la humanidad a ofrecerse en holocausto, para morir con la luz de una sabiduría brillando anticipadamente ante sus ojos. Tal vez cuando lleguemos a fraternizar con los habitantes de otros planetas, a fin de alcanzar un mayor conocimiento, y cuando, después de milenios, hayamos transmitido nuestro saber de una estrella a otra, la ola de entusiasmo que levante el conocimiento pueda llegar a semejante altura.

46

Dudar de que se duda. «¡Qué buena almohada es la duda para una cabeza bien equilibrada!». Esta frase de Montaigne exasperó siempre a Pascal, porque nadie ha deseado como él una buena almohada. ¿A qué se debería esto?

47

Las palabras nos obstaculizan el camino. Siempre que los hombres de las primeras épocas introducían una palabra, creían haber realizado un descubrimiento, haber resuelto un problema. ¡Qué error el suyo! Lo que habían hecho era plantear un problema y levantar un obstáculo que dificultaba su solución. Ahora, para llegar al conocimiento, hay que ir tropezando con palabras que se han hecho duras y eternas como las piedras, hasta el punto de que es más difícil que nos rompamos una pierna al tropezar con ellas que romper una de esas palabras.

48

«Conócete a ti mismo»: a esto se reduce toda la ciencia. Sólo cuando el hombre haya llegado a obtener el conocimiento de todas las cosas podrá conocerse a sí mismo, pues las cosas no son más que las fronteras del hombre.

49

Un nuevo sentimiento básico: nuestra naturaleza definitivamente perecedera. Antiguamente se intentaba despertar el sentimiento de la soberanía del hombre, apelando a su *origen* divino. Este camino nos está hoy vedado, pues en su entrada hay un mono, con otros animales de aspecto no menos espantoso. Ese mono rechina los dientes, como si dijera: «¡No avances en esta dirección!». En consecuencia, se intenta ir en dirección opuesta: el camino que *sigue* la humanidad debe servir de prueba de su soberanía y de su naturaleza divina. Pero, lamentablemente, esto tampoco conduce a nada. Al final de ese camino se encuentra el sarcófago del último hombre que entierre a los muertos (con esta inscripción: *Nihil humani a me alienum puto*).

Cualquiera que sea el grado que pueda alcanzar la evolución humana —y acaso

terminará siendo inferior a lo que fue al principio—, no tiene medio alguno de acceder a un orden superior, como la hormiga o el tábano. Acabada su carrera terrenal, el hombre está muy lejos de entrar en la eternidad o de reposar en el reino de los cielos. El *devenir* arrastra tras de sí todo el pasado. ¿Por qué un pequeño planeta y una miserable especie animal de ese planeta iban a constituir una excepción en medio de ese espectáculo eterno? Dejemos a un lado estos sentimentalismos.

50

La fe en la embriaguez. Los hombres que viven momentos de sublime arrebato y que, en estado normal, se sienten miserables y desconsolados a causa del contraste y de su enorme desgaste de fuerza nerviosa, consideran esos momentos como la auténtica manifestación de ellos mismos, de su yo, y piensan, por el contrario, que la miseria y la desolación son efectos de su no-yo. Por eso quieren vengarse de los que les rodean, de su época y de *todo* lo que significa *su mundo*. La embriaguez les parece la verdadera vida, el verdadero yo, no viendo en los demás sino enemigos que tratan de impedirles o de obstaculizarles el disfrute de su embriaguez, ya sea esta intelectual, moral, religiosa o artística. Una buena parte de los males de la humanidad se debe a estos ebrios entusiastas, ya que siembran incansablemente la semilla del descontento con uno mismo y con el prójimo, del desprecio del mundo y de la época en que viven, y sobre todo el desaliento. Puede que todo un infierno de *criminales* no hubiera bastado para producir unas consecuencias tan nefastas y duraderas, unos efectos tales de pesadez y de inquietud que corrompen la tierra y el aire, y que es lo que lega ese pequeño grupo de individuos desenfrenados, lunáticos y medio locos, de genios que no saben controlarse, que sólo disfrutan plenamente de sí mismos extraviándose por entero; mientras que el criminal, en cambio, da muchas veces muestras de un admirable dominio de sí mismo, de sacrificio y de sabiduría, contribuyendo a mantener vivas estas cualidades en los que le temen. Para él, la bóveda celeste que se eleva sobre la vida se va tornando quizá oscura y peligrosa, pero la atmósfera sigue siendo saludable y clara. Por otra parte, esos iluminados hacen todo lo que pueden para implantar en la vida la fe en la embriaguez espiritual, como si esta fuera la vida por excelencia. Se trata, ciertamente, de una creencia terrible. Al igual que hoy se corrompe a los salvajes con aguardiente, hasta hacerles perecer, toda la humanidad ha sido envenenada lenta y radicalmente por los aguardientes espirituales que producen esos sentimientos embriagadores y por quienes mantenían vivos el deseo de experimentar dichos sentimientos. Hasta puede que la humanidad perezca por esta causa.

51

Tal como somos. «Seamos indulgentes con los grandes tuertos», dijo Stuart Mili, como si hubiese que mostrar indulgencia con aquello que habitualmente nos inspira fe e incluso admiración. Yo digo: seamos indulgentes con los hombres que tienen los dos ojos sanos, con los grandes y con los pequeños, porque, siendo como somos, no podremos ir más allá de la indulgencia.

52

¿Dónde se encuentran los nuevos médicos del alma? Las formas de consolar al afligido son las que han conferido a la vida ese carácter tan sumamente miserable que ahora se le atribuye. La enfermedad más grave que padecen los seres humanos tiene su origen en la lucha contra las enfermedades: a largo plazo, los presuntos remedios ocasionan consecuencias peores que las que trataban de evitar. Por ignorancia se han considerado como remedios narcóticos y anestésicos de acción rápida, a los que se ha llamado calmantes, sin caer en la cuenta de que no tenían un carácter puramente curativo. No se ha considerado que este alivio pasajero produce a veces una profunda y generalizada alteración de la salud; que el enfermo padece los efectos de la embriaguez; luego, los de la ausencia de esta, y, por último, una sensación de ansiedad y opresión, temblores nerviosos y malestar general. Cuando la enfermedad había llegado a un estado avanzado, ya no se curaba. Quienes se ocupaban entonces del enfermo eran esos acreditados y venerados médicos del alma. Se ha dicho, con razón, que Schopenhauer ha vuelto a considerar seriamente los dolores de la humanidad. Pero ¿dónde está el que va a tomarse al fin en serio el antídoto contra esos dolores, el que ponga en la picota esa incalificable palabrería que la humanidad ha utilizado hasta hoy para tratar las enfermedades de su alma, con el uso de los términos más sublimes?

53

El abuso que se comete contra las personas de conciencia. Las personas de conciencia, y no las que carecen de ella, fueron las que tuvieron que sufrir terriblemente bajo el peso de las exhortaciones a la penitencia y del miedo al infierno, sobre todo si eran individuos imaginativos. De este modo, se les amargó la vida a quienes más necesidad tenían de paz y de imágenes agradables, no sólo para confortarse y curarse ellos, sino también para que la humanidad pudiera recrearse en

su autocontemplación y absorber el resplandor de su propia belleza. Pero ¡ay!, ¡cuánta crueldad gratuita y cuánto martirio han causado las religiones que inventaron el pecado y los individuos que se valieron de ellas para disfrutar al máximo del poder!

54

Las ideas sobre la enfermedad. Creo que ya es algo —y no poco— apaciguar la imaginación del enfermo para que el pensar en su enfermedad no le haga sufrir *más* que la propia enfermedad. ¿Comprendéis, entonces, en qué consiste vuestra misión?

55

Los «caminos». Los caminos considerados *más cortos* han sido siempre los que mayores peligros han hecho correr a la humanidad. Cada vez que se anuncia a esta la buena nueva de que se ha encontrado uno de tales atajos, se extravía y *pierde su camino*.

56

El apóstata del espíritu libre. ¿Quién va a sentir aversión contra un hombre piadoso y seguro de su fe? ¿No lo miramos, por el contrario, con silenciosa veneración, alegrándonos al verlo, lamentando profundamente que estos hombres excelentes no abriguen los mismos sentimientos que nosotros? ¿De dónde procede, entonces, esa aversión repentina e irrazonable que experimentamos contra el que, después de haber *disfrutado* de una completa libertad de espíritu, *se vuelve creyente*? Cuando pensamos en esto, tenemos la impresión de haber presenciado un espectáculo repugnante, cuyo recuerdo desearíamos borrar de pronto de nuestra memoria. ¿No volveríamos la espalda al hombre más venerado, si tuviésemos la más mínima sospecha de él respecto a este punto? Y que conste que no le condenaríamos desde el punto de vista moral, sino en virtud de la repugnancia y del espanto que se apoderaría de nosotros súbitamente. ¿De dónde procede este sentimiento tan estricto? Posiblemente no faltará quien diga que, en el fondo, lo que sucede es que no tenemos la suficiente seguridad en nosotros mismos; que plantamos a nuestro alrededor, en el momento preciso, la valla del desprecio más espinoso, para que, al llegar el instante decisivo en que la edad nos haga débiles y olvidadizos, no podamos ya saltar esa

valla de nuestro desprecio.

Con toda sinceridad, este supuesto es falso, y quien parte de él no tiene ni la menor idea de qué es lo que agita y determina a un espíritu libre. ¡Qué poco despreciable le parece a un espíritu libre el hecho en sí de cambiar de opinión! ¡Cuánto venera, en cambio, el poder cambiar de opinión, cualidad poco común y superior, sobre todo cuando se conserva hasta una edad avanzada! Su orgullo (y no la pusilanimidad) le lleva incluso a coger las frutas prohibidas del *spemere se spemi* y del *spemere se ipsum*, sin que le disuada de ello el miedo que atenaza a los engreídos y a los perezosos. Por otra parte, la doctrina de que *todas las opiniones son inocentes*, le parece tan cierta al espíritu libre como la doctrina de que *todos los actos son inocentes*. ¿Cómo iba a erigirse, entonces, en juez y en verdugo de los apóstatas de la libertad intelectual? La visión de esta apostasía le afecta, en cambio, del mismo modo que a un médico la contemplación de una enfermedad repugnante. La repugnancia física ante lo flácido, lo reblandecido, lo purulento se impone momentáneamente a la razón y a la voluntad de asistir a otro. De esta forma, nuestra buena voluntad queda abatida ante la idea de la monstruosa deslealtad que ha tenido que dominar al apóstata del espíritu libre y ante la idea de la degeneración absoluta que corroe hasta la médula de su carácter.

57

A nuevo temor, nueva incertidumbre. El cristianismo había extendido sobre la vida una amenaza nueva y sin límites, y, a la vez, había creado certidumbres, goces y deleites completamente nuevos, así como nuevas valoraciones de las cosas. Nuestro siglo niega que exista esa amenaza con la conciencia tranquila; y, no obstante, sigue arrastrando tras de sí los viejos hábitos de la certidumbre cristiana, del goce, del deleite y de la valoración cristianos. Y ello hasta en sus más nobles artes y filosofías. ¡Qué débil y gastado, qué cojo y torpe, qué arbitrariamente fanático y, sobre todo, qué erróneo debe parecer hoy todo esto, cuando se ha perdido ese terrible contraste de su certeza que era el omnipresente miedo del cristianismo por su salvación *eterna*!

58

El cristianismo y las pasiones. En el cristianismo se vislumbra una gran protesta popular contra la filosofía: la razón de los sabios antiguos había apartado a los hombres de las pasiones; el cristianismo quiere devolver las pasiones a los hombres. Con esta finalidad, niega todo valor moral a la virtud, tal como la entendían los

filósofos, esto es, como una victoria de la razón sobre la pasión; condena, en términos generales, toda forma de buen sentido, e incita a las pasiones a que se manifiesten con su mayor grado de fuerza y de esplendor como *amor* de Dios, *temor* de Dios, *fe fanática* en Dios, *esperanza* ciega en Dios.

59

El error como bebida reconfortante. Dígase lo que se quiera, lo cierto es que el cristianismo ha tratado de librar al hombre del peso de los compromisos morales, creyendo que le mostraba *el camino más corto hacia la perfección*. Igualmente, algunos filósofos creyeron poder prescindir de la dialéctica larga y laboriosa y de la recogida de datos estrictamente comprobados, sobre el supuesto de que hay *un camino real que lleva a la verdad*. En ambos casos esto constituye un error, pero también una bebida reconfortante para los desesperados que se mueren de cansancio en medio del desierto.

60

Todo espíritu acaba volviéndose visible corporalmente. El cristianismo se ha ido incorporando el espíritu de un número incalculable de individuos que necesitaban ser dominados, de todos esos sutiles o burdos entusiastas de la humillación y de la devoción. De este modo, dejó a un lado su rústica tosquedad —como se observa claramente en la primera imagen del apóstol San Pedro, por ejemplo—, para convertirse en una religión muy espiritual, con el rostro lleno de arrugas, subterfugios y sinuosidades. Dicha religión ha proporcionado ingenio a la humanidad en Europa, y no se ha contentado con volverla astuta desde el punto de vista teológico. Con este ingenio, unido al poder y muchas veces a una profunda convicción y a una lealtad abnegada, ha configurado las individualidades más sutiles que hubo jamás en las sociedades humanas: los individuos del clero católico en sus jerarquías más elevadas, sobre todo cuando procedían de familias nobles y aportaban, desde la cuna, unos ademanes dotados de una gracia innata, una mirada dominadora, unas manos hermosas y unos pies finos. Su rostro reflejaba esa espiritualidad que produce el flujo constante de dos clases de felicidad (la del sentimiento de poder y la del sentimiento de sumisión), después de que una forma de vida preconcebida haya dominado a la bestia en el hombre. Su actividad consistía en bendecir, en perdonar los pecados, en representar a Dios y en mantener siempre despierto, en el alma y *hasta en el cuerpo*, el sentimiento de una misión sobrehumana. En tales individuos imperaba ese noble

desprecio hacia la fragilidad corporal, el bienestar y la felicidad, que corresponde a los guerreros natos; ese obedecer con orgullo, que caracteriza a todos los aristócratas; el idealismo y la excusa que este supone, dada la enorme imposibilidad de su tarea. La imponente hermosura y la sutileza de los príncipes de la Iglesia han constituido siempre ante el pueblo una demostración de la verdad de la Iglesia. El envilecimiento pasajero del clero —como el que se dio en la época de Lutero— genera el efecto contrario. ¿Se perderá cuando desaparezcan las religiones *este* efecto de la belleza y de la sagacidad humana en la armonía del físico externo, del ingenio y de la misión? ¿No habría forma de lograr algo más elevado, o por lo menos de intentarlo?

61

El sacrificio necesario. Los hombres serios, firmes, leales, sumamente sensibles, que siguen siendo cristianos de corazón, están obligados, por respeto propio, a tratar de vivir sin el cristianismo durante algún tiempo; deben *a su fe* el escoger *residir en el desierto*, con la finalidad de adquirir el derecho a que se les juzgue respecto al problema de si el cristianismo es o no necesario. Mientras no hagan esto, vivirán apegados a su terruño, desde donde insultarán a todo aquel que viva más allá del mismo y hasta se irritarán cuando alguien les dé a entender que en ese más allá se encuentra el mundo entero y que el cristianismo no es más que un rincón. No; vuestro testimonio sólo tendrá peso cuando hayáis vivido algunos años sin el cristianismo, cuando deseéis sinceramente poder existir sin él, cuando os hayáis alejado totalmente de él. Vuestro regreso a él tendrá un auténtico significado, no cuando sea la nostalgia lo que os haga volver al redil, sino cuando vuestro juicio se base en una estricta comparación. Eso es lo que harán los hombres del futuro con todos los valores del pasado; es preciso, pues, *revivir* voluntariamente esos valores alguna vez, así como los valores opuestos, para acabar teniendo el derecho a pasarlos por la criba.

62

El origen de las religiones. ¿Cómo es posible que alguien considere como una revelación lo que no es más que su propia opinión sobre las cosas? Pues este es el problema del origen de las religiones: que siempre ha habido un individuo en el que podía darse este fenómeno. La primera condición es que creyera previamente en las revelaciones. Un buen día, le asalta de pronto una nueva idea, su idea, y lo que tiene de embriagador toda gran hipótesis personal que afecte a la existencia y al mundo entero, penetra con tanta fuerza en su conciencia, que no se atreve a pensar que él es

el creador de semejante beatitud, y atribuye la causa y el origen de su pensamiento a su Dios, a una revelación de ese Dios. ¿Cómo va a ser un hombre el causante de una felicidad tan enorme?, se pregunta con una duda pesimista. Pero hay, además, otras palancas que actúan en secreto: por ejemplo, se fortalece la opinión que uno tiene de sí mismo cuando la considera como una revelación, pues, de este modo, se la despoja de lo que tiene de hipotético, se la sustrae a la crítica y a la duda, y se la hace sagrada. Bien es cierto que con ello el hombre queda reducido a la categoría de órgano, pero nuestro pensamiento acaba venciendo bajo el nombre de pensamiento divino, y este sentimiento de victoria termina imponiéndose al sentimiento de haberse rebajado. Por otra parte, cuando el hombre sitúa por encima de sí aquello que ha producido, dejando a un lado su valía personal, experimenta profundamente otro sentimiento: el de la alegría, el amor y el orgullo de la paternidad; y ese sentimiento borra todo lo demás.

63

El odio al prójimo. Si consideramos al prójimo como él se autoconsidera —Schopenhauer llama a esto compasión, aunque sería más exacto calificarlo de autopasión—, tendríamos que odiarle, en el caso de que, como Pascal, se crea merecedor de odio. Este fue el sentimiento que tuvo Pascal hacia los hombres en general, al igual que el de los primeros cristianos que, en tiempos de Nerón, estaban convencidos, según constata Tácito, del *odium generis humani*.

64

Los desesperados. El cristianismo tiene un olfato de sabueso para percibir a aquellos individuos a los que, de un modo u otro, se les puede llevar a la desesperación (sólo una parte de la humanidad es susceptible de ello). Siempre está buscándolos, acechándolos. Pascal trató de llevar a los hombres a la desesperación, en base a un conocimiento más penetrante e incisivo. Al fracasar en su intento, se redobló su propia desesperación.

65

El brahmanismo y el cristianismo. Hay reglas para llegar a experimentar el sentimiento de poder: unas, para quienes son capaces de dominarse a sí mismos, y a

los que, en consecuencia, ya les resulta familiar este sentimiento de dominio; y otras para los que no saben dominarse. El brahmanismo ha interesado a la primera clase de hombres; el cristianismo a la segunda.

66

La facultad de ver visiones. Durante toda la Edad Media, el signo auténticamente distintivo de la humanidad superior radicaba en la facultad de ver visiones, es decir, de ser afectado por un profundo trastorno cerebral. En el fondo, las reglas de vida de todos los individuos superiores de dicha época (los caracteres religiosos) tendían a conseguir que el hombre pudiera tener visiones. ¿Qué tiene de raro que haya llegado hasta nuestros días un aprecio exagerado hacia los individuos desequilibrados, lunáticos y fanáticos, que se dicen geniales? Suele decirse que tales sujetos han visto cosas que otros no ven. Y es cierto, pero esto debe ponernos en guardia contra ellos, en lugar de volvernos crédulos.

67

El precio de los creyentes. Aquel que tiene tanto empeño en que se crea en él, que promete el cielo como recompensa a todo el que sustenta esa creencia, incluyendo al ladrón que muere en una cruz, ha debido sufrir dudas terribles y experimentado todo tipo de crucifixiones; de no ser así, no pagaría tan caro el tener creyentes.

68

El primer cristiano. Todo el mundo sigue creyendo que el *Espíritu Santo* ejerce un papel activo y sufre de rechazo las consecuencias de esa creencia. Si alguien abre la Biblia es para *edificarse*, para descubrir en ella una palabra de consuelo a sus propias miserias, grandes o pequeñas; en suma, se busca a sí mismo y se encuentra. Pero a excepción de unos pocos eruditos, ¿quién sabe que la Biblia contiene también la historia del apóstol San Pablo, esto es, la historia de una de las almas más ambiciosas e impacientes, de un espíritu tan lleno de superstición como de astucia? Y, no obstante, sin esta historia singular, sin este tormentoso y turbado espíritu, sin un alma así, no existiría el mundo cristiano; apenas habríamos oído hablar de una oscura secta judía cuyo cabeza murió crucificado. Bien es cierto que si se hubiera entendido

a tiempo dicha historia, si se hubieran *leído verdaderamente* los escritos de San Pablo, no como si fueran revelaciones del Espíritu Santo, sino con la rectitud de un espíritu libre y espontáneo, sin pensar en las miserias personales —durante mil quinientos años no ha habido lectores así—, el cristianismo hubiese desaparecido desde hace tiempo. Tan cierto es que los escritos de este Pascal judío nos ponen al descubierto los orígenes del cristianismo, como que las obras del Pascal francés nos revelan su destino y la razón de su declive fatal. A la historia de ese individuo singular, de ese espíritu atormentado, digno de compasión, de ese hombre desagradable para los demás y para sí mismo, se debe que la barca del cristianismo arrojara una buena parte de su lastre judío, que pudiera penetrar en las aguas del paganismo.

San Pablo padecía un idea fija, o más bien, un *interrogante* fijo y siempre abrasador: saber qué relación guardaba con la ley judía, con *el cumplimiento de esa ley*. En su juventud quiso responder por sí mismo a sus dudas, ávido de esa distinción suprema que eran capaces de concebir los judíos, ese pueblo que ha practicado con mayor elevación que ningún otro la fantasía de la sublimidad moral, el único que ha unido la creación de un Dios santo con la idea de pecado, entendido como una falta contra esa santidad. San Pablo se convirtió a un tiempo en defensor fanático y en guardia de honor de ese Dios y de su ley. En su constante lucha o acecho contra los transgresores de dicha ley y contra quienes dudaban de ella, se mostraba duro e implacable, estando siempre dispuesto a castigarlos del modo más severo. Fue entonces cuando experimentó en sí mismo que un hombre como él —violento, sensual, melancólico y proclive al odio— no podía cumplir esa ley. Aún más —y esto debió parecerle más extraño todavía—, advirtió que su incontrolable ambición le impulsaba constantemente a transgredir la ley y que se veía incapacitado para resistir a esa tentación. ¿Qué quiere esto decir? ¿Era la *inclinación camal* lo que le impelía a violar la ley? ¿No era más bien, como más tarde sospechó, que, tras esa inclinación, se encontraba la propia ley, que, al ser de todo punto imposible de observar, le impulsaba de suyo a que la transgrediera, con el irresistible encanto que comportaba su violación? En esa época, empero, San Pablo no disponía aún de semejante recurso. Quizá, como él mismo deja entrever, pesaban sobre su conciencia el odio, el crimen, la hechicería, la idolatría, la lujuria, los placeres del sexo y del alcohol; y por más que hiciera para aplacar su conciencia, y sobre todo sus ansias de dominio, con el fanatismo extremo que ponía en la defensa y en la veneración de la ley, había momentos en que se decía; «¡Todo es inútil! No es posible superar el tormento que supone incumplir la ley».

Lutero debió sentir algo similar cuando, en su convento, quiso llegar a encarnar al hombre del ideal eclesiástico; y del mismo modo que un día empezó a odiar a muerte ese ideal eclesiástico, al papa, a los santos y al clero en general, con un sentimiento

que se intensificaba al no poderlo confesar, lo mismo le ocurrió a San Pablo. La ley se convirtió para él en una cruz en la que estaba clavado. ¡Cómo la odiaba! ¡Qué rencor sentía hacia ella! ¡Cómo se puso a buscar por todas partes la forma de *destruirla*, en lugar de cumplirla en su propia persona! Al fin, como tenía que sucederle a aquel epiléptico, se hizo de pronto la luz en su espíritu mediante una visión, y le asaltó una idea liberadora. El celoso observador de la ley, de la que estaba íntimamente hastiado, vio que Cristo se le aparecía, en un camino solitario, con el rostro iluminado por un divino resplandor, y que le decía; «¿Por qué me persigues?».

Sin embargo, lo que en realidad había sucedido era lo siguiente: que su espíritu se había iluminado de pronto y que se había dicho: «Es absurdo perseguir a Jesucristo. Este es el camino que yo buscaba, la venganza total. Él, y sólo él, constituye el *aniquilador de la ley*». De este modo, el enfermo atormentado por el orgullo recuperó la salud; se esfumó su desesperación moral, puesto que la propia moral había desaparecido al quedar destruida, es decir, *cumplida* en lo alto de la cruz. Hasta entonces, esa muerte ignominiosa le había parecido el principal argumento contra la «vocación mesiánica» de la que hablaban los defensores de la nueva doctrina, pero ¿y si esa muerte había sido la condición necesaria para abolir la ley?

Las enormes consecuencias de esta idea repentina, de esta solución del enigma empezaron a agitarse en su cerebro, convirtiéndole, de pronto, en el más feliz de los hombres. Pensó que no ya el destino de los judíos, sino el de toda la humanidad, se encontraba ligado a ese instante de súbita iluminación; se creyó en posesión de la idea de las ideas, la clave de las claves, la luz de las luces, en torno a la cual giraría la historia en lo sucesivo. Desde ese momento, San Pablo se convirtió en el apóstol *destructor de la ley*. Morir para el mal equivalía a morir por la ley; vivir según la carne a vivir según la ley. Ser uno con Cristo equivalía a convertirse, como él, en destructor de la ley; morir en Cristo suponía morir también para la ley. «Aunque se puede seguir pecando —señaló—, ya no sé peca contra la ley. Estoy fuera de esta». Y añadió: «Si ahora reconociese la ley y me sometiese a ella, convertiría a Cristo en cómplice del pecado», pues la ley no existiría más que para engendrar el pecado, al igual que la sangre corrompida produce la enfermedad. Dios no hubiera podido jamás decidir la muerte de Cristo, si hubiese sido posible cumplir la ley sin esa muerte. En adelante, no sólo se nos perdonan todos los pecados, sino que el pecado en si ha quedado abolido; en lo sucesivo, la ley ha muerto, así como el espíritu carnal en el que moraba, o al menos, ese espíritu está en trance de muerte y en vías de putrefacción. Sólo quedan unos días que seguir viviendo en medio de esta putrefacción. Tal es la suerte del cristiano antes de que, unido a Cristo, resucite con Cristo, participando con él de la gloria divina y siendo, como él, *hijo de Dios*. En este punto llegó al máximo la exaltación de San Pablo, y con ella la intemperancia de su alma. La idea de la unión con Cristo le hizo perder todo pudor, toda mesura, toda

sumisión, y la indómita voluntad de dominio que en él se daba se tradujo en una embriaguez anticipada de la gloria *divina*. Así fue el *primer cristiano*, el creador del cristianismo. Antes de él, este se reducía a una secta de judíos.

69

Inimitable. Entre la envidia y la amistad, y entre el desprecio de uno mismo y el orgullo, se dan dos enormes tensiones. Los griegos vivían en la primera de estas tensiones; los cristianos, en la segunda.

70

Para qué sirve una inteligencia tosca. La Iglesia cristiana es una enciclopedia de cultos antiguos, de concepciones de innumerables orígenes, y esta es la razón de que haya tenido tanto éxito en sus misiones. Tanto antes como ahora podía ir a todas partes con la seguridad de que siempre encontraría algo afín a ella, algo que podría asimilar, insuflándole poco a poco su espíritu. La causa de la expansión de esta religión universal no ha sido lo que contiene de cristianismo, sino lo que hay en sus prácticas de universalmente pagano. Sus ideas, cuyas raíces se encuentran a un tiempo en el espíritu judío y en el espíritu helénico, supieron superar, desde un primer momento, tanto las diferencias y sutilezas raciales y nacionales, como los prejuicios. Con todo, por muy admirable que sea esta capacidad de casar los elementos más dispares, conviene no olvidar sus cualidades despreciables: su asombrosa tosquedad, esa cortedad de inteligencia de la Iglesia en el período de su formación que le permitió adaptarse a *todos los regímenes* y digerir contradicciones como si fueran piedras.

71

La venganza cristiana contra Roma. Quizá no haya nada que hastíe tanto como un perpetuo vencedor. Durante doscientos años se había visto que Roma sometía a un pueblo tras otro; el círculo se había cerrado; daba la impresión de que el futuro estaba totalmente paralizado; todo parecía dispuesto a durar eternamente, a tener el carácter perenne del bronce. Quienes no conocemos otra melancolía que *la de las ruinas*, apenas podemos concebir esa otra melancolía tan distinta: la de las edificaciones eternas; melancolía de la que habría que defenderse como fuera; por ejemplo, con la

ligereza de Horacio. Otros buscaron distintos consuelos contra un cansancio rayano en la desesperación, contra el mortal convencimiento de que, en adelante, no había esperanza alguna para la acción de la inteligencia y del corazón, de que en todas partes acechaba la araña fatal que succionaría implacablemente toda la sangre que manara. Ese odio mudo del espectador cansado, que ya duraba un siglo, ese odio contra Roma en todos los lugares que esta dominaba, acabó por descargarse en el cristianismo, que metía en un mismo saco condenable a Roma, al *mundo* y al *pecado*. El cristianismo se vengó de Roma anunciando que el fin del mundo estaba cerca, y abriendo un nuevo futuro —Roma había sabido convertirlo todo en historia de su pasado y de su presente—, un futuro contra el que Roma no podía hacer nada; se vengó de Roma concibiendo el *juicio* final. Y el judío crucificado, símbolo de salvación, aparecía, ante los orgullosos pretores de las provincias romanas, como el más hondo de los escarnios, ya que aquellos se convertían en representantes de la perdición y del *mundo*, maduro ya para su caída.

72

La idea de «ultratumba». El cristianismo halló esparcida por todo el imperio romano la idea de la existencia de las penas del infierno. Numerosos cultos secretos habían incubado esta idea con especial agrado, como si fuese la semilla más fecunda de su poderío. Epicuro creía que nada podemos hacer mejor por nuestros semejantes que extirpar esta creencia de raíz. El eco más hermoso de su triunfo lo encontramos en la boca de un seguidor de su doctrina: el romano Lucrecio, un discípulo sombrío desde luego, pero que supo abrirse paso hacia la luz. Lamentablemente, su triunfo llegó demasiado pronto. El cristianismo dio cobijo a la creencia en los horrores de la laguna Estigia, que ya empezaban a declinar; e hizo bien, pues, sin ese golpe de audacia, ¿cómo hubiera podido vencer, en pleno paganismo, la popularidad de los cultos de Mitra y de Isis? De este modo se ganó a las gentes miedosas, que son los adeptos más entusiastas de toda nueva fe.

Los judíos, que eran y siguen siendo un pueblo tan apegado —o más— a la vida como los griegos, habían cultivado muy poco esta idea. A estos hombres singulares les impresionaba suficientemente la amenaza definitiva de una muerte sin resurrección. No sólo no querían perder el cuerpo, sino que, con su refinado sentido egipcio de esta cuestión, trataban de conservarlo para toda la eternidad. (El mártir judío del que se habla en el libro segundo de los Macabeos no quiere renunciar a las entrañas que le han arrancado, y desea *tenerlas* cuando resuciten los muertos. Esto es muy típicamente judío). Los primeros cristianos estaban muy lejos de la idea de unos castigos eternos; creían haber sido liberados de la muerte y esperaban, día tras día,

una metamorfosis y no una muerte. ¡Qué impresión debió de producir en aquellas gentes expectantes el primer fallecimiento! ¡Qué mezcla de asombro, de alegría, de duda, de pudor y de pasión! ¡He aquí un tema digno realmente del genio de un gran artista! San Pablo no supo decir nada mejor, en alabanza de su Salvador, sino que había *abierto* a todos las puertas de la inmortalidad; no creía todavía en la resurrección de quienes no se salvaban; más aún, como consecuencia de su doctrina sobre la imposibilidad de cumplir la ley, y de la muerte como efecto del pecado, sospechaba que nadie había conseguido hasta entonces la inmortalidad (salvo un pequeño número de elegidos, y ello en virtud de una gracia especial y no por sus méritos). Sólo entonces *empezó* a abrirse paso la idea de inmortalidad, y pocos tenían acceso a ella: el orgullo del elegido no podía menos que imponer esta restricción.

Donde el apego a la vida no era tan grande como entre los judíos y los judeocristianos, y donde la perspectiva de la inmortalidad no parecía a primera vista más preciada que la perspectiva de una muerte definitiva, la creencia en el infierno —pagana, ciertamente, pero no del todo antijudaica— se convirtió en un instrumento eficaz en manos de los misioneros. Fue entonces cuando surgió la nueva doctrina de que el pecador y el que no se salva son también inmortales: la doctrina de la condenación eterna; y esta doctrina acabó imponiéndose a la idea de una muerte definitiva, idea que, a partir de este momento, empezó a declinar. La *ciencia* ha tenido que recuperar esta idea, rechazando a la vez toda otra representación de la muerte y toda forma de vida de ultratumba. En este aspecto, nos hemos empobrecido, porque hemos perdido algo importante: ya no contamos con una vida *después de la muerte*. Esto supone un indecible beneficio todavía demasiado reciente para ser considerado como tal en el mundo entero. Con ello, Epicuro ha vuelto a triunfar.

73

A favor de la verdad. Aún seguís diciendo que la verdad del cristianismo se demuestra por la conducta virtuosa de los cristianos, por su firmeza ante el dolor, por su fe inquebrantable y, sobre todo, por su difusión y aumento, a pesar de todas las persecuciones. Esto es lamentable. Sabed que todo esto no prueba nada ni a favor ni en contra de la verdad; que la *verdad* no se demuestra por la *veracidad*, sino por otros procedimientos, y que esta última no constituye en modo alguno un argumento en favor de la primera.

74

Una segunda intención de los cristianos. Posiblemente, los primeros cristianos concibieron la idea de que más vale estar convencido de que uno es culpable que creerse inocente, pues nunca se sabe cuál será la predisposición de un juez tan *poderoso* como Dios; ya que es de temer que no espere hallar más que culpables que tienen conciencia de su culpa. Teniendo en cuenta su gran poder, es más fácil que perdone a un culpable a que reconozca que el hombre que se presenta ante él obró rectamente. Las gentes sencillas de una provincia, a la vista del pretor romano, se decían: «Es demasiado orgulloso para que nos podamos atrever a declararnos inocentes en su presencia». ¿Cómo no iba a proyectarse esta forma de pensar en la concepción que los primeros cristianos tuvieron del juez supremo?

75

Ni europeo ni noble. El cristianismo tiene algo de oriental y de femenino, como pone de manifiesto, en relación a Dios, la idea de que «quien bien te quiere, te hará llorar»; ya que, en Oriente, las mujeres consideran que el hecho de que su esposo las castigue y las tenga encerradas constituye una prueba de amor por parte de este, y se quejan cuando les falta este testimonio.

76

Reflexionar mal es convertir a algo en malo. Las pasiones se vuelven malas y pérfidas cuando se las considera de una forma mala y pérfida. Así es como el cristianismo logró convertir a Eros y Afrodita —potencias sublimes y susceptibles de ser idealizadas— en genios del averno y en espíritus de corrupción, creando en la conciencia de los fieles, ante toda excitación sexual, remordimientos que llegaron a constituir un auténtico tormento. ¿No es horrible convertir sensaciones necesarias y constantes en una fuente de torturas interiores, haciendo que estas torturas interiores las sufran, de un modo necesario y constante, todos los hombres? Además, aunque esta miseria se mantenga oculta, no por ello posee raíces menos profundas, pues no todos tienen la valentía de reconocer, como hace Shakespeare en sus sonetos, su melancolía cristiana en este punto.

¿Hay siempre que considerar *malo* aquello contra lo que hay que luchar, lo que hay que mantener dentro de sus justos límites, y, en algunos casos, apartarlo totalmente de nuestro pensamiento? ¿No estaremos haciendo lo mismo que las almas *vulgares*, que consideran que el enemigo es siempre *malo*? ¿Con qué derecho llamamos enemigo a Eros? Las sensaciones sexuales, al igual que las de piedad y de

adoración, tienen la particularidad de que, cuando las experimenta un individuo, hace un bien a otro por su propio placer, y no hay tantas disposiciones así en la naturaleza. ¡Y precisamente una de ellas ha sido calumniada y corrompida por quienes no tienen la conciencia tranquila, ya que vinculan la fecundación humana con la idea de falta!

Sin embargo, esta transformación de Eros en diablo ha acabado teniendo un desenlace cómico. El «demonio» Eros ha interesado cada vez más a los hombres que los ángeles y los santos, gracias al carácter secreto y misterioso que la Iglesia ha conferido a las cosas eróticas. Merced a ella, los *temas amorosos* han llegado a convertirse en la única cuestión verdaderamente interesante para todos los estratos sociales —con una exageración que no se hubiera entendido en la antigüedad—, lo que algún día será motivo de risa. Toda nuestra poesía, todo nuestro pensamiento está hondamente caracterizado por la enorme importancia que se concede al amor, considerado siempre como el asunto fundamental. Quizá a causa de este juicio, la posteridad considere que toda la herencia de la civilización cristiana tiene algo de mezquino y de loco.

77

Los tormentos del alma. Todos nos indignamos cuando vemos que alguien atormenta físicamente lo más mínimo a otro; la sola idea de que se torture físicamente a un hombre o a un animal nos hace estallar de irritación contra quien es capaz de cometer una acción semejante; no podemos resistir que se nos hable de actos de esta naturaleza. Sin embargo, no sentimos en modo alguno lo mismo cuando se trata de torturas psíquicas, pese a lo que tienen de terrible. El cristianismo las ha practicado en un grado insólito, y todavía predica esta clase de martirio, llegando incluso a tachar de desafecta y de tibia a una alma en la que no se dan tales torturas.

De todo esto cabe concluir que la humanidad sigue hoy comportándose ante las hogueras espirituales con la misma paciencia y la misma incertidumbre temerosa que mostraba antiguamente frente a las torturas físicas cometidas con hombres y animales. A decir verdad, la palabra infierno no ha tenido nada de inútil; al miedo real que su idea originó, ha correspondido una clase nueva, horrible y grave de compasión, antes desconocida, hacia los individuos *condenados irremisiblemente*. Esta es la compasión que muestra, por ejemplo, el Convidado de Piedra hacia don Juan y que, durante los siglos de cristianismo, ha debido hacer llorar muchas veces hasta a las piedras. Plutarco nos ofrece una sombría semblanza del estado en que se encontraba el individuo supersticioso dentro del paganismo; pero esta imagen empalidece cuando la comparamos con la del cristianismo medieval que daba por *supuesta* la imposibilidad de escapar de los *castigos eternos*. Ante sus ojos veía surgir

terribles presagios; por ejemplo, que un cigüeña llevaba una serpiente del pico y dudaba en comérsela, que toda la naturaleza se oscurecía de pronto, que corrían por el suelo ráfagas inflamadas, o que se le aparecían las almas de sus difuntos, mostrándole las huellas de sus tremendos sufrimientos. ¡Qué terrible morada supo hacer de la tierra el cristianismo, con sólo exigir que se colgaran crucifijos por todas partes y considerar que el mundo es un lugar en el que *el justo es atormentado hasta la muerte*! Y cuando el fervor de un gran predicador presentaba en público los sufrimientos íntimos del individuo, las torturas de la *cámara solitaria*; cuando un Whitefield, por ejemplo, predicaba *como un moribundo a moribundos*, llorando a lágrima viva, dando violentas patadas en el suelo, hablando apasionadamente, con un tono brusco e incisivo, sin miedo a dirigir todo el peso del ataque contra una persona determinada, a la que rechazaba de la comunidad con extremada dureza, parecía que la tierra iba a transformarse en un *campo de maldición*. Toda una muchedumbre echó a correr atropelladamente, presa de un acceso de pánico; numerosos individuos sufrieron angustiosos espasmos; otros cayeron al suelo desmayados; algunos se pusieron a temblar violentamente o ensordecieron los aíres durante horas con sus gritos estridentes. Por todas partes, la gente respiraba con angustia, medio asfixiada y jadeante. Un testigo ocular de este sermón señaló: «Y, en verdad, todos los sonidos que se escuchaban parecían producidos por los amargos *dolores de los que agonizan*».

No olvidemos que fue el cristianismo quien convirtió el *lecho de muerte* en un lecho de martirio y que las escenas que se han dado desde entonces, los acentos aterradores nunca oídos envenenaron los sentidos y la sangre de innumerables testigos, que transmitieron este veneno a sus hijos. Imaginemos si un hombre ingenuo podía borrar de su mente palabras como estas: «¡Oh eternidad! ¡Ojalá no hubiera tenido un alma! ¡Ojalá no hubiera nacido! ¡Estoy condenado, perdido sin remedio! Hace seis días, me hubierais podido ayudar. Pero ahora es ya demasiado tarde. Pertenezco al demonio, y le he de seguir hasta el infierno. ¡Ablandaos, míseros corazones de piedra! ¿No queréis ablandaros? ¿Qué más se puede hacer por quienes tienen un corazón de piedra? Me he condenado para que vosotros os salvéis. ¡Aquí está, sí, aquí está! ¡Ven, demonio, ven!».

78

La justicia vengadora. El cristianismo ha puesto en una misma balanza la desgracia y la culpa, de forma que, cuando la desgracia que sigue a una falta es grande, la magnitud de esta última se establece involuntariamente en función del grado de gravedad de aquella. Sin embargo, esta apreciación no es *antigua*, porque la

tragedia griega, donde tanto se habla de desgracias y de faltas, aunque sea en otro sentido, constituye una de las grandes liberaciones del espíritu, en una medida que ni los mismos antiguos eran capaces de entender. Estos no se preocupaban de señalar una *relación adecuada* entre la falta y la desgracia. La falta de los héroes trágicos viene a ser como la piedra en la que tropezamos, rompiéndonos un brazo o una pierna. Ante ella, según la forma antigua de pensar, se decía: «¡La verdad es que tenía que haber caminado con más precaución y menos orgullo!». Pero estaba reservado al cristianismo decir: «Detrás de esa desgracia tiene que haber *por necesidad* una gran falta, en proporción con la magnitud de la desgracia ocurrida, aunque no sepamos verla. Si no lo ves así, desgraciado, es porque tu corazón está endurecido; y te sucederán cosas peores aún».

En la antigüedad hubo auténticas desgracias, esto es, desgracias puras e inocentes; sólo el cristianismo convirtió toda desgracia en un castigo merecido. El cristianismo hizo también que padeciera la imaginación del que sufre, de forma que la más mínima molestia despertase en la víctima el sentimiento de ser moralmente reprobable y reprensible. ¡Pobre humanidad! Los griegos tenían una palabra especial para designar el sentimiento de protesta que les inspiraba la desgracia ajena. En los pueblos cristianos ese sentimiento está prohibido; por eso no pudieron darle un nombre a ese hermano, *más viril*, de la compasión.

79

Una propuesta. Si, como dicen Pascal y el cristianismo, nuestro yo es siempre merecedor de odio, ¿cómo podemos permitir y aceptar que otros —Dios y los hombres— le amen? Iría en contra de todo principio dejar que nos amen si estamos convencidos de que no merecemos más que odio (por no hablar ya de otros sentimientos defensivos). Entonces nos dicen: «Pero es que estamos en el terreno de la gracia». ¿Vuestro amor al prójimo es, entonces, una gracia? ¿Vuestra compasión es una gracia?

Muy bien; pues, si podéis, avanzad un poco más y haced la gracia de amaros a vosotros mismos. De este modo, no necesitaréis a vuestro Dios, y todo el drama de la caída y de la redención se desarrollará totalmente en vuestro interior.

80

El cristiano compasivo. La compasión cristiana ante el dolor del prójimo tiene un reverso: recelar profundamente de todas sus alegrías, de los goces que le produce a

este todo lo que quiere, todo lo que puede.

81

La humanidad del santo. Un santo, inmerso entre los creyentes, no podía soportar el odio constante que estos mostraban hacia el pecado. Al final, acabó diciendo: «Dios lo ha creado todo, menos el pecado». ¿Qué tiene de raro que no lo quiera, si no lo ha creado? Pero el hombre sí que ha creado el pecado. Cómo va a rechazar, entonces, a este unigénito suyo, sólo porque le disgusta a Dios, que es el abuelo del pecado. ¿Es humano esto? *Todo honor a todo señor*, sí, pero el corazón, y el deber habrían de hablar en favor del hijo, ante todo, y, en segundo lugar, sólo en segundo lugar, en favor del abuelo.

82

El ataque intelectual. «Tienes que estar a buenas contigo mismo, porque te va la vida en ello», nos dice Lutero, creyendo que nos pone un puñal en el pecho. Pero podemos contestarle con las palabras de alguien que está por encima de él y que es más digno de respeto: «Nos conviene no opinar sobre tal o cual cosa, para ahorrar, así, inquietudes a nuestra alma. Pues, por su propia naturaleza, las cosas no pueden *obligarnos* a que nos formemos una opinión de ellas».

83

¡Pobre humanidad! Una gota de sangre más o menos en el cerebro puede hacer que nuestra vida nos resulte extremadamente miserable y desgraciada. Esa gota nos hace sufrir, pues, más que el águila a Prometeo. Pero lo terrible es cuando no sabemos que se trata de esa gota, y creemos que es *el diablo* o *el pecado*.

84

La filología del cristianismo. Analizando simplemente el carácter de las obras de sus autores, veremos inmediatamente lo poco que estimula el cristianismo el sentido de la honradez y de la justicia. Estos enuncian sus hipótesis con tanta audacia como si fueran dogmas, y pocas veces les apura sinceramente la interpretación de un pasaje

de la Biblia. Constantemente leemos: «Llevo razón, porque así está escrito». Ante una interpretación tan impertinente y arbitraria, el filólogo no puede menos que detenerse, irritarse o reírse, para acabar preguntando: «¿Es posible? ¿Es esto honrado? ¿Es siquiera lícito?».

Las faltas de honradez que, en este aspecto, se cometen en los púlpitos protestantes, la forma grosera en que el predicador explota el hecho de que nadie le puede responder, su modo de deformar y de violentar los textos a placer, inculcando en el pueblo de mil maneras *el arte de leer mal*, son cosas que sólo ignoran el que no va nunca a la iglesia o el que la frecuenta asiduamente. Pero, en última instancia, ¿qué podemos esperar de los efectos de una religión que, durante los primeros siglos de su fundación, trató de llevar a cabo una extraordinaria farsa filológica con el Antiguo Testamento? Me refiero a su intento de quitarle a los judíos el Antiguo Testamento, sobre la base de que no contiene más que doctrinas cristianas y que, en consecuencia, sólo *pertenece* a los cristianos, el *auténtico* pueblo de Israel, mientras que los judíos no habían hecho más que apropiárselo. Se produjo entonces un furor de interpretaciones y de sustituciones, contrarias a toda buena fe. Por mucho que protestaran los judíos, en el Antiguo Testamento sólo se hablaba de Cristo, y nada más que de Cristo, especialmente de su crucifixión. Todos los pasajes en los que se habla de madera, de vara, de escala, de rama, de árbol, de caña o de báculo, habían de ser vistos como profecías relativas a la crucifixión; hasta el unicornio y la serpiente de bronce, hasta el propio Moisés orando con los brazos extendidos y las lanzas en las que se asaba el cordero pascual, no eran más que alusiones y, en cierto modo, preludios de la crucifixión. ¿Creían esto quienes lo defendían? La propia Iglesia no dudó en introducir interpolaciones en el texto de los Setenta (por ejemplo, en el salmo 96, versículo 10) con la finalidad de interpretar el texto fraudulentamente incorporado en términos de una profecía cristiana. Y es que, como se encontraba en estado de guerra, pensaba en sus enemigos, no en la honradez.

85

La sutileza de la escasez. No os burléis de la mitología griega porque se parezca poco a vuestra metafísica. Deberíais admirar a un pueblo que, en este aspecto concreto, dejó en suspenso su poderosa inteligencia, y tuvo, durante bastante tiempo, el suficiente tacto para escapar del peligro de la escolástica y de la superstición sofística.

86

Los intérpretes cristianos del cuerpo. Todo lo que puede provenir del estómago, de los intestinos, del ritmo cardíaco, de los nervios, de la bilis, del semen; todas las indisposiciones, debilitamientos e irritaciones; en suma, todos los azares de la máquina humana que tan poco conocemos, lo considera un cristiano como Pascal en términos morales y religiosos, preguntándose si hay que atribuirlo a Dios o al demonio, al bien o al mal, a la salvación o a la condenación. ¡Cuánto debe sufrir un intérprete así! ¡Cuánto tiene que forzar y violentar su sistema para conservar la razón!

87

El milagro moral. En el terreno moral, el cristiano no conoce más que el milagro, el cambio repentino de todas las apreciaciones, la renuncia súbita a todos los hábitos, la inclinación imprevista e irresistible hacia personas y objetos nuevos. Considera este fenómeno como una intervención de Dios, y le llama acto de regeneración, atribuyéndole un valor único e incomparable. Todo lo de la moral que no guarda relación con el milagro resulta indiferente para el cristiano y, como sentimiento de bienestar o de orgullo, hasta puede inspirar miedo. El Nuevo Testamento establece el canon de la *virtud imposible*. Según ese canon, quien aspira a la perfección moral debe aprender a sentirse cada vez más lejos de su fin, debe *desesperar* de la virtud y acabar *lanzándose en los brazos* del Ser compasivo. Sólo así pueden tener valor los esfuerzos morales del cristiano; la condición indispensable es que tales esfuerzos sean, pues, estériles, laboriosos y melancólicos; de este modo, pueden servir para que se produzca ese instante de éxtasis en el que el individuo asiste al desbordamiento de la gracia y al milagro moral. Con todo, esta lucha por la moralidad no es *necesaria*, pues no es raro que el milagro se produzca en el propio pecador, allí donde más corroe la lepra del pecado. Hasta resulta más fácil desprenderse del pecado más grave y arraigado —lo cual es también más *deseable*—, como prueba evidente del milagro. Explicar fisiológicamente el sentido de semejante cambio repentino, de este tránsito de la más profunda miseria al más duradero sentimiento de bienestar (lo que tal vez sea una epilepsia encubierta), constituye una labor que deben llevar a cabo los médicos alienistas, los cuales disponen de bastantes ocasiones para observar *milagros* similares (por ejemplo, en los casos de la locura criminal o de la manía suicida). El hecho de que en el caso del cristianismo *el resultado sea más placentero*, relativamente al menos, no establece una diferencia esencial.

88

Lutero, el gran bienhechor. Lo más importante que hizo Lutero fue suscitar desconfianza hacia los santos y hacia la vida contemplativa en general. Sólo a partir de su época se abrió en Europa el camino hacia una vida contemplativa no cristiana y se frenó el desprecio hacia la actividad laica. Lutero, que, dentro de su convento, siguió siendo el hijo de un honrado minero, al no encontrar allí otras profundidades y otros filones, descendió al fondo de sí mismo donde abrió terribles galerías subterráneas. Lutero acabó comprendiendo que no podía llevar una vida santa y contemplativa, pues la tendencia a la *actividad* que le era innata destruiría su alma y su cuerpo. Durante largo tiempo, procuró seguir el camino de la santidad a base de mortificaciones, pero acabó tomando una decisión y diciéndose a sí mismo: «¡No existe una verdadera vida contemplativa! ¡Nos hemos dejado engañar! Los santos no valen más que nosotros». Esta era, por supuesto, una forma bastante rústica de tener razón, pero para los alemanes de la época constituía la única apropiada. ¡Qué confortados se debían sentir al leer en el catecismo de Lutero estas palabras: «Fuera de los diez mandamientos, ninguna obra puede agradar a Dios; las obras espirituales que tanto *alaban* los santos, son puramente imaginarias»!

89

La duda como pecado. El cristianismo ha hecho todo lo posible por crear un círculo infranqueable en torno a él: declara que la duda, por sí sola, constituye ya un pecado. El individuo debe arrojarse sin pensarlo en la fe, olvidándose de la razón, en virtud de un milagro, y nadar desde entonces en ese elemento más claro y menos equivoco que ningún otro; lanzar una simple mirada a la tierra firme, pensar que quizá la existencia sea algo más que nadar, el menor movimiento de nuestra anfibia naturaleza, son suficientes para hacernos caer en el pecado. Es de advertir que, según esta forma de pensar, tratar de probar la fe y reflexionar sobre los orígenes de esta son actos pecaminosos. Lo que se exige es estar ciego y ebrio, elevar un cántico eterno por encima de las olas en las que se ha ahogado la razón.

90

Egoísmo contra egoísmo. Cuántos hay todavía que piensan que la vida sería insoportable si Dios no existiera; o, como dicen los idealistas, que la vida sería insoportable si no tuviera un significado moral. En consecuencia, es necesario que Dios exista o que la existencia tenga un significado moral. Sin embargo, lo cierto es precisamente lo contrario: que quien se ha habituado a esta idea no puede vivir sin

ella, y que, en consecuencia, esta es necesaria para su conservación. Ahora bien, ¡qué presunción supone declarar que todo lo que necesitamos para conservarnos debe existir realmente! ¡Como si nuestra conservación fuera algo necesario! ¿Qué sucedería si otros pensaran lo contrario: si se negasen a vivir bajo las condiciones de esos dos artículos de fe, y si, en el caso de que tales condiciones fueran reales, la vida no les pareciera digna de ser vivida? Pues eso es, precisamente, lo que sucede hoy en día.

91

La buena fe de Dios. ¿Sería bueno un Dios omnipotente y omnisciente que no se preocupara ni lo más mínimo de que sus intenciones fueran comprendidas por sus criaturas? ¿No sería cruel un Dios que, estando en posesión de la verdad, contemplara con frialdad a la humanidad atormentada cruelmente a causa de ella, un Dios que dejara sin deshacer durante millares de años innumerables dudas y vacilaciones, como si estas no afectaran a la salvación de los hombres, amenazando, sin embargo, a estos con las más terribles consecuencias en el caso de que incurrieran en el error? ¿Se tratará, más bien, de un Dios que, aun siendo amor, no puede explicarse con mayor claridad porque le falta ingenio y elocuencia? Esta posibilidad sería todavía más grave, pues, en tal caso, se habría equivocado en lo que considera su *verdad* y parecería un pobre diablo *engañado*. Tendría que sufrir, entonces, unos tormentos casi infernales al ver padecer eternamente a sus criaturas en su intento de descifrar el enigma de su naturaleza, y no poder aconsejarlas ni ayudarlas más que a la manera de un sordomudo que hace toda clase de señales confusas cuando su hijo o su perro se encuentran en un grave peligro. Un creyente que, en su desesperación, discurriera de este modo, sería realmente culpable en el caso de que su compasión por ese Dios afligido le afectara más de cerca que la compasión por los demás hombres, pues estos no serían ya su *prójimo*, habida cuenta de que ese gran solitario sería el más afligido de todos y, en consecuencia, el que tendría mayor necesidad de consuelo.

En su sello de origen, todas las religiones reflejan un estado intelectual humano demasiado joven e inmaduro; no toman en serio la obligación de decir la verdad, no conciben que *Dios tenga un deber para con los hombres*: el de que su revelación sea clara y precisa.

Nadie ha sido tan elocuente como Pascal a la hora de hablar del *Dios oculto* y de sus razones para permanecer escondido y no decir las cosas sino a medias; lo que revela que, en este punto, Pascal no llegó nunca a tranquilizar su conciencia; pero se expresa con tanta confianza, que parece conocer los secretos de entre bastidores. Tenía la vaga idea de que el Dios escondido era algo totalmente inmoral, y temía

confesárselo a sí mismo. Por eso hablaba tan alto, como la persona que tiene miedo.

92

Junto al lecho de muerte del cristianismo. Los hombres realmente activos prescinden hoy del cristianismo, y los más moderados y contemplativos, con un nivel intelectual medio, no disponen más que de un cristianismo ajustado a las circunstancias, esto es, muy *simplificado*. Lo mejor y más vivo que ha subsistido del cristianismo es la idea de un Dios que, con su amor, lo dispone todo para nuestro bien último, un Dios que nos da y nos quita la virtud y la felicidad, de forma que todo acaba sucediendo como era conveniente que sucediera, sin que haya motivos para rechazar la vida ni para criticarla —en pocas palabras, la resignación y la humildad divinizadas—. Sin embargo, no nos damos cuenta de que el cristianismo ha desembocado en un vago *moralismo*; en lugar de Dios, de la *libertad* y de la *inmortalidad*, lo que queda es una especie de benevolencia y de sentido de la honradez, junto con la creencia de que esa benevolencia y ese sentido de la honradez acabarán imponiéndose en todo el universo. Esta es la *eutanasia* del cristianismo.

93

¿Qué es la verdad? ¿Quién no disfruta oyendo las conclusiones que sacan los creyentes?: «La ciencia no puede ser verdadera porque niega la existencia de Dios. En consecuencia, no procede de Dios; lo que equivale a decir que no es verdadera, porque Dios es la verdad».

El error aquí no está en la conclusión, sino en la primera premisa. ¿Y si Dios fuera la no verdad, y estuviera demostrado que es así? ¿Y si fuera la vanidad, el ansia de poder, la impaciencia, el miedo, la locura que embriaga y aterroriza a los hombres?

94

Un remedio contra el malhumor. Ya San Pablo creía que era necesario un sacrificio para aplacar la cólera de Dios a causa del pecado. Desde entonces, los cristianos no han dejado de descargar sobre una *víctima* el malhumor que ellos mismos se procuraban. Es necesario que algo (aunque sea en imagen) muera por sus pecados, ya sea el *mundo*, la *historia*, la *razón*, la *alegría* o incluso la tranquilidad de

los demás.

95

La refutación histórica es la refutación definitiva. Antiguamente se trataba de demostrar que Dios no existe; hoy se demuestra cómo surgió esa fe en la existencia de Dios, y por qué dicha fe fue adquiriendo cuerpo e importancia a lo largo de la historia. Con esta última demostración dejó de tener sentido el probar la inexistencia de Dios. ¿Qué se adelantaba antes refutando *las pruebas de la existencia de Dios,* si siempre quedaba la duda de que tal vez pudieran hallarse pruebas mejores que las que acababan de ser refutadas? En aquella época los ateos no sabían hacer tabla rasa.

96

«Con este signo vencerás». Cualquiera que fuese el grado de progreso alcanzado por Europa en otros campos, en el religioso no ha llegado todavía a la ingenuidad liberal de los antiguos brahmanes, lo que demuestra que en la India de hace cuatro mil años se reflexionaba más y se transmitía en mayor grado a los descendientes la afición a reflexionar que hoy en día. Aquellos brahmanes creían que los sacerdotes eran más poderosos que los dioses, y que el poder de los sacerdotes radicaba en sus prácticas consagradas. Esta es la razón de que sus poetas no se cansaran de ensalzar sus prácticas (oraciones, ceremonias, sacrificios, cánticos, melopeas), a las que consideraban como auténticas dispensadoras de todo beneficio. Por mucha que fuese la dosis de superstición y de poesía que hubiera en esto, los principios seguían siendo *verdaderos*. Cuando se daba un paso más, se hacía aquello que también Europa hará algún día: prescindir de los dioses. Dando otro paso más, se prescindía de los sacerdotes y de los intermediarios. Apareció entonces un profeta que predicó *la religión de la redención por uno mismo*: Buda. ¡Qué lejos está Europa aún de alcanzar ese grado de cultura! Cuando, finalmente, queden destruidas todas las prácticas y costumbres en las que se asienta el poder de los dioses, de los sacerdotes y de los salvadores, y muera la moral, entendida en el sentido antiguo, llegará… ¿Qué llegará? No tratemos de adivinarlo; procuremos, más bien, hacer uso de lo que ya concibió aquel pueblo de pensadores que fue la India, hace miles de años, como base del pensamiento. Puede que, entre los diferentes pueblos de Europa, ya existan diez o veinte millones de hombres que *no creen en Dios*; ¿será mucho pedirles que *elijan un signo común*? En cuanto se reconocieran entre si y se dieran a conocer a otros, pasarían de inmediato a ser una potencia europea, y, afortunadamente, una potencia

entre los pueblos, las castas, los ricos y los pobres, los que mandan y los que obedecen, los individuos más inquietos y los más tranquilos y tranquilizadores.

LIBRO SEGUNDO

97

Obrar moralmente no tiene nada de moral. El someterse a las leyes de la moral puede deberse al instinto de esclavitud, a la vanidad, al egoísmo, a la resignación, al fanatismo o a la irreflexión. Puede tratarse de un acto de desesperación o de un sometimiento a la autoridad de un soberano. En sí, no tiene nada de moral.

98

Los cambios en moral. En la moral se está operando constantemente una labor transformadora: la causa de ello son *los crímenes de resultados felices*. (Cabe incluir aquí, por ejemplo, las innovaciones de los juicios morales).

99

En qué somos irracionales. Continuamos extrayendo siempre consecuencias de juicios que consideramos falsos, de doctrinas en las que ya no creemos, a impulsos de nuestros sentimientos.

100

El despertar de un ensueño. Antaño, hubo hombres ilustres y sabios que creyeron en la armonía de las esferas; hoy sigue habiendo hombres ilustres y sabios que creen en *el valor moral de la existencia*. Pero ya está cerca el día en que nuestros oídos tampoco percibirán esa armonía. Se despertarán y caerán en la cuenta de que sus oídos habían estado soñando.

101

Algo digno de reflexión. ¿No estaremos obrando de mala fe, por cobardía o por pereza, cuando aceptamos una creencia por el simple hecho de que es costumbre hacerlo así? ¿Serían, entonces, la mala fe, la cobardía y la pereza las condiciones previas de la moral?

102

Los juicios morales más antiguos. ¿Cuál es nuestra actitud ante los actos de nuestro prójimo? En primer lugar, consideramos las consecuencias que nos reportarán a nosotros esos actos, y los juzgamos desde esa perspectiva. Este efecto que causan en nosotros es lo que llamamos *intención* del acto. Por último, las intenciones que atribuimos al prójimo las convertimos en cualidades permanentes suyas, de forma que hacemos de él *un hombre peligroso*, por ejemplo. Esto constituye un triple error, una triple equivocación tan antigua como el mundo. Puede que esto lo hayamos heredado de los animales y de su forma de juzgar. ¿No habrá que buscar el origen de toda moral en estas horribles *pequeñas conclusiones*?, lo que me perjudica es *malo* (lo perjudicial en sí); lo que me es útil es *bueno* (beneficioso y útil en sí); lo que me perjudica *una* o *varias veces*, me es hostil en sí mismo; lo que me es útil *una* o *varias veces*, me favorece en sí mismo. *O pudenda origo*! ¿No equivale esto a interpretar las relaciones pequeñas, casuales y accidentales que otro pueda tener con nosotros, como si fueran el fondo y la esencia de su ser, y pretender que sólo puede tener con todo el mundo y consigo mismo unas relaciones similares a las que ha tenido una o varias veces con nosotros? ¿No se esconde tras esta auténtica locura la más inmoderada de las pretensiones: la de creer que somos el principio del bien, puesto que el bien y el mal se determinan en relación a nosotros?

103

Dos formas de impugnar la moral. *Impugnar la moral* puede significar, primero, la negación de que los motivos éticos que *pretextan* los hombres para justificar sus actos, sea verdaderamente lo que les ha impulsado a realizarlos; lo que equivale a decir que la moral es una cuestión de palabras y que forma parte de esos engaños burdos o sutiles (autoengaños las más de las veces) que caracterizan al hombre y principalmente quizá al hombre notable por sus virtudes.

En segundo lugar, puede equivaler a negar que los juicios morales se basen en verdades. En este caso, se admite que tales juicios constituyen realmente los motivos de las acciones, pero se destaca que lo que impulsa a los hombres a realizar los actos

morales son los *errores* que sirven de base a los juicios morales. Esto último es lo que yo defiendo, aunque no niego que, en muchos casos, la actitud de sutil desconfianza que se adopta en la primera forma de impugnación (como en el caso de La Rochefaucauld, por ejemplo), resulte adecuada y de gran utilidad general.

Niego, pues, la moral como niego la alquimia, pero el que niegue las hipótesis no supone que niegue la existencia de los alquimistas que las han creído y que se han basado en ellas. Del mismo modo niego la inmoralidad, pero no niego que haya muchísimos hombres que se consideran inmorales; lo que niego es que exista una razón verdadera para que se consideren así. No niego, como es lógico (sería un insensato si lo hiciera), que sea oportuno evitar y combatir muchos actos de los que se consideran inmorales, y que sea necesario realizar y fomentar muchos actos de los que se consideran morales; pero creo que ambas cosas se deben hacer por *razones distintas* de las que se han seguido tradicionalmente. Es preciso que cambiemos nuestra *forma de ver* para que acabemos cambiando —aunque ya sea quizá demasiado tarde— nuestra *forma de pensar*.

104

Nuestras apreciaciones. Hemos de reducir todos nuestros actos a formas de apreciar las cosas. Nuestras apreciaciones o bien nos son *propias* o bien son *adquiridas*. Estas últimas son las más numerosas. ¿Por qué las adoptamos? Por miedo; es decir, porque nuestra prudencia nos hace aparentar que las tomamos por nuestras, y nos acostumbramos a esta idea, de forma que acaba convirtiéndose en una segunda naturaleza. Hacer una apreciación personal no significa medir algo por el placer o el disgusto que nos causa, a nosotros y a nadie más; pero esto es sumamente raro. Cuando menos, se necesita que esa apreciación nuestra con respecto a otra persona que nos impulsa en la mayoría de los casos a servirnos de las apreciaciones de esta persona, *parta* de nosotros y sea nuestro motivo determinante. Ahora bien, estas determinaciones las generamos de niños, y rara vez cambiamos de opinión respecto a ellas; lo más habitual es que durante toda la vida sigamos sometidos a los juicios infantiles a los que nos hemos habituado. Así ocurre en la forma que tenemos de juzgar al prójimo (por su ingenio, su rango, su moral, su carácter, lo que tiene de laudable o de condenable), rindiendo homenaje a sus apreciaciones.

105

Un egoísmo aparente. La mayoría de la gente, independientemente de lo que

piense y de lo que diga de su *egoísmo*, no hace nada, a lo largo de su vida, por su *ego*, sino sólo por el fantasma de su *ego* que se ha formado en el cerebro de quienes les rodean; en consecuencia, respecto a lo que piensan unos de otros, todos viven en una nube de opiniones impersonales, de apreciaciones casuales y ficticias. ¡Qué singular es este mundo de fantasmas, que es capaz de ofrecer una apariencia tan racional! Esta bruma de opiniones y de hábitos crece y vive casi independientemente de los hombres a quienes rodea. Ella es la causa de la desproporción inherente a los juicios de carácter general que se formulan respecto al concepto de *hombre*. Todos esos hombres, que no se conocen entre sí, creen en ese ser abstracto al que llaman *hombre*; es decir, creen en una ficción. Todo cambio que traten de introducir con sus juicios en ese ser abstracto los individuos poderosos (como los príncipes o los filósofos) produce un efecto extraordinario y desmesurado en la mayoría. Y todo ello sucede porque cada uno de los individuos que forman esa mayoría no es capaz de oponer el *ego* verdadero que le es propio y en el que ha profundizado, a esa pálida ficción universal, que, de este modo, quedaría aniquilada.

106

Contra las definiciones de los objetivos morales[2]. Actualmente se oye por todas partes determinar el objetivo de la moral más o menos así: que es la conservación y el favorecimiento de la humanidad; pero eso significa querer tener una fórmula, y nada más. Conservación ¿en qué?, hay que preguntar inmediatamente, favorecimiento ¿hacia dónde? La fórmula ¿no excluye precisamente lo esencial, la respuesta a este «en qué», y este «hacia dónde»? ¡Qué puede, pues, determinarse con ella para la doctrina del deber que no sea considerado tácita y distraídamente ya determinado! ¿Se puede deducir de ella, si ha de preverse una existencia de la humanidad lo más larga posible? ¿O la desanimalización máxima de la humanidad? ¡Qué diferentes tendrían que ser en ambos casos los medios, es decir, la moral práctica! Supongamos que quisiera darse a la humanidad la máxima racionalidad posible: ¡eso no significaría en absoluto garantizarle la duración máxima posible! O supongamos que se pensara en su «máxima felicidad» como su «hacia dónde» y su «en qué»: ¿se piensa en el grado máximo que algunos individuos alcanzarían poco a poco? ¿O en una felicidad media de todos, asequible a la larga, por cierto imposible de calcular? ¿Y por qué precisamente la moralidad habría de ser el camino hacia ese objetivo? ¿Acaso, y en grandes términos, no se ha abierto gracias a ella tal profusión de fuente de descontento, que más bien habría que decir, que con cada refinamiento de la moralidad el hombre se ha vuelto más *descontento* consigo mismo, con su semejante y con su destino? El hombre más moral ¿no ha creído hasta ahora que el

único estado legítimo del hombre frente a la moral es el de la más *profunda desdicha*?

107

Nuestro derecho a la locura. ¿Cómo debemos actuar? ¿En función de qué motivos? Cuando se trata de las necesidades inmediatas y diarias del hombre, resulta fácil responder a estas preguntas; pero cuanto más profundizamos en el campo más amplio e importante de los actos más complejos, el problema se hace difícil de resolver y es más afectado por la arbitrariedad. Sin embargo, en este tema hay que eliminar todo elemento de arbitrariedad; mientras que la moral exige precisamente que el hombre se deje guiar en sus actos —actos cuyos fines y medios no percibe inmediatamente—, de una forma constante, por un miedo y una reverencia oscuros. Esta autoridad de la moral dirige al pensamiento en cuestiones en las que resultaría peligroso pensar *equivocadamente*; al menos, así es como suele defenderse la moral frente a sus detractores. *Falso* equivale, pues, a *peligroso*; pero peligroso ¿por qué?

Generalmente, lo que tienen en cuenta los promotores de la moral autoritaria no es la bondad de un acto, sino el peligro que *tales promotores* correrían, la pérdida de poder o de influencia que podrían sufrir desde el momento en que se reconociera a todo el mundo, insensata y arbitrariamente, el derecho a obrar con arreglo a su razón, grande o pequeña; ya que los defensores de la moral autoritaria no dudan en hacer, por su cuenta, uso del derecho a la arbitrariedad y a la locura, y *ordenan*, aunque las preguntas *¿qué debo hacer*?, y *¿qué móviles deben impulsar mi acción*?, sólo pueden ser respondidas de una forma laboriosa y difícil. Si la razón humana se ha desarrollado con tanta lentitud que hasta cabe negar su crecimiento a lo largo de la historia, ¿a qué hay que imputar este fenómeno sino a esta solemne presencia (a esta omnipresencia, diría yo) de los mandamientos morales, que ni siquiera permite al individuo que se plantee el *porqué* y el *cómo* de sus actos? ¿No trata de suscitar la educación en nosotros *sentimientos patéticos*, de hacernos huir a las tinieblas cuando nuestra naturaleza necesitaría conservar toda su claridad y su sangre fría, por así decirlo, en todas las circunstancias elevadas e importantes?

108

Algunas tesis. A un individuo que persigue la felicidad no hay que darle preceptos acerca del camino que conduce a ella, ya que la felicidad individual se produce según leyes que nadie conoce, y los preceptos externos no pueden hacer más

que impedirla o dificultarla. A decir verdad, los preceptos llamados morales atentan contra los individuos, y en modo alguno tienden a hacerles felices. Por otra parte, tales preceptos tampoco guardan relación alguna con *la felicidad y el bien de la humanidad*, pues es totalmente imposible dar a estas palabras un significado preciso, y menos aún utilizarlas como si fueran un faro en el oscuro océano de las aspiraciones morales. Creer que la moral fomenta más que la inmoralidad el desarrollo de la razón no pasa de ser un prejuicio. Es un error creer que el fin *inconsciente* de la evolución de todo ser *consciente* (ya sea un animal, un hombre o la humanidad) sea el logro de su *mayor felicidad*. Por el contrario, en todos los niveles de la evolución se puede aspirar a una felicidad singular e incomparable, que no es ni más elevada ni más baja, sino simplemente individual. La evolución no busca la felicidad, sino la evolución sin más. Sólo en el caso de que la humanidad tuviera un *fin* reconocido universalmente, podrían proponerse imperativos respecto a la forma de obrar; pero, hoy por hoy, no tenemos noticia de que ese fin exista. En consecuencia, no hay por qué relacionar las pretensiones de la moral con la humanidad, ya que resulta absurdo y pueril. Otra cosa sería *recomendar* un fin a la humanidad, pues este fin sería entonces algo *dependiente de nuestra voluntad*, y si conviniera a la humanidad, esta podría *imponerse* a sí misma una ley moral que le conviniese. Sin embargo, hasta hoy se ha venido situando la ley moral *por encima* de nuestra voluntad; hablando con propiedad, no hemos querido *dictarnos* esa ley, sino *recibirla* de alguna parte, *descubrirla*, *dejar que nos rigiera*, del modo que fuera.

109

El autodominio, la moderación y sus motivos. Para combatir la violencia de un instinto puede haber hasta seis métodos diferentes. Primero: podemos sustraemos a los motivos de satisfacer ese instinto, y debilitarlo y secarlo, absteniéndonos de satisfacerlo durante períodos de tiempo cada vez más prolongados. Segundo: podemos someternos a una regla que establezca un orden severo y regular en la satisfacción de los apetitos; bajo el imperio de reglas, logramos encuadrar su flujo y su reflujo dentro de unos límites estables, para conseguir intervalos en los que no nos turben los apetitos, y a partir de ahí se puede pasar a utilizar el primer método. Tercero: podemos abandonarnos deliberadamente a la satisfacción de un instinto salvaje y desenfrenado hasta hastiarnos, a fin de que este hastío nos ayude a dominar ese instinto, siempre y cuando, claro está, que no hagamos lo que el jinete que, por domar un caballo, se rompe la cabeza, que es lo que, desgraciadamente, suele suceder en este tipo de intentos. Cuarto: hay una ingeniosa estratagema consistente en asociar a la idea de satisfacción de un instinto un pensamiento desagradable, y esto con tanta

intensidad que, al final, por efecto del hábito, la idea de la satisfacción termina volviéndose también cada vez más desagradable. (Un ejemplo: cuando el cristiano se acostumbra a pensar, mientras está disfrutando del placer sexual, que el demonio está presente burlándose de él, o que merece el infierno por su delito, o que, si comete un robo, se verá expuesto al desprecio de aquellos a quienes más respeta. Del mismo modo, un individuo puede reprimir una fuerte y constante tendencia al suicidio, pensando en la desolación de sus parientes y amigos y en los reproches que se harían, y logra, así, desistir de su inclinación, dado que, desde ese momento, estas representaciones se suceden en su mente como la causa y el efecto). Hay que recordar aquí también el orgullo de los individuos que se rebelan, como hicieron, por ejemplo, lord Byron y Napoleón, quienes consideran ofensivo que una pasión tenga preponderancia sobre la disciplina y la regla general de la razón; de ahí proviene entonces el hábito y el placer de tiranizar y de aplastar el instinto. («No quiero ser esclavo de un apetito», escribió Byron en su diario). Quinto; se intenta desplazar las fuerzas acumuladas, imponiéndose cualquier trabajo penoso y difícil, o sometiéndose deliberadamente a nuevos alicientes y placeres, para canalizar así por nuevas vías los pensamientos y el juego de las fuerzas físicas. Este es el mismo método que se sigue cuando se fomenta temporalmente otro instinto, concediéndole muchas oportunidades de satisfacerse, para lograr que consuma la fuerza que, en caso contrario, acumularía el instinto que nos perturba con su violencia y que queremos refrenar. No faltará quizá también quien contenga la pasión que quiere imponerse, concediendo a los demás instintos, que ya conoce, un estímulo y una satisfacción momentánea, en orden a que devoren el alimento que el tirano querría acaparar. Sexto y último: quien soporta —y le parece racional hacerlo— un debilitamiento y una depresión *generalizados* de su organismo físico y psíquico, lo que, lógicamente, debilita a la vez un instinto violento en concreto; esto es lo que hace, por ejemplo, el asceta que controla su sensualidad a base de destruir al mismo tiempo su vigor y muchas veces incluso su razón.

En suma, los seis métodos que acabo de exponer son: evitar las ocasiones, someter el instinto a una regla, saciarlo hasta el hastío, asociarlo a una idea que nos mortifique (como la de la deshonra, la de las consecuencias nefastas o la de la dignidad ofendida), desviar las fuerzas, y, por último, lograr una debilidad y un agotamiento general. Ahora bien, la decisión y la voluntad de luchar contra la violencia de un instinto no dependen de nosotros, como tampoco dependen el método que elijamos ni los resultados que podamos lograr al aplicarlo. En todo este proceso, nuestra inteligencia no es más que el instrumento de un instinto contrario a aquel cuya violencia nos tortura, y que lo mismo puede ser la necesidad de descanso que el miedo a la vergüenza y a las consecuencias negativas de nuestros actos, o incluso el amor. Por consiguiente, aunque creamos que somos nosotros quienes nos quejamos

de la violencia de un instinto, en realidad es un instinto el que se queja de otro instinto, lo que equivale a decir que para sentir la perturbación que nos provoca la violencia de un instinto, es condición indispensable que exista otro instinto no menos violento —o más violento aún—, y que se produzca un *enfrentamiento* en el que nuestra inteligencia se ve obligada a tomar parte.

110

Lo que se opone a nuestros deseos. Podemos observar en nosotros mismos el siguiente proceso, proceso que yo desearía que se observara y que se confirmara con frecuencia: en ocasiones, percibimos desde lejos un tipo de *placer* que todavía nos es desconocido, lo que produce en nosotros un nuevo *deseo*. La cuestión está en ver qué es lo que se opone a dicho deseo. Si son cosas y consideraciones de carácter *común* y corriente u hombres a quienes no estimamos demasiado, el fin que persigue el nuevo deseo tomará la apariencia de un sentimiento *noble, bueno, laudable, digno de sacrificio*; en él se introducirán todas las disposiciones morales heredadas, y el fin pasará a ser un fin moral. En cuanto esto sucede, ya no creemos que estamos buscando un placer sino un resultado moral, con lo que aumentará la firmeza de nuestra aspiración.

111

A quienes admiran la objetividad. Quien de niño ha captado en los que le rodeaban variados e intensos sentimientos, junto con unos juicios superficiales y una escasa inclinación hacia la precisión intelectual, empleando casi toda su fuerza y lo mejor de su tiempo en imitar esos sentimientos, cuando llega a la edad adulta y puede observar en sí mismo que toda cosa nueva o todo individuo nuevo suscitan en su alma simpatía o antipatía, envidia o desprecio. Por influencia de sus experiencias y recuerdos de los que no se puede librar, suele admirar la *neutralidad de los sentimientos*, la *objetividad*, considerándola como algo extraordinario, casi genial y propio de una moral poco común. Ese tal no comprende que semejante neutralidad es también el resultado de la *educación* y del *hábito*.

112

Para la historia natural del deber y del derecho. Nuestros deberes no son otra

cosa que los derechos que los demás tienen sobre nosotros. ¿Cómo adquirieron esos derechos? Porque nos consideraron capaces de contraer compromisos y de cumplirlos, porque nos tuvieron por individuos iguales y semejantes a ellos, y, a causa de esto, nos prestaron algo, nos educaron y mantuvieron. Al cumplir, pues, nuestro deber, respondemos a la idea que otros han tenido respecto a nuestra capacidad y a la que debemos el bien que nos han hecho, y devolvemos en la misma medida lo que hemos recibido. Es, pues, nuestro orgullo quien nos exige cumplir nuestros deberes; tratamos de ser autónomos, correspondiendo a lo que otros hicieron por nosotros con algo que nosotros hacemos por ellos. Los otros, al beneficiarnos, invadieron el área de nuestro poder, y habrían dejado allí permanentemente su huella, si nosotros no hubiéramos llevado a cabo una represalia: cumpliendo con nuestro deber, invadimos por nuestra parte el área de poder de aquellos. Los derechos que los demás tienen sobre nosotros sólo pueden afectar a aquello que entra dentro de nuestro poder, a lo que podemos hacer, pues sería absurdo que nos exigieran imposibles. Habrá que decir, más exactamente, que los derechos afectan sólo a lo que los otros consideran que está dentro de nuestro poder, siempre y cuando sea lo mismo que nosotros pensamos que podemos hacer. Por una parte o por otra se puede incurrir fácilmente en el error. El sentido del deber exige que *creamos* lo mismo que los demás cuál es el alcance de nuestro poder; o, lo que es igual, que *podamos* prometer determinadas cosas y comprometernos a llevarlas a cabo.

Nuestros derechos son la parte de nuestro poder que los demás no sólo nos reconocen sino que quieren que conservemos. ¿Por qué razón? Unas veces, por prudencia, por miedo o por discreción, bien porque esperan de nosotros algo similar (la protección de sus derechos), bien porque consideran que sería peligroso e inoportuno enfrentarse con nosotros, o bien porque juzguen que si nuestra fuerza disminuye, ellos saldrán perjudicados, dado que entonces no podremos ayudarles frente a un tercero. Otras veces, el motivo puede ser la donación y la cesión, o bien hay que admitir un cierto sentimiento de poder en quien recibe la concesión.

He aquí, pues, cómo se originan los derechos: son grados de poder reconocidos y garantizados. Si las relaciones existentes entre distintos poderes se modifican de una forma sustancial, desaparecen unos derechos y surgen otros, como lo demuestra el constante vaivén del derecho de los pueblos. Si disminuye mucho nuestro poder, variará también el sentir de quienes hasta ese momento garantizaban nuestros derechos: examinarán las razones que tenían para otorgarnos nuestra posesión, y si el examen nos es desfavorable, nos negarán *nuestros derechos*. Si, por el contrario, nuestro poder aumenta en un grado considerable, cambiará también el sentir de quienes nos reconocían ese poder, en el sentido de que tratarán de reducir nuestro poder a sus límites primitivos y procurarán interferirse en nuestros asuntos apelando a sus deberes. Con todo, estas palabras resultan inútiles. Dondequiera que *reine el*

derecho, que se mantenga un estado y que se ostente un grado determinado de poder, se rechazarán todo aumento o disminución de este. El derecho que reconocemos a los demás es una concesión del sentimiento de nuestro poder al sentimiento del poder ajeno. Cuando nuestro poder se resquebraja profundamente y se rompe, cesan nuestros derechos; y, a la inversa, cuando nos hacemos más poderosos, los derechos ajenos dejan de ser para nosotros lo que eran hasta entonces. El *hombre equitativo* necesita, pues, la sutil sensibilidad de una balanza para calibrar los grados de poder y de derecho que, dada la precariedad de las cosas humanas, se mantienen muy raras veces en equilibrio, siendo lo más común que bajen y suban con frecuencia. Por consiguiente, es difícil ser equitativo, y requiere mucha experiencia, mucha buena voluntad, y, sobre todo, mucho *ingenio*.

113

El ansia de distinción. Todo el que aspira a distinguirse tiene puesta constantemente la mirada en el prójimo, para tratar de saber cuáles son los sentimientos de este. Ahora bien, la simpatía y el abandono que exige la satisfacción total de esta inclinación, distan mucho de estar inspirados por la candidez, la compasión o la benevolencia. Lo que se busca, por el contrario, con este estado de ánimo es descubrir o adivinar cómo *sufre* el prójimo interiormente al observarnos, cómo pierde su autodominio y cómo cede a la impresión que le producen nuestra mano o nuestro aspecto. Aunque el que aspira a distinguirse produzca o trate de producir una impresión agradable y tranquilizadora, no disfrutaría de este resultado sino en la medida en que el prójimo goce de él, esto es, en la medida en que deje su *huella* en el alma de este. Aspirar a distinguirse equivale a aspirar que el prójimo quede subyugado, aunque no sea más que de una manera indirecta, es decir, mediante la acción del sentimiento o incluso simplemente en sueños.

Esta íntima ambición de dominio presenta una amplia serie de grados, y para agotar su nomenclatura se precisaría escribir prácticamente toda la historia de la civilización desde la barbarie primitiva, con todo su horrible aspecto, hasta ese gesto refinado y ese idealismo enfermizo característicos de la época moderna. Para designar por sus nombres algunos escalones de esta amplia escala, diré que el ansia de distinguirse genera, sucesivamente, *en el prójimo*, tortura, espanto, asombro angustiado, sorpresa, envidia, admiración, edificación, placer, goce, risa, ironía, burla, insultos, golpes y, al final, torturas innumerables para el que pretende alcanzar la distinción. En el último escalón está *el asceta* y el mártir, que, como consecuencia de su aspiración a distinguirse, cifran su mayor goce en hacer lo contrario que el *bárbaro*, que era quien ocupaba el primer nivel de la escala. Así, si el bárbaro hacía

sufrir a aquellos ante los que quería distinguirse, el asceta disfruta sufriendo él. La victoria del asceta sobre sí mismo, dirigiendo la mirada a su interior y viendo a un individuo que a un tiempo sufre y observa ese sufrimiento, que ya no mira hacia fuera más que para recoger leña con la que alimentar su propia hoguera, esa tragedia final del instinto de distinción en la que ya sólo queda una persona que se carboniza a sí misma, constituye un desenlace digno de los orígenes, ya que en ambos casos se alcanza un goce indecible al *contemplar a un ser torturado*. Y es que, efectivamente, tal vez no haya habido nunca en el mundo una felicidad —entendida en términos de sentimiento de poder— tan intensa como la que se da en el alma de un asceta supersticioso. Esto es lo que expresaron los brahmanes en la historia del rey Visvamitra que, tras mil años de penitencias, adquirió tal poder que trató de construir un nuevo *cielo*. Pienso que, en el terreno de los fenómenos internos, no somos más que torpes novicios e inseguros descifradores de enigmas, y que hace cuatro mil años habían avanzado más en esa sutileza maldita del goce de uno mismo. Puede que en aquel entonces algún pensador hindú concibiera la creación del mundo como un ejercicio ascético llevado a cabo por un dios sobre sí mismo. Ese dios se habría implicado en la naturaleza mudable como un instrumento de tortura, para sentir que se multiplicaba así su goce y su poder. Si ese ser fuera un dios de amor, ¿qué goce no supondría para él crear hombres *que sufren*, y sufrir él también de una forma divina y sobrehumana, al ver el padecimiento constante de sus criaturas y martirizarse con semejante espectáculo? Más aún, si ese dios no fuera sólo un dios de amor, sino también un dios santo e inocente, ¿qué delirio no experimentaría ese asceta divino al crear el pecado, los pecadores y la condenación eterna, y, bajo su cielo, a los pies de su trono, un lugar de tormentos eternos y de gemidos interminables? No es totalmente imposible que el alma de un San Pablo, de un Dante, de un Calvino y de otros hombres similares haya intuido alguna vez los terroríficos misterios de una voluptuosidad de poder así. A la vista de semejantes estados anímicos, podemos preguntarnos si el círculo de la aspiración a distinguirse no habrá vuelto, realmente, a su punto de partida, si, con el asceta, no habrá llegado a su límite último. ¿No podría recorrerse ese círculo por segunda vez, manteniendo la idea fundamental del asceta y del Dios compasivo; quiero decir, la de hacer daño a otros para hacérselo a uno mismo, la de triunfar sobre uno mismo y sobre la compasión propia, para disfrutar de la voluptuosidad extrema del poder? Perdonad estas disgresiones que asaltan mi alma, cuando pienso en todas las posibilidades que encierra el amplio campo de las orgías psíquicas a las que se entrega el ansia de dominio.

114

La intelección del que sufre. La situación en la que se encuentra el enfermo, víctima de horribles y prolongados dolores, pero que conserva la razón, no deja de tener un valor para el conocimiento, independientemente de los beneficios intelectuales que reportan la soledad y la liberación súbita de nuestros deberes y hábitos. Quien sufre mucho y se siente, en cierta medida, prisionero de su dolor, mira hacia afuera con extrema frialdad. Para él han desaparecido todos los falaces atractivos con los que se adornan las cosas cuando el hombre sano fija en ellas su mirada. Se ve a sí mismo ante él, tendido, sin brío ni color. Si el enfermo había vivido hasta entonces en una especie de peligroso desvarío, el supremo desencanto que le produce el dolor será el único medio que le librará de él. (Puede que fuera esto lo que le ocurrió al fundador del cristianismo cuando, clavado en la cruz, exclamó: «¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?», ya que, interpretadas estas palabras con toda la profundidad debida, testimonian un total desencanto, una clarividencia suma frente al espejismo de la vida. Cristo se volvió clarividente respecto a sí mismo como le ocurrió a Don Quijote, según cuenta Cervantes, a la hora de su muerte).

La enorme tensión de la inteligencia que trata de enfrentarse al dolor, ilumina desde entonces con una nueva luz todo lo que mira, y el inefable encanto que confiere a las cosas toda iluminación nueva suele ser lo bastante poderosa como para vencer la tentación del suicidio y para que resulte apetecible a quien sufre seguir viviendo. Considera con desprecio el cálido y confortable mundo en el que vive sin escrúpulos el individuo sano, así como las ilusiones más nobles y queridas a las que tal vez él mismo se entregó, y disfruta verdaderamente evocando ese desprecio como si lo hiciera salir de las profundidades del infierno, sometiendo así a su alma a los más amargos dolores, que harán de contrapeso respecto a los dolores físicos. Desde su estado, comprenderá que ese contrapeso resulta necesario. Con terrible clarividencia respecto a su situación, exclama: «Sé por una vez tu acusador y tu verdugo; considera tu dolor como un castigo que te impones a ti mismo; disfruta de la superioridad que te confiere el hecho de ser juez, mejor aún, disfruta de tu caprichosa y arbitraria tiranía. Elévate por encima de la vida como por encima del dolor. Mira el fondo de las razones y de las sinrazones». Nuestro orgullo se rebela como nunca lo había hecho; experimenta una satisfacción incomparable defendiendo la vida contra un tirano como el dolor y contra todas las insinuaciones de ese tirano que trata de impulsarnos a que reneguemos de la vida y de *representar la vida* ante él. Cuando nos encontramos en ese estado, nos defendemos con acritud de todo el que nos acusa de pesimistas, para que el pesimismo no aparezca como un resultado de nuestra situación y no nos humille por haber sido vencidos. Nunca como entonces nos sentimos tentados a ser justos en nuestras apreciaciones, pues la injusticia es un triunfo sobre nosotros mismos y sobre el estado más irritable que podamos imaginar, un estado que disculparía por sí solo todo juicio injusto; pero no queremos que nos

disculpen, queremos demostrar que podemos ser *intachables* en nuestros juicios. Sufrimos verdaderas crisis de orgullo.

Ahora bien, en cuanto surge el primer atisbo de mejora, su primera consecuencia es defendernos contra la preponderancia de nuestro orgullo. Nos consideramos estúpidos y vanidosos, como si no hubiera ocurrido nada excepcional. Humillamos, sin el menor asomo de gratitud, el orgullo omnipotente que nos dio fuerzas para soportar el dolor y exigimos violentamente un antídoto contra el orgullo; queremos convertirnos en seres extraños a nosotros mismos y desprendernos de nuestra personalidad, dado que el dolor nos había hecho forzosamente *personales* durante mucho tiempo. Exclamamos: «¡Fuera el orgullo: era una enfermedad y una crisis más!». Volvemos a mirar a los hombres y a la naturaleza con ojos de deseo; sonriendo con tristeza, comprendemos que ahora tenemos nuevas ideas sobre ellos, ideas diferentes de las que teníamos antes, que ha caído el velo que teníamos delante de los ojos. Nos sentimos reconfortados al volver a captar *las delicadas luces de la vida*, que emergen de aquella luz demasiado intensa, a cuyo resplandor veíamos las cosas cuando sufríamos e incluso a través de ellas. No nos irrita que vuelva a hacer su juego la magia de la salud; contemplamos este espectáculo como si hubiéramos cambiado; nos sentimos benévolos, aunque algo cansados todavía. En este estado, la música nos hace llorar.

115

Lo que llamamos el «yo». El lenguaje y los prejuicios sobre los que este se configura, impiden muchas veces profundizar en el estudio de los fenómenos internos y de los instintos, habida cuenta de que sólo disponemos de palabras para designar los grados *superlativos* de estos. De este modo, nos hemos acostumbrado a no observar con exactitud cuando carecemos de palabras, dado que sin ellas resulta extremadamente laborioso discurrir con precisión. En otras épocas hasta se llegó a pensar que donde acaba el reino de las palabras termina también el de la existencia. Las palabras «ira», «amor», «compasión», «deseo», «conocimiento», «alegría», «dolor» son términos que hacen referencia a situaciones extremas; los grados más mesurados e intermedios se nos escapan, y no digamos ya los grados inferiores, pese a que están actuando constantemente y a que son los que tejen la tela de nuestro carácter y de nuestro destino. Sucede a veces que estas explosiones extremas —y el placer o el desagrado más vulgares de los que tengamos conciencia pueden formar parte de estas explosiones extremas, según una valoración exacta— desgarran la tela y constituyen violentas erupciones, la mayoría de las veces como resultado de represiones. ¡A cuántos errores inducen entonces al observador, incluyendo al hombre

activo! *En cuanto que somos*, no somos lo que parecemos ser de acuerdo únicamente con las condiciones de las que tenemos conciencia y para las que disponemos de palabras, de censuras y alabanzas. Haciendo uso sólo de esas explicaciones burdas, que es lo único que conocemos, nos desconocemos a nosotros mismos; sacamos conclusiones en un terreno en el que las excepciones superan a la regla; nos equivocamos al interpretar el enigma de nuestro yo, que sólo resulta claro aparentemente. Sin embargo, *la opinión que tenemos de nosotros mismos*, opinión que nos hemos formado por esta vía falsa, lo que llamamos nuestro yo, actúa desde ese momento para configurar nuestro carácter y nuestro destino.

116

El mundo desconocido del «sujeto». No hay nada que le resulte más difícil de conocer al hombre que el desconocimiento que tiene de sí mismo, desde los tiempos más remotos hasta hoy, y no sólo respecto al bien y al mal, sino también respecto a cuestiones mucho más importantes. De acuerdo con una vieja ilusión, creemos saber con toda exactitud cómo *se lleva a cabo una acción humana* en cada caso particular. No sólo Dios, que «ve en el fondo de los corazones», y el hombre que obra y reflexiona sobre su acción, sino cualquiera otra persona está segura de entender el fenómeno de la acción que lleva a cabo su prójimo. Todos los antiguos y casi todos los modernos creían y siguen creyendo que sabemos lo que queremos y lo que hacemos, que somos libres y responsables de nuestros actos, y que hacemos a los demás responsables de los suyos, que podemos designar todas las posibilidades morales, todos los movimientos internos que preceden a un acto, que cualquiera que sea la forma de actuar, nos comprendemos a nosotros mismos y comprendemos a todos los demás. Sócrates y Platón, que en esta cuestión se mostraron como grandes escépticos y como admirables innovadores, fueron, sin embargo, excesivamente crédulos en lo relativo a este nefasto prejuicio, al profundo error de pretender que *el entendimiento recto debe ir seguido necesariamente de la acción recta*. A causa de este principio todos los grandes hombres heredaron la locura y la pretensión universales de suponer que se conoce la esencia de un acto. La única razón que esgrimen esos grandes hombres para demostrar tal idea es que sería horrible que la comprensión de la esencia de un acto recto no fuera seguida del acto recto correspondiente; lo contrario les parece algo impensable y absurdo. Y, sin embargo, lo contrario es, precisamente, lo que corresponde a la realidad desnuda, tal y como esta aparece diaria y constantemente, desde toda la eternidad. ¿No es una verdad *terrible* que lo que podemos saber de un acto no sea nunca suficiente para llevarlo a cabo; que hasta hoy no se haya podido explicar en ningún caso el tránsito que va del

entendimiento de un acto a la realización del mismo? Los actos no son nunca lo que parecen. ¡Nos ha costado tanto trabajo darnos cuenta de que lo externo no es como nos parece! Pues bien: lo mismo sucede con el mundo interno. Los actos no son, realmente, algo *ajeno* —eso es todo lo que podemos decir—; y todos los actos nos son, esencialmente, desconocidos. Pero la creencia habitual es y sigue siendo lo contrario; en contra nuestra está el más viejo realismo. Hasta hoy la humanidad ha venido creyendo que un acto es como nos parece que es. (Al releer estas palabras, recuerdo un pasaje muy significativo de Schopenhauer que voy a citar como prueba de que también él seguía aferrado, sin el más mínimo escrúpulo, a este realismo moral: «Cada uno de nosotros somos, en realidad, un juez moral, competente y perfecto, que conoce con exactitud el bien y el mal, siempre y cuando no se trate de sus actos propios, sino de los ajenos, y respecto a los cuales puede contentarse con aprobarlos o desaprobarlos, recayendo sobre los hombros de otro el peso de su realización. En consecuencia, cada uno puede cumplir, como confesor, el papel de Dios»).

117

En una cárcel. Sean penetrantes o débiles, mis ojos no ven más que hasta una determinada distancia. Veo y obro dentro de un espacio, constituye mi destino más cercano, grande o pequeño; un destino del que no puedo escapar. En torno a cada ser, se extiende, pues, un círculo que le es propio. De igual modo, mi oído me encierra en un pequeño espacio; y lo mismo cabe decir de mi tacto. Dentro de estos horizontes en los que nos encierran nuestros sentimientos como si fueran los muros de una cárcel, medimos el mundo diciendo que esto está cerca y aquello lejos; que esto es grande y aquello pequeño; que esto es duro y aquello blando. A esta forma de medir, que en sí no es más que un error, le llamamos *sensación*.

Según el número de sucesos y de emociones que, por término medio, hemos podido tener en un tiempo determinado, medimos nuestra vida, considerándola corta o larga, rica o pobre, fecunda o estéril, y con arreglo a lo que es el término medio de la vida humana, medimos —lo que en sí no es más que otro error— la de todos los demás seres.

Si tuviéramos unos ojos cien veces más penetrantes para lo cercano, el tamaño del hombre nos parecería enorme. Cabría imaginar incluso unos órganos a través de los cuales el hombre resultaría inconmensurable. Por otra parte, determinados órganos podrían estar configurados de forma que redujeran y empequeñecieran sistemas solares enteros hasta hacerlos semejantes a una sola célula de un cuerpo humano; y para seres de un orden inverso esa sola célula podría aparecer, en su constitución,

movimiento y armonía, como un sistema solar. Los hábitos de nuestros sentidos nos han envuelto en una tela de sensaciones engañosas que son, a su vez, la base de todos nuestros juicios y de nuestro *entendimiento*. No hay salida ni escape posibles; no hay acceso alguno al mundo real. Estamos dentro de una tela de araña, y sólo podemos captar con ella aquello que *se deje* coger.

118

¿Qué es el prójimo? ¿Cuáles son los límites de nuestro prójimo, esto es, aquello en virtud de lo cual nos deja, por así decirlo, su huella? Todo lo que entendemos del prójimo son los *cambios* que, en virtud suya, se operan en *nuestra persona*; lo que sabemos de él es como un *molde* vacío. Le atribuimos los sentimientos que sus actos provocan en nosotros y le conferimos así el reflejo de una realidad falsa. Lo concebimos de acuerdo con el conocimiento que tenemos de nosotros mismos, haciendo de él un satélite de nuestro propio sistema, y cuando se ilumina o cuando se oscurece para nosotros, somos nosotros la causa última de ello, aunque supongamos todo lo contrario. ¡En qué mundo de fantasmas vivimos!: un mundo invertido y vacío, al que, sin embargo, vemos, como en un sueño, del *derecho* y *lleno*.

119

Vivir es inventar. Sea cual sea el grado de autoconocimiento que alcancemos, lo más incompleto será siempre la imagen que nos formamos de nuestra individualidad. Ni siquiera podemos designar los instintos más primarios; su número y su fuerza, su flujo y su reflujo, su acción recíproca, y, sobre todo, las leyes que rigen su *satisfacción*, nos son totalmente desconocidas. En consecuencia, esta satisfacción es obra del azar; los sucesos de nuestra vida cotidiana lanzan su presa a un instinto o a otro, que se apodera de ella con avidez, pero el vaivén de estos sucesos no guarda ninguna correlación razonable con las necesidades de satisfacción del conjunto de los instintos, de forma que siempre ocurrirán dos cosas: que unos adelgazarán y se morirán de inanición, y otros estarán sobrealimentados. Cada momento de nuestra vida hace que crezca alguno de los tentáculos de ese pulpo que es nuestro ser, y que otros se sequen, según el alimento que dicho momento les da o les deja de dar. Desde este punto de vista, todas nuestras experiencias son alimentos, aunque esparcidos por una mano ciega que ignora quién tiene hambre y quién está harto. Habida cuenta de que es el azar quien se encarga de nutrir cada una de sus partes, el estado del pulpo, en cuanto a su desarrollo completo se refiere, resulta tan fortuito como lo fue su

propio desarrollo. Por decirlo más exactamente, si un instinto se encuentra en situación de tener que ser satisfecho, o de ejercer su fuerza, o de satisfacerla, o de llenar un vacío —hablando en lenguaje figurado—, considerará cada suceso del día para ver cómo puede usarlo con vistas a ese fin. Cualquiera que sea la situación del hombre —ya ande o repose, lea o hable, se enoje y luche o esté alegre—, el instinto excitado tanteará cada una de estas situaciones. En la mayoría de los casos, no hallará nada a su gusto y habrá de esperar y continuar sediento. Si pasa algún tiempo, se debilitará; y si no es satisfecho en el plazo de unos días o de unos meses, se secará como una planta a la que le falta agua.

Esta crueldad del azar quedaría tal vez de manifiesto con colores más vivos, si todos los instintos exigieran ser satisfechos con tanta urgencia como el *hambre*, que no se contenta con alimentos *vistos en sueños*; pero la mayoría de los instintos, sobre todo los llamados «morales», se satisfacen así, si es que cabe suponer que los ensueños pueden servir para *compensar de algún modo* la falta accidental de alimento durante el día. ¿Por qué el ensueño de ayer estuvo impregnado de ternura y de lágrimas, el de anteayer resultó agradable y fantasioso, y otros, más lejanos aún, fueron aventureros y llenos de ansiosas búsquedas? ¿A qué se debe que en este ensueño disfrute de las bellezas inefables de la música y en aquel otro vuele y me eleve por encima de las más altas cumbres, con la voluptuosidad del águila? Estas fantasías en las que se descargan y se ejercitan nuestros instintos de ternura, de ironía o de excentricidad, nuestras ansias de música o de elevación (y cada uno de nosotros podría poner ejemplos más elocuentes) son las interpretaciones de nuestras excitaciones nerviosas durante el sueño, interpretaciones muy libres y muy arbitrarias, de la circulación sanguínea, de la acción intestinal, de la presión de los brazos o de la ropa de la cama, del sonido de las campanas de una iglesia, del chirrido de una veleta, de los pasos de un noctámbulo y de otras cosas por el estilo. Si este texto que, por lo general, suele ser el mismo una noche que otra, recibe comentarios tan variados que hasta la razón creadora *imagina*, ayer u hoy, *causas* tan diferentes para las mismas excitaciones nerviosas, ello se debe a que el inspirador de esta razón es diferente hoy que ayer; ayer era un instinto el que quería satisfacerse, manifestarse, ejercitarse, aliviarse y descargarse; y hoy es otro.

La vida en estado de vigilia no posee la misma *libertad* de interpretación que la vida del ensueño; es menos poética, menos descontrolada; pero ¿he de decir que nuestros instintos, en estado de vigilia, no hacen tampoco otra cosa que interpretar las excitaciones nerviosas y determinar las causas de estas necesidades de los instintos? ¿He de añadir que no existe una diferencia *esencial* entre el estado de vigilia y el de ensueño; que incluso comparando grados de cultura muy diferentes, la libertad de interpretación que se ejerce en uno de tales grados no es inferior en nada a la libertad de interpretación en sueños del otro grado; que nuestras valoraciones y nuestros

juicios morales no son más que imágenes y fantasías que encubren un proceso fisiológico desconocido para nosotros, una especie de lenguaje convencional con el que se designan determinadas excitaciones nerviosas; que todo lo que llamamos conciencia no es, en suma, sino el comentario más o menos fantástico de un texto desconocido, quizá incognoscible, pero presentido?

Fijémonos en cualquier hecho insignificante. Supongamos que, al atravesar una plaza pública, un individuo se burla de nosotros. Según domine en nuestro interior un instinto u otro, este incidente tendrá para nosotros tal o cual significación, y de acuerdo con el tipo de persona que seamos, el hecho en cuestión tendrá un carácter distinto. Para uno la burla le resultará tan indiferente como una gota de lluvia; otro se la quitará de encima como si se sacudiera una mosca; otro verá en esto un motivo de pendencia; otro examinará su ropa por si hay en ella algo que haga reír; otro pensará, como consecuencia de ello, en lo ridículo en sí; y hasta puede que haya alguien que se alegre de haber contribuido involuntariamente a añadir un rayo de sol a la alegría del mundo. En cada uno de estos casos, se satisface un instinto, ya sea el de despecho, el de agresividad, el de reflexión o el de benevolencia. Cualquiera de estos instintos se apoderan del incidente como si fuera una presa. Pero ¿por qué precisamente lo hace uno en concreto? Porque estaba al acecho, ávido y hambriento.

Hace un momento, a las once de la mañana, un hombre se ha desplomado fulminantemente a mis pies. Todas las mujeres del vecindario se han puesto a dar gritos. Yo me he levantado y he estado esperando a su lado a que recobrara el habla. Mientras lo he estado haciendo, no se ha alterado ni un solo músculo de mi rostro, ni se ha apoderado de mí ningún sentimiento de miedo o de compasión. He hecho sencillamente lo que había que hacer, lo más urgente y razonable, y luego me he marchado impasible. Si el día anterior me hubieran anunciado que al día siguiente, a las once, iba a desplomarse un hombre a mis pies, habría sufrido las ansiedades más diversas, no habría dormido en toda la noche, y en el momento decisivo, tal vez me hubiera sucedido lo mismo que a ese hombre, en lugar de ayudarle. En este espacio de tiempo, todos los instintos imaginables habrían tenido tiempo de representarse el suceso y de comentarlo. ¿Qué son, entonces, los sucesos de nuestra vida? Es mucho más lo que ponemos en ellos que lo que contienen en realidad. Cabría decir incluso que, en sí mismos, son vacíos. Vivir equivale a inventar.

120

Para tranquilidad del escéptico. «No tengo ni la menor idea de lo que *hago*. No tengo ni la menor idea de lo que *debo hacer*». Tienes razón, pero puedes estar seguro de una cosa: de que *eres tú quien lo hace*, en cada momento de tu vida. La humanidad

ha confundido, en todas las épocas, la voz activa y la voz pasiva. Esta ha sido su falta eterna de gramática.

121

La «causa» y el «efecto». En este espejo —pues nuestra inteligencia es un espejo — hay algo que se refleja con regularidad. A una cosa determinada sucede siempre otra cosa determinada. Cuando advertimos este hecho y queremos darle un nombre, hablamos de causa y de efecto. ¡Qué insensatos somos! ¡Como si así hubiéramos entendido o podido entender algo! Lo que hemos visto no es más que las imágenes de causas y de efectos. Y esta visión en imagen es lo que nos impide ver los lazos esenciales que implica una sucesión.

122

Las causas finales referidas a la naturaleza. Quien investigue con imparcialidad la evolución del ojo y de sus formas en los seres inferiores para mostrar el lento desarrollo del órgano visual, llegará necesariamente a la sorprendente conclusión de que el fin de la formación del ojo no ha sido la vista, sino que esta surgió cuando *el azar* había constituido el órgano. Un ejemplo de estos basta por sí solo para que se nos caiga de los ojos la idea de causas finales, que actúa como si fuera una telaraña.

123

La razón. ¿Cómo apareció la razón en el mundo? De un modo irracional, como debía ser: por virtud del azar. Habrá que descifrar este azar como enigma que es.

124

¿Qué es querer? Nos reímos de quien sale a la puerta de su casa en el momento en que asoma el sol por el horizonte, y dice: «Quiero que salga el sol»; y del que, al no poder parar una rueda, exclama: «Quiero que ruede»; y del que es derribado en un combate y dice: «Estoy en el suelo porque quiero». Pero —bromas aparte— ¿hacemos algo distinto de lo que hacen estos hombres cuando empleamos la palabra

«quiero»?

125

«El reino de la libertad». Podemos imaginarnos muchas más cosas de las que podemos hacer y vivir, lo que quiere decir que nuestro pensamiento es superficial y que, al contentarse con la superficie, ni siquiera repara en ella. Si nuestra inteligencia se hubiese *desarrollado* seriamente, de acuerdo con la medida de nuestras fuerzas y del ejercicio que hacemos de ella, consideraríamos que el primer principio de nuestra reflexión consiste en que no podemos comprender más que lo que podemos hacer, si es que existe una comprensión en términos generales. Quien tiene sed está privado de agua, pero su espíritu le está presentando constantemente la imagen del agua, como si fuera fácil conseguirla. El carácter superficial y sumamente contentadizo de la inteligencia no puede comprender que exista una auténtica necesidad, y se siente superior a ella: está orgullosa de ser más poderosa, de correr más deprisa, de llegar en un momento a la meta. Esta es la razón de que, frente al reino de la acción, de la volición y de la *vida*, el reino de las ideas aparezca como *el reino de la libertad*, pese a que, como ya he dicho, no es más que el reino de lo superficial y de lo contentadizo.

126

El olvido. Aún está por demostrar la existencia del olvido. Todo lo que sabemos es que no depende de nosotros el acordarnos de algo en el momento que queremos. A esa laguna de nuestro poder le hemos dado provisionalmente el nombre de olvido, contabilizándolo como si fuera un poder más. Pero ¿qué es, en última instancia, lo que depende de nosotros? Si esta palabra designa una laguna de nuestro poder, ¿no designarán también las demás palabras lagunas que deja abiertas el *conocimiento* que tenemos de nuestro poder?

127

«Con vistas a un fin». Los actos humanos menos comprensibles son los que se realizan con vistas a un fin, dado que siempre han sido considerados los más inteligibles y los que, para nuestro entendimiento, resultan más habituales. Los grandes problemas se encuentran tirados en medio de la calle.

128

El ensueño y la responsabilidad. ¡Queréis ser responsables de todo, excepto de vuestros sueños! ¡Qué mísera debilidad! ¡Qué falta de valentía lógica! ¡Pero si nada os pertenece tanto como lo que soñáis! ¡Nada es más obra vuestra que esto! En esta comedia, vosotros desempeñáis todos los papeles. Sois la trama, la forma, la duración, el actor y el espectador. Y esto es lo que os da miedo y vergüenza. Ya Edipo, el sabio Edipo, trataba de consolarse pensando que lo que soñamos depende de nosotros; de lo que deduzco que la mayoría de la gente tiene que reprocharse sueños terribles. Si no fuera por esto, ¡cuánto no se habría explotado su nocturna poesía en favor del orgullo del hombre! Debo añadir que el sabio Edipo tenía razón al pensar que no somos realmente responsables de nuestros sueños, como tampoco lo somos de nuestros estados de vigilia; que la doctrina del libre albedrío es hija del orgullo y del sentimiento de poder humanos. Tal vez haya repetido ya esto demasiadas veces, pero ello no es una razón para que sea mentira.

129

La presunta lucha de motivos. Se habla de una *lucha de motivos,* pero lo que esta expresión designa no es precisamente eso. Quiero decir que, cuando nuestra conciencia delibera antes de realizar una acción, se presentan ante ella las consecuencias de diferentes actos que creemos poder ejecutar y las comparamos entre sí. Creemos que hemos decidido realizar un acto cuando hemos considerado que sus consecuencias serán las más favorables. Antes de llegar a esta conclusión, nos atormentamos —con frecuencia lealmente— a causa de las grandes dificultades que supone prever las consecuencias y percibirlas por entero, sin excepción y en toda su extensión, después de lo cual habrá que calcular, además, la parte que hay que conceder al azar. Pero entonces viene lo más difícil: Todas las consecuencias que, con tanta dificultad, hemos estado calibrando por separado, han de ser medidas en una misma balanza para ser sopesadas entre sí. El problema está en que, muy frecuentemente, en esta casuística de las ventajas, nos falta una balanza unitaria, ya que la cualidad de cada una de las consecuencias imaginables exige un instrumento de medida diferente. Con todo, aunque saliéramos bien de esta operación, así como de las anteriores, porque el azar hubiese puesto en nuestro camino consecuencias mensurables entre sí, al imaginarnos las consecuencias de un determinado acto, nos faltará un motivo para llevarlo a cabo. ¡Sí, un motivo! Ahora bien, en el momento en que nos decidamos a obrar, nos veremos determinados por un tipo de motivos, distintos del aquí descrito: el que forma parte de *la imagen de las consecuencias*. Es

entonces cuando actúa el hábito de ejercitar nuestras fuerzas, o el impulso de una persona a la que tememos, respetamos o amamos, o la indolencia que nos lleva a hacer lo que tenemos más a mano, o, por último, el despertar de la imaginación que en el momento decisivo provoca cualquier acontecimiento nimio. En este instante entra en juego también el elemento corporal, que se presenta sin que podamos determinar su influencia exacta, o el humor del momento, o el asalto de cualquier pasión que, por azar, estaba preparándose a asaltarnos. Lo que quiero decir, en suma, es que en ese momento entran en juego motivos que nos son desconocidos o que no conocemos bien, y que no podemos tener en cuenta en nuestros cálculos previos.

Puede que, entre estos motivos, se dé también una lucha, un tira y afloja, una rebelión y una represión de unidades. Esta sería la auténtica *lucha de motivos*, que, para nosotros, resultaría imperceptible e inconsciente. He calculado la sucesión de las cosas y los éxitos; pero esa línea de batalla resulta muy confusa: ni yo la determino, ni tan siquiera la veo. La propia lucha es secreta, como también lo es la victoria en cuanto tal; aunque sé bien que terminaré haciendo una cosa concreta, desconozco cuál ha sido el motivo que ha acabado imponiéndose. Estamos habituados, en efecto, a no tener en cuenta estos fenómenos inconscientes y a no imaginar la preparación de un acto en lo que tiene de inconsciente. Por eso confundimos la lucha de motivos con la comparación de las consecuencias posibles de los distintos actos. Y esta confusión es la más fecunda en cuanto a resultados nefastos se refiere, para el desarrollo de la moral.

130

¿Causas finales? ¿Voluntad? Nos hemos habituado a creer en dos reinos: el reino de las *causas finales* y de la *voluntad*, y el reino del azar. En este último, todo carece de sentido; todo sucede, va y viene, sin que nadie pueda decirnos por qué ni para qué. A este poderoso reino de la gran estupidez cósmica le tenemos miedo, pues, por lo general, trabamos contacto con él cuando cae en el otro mundo (el de las causas finales y de las intenciones), como una teja desprendida de un tejado, destruyendo siempre alguno de nuestros fines sublimes.

Esta creencia en ambos reinos proviene de un antiguo romanticismo y de una leyenda: nosotros, que somos unos enanos maliciosos con voluntad y causas finales, nos vemos importunados, estorbados, pisoteados y hasta abatidos por unos gigantes imbéciles y más que imbéciles: los caprichos del azar Sin embargo, no querríamos vernos privados de la terrible poesía de semejantes vecinos, dado que estos monstruos suelen aparecer cuando, en la telaraña de las causas finales, la existencia se ha vuelto demasiado aburrida y demasiado pusilánime, y provocan una diversión de índole

superior, desgarrando de pronto con sus manos toda la tela. No es que sea esta la intención de tales seres irracionales. Ni siquiera tienen conciencia de ello. Pero sus manos, toscamente óseas, pasan a través de la tela como si fuera aire puro. A este reino de lo imponderable y de la sublime y eterna falta de inteligencia, los griegos le daban el nombre de *moira*, y lo situaban como un horizonte en torno a sus dioses, horizonte fuera del cual no podían ni ver ni obrar. En muchos pueblos, sin embargo, cabe observar una íntima rebeldía contra los dioses; se aceptaba adorarlos, es cierto, pero se reservaba en la mano un triunfo sobre ellos. Los hindúes y los persas, por ejemplo, imaginaban que los dioses dependían de los *sacrificios* humanos, de forma que, llegado el caso, los mortales podían dejarles morir de hambre y de sed. Los duros y melancólicos escandinavos concibieron la idea de una futura caída de los dioses, lo que les procuraba el deleite de una venganza silenciosa, en compensación por el miedo constante que les inspiraban. Esto no sucede, sin embargo, en el caso del cristianismo, cuyas ideas fundamentales no eran ni hindúes, ni persas, ni griegas, ni escandinavas. El cristianismo, que enseñó a adorar, rodilla en tierra, el *espíritu de poder*, y pretendió que después se besara también la tierra, dio a entender que ese todopoderoso *reino de la estupidez* no está tan falto de inteligencia como parece, y que, por el contrario, los estúpidos somos nosotros, al no advertir que, tras ese reino, está un Dios amoroso, encubierto hasta entonces bajo el nombre de raza de gigantes o de *moira*, y que él es quien teje la tela de las causas finales, una tela que al ser más fina aún que la de nuestra inteligencia, hace que esta la considere necesariamente incomprensible e incluso irracional.

Esta leyenda suponía una inversión tan atrevida y una paradoja tan audaz, que la extrema fragilidad a la que había llegado el mundo antiguo no pudo resistirla: tan loca y contradictoria resultaba la cuestión; ya que, dicho sea en confianza, en ella se daba una contradicción: si nuestra razón no puede adivinar la razón y los fines de Dios, ¿cómo pudo entonces adivinar la adecuación de su razón, la razón de la razón y la adecuación de la razón de Dios?

En tiempos más recientes, los hombres han cuestionado con desconfianza que la teja caída de un tejado sea lanzada por el *amor divino*, y hemos empezado a volver sobre las antiguas huellas del romanticismo de los gigantes y los enanos. Ya es tiempo, pues, de que *reconozcamos* que los gigantes gobiernan también en nuestro mundo particular de las causas finales y de la razón. A veces, somos nosotros mismos quienes desgarramos nuestras propias telas, y con tanta brutalidad como lo haría la famosa teja que se desprende. Todo lo que llamamos finalidad no es tal, y mucho menos es voluntad todo lo que designamos con este nombre. Si concluís diciendo que sólo existe el reino de la falta de inteligencia y del azar, no habrá más que añadir, pues tal vez no haya más que un solo reino, quizá no existan ni voluntad ni causas finales, acaso sean un producto de nuestra imaginación. Esas férreas manos de la

necesidad que lanzan el dado del azar, continúan jugando indefinidamente; es preciso, pues, que ciertas jugadas tengan la apariencia perfecta de la finalidad y de la sabiduría. Puede que nuestros actos voluntarios, nuestras causas finales, no sean más que esas jugadas, y que seamos demasiado torpes y vanidosos para comprender nuestra extrema estrechez de espíritu, que no sepamos que somos nosotros mismos quienes lanzamos los dados con manos de hierro, y que hasta en nuestros actos más intencionados lo único que hagamos sea jugar al juego de la necesidad. ¡Quizá sea así! Para ir más allá de ese *quizá*, se precisaría haber sido huésped del infierno, comensal de Perséfone y haber apostado y jugado a los dados con la propia anfitriona.

131

Las modas morales. ¡Cómo han cambiado todos los juicios morales! Aquellas obras maestras de la moral antigua, las mayores de todas —como las que surgieron del genio de Epicteto, por ejemplo—, ignoran la exaltación del espíritu de sacrificio, del vivir para los demás, que hoy resulta habitual. Según la moral actualmente en uso, habría que tachar literalmente de inmorales a aquellos moralistas, ya que lucharon con todas sus fuerzas por su ego y en contra de la compasión que nos inspiran los demás (sobre todo sus sufrimientos y sus dolores morales). Claro que tal vez ellos nos podrían contestar: «Si eres para ti un objeto de aburrimiento y un espectáculo tan feo, haces bien en pensar en los demás antes que en ti».

132

Los últimos ecos del cristianismo en la moral. «La compasión es lo que nos hace buenos, luego tiene que haber una cierta compasión en todos nuestros sentimientos». Así razona la moral de hoy en día. ¿De dónde procede esta idea? El hecho de que el hombre que realiza actos sociales a impulsos de la simpatía, del desinterés particular y del interés general sea considerado actualmente como el hombre *moral* por excelencia, constituye tal vez el principal efecto, la transformación más completa que ha operado el cristianismo en Europa, muy a pesar suyo quizá y sin que esta haya sido su doctrina. Sin embargo, este y no otro fue el residuo de los sentimientos cristianos que prevaleció al decaer la creencia fundamental —totalmente contraria y profundamente egoísta— en lo *único necesario*, en la importancia absoluta de la salvación eterna *personal*, así como los dogmas en los que se basaba esta creencia, mientras que pasaba a primer plano la creencia accesoria en *el amor*, en

el amor al prójimo, de acuerdo con la monstruosa práctica de la caridad eclesiástica. Cuanto más se separaban los hombres de los dogmas, más se buscaba la explicación de este alejamiento en el culto del amor a la humanidad. El impulso secreto de los librepensadores franceses —desde Voltaire a Augusto Comte— fue no quedarse atrás en este punto respecto al cristianismo, e incluso superarle, si fuera posible. Con su célebre fórmula «vivir para los demás», Comte *supercristianizó el cristianismo*. Schopenhauer en Alemania y John Stuart Mili en Inglaterra son los que han dado mayor celebridad a la doctrina de la simpatía o de la compasión o de la utilidad para los demás, como principios de conducta, aunque, en realidad, no han sido sino ecos, puesto que, desde que se produjo la Revolución francesa, tales doctrinas surgieron por todas partes y al mismo tiempo, con extraordinaria vitalidad, bajo formas más o menos sutiles, más o menos elementales, hasta el punto de que no existe un solo sistema social que no se haya situado, sin pretenderlo, en el terreno común de dichas doctrinas.

Puede que el prejuicio más extendido hoy en día sea el creer que *sabemos* en qué consiste realmente la moral. Oímos decir con visible *satisfacción* que la sociedad está a punto de lograr que el individuo se adapte a las necesidades generales, y que tanto la *felicidad* personal como el *sacrificio* exigible a toda persona consisten en que consideremos que somos miembros útiles e instrumentos de la colectividad. No obstante, hay actualmente muchas dudas respecto a dónde hay que buscar ese todo colectivo, si en el orden establecido o en un orden futuro, si en la nación o en la fraternidad de los pueblos, o bien en las nuevas y reducidas comunidades económicas. En torno a esta cuestión, se alzan hoy muchas reflexiones, dudas y enfrentamientos muy apasionados. Sin embargo, todo el mundo está de acuerdo en la necesidad de que el *ego* se oscurezca hasta que, con vistas a la adaptación al todo, se le marque nuevamente su círculo concreto de derechos y deberes, hasta que se convierta en algo nuevo y distinto de lo que ahora es. Tanto si lo reconocen como si no, lo que pretenden es transformar radicalmente, debilitar y hasta suprimir al *individuo*. Quien así piensa no se cansa de ponderar todo lo que tiene de mala, dispendiosa, lujosa, amenazadora y derrochadora la existencia individual que se ha venido llevando hasta hoy en día; se espera dirigir la sociedad con menos costo, con menores peligros y mayor unidad, cuando no haya más que un *gran cuerpo* con sus miembros. Se considera *bueno* todo lo que, de un modo u otro, responde a este instinto de agrupación y a sus diversos subinstintos. Esta es la *corriente fundamental* de la moral de hoy, con la que se funden la simpatía y los sentimientos sociales. (Kant no pertenece aún a este movimiento, ya que indica expresamente que debemos ser insensibles al dolor ajeno para que nuestros actos benéficos tengan un valor moral. Schopenhauer llama a esto el absurdo kantiano, con una irritación que, en su caso, resulta totalmente comprensible).

133

«No pensar en uno mismo». Habría que estudiar seriamente por qué se arroja un individuo al agua para salvar a otro que se está ahogando, aunque no sienta simpatía alguna por su persona. Un sujeto irreflexivo contestará que lo hace por compasión; que sólo tiene en cuenta que se trata de su prójimo. ¿Por qué nos molesta y nos duele ver a alguien escupir sangre, aunque no sea santo de nuestra devoción? La persona irreflexiva de antes respondería que lo hacemos por compasión; que en ese momento no estamos pensando en nosotros mismos. Pero lo cierto es que cuando nos domina la compasión —mejor dicho, lo que equivocadamente se suele llamar así—, no pensamos en nosotros conscientemente, pero seguimos pensando —y muy *intensamente*— de un modo *inconsciente*; de la misma forma que, al resbalar, hacemos inconscientemente los movimientos oportunos para recuperar el equilibrio, en lo que, al parecer, empleamos toda nuestra razón. El accidente que otra persona sufre nos ofende, nos hace sentir nuestra propia impotencia y quizá nuestra cobardía, si no acudimos en su ayuda. Tal vez implique también una mengua de nuestra honra ante nosotros mismos y ante los demás. Por último, es posible que en el accidente y en el dolor de otro veamos la advertencia de un peligro que también nos amenaza a nosotros, pues aunque sólo sea como muestra de la inseguridad y de la fragilidad humanas, las desgracias ajenas pueden producir en nosotros un efecto doloroso. Rechazamos este tipo de amenaza y de sufrimiento, respondiendo a él con un acto de compasión, que puede implicar una defensa sutil de nosotros mismos e incluso una cierta dosis de venganza. No es difícil ver que, en el fondo, estamos pensando mucho más en nosotros que en los demás, al observar las decisiones que tomamos cuando no podemos evitar la contemplación de quienes sufren y gimen en la miseria. No evitamos este espectáculo cuando podemos acercamos a él a título de individuos poderosos y caritativos, cuando estamos seguros de que nos alabarán por ello, cuando queremos contemplar el polo opuesto de nuestra felicidad, o cuando esperamos distraer nuestro aburrimiento. Confundimos las cosas al llamar compasión al dolor que nos causa el espectáculo de la miseria ajena, que puede ser de muchas clases, pues semejante dolor no lo sufre quien nos lo produce; nos pertenece, como a él le pertenece su miseria. Haciendo obras a impulsos de la compasión, nos libramos de ese *sufrimiento personal*. Con todo, nunca actuamos así por un solo motivo, y si bien es cierto que queremos librarnos de un dolor, también lo es que cedemos a un *impulso de alegría*: la alegría que nos suscita la contemplación de una situación contraria a la nuestra, la idea de que está en nuestra mano el prestar una ayuda, la esperanza de las alabanzas y el agradecimiento que cosecharemos, el acto mismo de socorrer, siempre que dé buen resultado (y como lo da progresivamente, complace de suyo a quien lo realiza), y sobre todo la comprensión de que con nuestra intervención ponemos fin a

una injusticia irritante (el dar rienda suelta a la indignación es ya suficiente para desahogarnos).

La *compasión* está constituida por todo esto y por cosas más sutiles aún. ¡De qué forma tan burda ha pretendido el lenguaje expresar con una palabra algo tan complicado! La *experiencia* contradice que la compasión se *identifique* con el dolor cuya visión nos inspira lástima o simplemente que lo comprenda de una forma penetrante y sutil; y quien ensalza la compasión en estos dos sentidos *carece* de experiencia suficiente en el terreno de la moral. Por ello me lleno de dudas al leer las cosas increíbles que dice Schopenhauer de la moral, quien, de este modo, trata de hacernos creer en la gran originalidad de su idea, consistente en que la compasión —esa compasión que tan mal ha observado y que tan mal ha descrito— constituye la fuente de todas las acciones morales presentes y futuras, en virtud, precisamente, de las atribuciones que inventó para aplicárselas.

¿Qué es lo que diferencia, en suma, a los no compasivos de los compasivos? Ante todo y a grandes rasgos, los primeros no tienen la imaginación impresionable del miedo, la sutil facultad de presentir el peligro, lo que hace que su vanidad se resienta con menos frecuencia, si ocurre algo que hubieran podido evitar (su orgullo les hace ser precavidos y no mezclarse sin necesidad en asuntos ajenos, agradándoles que cada cual se ayude a sí mismo y utilice sus propios medios). Además, por lo general, están más acostumbrados a soportar los dolores que los individuos compasivos, y no consideran injusto que sufran otros, puesto que también ellos han sufrido. Por último, les molesta tanto las manifestaciones de los corazones sensibles, como les desagrada a estos últimos la impasibilidad estoica de los indiferentes. Para los corazones sensibles, no tienen más que palabras de desdén, y temen que su espíritu viril y su fría valentía peligren ante semejantes espectáculos; ocultan sus lágrimas ante los demás y se las enjugan, irritados contra ellos mismos. Constituyen una clase de egoístas, distinta de la de los compasivos; pero establecer una diferencia a base de llamarles *malos*, y considerar *buenos* a los compasivos, representa una moda moral que ahora está en uso, como antes lo estuvo la moda contraria, bien que durante mucho más tiempo.

134

Hasta qué punto debemos guardamos de la compasión. Por poco dolor que cause —y este debe ser aquí nuestro único punto de vista—, la compasión constituye una debilidad, como todo lo que supone ceder a una pasión *nociva*. Aumenta el *dolor* en el mundo, y si en algún caso consigue disminuir o suprimir indirectamente un dolor, este resultado ocasional —totalmente insignificante en relación con el conjunto

— no basta para justificar las formas y las circunstancias en las que se dan consecuencias perjudiciales. Si estos últimos predominasen, aunque fuera un solo día, causarían de inmediato la perdición a la humanidad. Considerada en sí misma, la compasión no posee un carácter más beneficioso que cualquier otro instinto; sólo cuando la exigimos y la elogiamos —lo que sucede cuando no se ve el perjuicio que genera, sino que se la considera como una *fuente de placer*—, va acompañada de una paz de conciencia; es entonces cuando nos abandonamos voluntariamente a ella, sin miedo a sus consecuencias. En otras circunstancias, en que se comprende con facilidad lo peligrosa que resulta, es considerada como una debilidad —lo que ocurría entre los griegos—, como el acceso periódico de una enfermedad, cuya nocividad podría evitarse mediante desahogos momentáneos y voluntarios. Quien, ante las ocasiones de ser compasivo que la vida le ofrece, trata de representarse en su fuero interno todas las miserias que su entorno le permite contemplar, se vuelve necesariamente enfermo y melancólico. Pero el que, *en un sentido o en otro,* quiere servir de médico a la humanidad, deberá tomar toda clase de precauciones contra ese sentimiento, que le paraliza en todos los momentos decisivos y que obstaculiza su conocimiento y su mano diestra y bienhechora.

135

El inspirar compasión. Al salvaje le aterra que le compadezcan, pues ello sería una muestra de que carece de toda virtud. Compadecer equivale a despreciar, no queremos ver sufrir a un ser despreciable, ya que esto no proporciona ningún placer. Por el contrario, el placer de los placeres consiste en ver sufrir a un enemigo cuyo orgullo consideramos igual al nuestro, y a quien no le doblega el tormento, y, en general, en ver sufrir a un individuo que se resiste a pedir compasión, es decir, a la humillación más vergonzosa y más baja. El alma del salvaje se edifica contemplando esto, y llega incluso a la *admiración*. Si está en su mano, acaba matando a un valiente así, y luego tributa honras fúnebres a quien se ha mostrado de una forma tan inflexible. Si hubiera gemido, si su rostro hubiese perdido su expresión de frío desdén, si se hubiera mostrado digno de desprecio, habría podido seguir viviendo como un perro. En ese caso, no habría excitado el orgullo de quien le contemplaba, y la compasión habría sustituido a la admiración.

136

La felicidad contenida en la compasión. Cuando, como hacen los hindúes, se

cifra el fin de la actividad intelectual en el conocimiento de las *miserias* humanas y a lo largo de muchas generaciones se sigue fielmente este espantoso precepto, la *compasión* acaba adquiriendo a la vista de estos pesimistas *congénitos* un nuevo valor: el de *conservar la vida*, en el sentido de que ayuda a soportar la existencia, aunque esta parezca digna de ser rechazada con asco y con espanto. La compasión se convierte en el antídoto del suicidio, al ser un sentimiento que suministra placer y que nos proporciona en pequeñas dosis el goce de la superioridad. Nos aparta de nosotros mismos, nos ensancha el corazón, destierra el miedo y la pereza, incita a hablar, a quejarse y a actuar. Constituye una *felicidad relativa* en comparación con la miseria del conocimiento que acosa por todos lados al individuo, quitándole el aliento y lanzándole a las tinieblas. La felicidad, en cambio, cualquiera que sea, nos suministra aire, luz y libertad de movimientos.

137

¿Por qué duplicar el «yo»? Observar los acontecimientos de nuestra vida con los mismos ojos con los que miramos los acontecimientos de la existencia de otro, nos tranquiliza en gran medida y constituye una apropiada medicina. Por el contrario, observar y tomar *como si fueran nuestros* los acontecimientos de la vida de los demás, reivindicando una filosofía de la compasión, nos arruinaría en poco tiempo. Hágase la experiencia, sin más dilación. Asimismo, la primera máxima es, realmente, la más acorde con la razón y con la buena voluntad racional, puesto que apreciamos con más objetividad el valor y el sentido de un acontecimiento —como la pérdida de un ser querido, un desastre económico o una calumnia, por ejemplo— cuando este afecta al prójimo y no a nosotros. La compasión, erigida en norma general de conducta y fiel a su principio de que hay que sufrir a causa de la desgracia del prójimo en la misma medida en que sufre él, haría forzosamente que el punto de vista del *yo*, con sus exageraciones y desviaciones, se extendiera también al punto de vista del prójimo al que compadecemos, de forma que sufriríamos a la vez por nuestro yo y por el yo del otro, abrumándonos así voluntariamente con una doble sinrazón, en lugar de aliviar en lo posible el peso de la nuestra.

138

El enternecerse. Cuando amamos, respetamos y admiramos a una persona y nos damos cuenta de que *sufre*, sentimos un cierto asombro, pues nos parece imposible que el goce que esta nos procura no provenga de un placer *personal* de ella. Nuestro

sentimiento de amor, de respeto y de admiración se transforma entonces en su esencia; se hace más cariñoso, más *tierno*, es decir, que el abismo que nos separa de dicha persona parece colmarse, produciéndose entre ambos un acercamiento de igual a igual. Es entonces cuando nos parece posible darle algo en correspondencia, mientras que antes pensábamos que estaba por encima de nuestro agradecimiento. Esta facultad de dar algo a cambio, de corresponder a los beneficios recibidos, nos conmueve y nos causa un gran placer. Tratamos de adivinar qué podría calmar el dolor de nuestro amigo, y se lo damos. Si quiere palabras de consuelo, miradas compasivas, atenciones, favores o regalos, se los procuramos. Pero, principalmente si lo que quiere es ver que sufrimos al contemplar su dolor, hacemos que sufrimos, ya que ello nos proporciona, antes que nada, *las delicias del agradecimiento activo*, que, en suma, es algo equivalente a una *buena venganza*. Por el contrario, si no quiere aceptar nada de nosotros, nos alejamos tristes y fríos, casi resentidos; es como si rechazara nuestro agradecimiento, y en lo que respecta a esa honrilla, hasta el mejor de los hombres resulta susceptible. De todo esto hay que deducir que, incluso en el mejor de los casos, el dolor tiene algo de humillante, y la compasión algo que nos hace superiores, lo cual separa eternamente ambos sentimientos.

139

Una presunción de superioridad. ¿Decís que la moral de la compasión es más elevada que la moral del estoicismo? Probadlo, pero tened en cuenta que para determinar lo que en moral es *superior* o *inferior*, no es posible apelar a valoraciones morales, ya que no existe una moral absoluta. Buscad, pues, en otros sitios vuestras medidas y tened cuidado.

140

Alabanzas y censuras. Cuando una guerra termina en un fracaso, se pregunta quién ha tenido la *culpa*. Si acaba victoriosamente, se alaba al triunfador. Siempre que se produce un fracaso, se buscan responsabilidades, pues el fracaso lleva consigo un descontento contra el que involuntariamente se hace uso del único recurso posible: una nueva excitación del *sentimiento de poder*, excitación que radica en la *condena* del *culpable*. En contra de lo que podría pensarse, este culpable no es la víctima expiatoria de las culpas ajenas, sino la víctima de los débiles, de los humillados, de los abatidos, que quieren demostrarse a sí mismos, en la cabeza de alguien, que siguen teniendo fuerza.

La exaltación del triunfador, por el contrario, es muchas veces el resultado, no menos ciego, de un instinto que también busca su víctima, si bien, en este caso, el sacrificio le resulta dulce y seductor a dicha víctima. Ello sucede cuando un pueblo logra colmar su sentimiento de poder con un éxito tan grande y prestigioso que se produce un *cansancio de la victoria* y se abandona una parte del orgullo, generándose entonces un sentimiento de *abnegación* que busca un objeto. Ya seamos *alabados* o *censurados*, solemos ser para nuestros prójimos ocasiones, traídas frecuentemente por los pelos, de descargar los instintos de alabanza o de censura acumulados en ellos. En los dos casos les hacemos un beneficio, sin que exista mérito alguno por nuestra parte ni gratitud alguna por la suya.

141

Más bella, pero de menos valor. La moral pictórica es la moral de las pasiones que ascienden en escarpadas líneas, de las actitudes y de los gestos patéticos, incisivos, terribles y solemnes. Es el grado *casi salvaje* de la moral; no nos dejemos tentar por su encanto estético y le asignemos un rango superior.

142

La simpatía. Si para entender al prójimo, es decir, para *reproducir sus sentimientos en nosotros*, volvemos una y otra vez a escudriñar el fondo de esos sentimientos, en cualquiera de sus determinaciones —preguntándonos, por ejemplo, por qué estará triste para ponernos tristes también nosotros por la misma razón—, con más frecuencia aún olvidamos esta precaución y provocamos en nosotros tales sentimientos según los efectos que se manifiestan y se hacen visibles en el prójimo, imitando en nuestro cuerpo la expresión de su mirada, de su voz, de su forma de andar, de su actitud (por lo menos hasta lograr una cierta semejanza en el movimiento de los músculos y en la inervación[1]), o representando todo esto mediante el lenguaje, la pintura o la música. Surge entonces en nosotros un sentimiento análogo, a consecuencia de una antigua asociación de movimientos y de sentimientos, que hemos aprendido a extender en ambas direcciones. Hemos avanzado mucho en este arte de entender los sentimientos ajenos y lo practicamos casi involuntariamente en cuanto tenemos a alguien delante. Observemos en concreto el juego de facciones que se da en el rostro de una mujer, y comprobaremos que se produce a impulsos de una constante imitación, reproduciendo sin cesar los sentimientos que se agitan a su alrededor.

Sin embargo, la música es lo que con mayor claridad manifiesta la maestría que hemos adquirido tanto en la adivinación rápida y sutil de los sentimientos como en la simpatía, dado que la música es la imitación de una imitación de sentimientos, y, a pesar de lo que hay en ella de alejado y de vago, nos sigue haciendo partícipes con mucha frecuencia de esos sentimientos, de forma que nos pone tristes sin que exista un motivo real para estarlo, como les sucede a los locos, simplemente porque oímos sonidos y ritmos que recuerdan de algún modo la entonación, el movimiento o lo que habitualmente hacen quienes están tristes. Se cuenta de un rey danés que, al oír la música de un trovador, se vio impulsado por un entusiasmo guerrero tal, que se levantó del trono y mató a cinco cortesanos que estaban junto a él. No había ni querrá ni enemigos ni nada parecido, pero el poder de sugestión de la música, al retrotraer el sentimiento a su causa, fue lo bastante violento para imponerse sobre la evidencia y la razón. Este suele ser el efecto que produce la música (si es que se puede decir que ejerce algún efecto), y no hace falta apelar a casos tan excepcionales para tener conciencia de ello: el estado sentimental al que nos transporta la música está casi siempre en contra de nuestra verdadera situación y de la razón, que reconoce y comprende esta situación real.

Si preguntamos cómo ha llegado a ser tan corriente esta imitación de los sentimientos ajenos, la respuesta no será difícil: al ser el hombre la criatura más miedosa por su fragilidad y su perspicacia, ha encontrado en esta predisposición al miedo una forma de iniciarse en la simpatía y en la rápida comprensión de los sentimientos ajenos (incluidos los de los animales). Durante miles de años, el ser humano ha visto un peligro en todo lo que le rodeaba, en todo lo que le era extraño, en todo ser vivo. Desde el momento en que veía algo de este tipo, imitaba los movimientos y la actitud de aquellos a los que tenía delante, y sacaba una conclusión respecto a las intenciones buenas o malas que pudiera haber detrás de tales apariencias. Luego, extendió a los seres inanimados esta interpretación de todos los movimientos y de todos los gestos en el sentido de las intenciones, a impulsos de la ilusión de que en la naturaleza no había nada realmente inanimado. Creo que aquí está el origen de lo que llamamos sentimiento de la naturaleza, de la impresión que nos produce el aspecto del cielo, de los valles, de las rocas, de los bosques, de las tempestades, de las estrellas, de los mares, de los paisajes, de la primavera, etc. Sin el antiguo hábito del miedo, que nos obligaba a ver todo esto desde una perspectiva secundaria y remota, no disfrutaríamos hoy de los goces que la naturaleza nos procura. Del mismo modo, no nos deleitaría la contemplación del hombre y de los animales si no hubiéramos dispuesto de ese gran maestro de todo saber que es el miedo. Por otro lado, las alegrías, las sorpresas agradables y, por último, el sentido del ridículo, son hijos menores de la simpatía y hermanos mucho más jóvenes del miedo. La facultad de comprender rápidamente las cosas —que se basa en la facultad

de disimular rápidamente— disminuye en los hombres y en los pueblos altivos y soberanos, dado que estos son menos miedosos; mientras que, por el contrario, en los pueblos temerosos cabe encontrar habitualmente toda clase de comprensión y de disimulo. Ellos son la verdadera patria de las artes imitativas y de la inteligencia superior.

A la vista de esta teoría de la simpatía que acabo de exponer, ¡qué asombro y qué tristeza produce esa otra teoría sacrosanta, tan apreciada hoy en día, según la cual, la piedad, mediante un proceso místico, hace que dos seres se fundan en uno, pudiendo así cada uno de ellos comprender inmediatamente al otro! ¡Y pensar que un cerebro tan lúcido como el de Schopenhauer haya podido deleitarse con estas fantasías exaltadas y miserables, comunicando este placer a otros cerebros más o menos lúcidos! ¡Qué placer tan grande nos deben proporcionar estas incomprensibles estupideces! ¡Qué cerca de la insensatez sigue estando el hombre cuando presta oídos a sus secretos deseos intelectuales!

(¿Qué era lo que hacía que Schopenhauer le estuviera tan agradecido a Kant, que se sintiera tan obligado con él? Él mismo lo dijo sin rodeos. Alguien había hablado de la forma de despojar al imperativo categórico de la *cualidad oculta* para hacerlo inteligible, ante lo cual, Schopenhauer exclamó; «¿El imperativo categórico inteligible? ¡Qué idea más equivocada! ¡Tinieblas de Egipto! ¡Ojalá no resulte nunca inteligible! ¡Si precisamente el gran éxito de Kant consiste en su certeza de que hay algo limitado, condicionado, finito, falible!». Dejo al criterio del lector la pregunta de si puede haber una auténtica voluntad de *conocer* las cuestiones morales en un sujeto que se entusiasma desde un primer momento con la idea de que estas son ininteligibles; en un individuo que sigue creyendo con toda sinceridad en las revelaciones del cielo, en la magia, en las apariciones y en la fealdad metafísica del sapo).

143

¡Pobres de nosotros como se extienda esta tendencia! Si la tendencia a la abnegación y a la solicitud por los demás (la *simpatía*) llegara a ser más fuerte aún de lo que es, la vida en el mundo resultaría *insoportable*. Basta con pensar en las tonterías que hacemos a diario y a todas horas, a causa de la abnegación y de la solicitud para con *uno mismo*, y en lo insoportable que resulta nuestro aspecto. ¿Qué sería entonces si acabáramos convirtiéndonos para los demás en objeto de esas locuras y de esas impertinencias, que hasta ahora sufre cada cual sólo en la parte que le corresponde? En cuanto un *prójimo* se acercara a nosotros, habría que salir huyendo; y tendríamos que condenar la simpatía con las mismas palabras injuriosas

con las que hoy criticamos el egoísmo.

144

Hacer oídos sordos a las desgracias ajenas. Si dejamos que nos apenen las miserias y dolores de los demás mortales, cubriendo así de nubes nuestro cielo, ¿quién pagará las consecuencias? Por supuesto que los demás mortales, lo que supondrá añadir una desgracia más a las que ya padecen. Si nos convertimos en el eco de sus males y estamos constantemente atendiendo a sus desdichas, no podremos ser para ellos ni *caritativos* ni *consoladores*, a menos que aprendamos el arte de los dioses del Olimpo y hagamos que nos *edifique* la visión de las desgracias de los hombres, en lugar de compartirlas con ellos. Pero esto es demasiado olímpico para nosotros, aunque al gozar de la tragedia hayamos avanzado ya hacia ese canibalismo ideal de los dioses.

145

¿Algo carente de egoísmo? Hay quien está vacío y quiere llenarse, y hay quién está colmado y desea vaciarse. Uno y otro buscan a un individuo que pueda ayudarles. Si interpretamos este fenómeno desde una perspectiva superior, le daremos en ambos casos el nombre de *amor*. ¿Cómo es posible, entonces, que digamos que el amor es algo carente de egoísmo?

146

Mirar más allá del prójimo. ¡Cómo! ¿Pensaremos que la esencia de lo auténticamente moral radica en considerar las consecuencias próximas e inmediatas que pueden tener nuestros actos para los demás hombres y decidir nuestra conducta de acuerdo con tales consecuencias? Esta es una moral estrecha y burguesa, aunque sigue siendo una moral. Sin embargo, creo que sería más elevado y perspicaz *mirar más allá* de estas consecuencias inmediatas para el prójimo, en orden a desplegar designios más amplios, aún a riesgo de hacer sufrir a los demás; por ejemplo, fomentar el conocimiento a pesar de la certeza de que nuestra libertad de espíritu empezará por sumir a los demás en la duda, en el dolor y en algo peor. ¿No tenemos derecho, al menos, a tratar al prójimo como nos tratamos a nosotros mismos? Y si cuando se trata de nosotros mismos no pensamos de un modo tan estrecho y tan

burgués en las consecuencias y en los inconvenientes inmediatos de los actos, ¿por qué hemos de hacerlo cuando se trata de los demás? Si tenemos, respecto a nosotros, un espíritu de sacrificio, ¿qué nos impide implicar al prójimo en ese sacrificio nuestro, como han hecho hasta ahora los Estados y los monarcas, al sacrificar al ciudadano a los demás ciudadanos *por el interés general*, como solía decirse? Pues nosotros tenemos también intereses generales, quizá los más generales de todos. ¿Por qué no habríamos de tener derecho a sacrificar a algunos individuos de la generación actual en provecho de las generaciones futuras, si sus dolores, inquietudes, desesperaciones, dudas y errores fueran necesarios para que la reja de un nuevo arado abriera surcos en la tierra y la hiciera fecunda para todos? Por último, transmitimos al prójimo un sentimiento que le lleva a *considerarse víctima*, le persuadimos a que acepte el papel que le hemos asignado. En eso, somos implacables. Pero si, *más allá de nuestra piedad*, quisiéramos vencemos a nosotros mismos, ¿no sería esta una actitud moral más elevada y más libre que la de limitarnos a considerar si un acto *hace un bien o un mal al prójimo*? Mediante ese sacrificio que nos afecta tanto a nosotros como a nuestro prójimo, fortaleceríamos y elevaríamos el sentimiento de poder humano, aunque no consiguiéramos nada más. Ello supondría un aumento positivo de *felicidad*. Y, por último, si así fuera… Pero ¡ni una palabra más! Basta una mirada; ya me habéis entendido lo que quiero decir.

147

La causa del altruismo. Si los hombres hablan del amor con tanto énfasis y con tanta adoración es porque, en última instancia, nunca han encontrado mucho y jamás han podido saciarse de semejante alimento. Esto ha hecho que acabe siendo para ellos una ambrosía, un *manjar de dioses*. Si un poeta tratara de describir la realización de la utopía del *amor universal entre todos los hombres*, tendría que pintar el estado más atroz y ridículo que jamás se haya dado en la tierra. Todo individuo se vería acosado, importunado y deseado, no por un solo amigo, como sucede ahora, sino por miles, por todo el mundo incluso, en virtud de una tendencia irresistible, que acabaría siendo tan maldecida e insultada, como se ha maldecido el egoísmo. Si a los poetas de esa nueva era les dejaran tiempo para escribir sus obras, no harían más que soñar con el pasado feliz y sin amor, con el divino egoísmo, con la soledad que en otro tiempo era posible en la tierra, con la tranquilidad que proporciona el estado de antipatía, de odio, de desprecio o del nombre que se le quiera dar a la infamia de la animalidad en que vivimos.

148

Con la mirada a lo lejos. Si, como suelen definirse, sólo son morales los actos que realizamos en beneficio del prójimo, y sólo en beneficio del prójimo, habremos de concluir que no existen actos morales. Si —como se dice en otra definición— sólo son morales los actos que realizamos por influjo de una voluntad libre, tampoco hay actos morales.

¿Qué es, entonces, lo que llamamos acto moral, lo cual es algo que existe y que, en consecuencia, exige una interpretación? ¿Qué serían los *actos morales*, si dejamos a un lado esos errores? A causa de tales errores, hemos otorgado a ciertos actos un valor superior al que realmente tienen; los hemos diferenciado de los actos *egoístas* y de los actos *no libres*. Si los unimos nuevamente a estos —que es lo que se debe hacer—, disminuiremos ciertamente su valor (la apreciación de su valor), incluso más allá de lo justo, dado que los actos egoístas y los actos no libres han sido valorados en muy poco hasta ahora, a causa de esa suprema, íntima y profunda diferencia. ¿Se realizarán con menos frecuencia esos actos cuando se les confiera un menor valor? Sin embargo, volveríamos a dar a los hombres a cambio el ánimo necesario para realizar los actos que hasta ese momento eran tachados de egoístas, y les restauraríamos su valor, despojándoles de *la mala conciencia* que les acompañaba. Y como los actos egoístas han sido los más comunes, y lo seguirán siendo por toda la eternidad, le quitaríamos a los actos y a la vida su *apariencia de inmoralidad*. Este sería un resultado superior. Cuando el hombre ya no se considere malo, dejará de serlo.

LIBRO TERCERO

149

¡Los pequeños actos discrepantes son necesarios! En el campo de las costumbres, obrar en alguna ocasión en contra de lo que se piensa, ceder en la práctica aunque reservándose la libertad intelectual, comportarse como hace todo el mundo y compensar así a todo el mundo de nuestras opiniones discrepantes con una muestra de amabilidad, constituye algo que los hombres un tanto independientes juzgan no sólo aceptable, sino también *honrado, humano, tolerante, falto de pedantería* y todos los demás calificativos que sirven para adormecer la conciencia intelectual. De este modo, vemos que un ateo bautiza cristianamente a su hijo, que un individuo que condena drásticamente el odio entre los pueblos hace el servicio militar como todo el mundo, y que un tercero que es irreligioso se casa por la Iglesia porque su familia es religiosa, sin que le avergüence la incongruencia en la que incurre al hacer sus promesas delante de un sacerdote. El *prejuicio* y el *error* groseros dicen: «No tiene ninguna importancia que un individuo haga lo que hace todo el mundo y lo que siempre se ha hecho». Sin embargo, no hay nada más *importante* que confirmar una vez más lo que ya es de por sí poderoso, tradicional y absurdo, fortaleciéndolo mediante el acto de un individuo sensato. Con ello, estas cosas reciben la sanción de la razón misma, a los ojos de quienes oyen hablar de ello. Respeto vuestras opiniones, pero los *pequeños actos discrepantes* tienen mayor valor.

150

El azar de los matrimonios. Si fuera un dios, y un dios benévolo, lo que más me molestaría serían los *matrimonios* de los seres humanos. Un individuo puede llegar muy lejos durante los setenta años de su vida, o incluso durante los treinta; lo que resulta sorprendente hasta para un dios. Pero cuando luego se le ve arrojar el botín conseguido en su lucha y los laureles de su triunfo delante de la primera mujer que encuentra y esta los pisotea, cuando se observa lo bien que supo adquirir y lo mal que supo conservar, y que ni siquiera piensa que, mediante la fecundación, puede preparar una vida más victoriosa aún, uno acaba perdiendo la paciencia y diciendo: «A la

larga, nada se puede esperar de la humanidad; los individuos son despilfarradores; el azar de los matrimonios niega toda base racional para que la humanidad dé un gran paso; dejemos de observar asidua e insensatamente este espectáculo sin objeto». En esta disposición de ánimo se retiraron antaño los dioses de Epicuro a su silenciosa felicidad divina porque estaban cansados de los hombres y de sus asuntos amorosos.

151

Hay que inventar un nuevo ideal. A un enamorado no se les debería dejar que decidiera acerca de su vida ni que, a impulsos de un violento capricho, determinara la clase de personas con las que va a convivir en el futuro. Se deberían declarar públicamente nulos los juramentos de los enamorados y negarles el matrimonio, precisamente porque habría que conceder al matrimonio una importancia mucho mayor, de forma que no se contrajera en los casos en los que hoy se contrae. La mayoría de los matrimonios son de tal clase que no desean tener a un tercero por testigo. Pero, por lo general, aparece ese testigo: es el hijo, y este más que un testigo constituye una víctima propiciatoria.

152

Fórmula de juramento. «Si miento, que me dejen de considerar honrado y que todos los hombres tengan derecho a decírmelo a la cara». Propongo esta fórmula en lugar del juramento jurídico y de la habitual apelación a Dios. Es *más fuerte*. El individuo piadoso no tendría razones para no usarla, pues cuando no *bastara* el juramento habitual, debería escuchar su catecismo, que le manda: «No tomad el nombre de Dios en vano».

153

Un descontento. Es uno de esos valientes de antaño: le enoja la civilización porque cree que esta tiende a que todos, tanto los valientes como los cobardes, tengan acceso a todo lo bueno: los honores, las riquezas y las mujeres hermosas.

154

Consuelos frente al peligro. Los griegos, que vivían una vida rodeada de grandes peligros y cataclismos, buscaban en la meditación y en el conocimiento una especie de sentimiento de seguridad y un último refugio. Nosotros, que vivimos en una paz incomparablemente mayor, hemos trasladado el peligro a la meditación y al conocimiento, y buscamos *en la vida* el descanso y la defensa frente a ese peligro.

155

Escepticismo extinguido. Las empresas peligrosas son mucho más raras en la época moderna que en la antigüedad y en la Edad Media, probablemente porque en la época moderna no se cree en los signos, en los oráculos, en las constelaciones ni en los adivinos. Es decir, que nosotros ya no somos capaces de *creer en un futuro* que nos está reservado, como creían los antiguos, quienes, al contrario que nosotros, eran mucho menos escépticos respecto a lo que *sucede*, que respecto a lo que *es*.

156

Malo por orgullo. «¡Con tal de que no nos sintamos demasiado a gusto!». Esto era lo que temían íntimamente lo griegos de los buenos tiempos. *Por eso* predicaban la mesura. ¡Nosotros, en cambio…!

157

El culto de las onomatopeyas. ¿Qué indica el hecho de que nuestra civilización no sólo tolere las muestras de dolor, las lágrimas, las quejas, los reproches, los gestos de rabia o de humildad, sino que además los apruebe y los incluya entre las cosas nobles e inevitables, mientras que el espíritu de la filosofía antigua los despreciaba, creía que le rebajaba y no los consideraba como algo necesario? Recuérdese lo que dice Platón —que no era precisamente uno de los filósofos más inhumanos— del Filoctetes de la obra trágica. ¿Carecerá tal vez de *filosofía* nuestra civilización moderna? ¿Formaremos todos parte de la plebe, según el criterio de los filósofos antiguos?

158

Los climas del adulador. Hoy en día ya no hay aduladores que doblen el espinazo delante de los príncipes porque estos tienen actualmente unas aficiones bélicas que repugnan a los aduladores. Donde hoy brota esa flor es entre los banqueros y los artistas.

159

Los que evocan a los muertos. Hay hombres vanidosos que aprecian más un fragmento del pasado que el presente, en la medida en que pueden revivirlo con su imaginación (sobre todo si es difícil), y querrían, en caso necesario, resucitar a los muertos. Pero como el número de los vanidosos es muy considerable, el peligro que presentan los estudios históricos, desde el momento en que cae en sus manos una época, no es baladí; se desperdicia demasiada fuerza en tratar de resucitar todo lo imaginable. Tal vez se comprenda mejor todo el movimiento romántico desde este punto de vista.

160

Vanidoso, codicioso e imprudente. Tus deseos son mayores que tu razón, y tu vanidad es mayor aún que tus deseos. A los individuos de tu calaña hay que recomendarles básicamente *mucha* práctica cristiana, además de una cierta dosis de teoría *schopenhaueriana*.

161

La belleza es acorde con la época. Sí nuestros escultores, nuestros pintores y nuestros músicos quisieran captar el sentido de nuestra época, tendrían que mostrar una belleza engreída, gigantesca y nerviosa, del mismo modo que los griegos, impulsados por su moral de la medida y de la proporción, concebían y plasmaban la belleza en el Apolo de Belvedere, que nosotros deberíamos encontrar *feo*, si no fuera porque los *clasicistas* pedantes nos han arrebatado la sinceridad.

162

La ironía de los hombres de hoy. Actualmente los europeos acostumbran a

tratar con ironía todos los grandes intereses, porque, a fuerza de andar ajetreados en el servicio de estos, no tienen tiempo de tomarlos en serio.

163

Contra Rousseau. Nuestra civilización es, ciertamente, algo deplorable, pero podemos o concluir con Rousseau que esta civilización deplorable es la causa de nuestra *inmoralidad*, o deducir contra Rousseau que nuestra *moralidad* es la causa de nuestra deplorable civilización. Nuestras concepciones sociales del bien y del mal, débiles y afeminadas, y la enorme influencia que ejercen en el cuerpo y en el alma, han terminado debilitando todos los cuerpos y todas las almas y quebrantando a los hombres independientes, autónomos, sin prejuicios, que son los auténticos pilares de una civilización sólida. Allí donde hoy hallamos *inmoralidad*, podemos ver las últimas ruinas de estos pilares. Tenemos, pues, una paradoja frente a otra paradoja. Es imposible que la verdad se dé a ambos lados. ¿En cuál de los dos está? Piénsese.

164

Algo posiblemente prematuro. Quienes hoy en día se sienten apegados a las costumbres y a las leyes establecidas, tratan de organizarse y de crear un *derecho* propio, utilizando diferentes nombres equivocados que inducen a error, y las más de las veces con una gran falta de exactitud; mientras que hasta ahora todos los criminales, todos los librepensadores y todos los hombres inmorales y malvados han vivido desacreditados y fuera de la ley, y han perecido bajo el peso de la mala conciencia. Deberíamos, ante todo, *aprobar* esto y considerarlo *bueno*, aunque el siglo venidero pierda en seguridad y tal vez sea preciso que todo el mundo vaya con el fusil al hombro. Por lo menos, habría una corriente de opinión que estaría constantemente recordando que no existe una moral absoluta y exclusiva, y que toda moral que se afirma excluyendo a todas las demás destruye demasiadas fuerzas vivas y hace pagar un precio muy caro a la humanidad. Los discrepantes, que con frecuencia son los inventivos y los creadores, no deben ser sacrificados; no es conveniente considerar vergonzosa la transgresión moral de pensamiento y de obra; hay que llevar a cabo muchos intentos nuevos para transformar la existencia y la sociedad; es preciso que el mundo se libere del enorme peso que supone la mala conciencia; es necesario que estos fines generales sean aceptados y fomentados por todo aquel que busque honradamente la verdad.

165

La moral que no enoja. Los preceptos morales que un pueblo deja que le enseñen y que le prediquen guardan relación con sus defectos principales, y por eso no le resultan enojosos. Los griegos, que tan fácilmente perdían la moderación, la sangre fría, el sentido de la justicia y, en general, la prudencia, prestaban atención a las cuatro virtudes socráticas: ¡tenían tanta necesidad de estas virtudes y tan poca disposición para ellas!

166

En la encrucijada. ¿No te da vergüenza? Deseas entrar en un sistema en el que hay que convertirse en rueda, si no quieres ser aplastado por la máquina; en un sistema donde cada cual ha de ser lo que *hagan* de él sus superiores; donde constituye un deber natural la búsqueda de *contactos*; donde nadie se ofende cuando se le indica que se fije en una determinada persona porque *puede serle útil*, donde a nadie le da vergüenza acudir a quien sea para interceder por alguien; donde no se comprende que el sometimiento deliberado a estas prácticas conlleva el convertirse en un vulgar recipiente, que los demás pueden usar y romper cuando les plazca, sin concederle mayor importancia; donde, en último término, vienes a decir: «Nunca faltarán hombres de mi clase; utilizadme como queráis».

167

Los homenajes absolutos. Cuando pienso en el filósofo alemán más leído, en el músico alemán más escuchado y en el estadista alemán más aceptado, no puedo menos de decirme: el hecho de que la vida trate tan duramente a este pueblo alemán, de sentimientos absolutos, se debe a sus grandes hombres. En los tres campos a los que acabo de referirme, estos han ofrecido un espectáculo digno de ser contemplado; cada uno de ellos parece un río tan fuertemente agitado en el cauce que él mismo se ha abierto, que se diría que pretende escalar los montes. Y, sin embargo, por muy grande que sea la admiración que inspiren, ¿quién no querría opinar de *distinta* forma que Schopenhauer? ¿Y quién compartiría hoy totalmente, en las cosas grandes y en las pequeñas, las opiniones de Ricardo Wagner, aun aceptando que sea verdad la reflexión que hizo alguien un día en el sentido de que cuando Wagner impulsa algo, en ese algo se encuentra un problema oculto, lo cual puede ser cierto, pues él nunca revela lo que realmente es? Y, por último, ¿cuántos habrá que desearían estar

totalmente de acuerdo con Bismarck, si este estuviera de acuerdo consigo mismo o, por lo menos, diera en el futuro la apariencia de estarlo?

Bien es cierto que en un estadista no debiera resultar sorprendente el carecer de *principios* y el tener *instintos dominantes*, un espíritu que cambie a merced de unos violentos instintos de dominio, faltos por lo mismo de principios, sino que todo ello debiera parecer adecuado y acorde con la naturaleza. Pero, lamentablemente, qué poco alemán ha sido esto hasta ahora; lo mismo que el ruido en torno a la música, y la disonancia y el malhumor por parte del músico; lo mismo que el nuevo y extraordinario punto de vista que escogió Schopenhauer, que ni se situó por encima de las cosas ni se arrodilló ante ellas —lo uno y lo otro hubiera sido auténticamente alemán—, sino que actuó *contra* ellas. ¡Qué actitud más increíble y desagradable! ¡Situarse en el mismo nivel de las cosas y erigirse, sin embargo, en su adversario, y hasta en el adversario de sí mismo! ¿Qué debe hacer quien admire incondicionalmente este modelo? ¿Y qué debe hacer el partidario de los tres modelos que están en pugna entre sí, ya que Schopenhauer se opone a la música de Wagner, Wagner condena la política de Bismarck, y Bismarck es adversario de todo lo *wagneriano* y de todo lo *schopenhaueriano*? ¿Cómo salir del atolladero? ¿Adónde habrá que acudir para apagar la sed de *veneración conjunta*? ¿Cabría elegir, de entre la música del compositor, algunos centenares de compases, de esos que nos llegan al corazón, porque tienen corazón, y aislarnos con este pequeño botín, olvidándonos de lo demás? ¿O tratamos de combinar al filósofo con el estadista, escogiendo algo, encariñándonos con ello, y sobre todo *olvidándonos del resto*? Pero ¡es tan difícil olvidar!

Erase una vez un hombre tan orgulloso, que no quería de ninguna manera aceptar nada de nadie, ni bueno ni malo; pero cuando tuvo necesidad de *olvidar*, no lo consiguió, y tuvo que conjurar tres veces a los espíritus. Acudieron estos, escucharon su petición y al final le contestaron: «¡Eso es lo único que no está en nuestra mano hacer!». Posiblemente los alemanes debieran aprovechar esta experiencia de *Manfredo*. ¿Para qué conjurar a los espíritus? Esto no sirve de nada; no olvidamos cuando queremos olvidar, ¡y *qué cantidad* de cosas habría que olvidar de estos tres grandes hombres de nuestra época para poder admirarles incondicionalmente! Sería preferible aprovechar la ocasión para intentar algo nuevo, es decir, para avanzar en la *honradez respecto a uno mismo*, y en lugar de ser un pueblo que repite con credulidad y que odia con ceguera, convertirse en un pueblo que aprueba con condiciones y que se opone con benevolencia, sabiendo, sobre todo, que los homenajes incondicionales a las personas son un tanto ridículos, que cambiar de opinión respecto a este tema no sería deshonroso ni siquiera para los alemanes, y que hay una profunda frase, digna de ser tomada a pecho: «Lo importante no son las personas, sino las cosas». Esta frase es, como quien la dijo —el soldado y republicano Carnot—, grande, sencilla,

valiente y sobria. Pero ¿se puede hablar así a los alemanes de un francés, que además era republicano? Probablemente no, y tal vez ni siquiera tengamos derecho a recordarles lo que antaño les dijo Niebuhr: que nadie le había producido la impresión de *la verdadera grandeza* como Carnot.

168

Un modelo. ¿Qué es lo que me gusta de Tucídides y hace que le aprecie más que a Platón? Goza de una forma más intensa y desinteresada con los hombres y los acontecimientos que responden a un tipo, y descubre que en cada tipo se encuentra una cierta cantidad de sentido común; ese sentido común es lo que trata de descubrir. Tiene una gran justicia práctica, mayor que la de Platón; no calumnia ni desvaloriza a los hombres que no le agradan o que le han hecho daño en la vida. Por el contrario, añade e introduce algo grande en todas las cosas y en todas las personas, al no ver en ellas más que tipos. Lo mismo habría de hacer la posteridad, a la que dedica su obra, con lo que no responde a un tipo. De este modo, la *cultura del conocimiento desinteresado* logra en él —el tipo humano del pensador— una floración maravillosa. Esa cultura, que tuvo su poeta en Sófocles, su médico en Hipócrates, su sabio naturalista en Demócrito, merece ser designada con el nombre de sus maestros, los *sofistas*. Pero, lamentablemente, desde el momento que le damos ese nombre, empieza empalidecer y a hacérsenos incomprensible, ya que, en ese mismo instante, sospechamos que esa cultura, combatida por Platón y por todas las escuelas socráticas, debía ser muy inmoral. La verdad es, en este caso, tan complicada y tan enmarañada que resulta difícil desenredarla. Por consiguiente, que el viejo error («el error es más simple que la verdad») siga su antiguo camino.

169

El genio griego nos es ajeno. Lo oriental o lo moderno, lo aristocrático o lo europeo, todo, en suma, en comparación con lo griego, se caracteriza por la enormidad y por el goce de las grandes masas, como forma de expresión de lo sublime. Por el contrario, en Pesto, en Pompeya y en Atenas, causan asombro las construcciones arquitectónicas griegas, al observar *con qué masas tan pequeñas* sabían los griegos expresar lo sublime y cómo disfrutaban haciéndolo así. ¡Qué sencillos eran también los griegos en la idea *que tenían de sí mismos*! ¡Qué atrás les dejamos en el conocimiento de los hombres! ¡Qué laberínticas resultan nuestras almas y nuestras representaciones del alma, en relación con las suyas! Si quisiéramos

crear una arquitectura tomando a *nuestra* alma de modelo (aunque somos demasiado cobardes para hacerlo), nuestro arquetipo sería el laberinto. En la música que nos corresponde y que expresa verdaderamente lo que somos, se adivina ya el laberinto (pues en música los hombres se muestran con espontaneidad, creyendo que nadie es capaz de verles, ni siquiera *por debajo de* su música).

170

Otras perspectivas del sentimiento. ¿Qué significa nuestra charlatanería sobre los griegos? ¿Qué entendemos de ese arte suyo, cuyo espíritu es la pasión por la belleza *masculina* desnuda? Sólo partiendo de esta, sentían la belleza femenina. Respecto a esta última, tenían, pues, un punto de vista distinto al nuestro. Y lo mismo sucedía con su amor a la mujer; veneraban de otro modo, despreciaban de otro modo.

171

La alimentación del hombre moderno. El hombre moderno es capaz de digerir muchas cosas, prácticamente todo, y se enorgullece de ello. Sin embargo, pertenecería a una categoría superior, si no tuviera esta capacidad. El hombre que come de todo no es precisamente un ser distinguido. Vivimos entre un pasado que tenía un gusto más obstinado y terco que nosotros, y un futuro que tendrá tal vez un gusto más selecto. Nosotros estamos demasiado en medio.

172

Tragedia y música. Los hombres que se encuentran en una disposición de ánimo guerrera, como los griegos de la época de Esquilo, son *difíciles de conmover*, y cuando alguna vez la compasión se impone a su dureza, a la manera de una fuerza *demoníaca*, se apodera de ellos una especie de vértigo, y se sienten sacudidos y arrastrados por una emoción religiosa. Luego, mantienen sus reservas respecto a este estado, pero mientras se encuentran dominados por él, gozan del encanto que les proporciona la embriaguez de lo maravilloso, mezclada con el amargo ajenjo del dolor. Se trata, ciertamente, de una bebida para guerreros, de algo raro y peligroso, dulce y amargo a la vez, que no está al alcance de todos.

La tragedia va dirigida a las almas que sienten así la compasión, a las almas duras y guerreras a las que difícilmente abaten el miedo y la piedad, pero a las que les es

útil *ablandarse* de cuando en cuando. Pero ¿qué puede ofrecer la tragedia a quienes se encuentran expuestos a las *afecciones simpáticas*, como velas desplegadas al viento? Cuando, en tiempos de Platón, los atenienses se volvieron más suaves y sensibles (aunque ¡qué lejos estaban aún de la sensiblería que muestran los habitantes de nuestros pueblos y ciudades!), los filósofos empezaron a quejarse del carácter *nocivo* de la tragedia. Una época llena de peligros, como la que empieza en estos momentos, en la que suben de precio la valentía y la virilidad, endurecerá lo suficiente a las almas, aunque sea lentamente, para que sean necesarios los poetas trágicos. Hasta este instante eran un tanto *superfluos*, por emplear el término más benigno. Tal vez la música conozca también, en este sentido, una época mejor, una época en la que los músicos tendrán que dirigirse a hombres estrictamente personales, duros de suyo, dominados por la sombría seriedad de sus propias pasiones. Pero ¿de qué sirve la música a estas almitas contemporáneas de una época que se acaba, a unas almas demasiado volubles, imperfectamente desarrolladas, tan poco personales, tan curiosas y tan deseosas de todo?

173

Los defensores del trabajo. En la glorificación del *trabajo*, en los infatigables discursos sobre *los beneficios del trabajo*, descubro la misma intención oculta que en los elogios de los actos impersonales y del interés general: el miedo íntimo a todo lo que es individualidad. A la vista que ofrece el trabajo (me refiero a esa dura actividad que se realiza de la mañana a la noche), podemos comprender perfectamente que este es el mejor policía, pues frena a todo el mundo y sirve para impedir el desarrollo de la razón, de los apetitos y de las ansias de independencia. Y es que el trabajo desgasta la fuerza nerviosa en proporciones extraordinarias y quita esa fuerza a la reflexión, a la meditación, a los ensueños, al amor y al odio; nos pone siempre ante los ojos un fin nimio, y concede satisfacciones fáciles y regulares… De este modo, una sociedad en la que se trabaja duramente y sin cesar, gozará de la mayor seguridad, y esta es la seguridad a la que hoy se adora como divinidad suprema. Pero resulta (¡qué horror!) que el *trabajador* es quien se ha vuelto peligroso. Proliferan los *individuos peligrosos*, y detrás de ellos se encuentra el peligro de los peligros: el *individuum*.

174

La característica moral de una sociedad de comerciantes. Tras el principio de la moral característica de hoy que dice que «los actos morales son los que se hacen

por simpatía hacia los demás», entreveo el instinto social del miedo, que adopta así un disfraz intelectual. Este instinto considera que el principio más elevado, importante e inmediato es que hay que despojar a la vida del carácter *peligroso* que tuvo en otros tiempos, y que todos debemos contribuir a ello en la medida de nuestras fuerzas. Esta es la razón de que sólo merezcan el calificativo de *buenos* aquellos actos que tiendan a la seguridad general y a robustecer la sensación de seguridad de la sociedad. ¡Qué pocos placeres deben procurarse los hombres a sí mismos, si semejante tiranía del miedo les prescribe la ley moral superior y se dejan convencer de que deben prescindir de ellos mismos, pasar de largo de ellos mismos, teniendo en cambio unos ojos de lince para percibir todo dolor ajeno! Con esta intención nuestra que llega al absurdo de extirpar de los contornos de la vida todo lo áspero y todos los rincones, ¿no estamos en trance de reducir la humanidad a arena, a arena fina, blanda, granulada, infinita? ¿Es este vuestro ideal, héroes de los afectos simpáticos? Por otra parte, queda por resolver si servimos mejor al prójimo corriendo siempre e inmediatamente en su ayuda y socorriéndole (cosa que sólo se puede hacer muy superficialmente, a menos de caer en la tiranía), o haciendo para uno mismo algo que el prójimo vea con placer (por ejemplo, un bello jardín tranquilo y reservado, con altos muros que le defiendan de la tempestad y del polvo de los caminos, pero que tenga también una puerta hospitalaria).

175

Idea fundamental de una cultura de comerciantes. Actualmente estamos viendo aparecer, de diferentes modos, una sociedad cuya alma es el comercio, como la lucha singular lo era de la cultura de los antiguos griegos, y la guerra, la victoria y el derecho, la de los romanos. Quien se entrega al comercio sabe tasarlo todo sin producirlo, de acuerdo con las necesidades del consumidor y no con las suyas propias. Para él, la cuestión fundamental consiste en saber *cuántas y qué personas consumen tal artículo*. En consecuencia, aplica a todo de un modo instintivo y constante el criterio de la tasación, incluyendo, lógicamente, las obras artísticas y científicas, lo que producen los pensadores, los sabios, los artistas, los hombres de Estado, los pueblos, los partidos y hasta las épocas enteras. Se informa de la relación existente entre la oferta y la demanda respecto a todo lo que se produce, con vistas a poder *fijar por sí mismo el valor de una cosa*. Esto, elevado a la categoría de principio de toda cultura, estudiado en todas sus infinitas aplicaciones, hasta los más leves detalles, impuesto a todo tipo de voluntades y de saberes, constituirá vuestro motivo de orgullo, hombres del siglo que viene, si es que los profetas de la clase comerciante logran transmitirlo a vosotros. Pero yo tengo poca fe en estos profetas.

Por decirlo con palabras de Horacio: *Credat Judaeus Apella*.

176

La crítica de los padres. ¿Por qué no soportamos ya la verdad sobre el pasado más reciente? Porque siempre aparece una nueva generación que no está de acuerdo con ese pasado y que, al criticarlo, goza de las primicias del sentimiento de poder. Por el contrario, en otros tiempos, la generación nueva quería apoyarse en la antigua y comenzaba a tener conciencia de sí misma, no sólo aceptando las opiniones de los padres, sino defendiéndolas, si podían, más severamente aún. Antaño se pensaba que criticar la autoridad de los padres constituye un vicio; ahora, los jóvenes idealistas *empiezan* por ahí.

177

Aprender a estar solo. ¡Pobre parias, los que vivís en las grandes ciudades de la política mundana, jóvenes de talento, martirizados por la vanidad! Consideráis que tenéis la obligación de dar vuestra opinión respecto a todo lo que sucede (pues siempre sucede algo). Cuando habéis levantado una polvareda y armado mucho escándalo, creéis que sois el carro de la historia. Estáis constantemente escuchando, a la espera de poder dirigir la palabra al público, y por eso perdéis toda verdadera fecundidad. Por muy ardiente que sea vuestro deseo de realizar grandes obras, no llega a vosotros el profundo silencio de la incubación. El suceso del día os arrastra como una brizna de paja, aunque sois tan pobres diablos que os hacéis la ilusión de que impulsáis al acontecimiento. Cuando se quiere representar en escena el papel de héroe, no hay que ser uno del coro, ni siquiera hay que saber corear.

178

Los que se desgastan a diario. Hay jóvenes que no carecen de carácter, de disposición ni de celo, pero a los que no se les ha dado tiempo para que se marquen una directriz, habida cuenta de que se han acostumbrado desde niños a recibir directrices. En el momento en que estaban maduros para *ser enviados al desierto*, se procedió con ellos de distinta forma: se les utilizó, se les separó de ellos mismos, se les enseñó a *desgastarse a diario*, haciendo de esto un deber y un principio, y ahora ya no pueden prescindir de ello ni quieren obrar de otra manera. Pero a estas pobres

bestias de carga no se les puede privar de vacaciones (como llaman a ese ideal de ocio obligado, propio de un siglo tan cargado de trabajo), en las que pueden holgazanear y comportarse de un modo estúpido y pueril.

179

La menor cantidad de «Estado» posible. Todo el conjunto de condiciones políticas y sociales no valen lo suficiente para que las inteligencias más capacitadas se vean obligadas y tengan la necesidad de ocuparse de ellas. Semejante despilfarro de inteligencia es mucho más grave que un estado de miseria. La política es el campo de acción de cerebros mediocres, y este campo no debería estar abierto a los espíritus más elevados, aunque la máquina se haga pedazos. Pero, tal como están hoy las cosas, cuando todos no sólo se creen con derecho a estar informados diariamente de los asuntos políticos, sino que quieren intervenir activamente en ellos y abandonan por esto su trabajo, la locura no puede ser mayor ni más ridícula. A este precio, pagamos muy cara la *seguridad pública*; y lo más absurdo es que, por este medio, se consigue precisamente lo contrario, como lo está demostrando nuestro excelente siglo, de una forma desconocida hasta ahora. Proteger a la sociedad contra los ladrones e incendiarios, hacerla lo más cómoda posible para toda clase de comercio y de relaciones, y convertir al Estado en la Providencia (en el bueno o en el mal sentido), son fines inferiores, secundarios y en absoluto indispensables, a cuyo servicios no deberían estar los fines e instrumentos más elevados de que *se dispongan*, los cuales habrán de reservarse para los fines superiores y más extraordinarios. Aunque nuestra época habla mucho de economía, es bastante pródiga. Despilfarra lo más preciado: la inteligencia.

180

Las guerras. Las grandes guerras contemporáneas son consecuencia de los estudios históricos.

181

Gobernar. Unos gobiernan por el placer de gobernar; otros, para que no les gobiernen. Entre estos dos males, es menor el segundo.

182

La lógica vulgar. Se dice, con mucho respeto, de un hombre que es todo un carácter, si muestra una lógica vulgar, que salta a la vista hasta de los menos avisados. Pero cuando se trata de un espíritu más perspicaz y más profundo, que es consecuente a su modo (es decir, de un modo superior), los espectadores niegan que sea un carácter. Esta es la razón de que los hombres de Estado que son astutos representen siempre su comedia con la máscara de una lógica vulgar.

183

Viejos y jóvenes. No faltarán quienes piensen que tiene algo de inmoral la existencia de los Parlamentos, pues en ellos se da el derecho a expresar opiniones en contra del gobierno, mientras que debemos sustentar respecto a todo la opinión que nos dicte nuestro dueño y señor. Para algunos de esos veteranos chapados a la antigua que viven principalmente en la Alemania del Norte, este constituye el undécimo mandamiento. Hoy nos burlamos de esto, como de una moda caída en desuso, pero en otros tiempos la moral era así. Puede que llegue un día en que la gente se ría a su vez de la moral que profesa esta generación joven educada en el parlamentarismo, es decir, de esa moral que consiste en considerar que la política de los partidos ha de estar por encima del criterio personal, y que todo lo que afecta al bien público ha de ser juzgado según los vientos que soplan en las velas del partido. Este es el precepto que defiende tal opinión. En pro de semejante moral, se llevan a cabo hoy en día toda clase de sacrificios, incluyendo el vencerse y el atormentarse a uno mismo.

184

El Estado de los socialistas. En los países sometidos a la disciplina civil, siempre hay retardatorios que se resisten a ella y que son los primeros en engrosar las filas socialistas, con mayor facilidad que ningún otro sitio. Si alguna vez llegaran a dictar *leyes*, podemos estar seguros de que se pondrían férreas cadenas y de que ejercerían una terrible disciplina. ¡*Los conocemos muy bien*! Soportarían tales leyes, juzgando que se las habían impuesto a sí mismos. El sentimiento de poder, de *este* poder, es, para ellos, demasiado reciente y demasiado seductor como para que no lo sufran todo por su causa.

185

Los mendigos. Hay que suprimir a los mendigos, porque nos molestan tanto cuando les damos limosna como cuando no se la damos.

186

Los hombres de negocios. Vuestros negocios, que es lo que más os preocupa, os atan al lugar donde vivís, a vuestra sociedad, a vuestros gustos. Estáis embebidos en los negocios, pero sois perezosos en las cuestiones del espíritu; os satisface vuestra deficiencia, y tenéis el delantal del deber prendido a esa satisfacción. Así vivís, y así queréis que vivan vuestros hijos.

187

Un futuro posible. ¿No cabría imaginar un estado social en el que el propio malhechor se declarara culpable y se impusiera su castigo, con el orgullo de que así honraba la ley que él mismo se había dictado, ejerciendo al castigarse el poder del legislador? Algunas veces fallaría, pero, con su castigo voluntario, se elevaría por encima de la bajeza de su delito, y no sólo lavaría su culpa, sino que, por su franqueza, su magnanimidad y su paz, produciría con su conducta un beneficio público. Así sería el criminal de un futuro posible, cuya condición previa sería la existencia de una legislación futura, basada en la idea de que, en lo grande y en lo pequeño, sólo hay que someterse a la ley que uno mismo se ha dictado. ¡Cuántas cosas habría que intentar! ¡Cuántos *futuros* deberían ser sacados a luz!

188

Embriaguez y nutrición. Los pueblos se engañan hasta el punto de que siempre buscan a un impostor, que sea como un excitante vino que despierte sus sentidos. Con tal de tener ese vino, se contentan con la mitad de pan. Aprecian más la embriaguez que la nutrición. Siempre se dejarán coger con ese anzuelo. ¿Qué son para ellos los hombres que se distinguen de su medio, aunque sean los especialistas más autorizados, al lado de los brillantes conquistadores y de las antiguas y suntuosas dinastías principescas? Para que un hombre del pueblo se abriese camino, necesitaría

ponerles ante la vista una perspectiva de conquistas y de pompa; tal vez así confiarían en él. Los pueblos obedecen siempre e incluso van más allá de la obediencia, con tal de que se les deje emborracharse. No se les puede brindar el placer, si no va acompañado de la corona de laurel y de la fuerza enloquecedora que simboliza esa corona. Pero este gusto plebeyo que *aprecia más la embriaguez que la nutrición*, no tiene su origen en las capas inferiores del populacho, sino que ha sido llevado y trasplantado allí para que crezca tardíamente, aunque con abundancia: procede de los espíritus más elevados, en los que floreció durante milenios. El pueblo es el último *terreno inculto* donde puede prosperar aún esa embriaguez. ¿Y queremos entregar la política al pueblo? Tal vez sea para que se embriague con ella a diario.

189

La gran política. Cualquiera que sea la parte que corresponda en la *gran política* al utilitarismo y a la vanidad de los individuos y de los pueblos, la fuerza viva que les impulsa es la *necesidad de poder*, que brota de vez en cuando no sólo en el alma de los príncipes y de los poderosos, sino también, y en abundante proporción, en las capas inferiores del pueblo. De tiempo en tiempo y en diferentes épocas, siempre llega un momento en que las masas *están dispuestas* a sacrificar su vida, su fortuna, su conciencia y su virtud para lograr el placer supremo de reinar, como nación victoriosa y tiránica, sobre otras naciones (o, por lo menos, para figurarse que reinan). Entonces brotan tan abundantemente los instintos de prodigalidad, de sacrificio, de esperanza, de fe, de audacia extraordinaria y de entusiasmo, que el soberano ambicioso, previsor o prudente puede aprovechar el primer pretexto para una guerra, haciendo que su injusticia le parezca al pueblo una cuestión de conciencia. Los grandes conquistadores han empleado, para enardecer, el lenguaje patético de la virtud, y siempre han tenido a su alrededor masas exaltadas, que no querían oír sino discursos exaltados. ¡Singular locura de los juicios morales! Cuando el hombre está dominado por el instinto de poder, se cree y se declara *bueno*, mientras que aquellos sobre los que hace sentir su poder, le consideran *malo*. En sus fábulas de las edades del hombre, Hesíodo pintó dos veces seguidas la misma época —la de los héroes de Homero—, convirtiendo así una época en *dos*. Vista por quienes se hallaban sometidos a una opresión espantosa, bajo la ley de hierro de aquellos aventureros esforzados, o por quienes habían oído hablar de ese sometimiento a sus antepasados, dicha época aparecía como *mala*; pero los descendientes de aquellas generaciones señoriales, la veneraban, considerándola como los *buenos* tiempos pasados, en los que casi se era feliz. Por eso el poeta no pudo salvar el obstáculo más que como lo hizo, pues probablemente tenía ante sí a un público compuesto por individuos de los

dos tipos.

190

La antigua cultura alemana. Cuando los alemanes empezaron a despertar interés en los otros pueblos de Europa (no hace mucho de esto), ello se debió a una cultura que hoy ya no poseen, porque la han rechazado a impulsos de un ardor ciego, como si fuera una enfermedad, sin haberla sustituido por nada mejor que la locura política y nacional. Bien es cierto que de este modo han terminado despertando más interés aún en los demás pueblos que antes con su cultura; dejémosles esa satisfacción. Sin embargo, es innegable que la cultura alemana engañó a los europeos, pues no merecía ni ser imitada, ni el interés que suscitó, ni mucho menos que se tomara de ella la gran cantidad de cosas que se tomaron. Recojamos hoy información sobre Schiller, Guillermo de Humboldt, Schleiermacher, Hegel, Schelling; leamos su correspondencia, introduzcámonos en el amplio círculo de sus adeptos. ¿Qué encontramos que tienen en común, qué es lo que nos impresiona, tal y como somos actualmente, unas veces de una forma insoportable, y otras de un modo tan conmovedor y lamentable? Por un lado, el furor por parecer a toda costa moralmente impresionados; por otro, el deseo de una universalidad brillante y sin solidez, junto con la intención deliberada de verlo todo de color de rosa (los caracteres, las pasiones, la épocas, las costumbres). Lamentablemente, ese *color de rosa* respondía a un mal gusto indefinido, que se jactaba de proceder de Grecia. Se trata de un idealismo suave, bonachón, de reflejos plateados, que pretende tener sobre todo actitudes y acentos notablemente simulados; algo tan presuntuoso como inofensivo, lleno de una cordial aversión hacia la realidad *fría* y *seca*, hacia la anatomía, hacia las pasiones en general, hacia todo tipo de continencia y de escepticismo filosófico, y, particularmente, hacia el conocimiento de la naturaleza, desde el momento en que este deja de servir a la simbolización religiosa. Goethe asistió a su modo a estas agitaciones de la cultura alemana, quedándose fuera, resistiendo de un modo suave y silencioso, y afirmándose cada vez más en su propio camino, que era mejor. Un poco después, asistía también Schopenhauer, gracias al cual volvieron a quedar al descubierto el mundo verdadero y sus diablura, de los que habló con tanta poesía como entusiasmo, ya que tales diablura resultaban hermosas. ¿Qué es lo que sedujo a los extranjeros, impidiéndoles que hicieran lo que Goethe y Schopenhauer, o, simplemente, que apartaran la vista? Pues ese tono mate, esa enigmática luz de vía láctea que brillaba en torno a toda la cultura alemana y que hacía a los extranjeros decir: «Aquí hay algo que está lejos, muy lejos de nosotros, algo que está más allá de la vista, del oído, del entendimiento, del sentido del placer y del cálculo, pero que

podrían ser estrellas. ¿Habrán ido descubriendo los alemanes poco a poco un rincón del cielo, instalándose en él? Tendremos que acercarnos a los alemanes». Y se acercaron a ellos, si bien al poco tiempo esos mismos alemanes empezaron a tratar de desembarazarse de esa vía láctea. ¡Bien sabían ellos que no habían estado en el cielo, sino en una nube!

191

Hombres mejores. Dicen que nuestro arte va dirigido a los hombres del presente, ansiosos, insaciables, indómitos, hastiados, atormentados, y que les muestra una imagen de la beatitud, de la elevación y de la sublimidad, junto a la imagen de su propia fealdad, para que por un momento consigan olvidar y respiren libremente, sacando tal vez de este olvido un estímulo para la conversión. ¡Pobres artistas, con semejante público, que han de hacer de sacerdotes y de médicos alienistas! ¡Cuánto más feliz era Corneille —*el gran Corneille*, como decía Madame de Sevigné, con el acento de la mujer que contempla a todo un hombre—! ¡Cuán superior era *el público de Corneille*, al que podía hacer feliz con las imágenes de la virtud caballeresca, del deber severo, del sacrificio generoso, de la heroica disciplina de sí mismo! ¡De qué modo tan distinto al de ahora amaban uno y otro la existencia! No la concebían como la creación de una *voluntad* ciega e inculta, a la que se maldice por no poderla destruir. Amaban la existencia como un lugar en el que puede coexistir la grandeza y la humanidad, y en donde ni la más rígida opresión en las formas, ni la sumisión a la voluntad del príncipe o del poder eclesiástico pueden ahogar el orgullo, ni los sentimientos caballerescos, ni la gracia, ni el ingenio de cada individuo, sino que constituyen un *encanto* más y un *aguijón* para crear un contraste con la soberanía y la nobleza de linaje, con el poder hereditario del querer y la pasión.

192

El deseo de enemigos perfectos. No puede negarse que Francia ha sido el pueblo más cristiano de la tierra, no porque en ella la devoción de las masas haya sido mayor que en ningún otro lugar, sino porque las formas más difíciles de realizar del ideal cristiano han encarnado allí en hombres, no quedándose en el puro nivel de los conceptos, las intenciones y los bosquejos imperfectos. Véase a Pascal, el cristiano que mejor ha sabido unir el fervor, el ingenio y la lealtad, ¡y hay que ver todo lo que hay que conciliar en semejante cúmulo de cosas! Véase a Fenelón, la expresión más perfecta y seductora de la *cultura cristiana* en todas sus formas; un término medio

sublime, cuya posibilidad nos sentimos tentados como historiadores a negar y que fue realmente una perfección de una dificultad e inverosimilitud infinitas. Véase a Madame de Guyon, entre los quietistas franceses: todo lo que la elocuencia y el ardor del apóstol Pablo trató de adivinar sobre el estado semidivino del cristiano (el estado más sublime, más amante, más silencioso, más estático), se ha hecho verdad en ella, aunque despojado de esa importunidad judía respecto a Dios que manifiesta San Pablo, importunidad que evita gracias a esa ingenuidad tan femenina, tan distinguida y tan francesa en la palabra y en el gesto. Véase al fundador de la Trapa, el último que tomó en serio el ideal ascético cristiano, que no fue una excepción entre los franceses, sino un auténtico francés, ya que hasta hoy su sombría creación no ha podido aclimatarse y prosperar más que entre franceses, a los que acompañó a Alsacia y a Argelia. No olvidemos a los hugonotes: no ha vuelto a darse después de ellos una unión más bella entre el espíritu guerrero y el amor al trabajo, las costumbres refinadas y la austeridad cristiana. Véase, por último Port Royal, en donde asistimos a la última floración de la elevada erudición cristiana, floración de un tipo que en ningún otro lugar es entendido por los grandes hombres como en Francia. Lejos de ser superficial, un gran francés tiene siempre superficie, entendida esta como una envoltura natural que guarda un contenido y una profundidad, mientras que la profundidad de un gran alemán suele estar encerrada en un frasco de forma extraña, como un elixir al que se trata de proteger de la luz del día y de las manos torpes con un casco duro y regular. Adivinéis después de esto por qué este pueblo, que contó con los tipos más perfectos de la cristiandad, generó necesariamente los tipos contrarios —los más perfectos también— del librepensamiento anticristiano. El librepensador francés se ha tenido que enfrentar, en su fuero interno, con grandes hombres de carne y hueso, y no sólo con dogmas y con abortos sublimes, como los librepensadores de otros pueblos.

193

Espíritu (*esprit*[3]) y moral. El alemán, que posee el secreto de ser aburrido teniendo inteligencia, saber y sentimiento, y que se ha habituado a considerar moral el aburrimiento, ante el espíritu francés, siente una especie de miedo de que este le saque los ojos a la moral, miedo semejante al temor y a la alucinación que experimenta un pajarillo ante una serpiente de cascabel. Entre los alemanes célebres, ninguno ha tenido quizá más *esprit* que Hegel, pero tenía también un miedo tan grande y tan alemán al *esprit*, que le hizo tener un estilo muy defectuoso. Lo característico de ese estilo consiste en envolver un núcleo y en seguir envolviéndolo más y más hasta que apenas se transparente y pueda aventurar una mirada curiosa y

avergonzada, *como la mirada de una joven a través de su velo*, por usar una expresión de aquel antiguo enemigo de las mujeres que fue Esquilo. Ese núcleo es una salida ingeniosa, impertinente a veces, sobre un tema muy intelectual, una combinación de palabras, sutil y ósea, como la que se requiere en un grupo de pensadores, una especie de entremés de la ciencia. Ahora bien, al estar tan farragosamente expuesta, resulta una ciencia abstrusa y produce el más completo aburrimiento moral. Los alemanes consideran que esta es una forma lícita del *esprit*, y gozan tanto de ella que un hombre con una inteligencia tan clara como Schopenhauer se quedó estupefacto de asombro, y durante toda su vida estuvo criticando violentamente el espectáculo que ofrecían los alemanes, sin saber nunca explicárselo.

194

La vanidad de los maestros de moral. El poco éxito que han tenido los maestros de moral se debe al hecho de que querían demasiadas cosas a la vez, y a que eran tan ambiciosos que pretendían dar preceptos válidos *para todo el mundo*. Pero esto es vagar en el vacío o lanzar discursos a los animales para que se conviertan en seres humanos. ¿Qué tiene de raro que los animales se aburran? Hay que escoger círculos restringidos y buscar y fomentar la moral en ellos; lanzar, por ejemplo, discursos a los lobos para que se conviertan en perros. Con todo, quien tiene más éxito es el que no pretende ni educar a todo el mundo, ni siquiera a un círculo restringido, sino que se limita a un solo individuo, y no mira a derecha e izquierda. Precisamente el siglo pasado fue superior al nuestro porque contó con muchos hombres educados individualmente y con educadores en la misma proporción que cifraron en esto la *misión* de su vida y su dignidad ante sí mismos y ante cualquier otra *buena compañía*.

195

Lo que llamamos «educación clásica». ¡Qué terrible es descubrir que nuestra vida está *consagrada* al conocimiento y que la malgastaríamos, o mejor, que la habríamos malgastado si esa consagración no nos defendiera de nosotros mismos; repetir con frecuencia y emoción aquellos versos que dicen: *Yo te sigo, destino. Y aunque no quisiera, habría de hacerlo por necesidad, aún a costa de mis lágrimas*; y luego, retrocediendo en el camino de la vida, descubrir igualmente que la disipación de nuestra juventud es algo irreparable, porque nuestros educadores no emplearon esos años fogosos y ávidos de saber en llevarnos al conocimiento de las cosas, sino

en impartirnos la *educación clásica*! ¡Qué derroche el de nuestra juventud cuando con tanta torpeza como barbarie se nos inculca un saber imperfecto sobre los griegos y los romanos, así como sobre sus lenguas, obrando en contra de ese principio supremo de toda cultura, según el cual no hay que dar un alimento a nadie que no tenga hambre de él! ¡Qué derroche supone el que se nos haya impuesto a la fuerza las matemáticas y la física, en lugar de habernos preparado previamente haciéndonos ver lo desesperante que es la ignorancia y el reducir nuestra vida diaria, nuestros movimientos y todo cuanto sucede de la mañana a la noche en el taller, en el cielo y en la naturaleza, a miles de problemas que atormentan, humillan e irritan, para mostrar entonces a nuestro deseo que necesitamos, por encima de todo, un saber matemático y mecánico, y comunicarnos de inmediato esa primera embriaguez científica que nos proporciona la lógica absoluta de este tipo de saber! ¡Pensar que ni siquiera nos han enseñado a *respetar* estas ciencias, que no se estremezca nuestra alma, aunque sea por una vez, ante las luchas, las derrotas y los nuevos combates de sus grandes hombres, ante ese martirologio que constituye la historia de la ciencia pura! Por el contrario, sentíamos cierto desprecio hacia las verdaderas ciencias y apreciábamos más los estudios *históricos*, la *instrucción encaminada a desarrollar el espíritu* y el *clasicismo*. ¡Con qué facilidad nos hemos dejado engañar! ¡Una instrucción encaminada a desarrollar el espíritu! Habríamos podido señalar con el dedo a los mejores profesores de nuestros liceos, y preguntar riendo: «¿Dónde está esa instrucción encaminada a desarrollar el espíritu? ¿Cómo nos la va a enseñar quien no la tiene?». ¡Y el clasicismo! ¿Hemos aprendido algo de lo que los griegos enseñaban a sus jóvenes?; ¿hemos aprendido a hablar y a escribir como ellos? ¿No hemos ejercitado sin descanso en esa gimnasia de la conversación que es la dialéctica? ¿Hemos aprendido a movernos con belleza y arrogancia como ellos, a destacar como ellos en la lucha, en los juegos, en el pugilato? ¿Hemos aprendido algo del ascetismo práctico de los filósofos griegos? ¿Nos hemos ejercitado en una sola de las virtudes antiguas, a la manera como lo hacían los antiguos? ¿No carece toda nuestra educación de una reflexión respecto a la moral, y sobre todo de la única crítica que se puede hacer a esta, de un intento valiente de vivir con arreglo a una o a otra moral determinada? ¿Ha suscitado esa educación en nosotros algún sentimiento que los antiguos estimaran más que los modernos? ¿Se nos ha enseñado a distribuir el día y la vida, así como los fines que los antiguos situaban por encima de la vida? ¿Hemos aprendido las lenguas antiguas como aprendemos las de los pueblos vivos, es decir, a hablarlas bien y con facilidad? ¡En ningún sitio encontramos una auténtica aptitud, una nueva facultad, que sea el fruto de esos años de trabajo! Sólo hallamos informes sobre lo que, en otros tiempos remotos, los hombres sabían y podían hacer. ¡Y qué informes! Con el tiempo, cada vez me va pareciendo más evidente que el mundo griego antiguo, a pesar de la sencillez y de la claridad con las que se nos

presenta, es muy difícil de entender, que casi nos es inaccesible, y que la facilidad con la que suele hablarse de los antiguos no es más que o ligereza o la antigua y hereditaria jactancia de la irreflexión. Nos engañan las palabras y las ideas semejantes, pero detrás de ellas se esconde un sentimiento que *debería resultar* extraño e incomprensible al sentimiento moderno. ¡Y en este terreno deben desenvolverse los niños! Si así lo hemos hecho durante nuestra infancia, habremos adquirido una antipatía casi insuperable hacia la antigüedad: la antipatía que provoca una familiaridad aparentemente estrecha. La fatuidad de nuestros educadores clásicos, que pretenden estar *en posesión del saber de los antiguos*, hace que quieran transmitir esa posesión a sus educandos con la idea de que, aunque no puede hacer feliz a nadie, al menos enorgullece a los honrados y chiflados *ratones de biblioteca*. Nuestra educación clásica termina con la idea de que se guarden los antiguos su tesoro, tan digno de ellos. Por nuestra parte, no hay nada que oponer. ¡Pero no pensamos sólo en nosotros!

196

Los problemas más personales de la verdad. ¿Qué es, en el fondo, lo que *hago*? ¿Adónde quiero yo ir? Este es el problema de la verdad que no se enseña en el estado actual de nuestra cultura, y que, por consiguiente, nadie se plantea porque no tiene tiempo para ello. Sin embargo, siempre encontramos tiempo para cosas que son de nuestro agrado: decir estupideces a los niños y no hablarles de la verdad, decir galanterías a las mujeres que luego serán madres y no hablarles de la verdad, hablarles a los jóvenes de su futuro y de sus placeres pero no de la verdad. Pero, a fin de cuentas, ¿qué son los setenta años que dura una vida? Estos pasan muy rápidos, y ¡le es tan indiferente a una ola saber adónde le lleva el viento! Hasta puede que haya una sabiduría *en ignorarlo*. «De acuerdo, pero es una falta de orgullo, no *informarse* siquiera; nuestra civilización no produce hombres orgullosos». ¡Mejor! «Pero ¿es verdaderamente mejor?».

197

La enemistad de los alemanes hacia el racionalismo. Examinemos lo que los alemanes han aportado con su trabajo intelectual a la cultura general en la primera mitad de este siglo. Veamos, en primer lugar, los filósofos alemanes. Estos han retrocedido al grado primitivo de la especulación, pues, como los pensadores de las épocas de ensueño, se han contentado con conceptos, en lugar de explicaciones, por

lo que han revivido un tipo precientífico de filosofía. Veamos, en segundo lugar, los historiadores y los románticos alemanes: sus esfuerzos se han dirigido, por lo general, a reinstaurar sentimientos antiguos y primitivos, como el cristianismo, el alma, las leyendas y las formas del habla populares, la Edad Media, el ascetismo oriental, el hinduismo. Veamos, en tercer lugar, los científicos. Estos han luchado contra el espíritu de Newton y de Voltaire, y han tratado de implantar, como Goethe y Schopenhauer, la idea de una naturaleza divinizada o diabolizada y la significación moral y simbólica de esta idea. La tendencia general y más importante de los alemanes ha sido alzarse contra el racionalismo y contra la Revolución, que, en virtud de un burdo error, ha sido considerada como una consecuencia del primero; la devoción hacia lo actualmente establecido ha tendido a convertirse en devoción por lo antiguo, sin otra finalidad que la de volver a llenar el corazón y el espíritu, sin dejar espacio para las ideas nuevas e innovadoras. Frente al culto a la razón, se alzó el culto al sentimiento, y los músicos alemanes, artistas de lo indivisible, de la exaltación, de la leyenda y del deseo infinito, contribuyeron en la edificación de un nuevo templo, con más éxito que todos los artistas de la palabra y del pensamiento. Aun aceptando que, en los detalles, se han dicho y descubierto muchas cosas buenas, y que algunas se han juzgado con mayor equidad que antes, hay que reconocer que, en conjunto, esta tendencia ha supuesto un peligro público nada insignificante: el peligro de situar el conocimiento por debajo del sentimiento, con la apariencia de conseguir un conocimiento pleno y definitivo del pasado. Por decirlo con palabras de Kant, que definió así su tarea: «Volver a abrir el camino de la fe, fijando límites a la ciencia».

Respiremos el aire libre de nuevo: ya ha pasado el momento de peligro. Y, cosa singular, los espíritus que los alemanes evocaban con tanta elocuencia se han convertido, a la larga, en el mayor peligro para las intenciones de quienes los evocaban: la historia, el conocimiento de los orígenes y de la evolución, la simpatía por el pasado, la pasión resucitada del sentimiento y del conocimiento, todo ello, tras haber estado un tiempo al servicio del espíritu obnubilado, exaltado y retrógrado, ha cambiado un buen día de condición, y ahora se eleva con unas alas mayores ante los ojos de sus antiguos evocadores y se convierte en el genio fuerte y nuevo *de aquel racionalismo* contra el que se había evocado. Ahora nos toca a nosotros llevar más lejos aún ese racionalismo, sin tener en cuenta que contra él se hizo tanto *una revolución* como una *gran reacción*. El hecho de que se den una revolución y una reacción no es más que un juego de las olas en comparación con el inmenso oleaje en el que nos agitamos o en el que nos queremos agitar.

198

Conferir un rango a su país. Tener un gran número de experiencias internas y situarse por encima de ellas, apoyándose en ellas, con la mirada propia de un intelectual, es lo que hacen los representantes de la cultura que confieren un rango a su país. En Francia y en Italia, esto fue obra de la nobleza; en Alemania, donde hasta hoy la nobleza estaba constituida por unos cuantos pobres de espíritu (aunque tal vez esto no dure mucho), dicha misión ha recaído en los eclesiásticos, en los profesores y en sus descendientes.

199

Nosotros somos más nobles. Lo que llamamos *bueno, distinguido* —y en lo que superamos a los griegos— es la suma de fidelidad, generosidad y pudor de la buena reputación, reunidos en un solo sentimiento. Por nada del mundo renunciaríamos a esto, ni siquiera con el pretexto de que los objetos antiguos de estas virtudes han perdido estimación (y con razón); sino que tratamos de sustituir con nuevos objetos los objetos de esta herencia, a la que consideramos como la más preciada. Para ver que los sentimientos de los griegos más nobles parecerían vulgares y casi indecorosos ante nuestra nobleza caballeresca y feudal, no hay más que recordar las palabras de consuelo que salen de la boca de Ulises en los más vergonzosos apuros; «¡Soporta esto, corazón mío, ya que has soportado cosas peores!». Como concreción práctica del modelo mítico, podemos añadir a este ejemplo la anécdota de aquel general ateniense que, al ser amenazado con un bastón por otro oficial ante el estado mayor en plano, evitó la vergüenza diciendo: «Pega, pero escucha». Quien dijo esto fue Temístocles, un hábil Ulises de la época clásica, que muy bien podía haber dirigido a *su corazón*, en esa situación apurada, las mencionadas palabras de consuelo.

Los griegos estaban muy lejos de poner en juego su vida a causa de un insulto, como hacemos nosotros por influencia del espíritu aventurero y caballeresco que hemos heredado, y de una cierta necesidad de sacrificio. Por la misma razón no buscaban la ocasión de arriesgar la vida por motivos de honra, como en los duelos, ni estimaban la conservación del buen nombre (es decir, del honor) más que la mala reputación, si esta última era compatible con la gloria y el sentimiento de poder. Tampoco se preocupaban de ser fieles a los prejuicios y a los artículos de fe de una casta cuando podían impedir la llegada de un tirano. El secreto poco noble de todo buen aristócrata griego consistía en esto: una celosa rivalidad le hacía tratar en pie de igualdad a todos los individuos de su casta, pero siempre estaba dispuesto a saltar como un tigre sobre su presa: el despotismo. ¿Qué le importaba entonces la mentira, el crimen, la traición y la ruina voluntaria de su ciudad natal? La justicia era algo extremadamente difícil a los ojos de esta clase de hombres; les parecía casi increíble.

La palabra *justo* les sonaba a los griegos como la palabra *santo* a los cristianos. Cuando Sócrates se aventuró a decir que el hombre virtuoso es el más feliz, no dieron crédito a lo que oían, y pensaron que se trataba de un absurdo. Para un ciudadano de origen noble, el hombre más feliz era el que no tenía consideración alguna, el tirano que, llevado por una pasión diabólica, lo sacrificaba todo y a todos en aras de su orgullo y de su capricho. Entre hombres que ansiaban íntimamente alcanzar de una forma salvaje semejante felicidad, no podía arraigar hondamente la veneración del Estado. Con todo, he de añadir que tratándose de hombres que no estén tan ciegos por la sed de poder como aquellos miembros de la nobleza griega, la idolatría del Estado, que antiguamente se utilizó para poner freno a este deseo, no resulta necesaria.

200

Soportar la pobreza. La gran superioridad del origen noble consiste en que permite soportar mejor la pobreza.

201

El futuro de la nobleza. La actitud del mundo aristocrático muestra que en todos sus miembros el sentimiento de poder ejerce constantemente un papel seductor. El individuo de hábitos aristocráticos, sea hombre o mujer, no se entrega al abandono, recostándose, por ejemplo, en los cojines del vagón, cuando viaja en tren, ni da muestras de cansancio por estar de pie horas enteras en la corte; decora y dispone su casa, no guiándose por la comodidad, sino para que produzca la impresión de que se trata de algo amplio e imponente, de una morada apta para alojar a seres más grandes y más longevos que el común de los mortales. Ante un discurso provocativo, responde con moderación, con espíritu sereno, sin mostrarse escandalizado ni desquiciado, como hacen los plebeyos. Del mismo modo que sabe conservar la apariencia de una fuerza física superior, siempre dispuesta, procura mantener también, hasta en las situaciones más difíciles, mediante una seguridad constante y mucha amabilidad, la impresión de que su alma y su espíritu están a la altura de los peligros y a la medida de las sorpresas. En lo que se refiere a la pasión, una cultura noble se asemeja o bien a un jinete que disfruta haciendo caminar al paso español a un caballo fogoso y vivo —recordemos la época de Luis XVI—, o bien a un jinete que advierte que su caballo se lanza disparado como una fuerza de la naturaleza y que ambos están a punto de perder la cabeza, pero que gozan de la carrera irguiéndose con orgullo. En ambos casos, la *cultura* noble rezuma poder, y, aunque muchas veces

o con frecuencia, en sus costumbres, no exige más que aparentar un sentimiento de poder, el auténtico sentimiento de poder aumenta con la impresión que causa este juego en quienes no son nobles y con el espectáculo de semejante impresión.

Este indudable privilegio de la cultura noble, basada en el sentimiento de superioridad, está empezando ahora a alcanzar un grado superior, puesto que, gracias a todos los espíritus libres, ya no sólo no es deshonroso, sino lícito, penetrar en el orden del conocimiento para buscar allí una mayor dedicación intelectual y adquirir una cortesía de orden superior, teniendo a la vista un ideal de *sabiduría victoriosa* que ninguna otra época ha podido erigir ante sí con tanta razón como la época que acaba de empezar. Y es que, a fin de cuentas, ¿de qué se va a ocupar la nobleza, si cada día va resultando más indecoroso dedicarse a la política?

202

Los cuidados que exige la salud. Cuando no se ha hecho más que empezar a estudiar la fisiología del delincuente, ya sabemos con certeza que no existe una diferencia esencial entre los criminales y los locos, si es que estamos en lo cierto al suponer que la forma corriente y aceptada de pensar en moral constituye el criterio para determinar el concepto de *salud mental*. De todos modos, esta es la idea más extendida hoy en día. Por ello, no nos hemos de asustar a la hora de extraer las consecuencias de esta doctrina, según las cuales hay que considerar que el delincuente es un enfermo. No se le debe tratar, pues, con una caridad altanera, sino con la sabiduría y la buena voluntad de un médico. Necesita cambiar de aires y de sociedad, alejarle momentáneamente, procurarle tal vez soledad y nuevas ocupaciones. Perfectamente. Quizá él mismo reconozca que le conviene vivir durante algún tiempo sometido a una vigilancia que le proteja de sí mismo y de su molesto e *histórico instinto*. ¡Muy bien! Hay que ofrecerle abiertamente la posibilidad de curarse y los medios para ello (es decir, para extirpar, cambiar, sublimar ese instinto), y hay que darle al criminal incorregible que se siente horrorizado de sí mismo, la oportunidad de que se suicide. Reservado este recurso como medio supremo de alivio, no hay que escatimar medio alguno para devolver al criminal la valentía y la libertad de espíritu que le convienen; hay que borrar de su alma todo remordimiento, como si se tratara de una limpieza moral, e indicarle la forma de compensar el daño que tal vez causara a alguien, mediante una acción que beneficie a otro, en una medida que incluso pueda superar el perjuicio causado. Todo ello con una precaución extrema y, sobre todo, de una forma anónima o haciéndole cambiar de nombre y de residencia, para que la integridad de la reputación y la vida futura del criminal corran los menos riesgos posibles.

Bien es cierto que todavía hoy aquel a quien se ha causado un daño quiere vengarse, abstracción hecha de cómo podría repararse ese daño, y se dirige a los tribunales para obtener venganza. Esta es la razón de que sigan existiendo nuestras horribles sanciones impuestas por el derecho penal, con su balanza de tendero y su afán de *compensar el delito con la pena*. Pero ¿no habría forma de avanzar en este aspecto? ¡Cómo mejoraría el sentimiento general de la vida, si pudiéramos librarnos de la creencia en la culpa, así como del viejo instinto de venganza, y llegásemos a comprender la sutil sabiduría del hombre feliz que bendice a sus enemigos, como hace el cristianismo, y *hace bien* a quienes le han agraviado! ¡Alejemos del mundo la idea de pecado, y rechacemos acto seguido el espíritu de *castigo*! ¡Que se vayan a vivir desterrados y lejos de los hombres estos demonios, si es que se empeñan en seguir viviendo y no les mata el asco de sí mismos! Mientras tanto, hemos de pensar que el daño que los criminales causan a la sociedad y al individuo, es de la misma naturaleza que el causado por los enfermos: los enfermos difunden en torno a ellos inquietudes y malhumor, no producen nada y consumen lo que otros producen, necesitan guardianes, médicos, cuidados, y viven del tiempo y de las fuerzas de los individuos sanos. Sin embargo, quien quisiera *vengarse* de todo esto en el enfermo, sería considerado casi inhumano. Bien es cierto que así se hacía antiguamente: en los estadios más primitivos de la civilización, e incluso hoy en ciertos pueblos salvajes, el enfermo es considerado como un criminal, como un peligro para la comunidad y como la morada de algún ser diabólico que, a consecuencia de las faltas del enfermo, se ha albergado en él; por eso se cree que todo enfermo es culpable y pecador. ¿Será que todavía no estamos preparados para creer lo contrario? ¿No podremos decir aún que todo *culpable* es un enfermo? No, todavía no ha llegado la hora. Lo que faltan son médicos, médicos para quienes lo que hasta ahora hemos llamado moral práctica pase a ser un capítulo del arte de curar. Falta que se despierte el interés por estos temas, pero llegará un día en que ese interés sea similar a las agitaciones turbulentas que antaño suscitó la religión; las iglesias no están todavía en manos de los que cuidan a los enfermos; el estudio del cuerpo y del régimen sanitario no figura aún entre las materias obligatorias de todas las escuelas superiores y primarias; no existen todavía asociaciones privadas compuestas por personas que se comprometan a no recurrir a los tribunales, a no castigar a quienes les causen un mal y a no vengarse de ellos. Ningún pensador ha tenido aún la valentía de medir la salud de una sociedad y de los individuos que la componen en función del número de parásitos que es capaz de soportar, y ningún hombre de Estado ha impulsado su arado guiándose por el espíritu de esa máxima generosa y dulce que dice: «Si quieres cultivar la tierra, cultívala con el arado; entonces gozarán de ti el pájaro y el lobo que vayan detrás de tu arado; todas las criaturas gozarán de ti».

203

Contra los malos regímenes. Huyamos de las comidas que hacen hoy los hombres, tanto en los restaurantes como en las mansiones de las clases acomodadas de la sociedad. Hasta cuando son científicos los que se reúnen en torno a una mesa, sus prácticas no difieren de las de los banqueros, siguiendo un principio que prima la *abundancia* y la *variedad*. Cabe, pues, deducir que los manjares se preparan con vistas al efecto que causan, y no de acuerdo con las consecuencias que producen, lo que exige el uso de bebidas excitantes para aliviar la pesadez del estómago y del cerebro. Huyamos de la disipación y de la sensibilidad exagerada, resultantes de tal costumbre, de los sueños que tendrán esas gentes, y de las artes y de los libros que son el postre de tales banquetes. Hagan lo que hagan, los actos de esas personas estarán regidos por la pimienta, por la contradicción y por un cansancio universal. (En Inglaterra, las clases ricas necesitan echar mano de su cristianismo para poder soportar sus malas digestiones y sus dolores de cabeza). Por no hablar ya de lo que todo esto tiene de repugnante, en cuanto al placer que consiguen, hay que declarar que esos hombres no tienen absolutamente nada de vividores; la actividad de nuestro siglo es más poderosa en las extremidades que en el vientre. ¿A qué responden, entonces, esas comilonas? A que son *representaciones*. Y ¿qué es lo que representan? ¿El rango social? ¡Qué va! ¡El dinero! Ya no hay rangos ni jerarquías. No somos más que *individuos*. Ahora bien, el dinero es lo que da poder, gloria, preeminencia, influencia. El dinero es el que determina hoy el juicio previo que nos formamos a favor o en contra de un hombre. Nadie querría esconderlo debajo de un celemín, ni tampoco mostrarlo sobre su mesa. Por eso es preciso que el dinero tenga un representante que se pueda mostrar sobre la mesa. Ese representante son vuestros banquetes.

204

Danae y el dios oro. ¿De dónde procede esa significativa impaciencia que convierte hoy al hombre en criminal, en situaciones que explicarían más bien la inclinación contraria? Si este pesa con balanzas falsas, ese incendia su casa después de haberla asegurado por encima de su valor, aquel acuña moneda falsa, si las tres cuartas partes de la alta sociedad realizan fraudes legales y cargan su conciencia con operaciones de bolsa y especulaciones, ¿qué es lo que les impulsa? No se trata de una verdadera miseria; su existencia no es precaria; tal vez comen y beben sin preocuparse por el futuro. Lo que les mueve, sí, es la terrible impaciencia de ver lo lentamente que se amasa el dinero, y un apego y un amor al dinero acumulado, que

les torturan día y noche. Sin embargo, en esta impaciencia y en este amor lo que reaparece es el fanatismo del *deseo de poder*, inflamado en otros tiempos por la creencia de estar en posesión de la verdad, ese fanatismo que ha ostentado nombres tan hermosos que hasta podía incitar a ser inhumano con *la conciencia tranquila* (a quemar judíos, herejes y buenos libros, y a exterminar totalmente civilizaciones superiores, como las de México y Perú). Han cambiado los medios de que se vale el deseo de poder, pero sigue hirviendo el mismo volcán de siempre: la impaciencia y el amor desmesurados exigen sus víctimas, y lo que antes se hacía *por la voluntad de Dios*, hoy se hace por la voluntad del oro, es decir, por lo que hoy produce el sentimiento de poder más elevado y la mayor tranquilidad de conciencia.

205

El pueblo de Israel. Entre los espectáculos a que nos invita el siglo próximo, hay que incluir el arreglo definitivo de los destinos de los judíos en Europa. Es evidente que han echado los dados y pasado el Rubicón; ya no les queda otro remedio que o convertirse en los amos de Europa o perder Europa, como en tiempos remotos perdieron Egipto, cuando se vieron enfrentados al mismo dilema.

En Europa se han formado en una escuela de dieciocho siglos, como no lo ha hecho ningún otro pueblo, y de una forma que las experiencias de ese terrible período de prueba han aprovechado más a los individuos que a la comunidad. La consecuencia de esto es que, entre los actuales judíos, los recursos del alma y de la inteligencia tienen una fuerza extraordinaria. Entre todos los europeos, ellos son los que con menos frecuencia recurren, en la miseria, a la bebida y al suicidio para escapar de una situación penosa, despreciando este medio que suele ser común entre individuos de menores aptitudes. Todo judío encuentra en la historia de sus padres y de sus antepasados un manantial de ejemplos de razonamiento frío y de perseverancia en situaciones terribles, del más ingenioso aprovechamiento de la desgracia y del azar. Su valor, bajo la apariencia del servilismo más mezquino, su heroísmo en el *spemere se spemi*, superan a las virtudes de los santos. Se ha pretendido hacerles despreciables a base de tratarles con desprecio durante cerca de dos mil años, impidiéndoles el acceso a los honores, a todo lo honroso, y enviándoles, por el contrario, a los oficios más indecorosos, y verdaderamente este procedimiento no les ha vuelto menos sucios. Pero ¿les ha hecho despreciables? Nunca han dejado de creer que estaban llamados a los más altos destinos, ni han dejado de adornarles todas las virtudes de los que sufren. La manera que tienen de honrar a sus padres y a sus hijos, sus matrimonios y sus costumbres conyugales, les distinguen de entre todos los europeos. Y, aún más, han sabido crearse un sentimiento de poder y de venganza

eterna con las profesiones que les han dejado desempeñar los europeos o que ellos mismos han abrazado. En disculpa de su usura, hay que declarar que sin la inquina con que eran tratados a causa de esta ocupación, agradable y útil en ocasiones, difícilmente hubieran podido conservar durante tanto tiempo su propia estimación. Y es que nuestra autoestimación exige que podamos hacer uso de represalias y de correspondencias en bien y en mal. Con todo, los judíos no han ido demasiado lejos en su venganza, pues poseen la libertad intelectual y de alma que producen el cambiar frecuentemente de lugar y de clima, y el contacto con las costumbres de vecinos y opresores. De este modo han llegado a alcanzar una enorme experiencia en lo que a relaciones humanas se refiere, y hasta en sus pasiones aprovechan la circunspección que proporciona esta experiencia. Tan seguros están de su flexibilidad intelectual y de su habilidad que nunca, ni en los momentos más difíciles, han tenido la necesidad de ganarse el pan con el esfuerzo físico, en trabajos rudos como los de mozo de cuerda o segador. En sus maneras se sigue observando que no se ha inculcado en su alma sentimientos caballerescos y nobles, que sus cuerpos no han ceñido arrogantes armaduras; una cierta dosis de indiscreción se combina en ellos con una sumisión casi siempre penosa, aunque muchas veces aparece revestida de afabilidad. Pero como están emparentados —y cada vez lo estarán necesariamente más— con la mejor nobleza de Europa, acabarán incorporándose de un modo considerable las buenas formas espirituales y físicas, de suerte que dentro de cien años presentarán un aspecto lo suficientemente noble como para no *avergonzar* a quienes les estén sometidos por el hecho de ser sus amos.

Esto es verdaderamente lo que importa; por eso es prematura aún una salida a su situación. Saben mejor que nadie que no pueden pensar en conquistar Europa, ni en actos de violencia de ningún tipo; pero también saben que puede llegar un día en que Europa caerá en sus manos como fruta madura, sin que tengan que hacer otro esfuerzo que el de alargar el brazo.

Mientras tanto, deben destacar en todos los órdenes de la distinción europea, ser los primeros en todo, hasta que llegue un momento en el que sean ellos mismos quienes determinen qué es lo distinguido. Entonces serán los innovadores y los guías de los europeos, sin ofender el pudor de estos. ¿Y adónde fluirá todo ese abundante caudal de grandes impresiones acumuladas que la historia judía ha ido dejando en cada familia israelita, esa abundancia de pasiones, de decisiones, de renuncias, de luchas, de victorias de todo tipo, si no es a sus grandes obras y a sus insignes intelectuales? Entonces, cuando los judíos puedan mostrar esas joyas y esos vasos de oro, que serán obra suya, a los pueblos europeos de experiencia más breve y menos profunda, incapaces de producir cosas semejantes; cuando Israel haya cambiado su venganza eterna en bendición eterna para Europa, habrá llegado ese séptimo día en el que el antiguo Dios de los judíos podrá alegrarse a causa de sí mismo, de su creación

y de su pueblo elegido, y todos sin excepción podremos alegrarnos con él.

206

Estado imposible. Pobre, alegre e independiente son tres cualidades que pueden darse juntas en una misma persona; lo mismo cabe decir de pobre, alegre y esclavo, suma de cualidades que pueden atribuirse a los obreros esclavizados de las fábricas, si es que no les resulta *vergonzoso* que les *utilicen* como tornillos de una máquina y, en cierto modo, como comparsas de la inventiva humana. Que nadie crea que con un salario más elevado desaparecería lo que hay de *esencial* en su miseria, en su servidumbre impersonal. Que nadie se deje convencer con el argumento de que aumentando esa impersonalidad, por medio del engranaje de la máquina de una nueva sociedad, se conseguiría convertir en virtud la vergüenza de la esclavitud. Que nadie crea que, mediante un precio cualquiera, se puede dejar de ser persona para convertirse en tornillo. ¿Sois cómplices de la actual locura de las naciones que pretenden producir mucho y enriquecerse lo más posible? Vosotros sois los encargados de presentarles otra partida, de mostrarles las grandes sumas de valor *interior* que se desperdician para lograr ese fin exterior. Pero ¿dónde está vuestro valor interior si no sabéis lo que es respirar con libertad, si apenas sabéis poseeros a vosotros mismos, si con frecuencia estáis cansados de vosotros mismos, como de una bebida que ha perdido su fragancia, si prestáis atención a los periódicos y miráis de reojo a vuestro vecino rico, consumidos por la envidia viendo el alza y la baja rápidas que se producen en el terreno del poder, del dinero y de las opiniones, si no tenéis ya fe en la filosofía que se viste con harapos, ni en la libertad de espíritu de quien no necesita nada, si la pobreza voluntaria e idílica, la falta de profesión y el celibato, que deberían ser los ideales de los más intelectuales de vosotros, os parecen algo irrisorio? Por el contrario, la flauta socialista de los cazadores de ratones os suena a música celestial: esos cazadores de ratones que quieren enardeceros con esperanzas absurdas, y que os dicen que estéis preparados y nada más, dispuestos de hoy a mañana, esperando algo exterior, de forma que esperéis constantemente, viviendo respecto a lo demás como de costumbre, hasta que esa espera se convierta al fin en hambre y sed, en fiebre y locura, y amanezca, por último, en todo su esplendor el día del triunfo de la bestia.

Por el contrario, deberíais pensar: «¡Más vale emigrar y acabar siendo *dueños* de comarcas nuevas y salvajes, y sobre todo dueños de nosotros mismos; cambiar de residencia mientras nos siga amenazando la esclavitud, no huir de la aventura ni de la guerra, y estar en último término dispuestos a morir, con tal de que no siga este indecoroso servilismo, con tal de que acabe esta tendencia a agriarnos, a volvemos

venenosos y conspiradores!». He aquí cuál sería la forma correcta de ver las cosas: los obreros europeos deberían considerar que nada pueden hacer realmente *en cuanto clase*, no como algo duramente condicionado y falsamente organizado; deberían iniciar una nueva era en la que el enjambre emigre de la colmena europea, de una forma nunca vista hasta hora, y protestar mediante el acto de elegir libremente el lugar de residencia —un acto de gran estilo—, contra la máquina, contra el capital y contra esa alternativa que les amenaza, consistente en ser o esclavos del Estado o esclavos de un partido revolucionario. Que Europa se libere de la cuarta parte de sus habitantes. Será un alivio para ella y para ellos. En las remotas empresas coloniales a las que emigren en enjambres, podrá apreciarse cuánto sentido común, cuánta equidad, qué sana desconfianza ha inculcado la madre Europa en sus hijos, en esos hijos que ya no soportaban vivir al lado de esa vieja chocha, y que corrían el riesgo de volverse sombríos, irritables y licenciosos como ella. Fuera de Europa, las virtudes de Europa viajarían con estos trabajadores, y lo que en la tierra natal empezaba a degenerar en un malestar peligroso y en una inclinación criminal, adquiriría fuera un carácter salvaje y hermoso, que se llamará heroísmo. A su vez, en la vieja Europa, demasiado poblada y demasiado replegada en sí misma, se respiraría un aire más puro. ¡Qué importa que falten *brazos* para el trabajo! Acaso entonces nos demos cuenta de que nos habíamos acostumbrado a necesitar muchas cosas porque era fácil conseguirlas. Bastará con que desarraiguemos de nosotros esa costumbre. Tal vez entonces traigamos chinos que aporten la manera de vivir y de pensar que conviene a las hormigas laboriosas. Esto podría contribuir incluso a infundir en la sangre de esta Europa turbulenta, que se consume, un poco de calma y de espíritu de contemplación asiáticos, y —lo que es más necesario— de capacidad asiática para *resistir el dolor*.

207

Cómo se comportan los alemanes ante la moral. El alemán es capaz de grandes cosas, pero es poco probable que las realice, porque *cuando podría obrar con libertad*, obedece, como suele ser norma entre espíritus perezosos por naturaleza. Si se ve en la situación peligrosa de estar solo y de sacudirse su pereza, si no puede cobijarse como un número más en un conjunto (y en este sentido vale infinitamente más que un francés o que un inglés), descubrirá sus fuerzas, se volverá peligroso, malo, profundo y audaz, y sacará a plena luz el tesoro de energía latente que lleva en su interior, tesoro en el que, por otra parte, nadie —ni él mismo— cree. Cuando, en semejante caso, un alemán se obedece a sí mismo —lo que siempre es una rara excepción—, lo hace con la misma torpeza, con la misma inflexibilidad, con el mismo sufrimiento con que obedece generalmente a su soberano y cumple sus

deberes profesionales. Entonces estará en disposición de hacer grandes cosas que no corresponderían en modo alguno a esa *debilidad de carácter* que se atribuye a sí mismo. Sin embargo, en circunstancias normales, le asusta depender *sólo* de sí mismo, le da miedo *improvisar*; por eso en Alemania se utilizan tantos funcionarios y tanta tinta. El alemán desconoce la ligereza de carácter; es demasiado tímido para abandonarse a ella, pero en situaciones nuevas que le despiertan de su letargo, se vuelve *casi* frívolo. Disfruta entonces de lo raro de su nueva situación, como de una borrachera; en materia de borracheras es toda una autoridad. Por eso el alemán actual es casi frívolo en política, y si en este terreno le preocupa también la profundidad y la seriedad y hace uso de ellas abundantemente en sus relaciones con las otras potencias políticas, sin embargo, en el fondo, está lleno de una secreta presunción por haber tenido una vez el derecho de exaltarse, y ser una vez innovador y caprichoso, de cambiar de personas, de partidos y de esperanzas, como si fueran caretas.

Los sabios alemanes, que hasta ahora parecían ser los más alemanes que los alemanes, eran —y tal vez siguen siendo— tan buenos ciudadanos como los soldados alemanes, en virtud de esa tendencia suya arraigada y casi infantil a obedecer en todas las cosas exteriores, a causa de la necesidad que tienen de aislarse en la ciencia. Todavía cabe esperar mucho de ellos si saben mantener su actitud orgullosa, sencilla y paciente, y su independencia de las locuras políticas en tiempos en los que el viento sopla en dirección contraria. Tal y como son (o como eran) representan el estado embrionario de algo *superior*.

La ventaja y la desventaja de los alemanes —incluyendo a los sabios— es que hasta hoy han estado más cerca de la superstición y de la necesidad de creer que el resto de los pueblos. Sus vicios principales siguen siendo la embriaguez y la tendencia al suicidio (este último es señal de una torpeza de espíritu que se siente impulsado fácilmente a abandonar las riendas). Su peligro radica en todo lo que paraliza las fuerzas de la razón y desata las pasiones (como, por ejemplo, el uso excesivo de la música y de las bebidas alcohólicas), porque la pasión alemana se vuelve contra lo que es personalmente útil, es autodestructiva, como la del borracho. El propio entusiasmo tiene menos valor en Alemania que en cualquier otro país, ya que es estéril. Cuando un alemán hace algo grande, es siempre en situaciones de peligro, en un arranque de valor, con los dientes apretados, con el espíritu tenso, y muchas veces con una inclinación a la generosidad. Es aconsejable mantener una relación estable con un alemán, pues todos tienen algo que dar, si se les sabe impulsar a que caigan en la cuenta de ello, ya que son esencialmente desordenados.

Cuando un pueblo de este tipo se ocupa de la moral, ¿qué moral será la que le satisfaga? Ante todo, pretenderá que en ella se idealice su inclinación a la obediencia. Una forma alemana de razonar y de sentir, que encontramos en el fondo de todas las doctrinas morales alemanas, consiste en creer que, necesariamente, ha de haber algo a

lo que el hombre pueda obedecer de una manera absoluta.

¡Qué impresión tan distinta nos produce toda la moral antigua! Todos los pensadores griegos, dentro del aspecto múltiple que presentan sus imágenes, como moralistas, se parecen al profesor de gimnasia que le dice a un joven: «Ven, sígueme; entrégate a mi disciplina. Puede que así llegues a alcanzar un premio frente a todos los helenos». La virtud antigua consiste en la distinción personal. La virtud alemana consiste en someterse, en obedecer pública o íntimamente. Mucho antes que Kant y que su imperativo categórico, Lutero, llevado por el mismo espíritu, había dicho que era necesario que existiera un ser en el que el hombre pudiera confiar plenamente; en esto consistía su forma de *demostrar* la existencia de Dios. Lutero, más vulgar y más tosco que Kant, pretendía que se obedeciera ciegamente, no a una idea, sino a un ser, a una persona. Pero, en última instancia, Kant tomó el rodeo de la moral para llegar a *la obediencia a la persona*, pues a esto es a lo que rinde culto un alemán, por imperceptible que sea la huella de culto que subsiste en su religión.

Los griegos y los romanos tenían otros sentimientos, y se habrían burlado de esa idea de que es *necesario que exista un ser*. Su libertad de sentimiento, totalmente meridional, les llevaba a defenderse de *confiar de una forma absoluta*, y a conservar siempre, en lo más íntimo de su corazón, un cierto escepticismo respecto a todo, ya se tratase de dioses, de hombres o de ideas. El filósofo antiguo va todavía más lejos: *Nihil admiran* («No hay que admirar nada»). Esta frase encierra toda una filosofía. Un alemán, Schopenhauer, llega a afirmar lo contrario: *Admiran est philosophari* («Filosofar es admirar»), ¿qué pasará cuando, como sucede muchas veces, alcance ese estado de ánimo en el que es capaz de grandes cosas, cuando llegue la hora de la *excepción*, la hora de desobedecer? No creo que tenga razón Schopenhauer cuando dice que los alemanes aventajan claramente a los otros pueblos por el hecho de que entre ellos hay más ateos que en ninguna otra parte; pero sí estoy seguro de que cuando un alemán se encuentra en situación de poder hacer grandes cosas, se *sitúa siempre por encima de la moral*. ¿Cómo no iba a hacerlo? En tales casos, se encuentra en situación de hacer algo nuevo, es decir, de mandar (de mandarse a sí mismo o a los demás). Y la moral alemana no le ha enseñado a mandar. ¡Ha descuidado el arte de mandar!

LIBRO CUARTO

208

Cuestión de conciencia. En suma, ¿qué es lo que queréis de nuevo? No queremos que las causas sean pecados y los efectos castigos.

209

Utilidad de las teorías más rígidas. Somos tolerantes con las debilidades morales del hombre, y las pasamos por una criba de grandes agujeros, es decir, por la criba que supone la *condición* de que se declare creer en una *moral* estricta. Por el contrario, siempre se ha mirado con microscopio la vida de los filósofos morales de espíritu libre, con el deseo íntimo de descubrir un paso en falso en su vida, ya que este es el mejor argumento contra una profesión de fe que resulte molesta.

210

Lo que es «en sí». Antes se investigaba qué es lo que nos hace reír, como si hubiera algo fuera de nosotros que tuviese la propiedad de provocar la risa, y la gente se esforzaba en imaginárselo. (Hubo un teólogo que llegó a decir que se trataba de la «ingenuidad del pecado»). Hoy la pregunta es: ¿qué es la risa?, ¿cómo se produce? Reflexionando más, se ha llegado a la conclusión de que no hay nada bueno, ni malo, ni bello, ni sublime, sino estados del alma que nos hacen atribuir a cosas que están fuera de nosotros estos calificativos. Hemos *quitado* a las cosas estos atributos, o, mejor, hemos comprendido que no habíamos hecho más que *prestárselos*. Procuremos que esta convicción no nos haga perder la *capacidad* de prestar, y guardémonos de no volvernos, al mismo tiempo, *más ricos y más avaros*.

211

A los que sueñan con la inmortalidad. ¿Deseáis, entonces, conservar eternamente esa bonita conciencia que tenéis de vosotros mismos? ¿No os da vergüenza? ¿Os olvidáis de todas las demás cosas que, a su vez, tendrían que *soportaros* durante toda una eternidad, como os han estado soportando hasta hoy, con una resignación mayor aún que la cristiana? ¿O es que creéis que el veros les produce un sentimiento de bienestar eterno? Bastaría que hubiera un solo hombre que fuese inmortal para provocar en todo lo que le rodease tal *repugnancia*, que generaría una verdadera epidemia de suicidios. Y vosotros, pobres habitantes de la tierra, con esas pequeñas concepciones vuestras que abarcan unos miles de minutos en el tiempo, ¿pretendéis ser una carga eterna para la existencia eterna? ¿Puede haber algo más impertinente? Pero seamos tolerantes con un ser de setenta años. No ha podido ejercitar la imaginación representándose lo que sería su *aburrimiento eterno*. ¡Le ha faltado tiempo!

212

En qué nos conocemos. En cuanto un animal ve a otro, se mide con él interiormente, y los hombres de las épocas salvajes hacían lo mismo. De lo que se deduce que casi todos los hombres no aprenden a conocerse más que en virtud de su fuerza para atacar y para defenderse.

213

Los hombres de vida fracasada. Hay hombres de tal naturaleza que la sociedad *puede* hacer con ellos lo que quiera: de cualquier forma se encontrarán bien y considerarán que no tienen por qué quejarse por haber fracasado en la vida. Otros están hechos de una materia tan especial —no es necesario que sea una materia particularmente noble, basta con que sea más noble que la de los demás— que no pueden dejar de sentirse molestos, salvo cuando pueden vivir de acuerdo con los únicos fines que está en su mano fijarse. Todo lo que al individuo le parece una vida fracasada y malograda, todo el peso del desaliento, de la impotencia, de la enfermedad, de la irritabilidad, de los apetitos, lo arroja sobre la sociedad. De este modo, se crea en torno a la sociedad una atmósfera viciada y cargada, o, en el mejor de los casos, un nubarrón de tormenta.

214

¿De qué sirven los miramientos? Pedís y exigís que seamos indulgentes con vosotros, cuando vuestro dolor os vuelve injustos con las cosas y con los hombres. ¿Qué importancia tienen nuestros miramientos? Deberíais ser más *mirados* por vosotros mismos. ¡Bonita manera la de indemnizarse de un dolor causando un *daño* a su propio juicio! Vuestra venganza se vuelve contra vosotros, cuando describís algo desacreditándolo. Perturbáis vuestra visión y no la de los demás. Os acostumbráis *a ver falsamente y al revés*.

215

La moral de las víctimas. Decís que los clisés de vuestra moral son *el sacrificio, la autoinmolación entusiasmada*, y creo de buen grado que habláis *con sinceridad*; pero yo os conozco mejor de lo que vosotros os conocéis, y sé si vuestra buena fe es capaz o no de ir de la mano con semejante moral. Desde su altura miráis esa otra moral sobria que exige autodominio, severidad y obediencia; llegáis incluso a llamarla egoísta, y *sois* sinceros con vosotros mismos cuando decís que os desagrada, porque *tiene que* desagradaros en realidad. Y es que al sacrificaros con entusiasmo, al autoinmolaros, gozáis embriagados con la idea de que *formáis un solo ser* con el poderoso —ya se trate de Dios o de un hombre— al que os consagráis; saboreáis el sentimiento de su poder. En realidad, no os sacrificáis más que en apariencia; vuestra imaginación os convierte en dioses y os recreáis en vosotros mismos como si fuerais dioses. Contemplada desde la perspectiva de este goce, ¡qué débil y pobre os parece esa moral *egoísta* de la obediencia, del deber, de la razón! Os desagrada porque en ella hay que sacrificar e inmolar verdaderamente sin que el sacrificador tenga, como vosotros, la ilusión de convertirse en Dios. En suma, buscáis la embriaguez y el exceso, y esa moral que despreciáis se opone a ambas cosas. Comprendo fácilmente que os desagrade.

216

Los malos y la música. La beatitud plena del amor que se da en la *confianza absoluta*, ¿la habrá podido experimentar alguien que no sea profundamente desconfiado, maligno y bilioso? Tales personas gozan en la beatitud de la formidable *excepción* de su alma, una excepción que les parece increíble y en la que no han creído nunca. Un día se les presenta este sentimiento ilimitado, como si fuera una aparición, destacando del resto de su vida íntima y de su vida visible, como un enigma delicioso, como una maravilla de dorados reflejos, que supera a todas las

palabras y a todas las imágenes. La confianza absoluta hace enmudecer: en ese mutismo bienhechor se da incluso una especie de dolor y de torpeza; por eso tales almas, oprimidas por la felicidad, sienten generalmente más placer por *la música* que todas las demás, que todas las que son mejores; pues, a través de la música, ven y oyen, como entre una nube tornasolada, ese amor suyo que se ha vuelto más lejano, más conmovedor y menos material. Para ellos, la música es el único medio de contemplar su naturaleza extraordinaria y de recrearse en su propio aspecto, en una especie de alejamiento y de aligeramiento. Todo hombre que ama, al escuchar música, piensa que esa música habla de él, que habla por él, que *lo sabe todo*.

217

El artista. Los alemanes quieren que el artista les transporte a una especie de pasión soñada; los italianos quieren que el artista les haga descansar de sus pasiones reales; los franceses quieren que el artista les dé una oportunidad para demostrar su buen juicio y para hacer discursos. ¡Seamos, pues, equitativos!

218

Comportarse como un artista con sus debilidades. Si no hay más remedio que tener debilidades y aceptar que estas responden a leyes que están por encima de nosotros, deseo a cada cual que tenga las aptitudes necesarias para saber dar relieve a sus virtudes por medio de sus debilidades, de forma que con estas nos haga interesarnos por sus virtudes. Esto es lo que han sabido hacer los grandes músicos en un grado excepcional. Muchas veces se observa en la música de Beethoven un tono ordinario, ergotista, impaciente; en Mozart, una jovialidad de hombre honrado, en la que su corazón y su espíritu deben solazarse de un modo especial; en Ricardo Wagner, una inquietud huidiza e insinuante, que al más paciente le pone a punto de perder el buen humor, en el momento en que el compositor recobra su fuerza, como sucede con los demás. Todos ellos han creado en nosotros, con sus debilidades, un hambre voraz de sus virtudes, y una lengua diez veces más sensible a cada gota de espíritu sonoro, de belleza sonora, de bondad sonora.

219

La supercheria en la humillación. Con tu estupidez has causado una pena

infinita a tu prójimo y has destrozado irreparablemente una felicidad. Acto seguido, venciendo tu vanidad, acudes a humillarte ante tu víctima; sacrificas ante ella tu estupidez en aras del desprecio, y te imaginas que, después de esta escena tan difícil y tan penosa para ti, todo queda arreglado, que el menoscabo voluntario de tu amor propio compensa el menoscabo involuntario de la felicidad del otro. Impregnado de este sentimiento, te marchas satisfecho, con el convencimiento de que has recuperado tu virtud. Sin embargo, el otro sigue sintiendo el mismo dolor profundo que antes, pues no le consuela el hecho de que hayas cometido una estupidez y de que se lo hayas dicho. Hasta recuerda el penoso espectáculo que le has ofrecido despreciándose ante él, como una herida más que te debe. Con todo, no piensa en la venganza, y no comprende cómo podría quedar zanjada tu ofensa entre tú y él. En el fondo, has representado esta escena ante ti mismo. Habrás invitado a ella a un testigo, pero por interés tuyo, y no por él. ¡No te engañes a ti mismo!

220

La dignidad y el miedo. Las ceremonias, las habituales ostentaciones y dignidades, los aires solemnes, los discursos retóricos y todo lo que en general se llama dignidad, constituyen una forma de ver las cosas, propia de quienes tienen miedo en el fondo de su alma, y pretenden, así, que ellos mismos o lo que representan inspire temor. Quienes no tienen miedo, es decir, quienes son siempre e indudablemente terribles, no precisan de dignidades ni de ceremonias; con sus palabras y sus actitudes mantienen el buen nombre —y con frecuencia incluso el malo— de la honradez y la lealtad, para indicar que tienen conciencia de su carácter terrible.

221

Moralidad del sacrificio. La moralidad que se mide por el espíritu de sacrificio es casi salvaje. La razón debe alcanzar una victoria difícil y sangrienta en el interior del alma, donde ha de someter a instintos enemigos terribles, y esto no puede hacerse sin una especie de crueldad, como los sacrificios que exigen los dioses caníbales.

222

Dónde resulta deseable el fanatismo. No es posible entusiasmar a los caracteres

flemáticos como no sea fanatizándolos.

223

El ojo temido. No hay nada que teman más los artistas, los poetas y los escritores que el ojo capaz de descubrir las *pequeñas supercherías* de su oficio, que se da cuenta de una mirada si han llegado o no a la meta, antes de entregarse al placer infantil de la autoglorificación o de caer en los efectos fáciles. El ojo que comprueba que se trata de cosas mínimas que pretenden vender demasiado caras, que ve que han intentado exaltarse y pavonearse sin estar exaltados realmente. El ojo que descubre, detrás de los artificios del arte, el pensamiento tal como se le presentó primitivamente a ellos, quizá como una luminosa y encantadora aparición, pero quizá también como algo que pertenece a todo el mundo, como un pensamiento vulgar que tuvieron que disolver, escorzar, colorear, desarrollar y condimentar, para hacer de él algo; mientras que es el pensamiento quien hace de ellos algo. ¡Qué terrible es ese ojo que ve en vuestra obra toda vuestra iniquidad, vuestro espionaje, vuestra ambición, vuestra imitación y vuestra exageración (que no es más que una imitación envidiosa), que percibe el rubor de vuestra vergüenza tanto como vuestro arte de disimular ese rubor y de darle otro sentido a vuestra mirada!

224

Lo que tiene de «edificante» la desgracia ajena. En cuanto hay un hombre desgraciado, acuden a él las personas *compasivas* a lamentar su desgracia. Cuando al final se van satisfechas y edificadas, se han repuesto del espanto del desdichado y de su propio espanto, amén de haber pasado una buena velada.

225

Un medio para ser despreciado inmediatamente. Quien habla mucho y muy deprisa, pierde extraordinariamente en nuestra estima; y lo mismo sucede cuando habla razonadamente, y no sólo en la medida en que nos importuna, sino mucho más. Y es que adivinamos que ha fastidiado a mucha gente, y sumamos a nuestro sacrificio el que suponemos que ha causado a los demás.

226

El trato con las celebridades. A: ¿Por qué rehúyes a ese gran hombre? B: Porque no quisiera juzgarle mal. Nuestros defectos no se acomodan entre sí. Yo soy miope y desconfiado, y él lo mismo luce diamantes falsos que diamantes auténticos.

227

Encadenados. Evitad los espíritus encadenados. Por ejemplo, las mujeres inteligentes a quienes su destino ha recluido en un ambiente mezquino y estrecho, donde envejecen. Allí se encuentran tumbadas al sol, perezosas y medio ciegas en apariencia; pero los pasos de un extraño o cualquier suceso imprevisto, les sobresalta, y enseñan los dientes. Se vengan de todo el que ha sido capaz de escapar de su perrera.

228

Vengarse elogiando. Leéis una página llena de elogios y decís que es vulgar; pero si entrevéis que tras los elogios se esconde una venganza, encontraréis ese escrito demasiado sutil, y os divertiréis mucho con sus rasgos de ingenio y sus atrevidas figuras literarias. Esa sutileza y esa riqueza de inventiva no se debe al autor, sino a su venganza. El autor apenas se da cuenta de ello.

229

Orgullo. Ninguno de vosotros, ¡ay!, sabe lo que siente aquel al que han atormentado cuando acaba su suplicio y le devuelven a su calabozo con su secreto aún entre los dientes. ¿Y pretendéis conocer el júbilo del orgullo humano?

230

Utilitario. Hoy en día se entremezclan de tal forma los sentimientos en el campo de la moral, que a un individuo se le demuestra una moral apelando a su utilidad, y a otro se le refuta apelando también a su utilidad.

231

La virtud alemana. ¡Cuánto ha tenido que degenerar un pueblo en sus gustos, cuánto ha tenido que rebajarse con sentimientos de esclavo ante las dignidades, las castas, las costumbres, la pompa y el aparato, para identificar lo *sencillo* con lo *malo*, al individuo *sencillo* con el *malo*[4]! Al orgullo moral de los alemanes hay que responderle siempre con la palabra *malo*, y se acabó.

232

En una discusión. A: ¡Te has quedado ronco de tanto hablar, amigo! B: Entonces me has refutado. ¡No hablemos más!

233

Los hombres de conciencia. ¿Habéis observado quiénes son los que dan tanta importancia a una conciencia extremadamente rígida? Los que saben mucho de los sentimientos más ruines, les asusta pensar en ellos mismos, temen a los demás y quieren ocultar sus intimidades todo lo posible. Tratan de *imponerse a ellos mismos*, con esa conciencia severa y esa rigidez ante el deber, intentando así producir la impresión severa y rígida que los demás (especialmente sus subordinados) deben experimentar.

234

El miedo a la gloria. A: Se dan casos de individuos que evitan su propia gloria, que se sienten molestos cuando les alaban, que temen oír lo que dicen de ellos por miedo a que les elogien. Lo creáis o no, esos casos se dan. B: ¡Sí que se dan, sí, joven arrogante!

235

Rechazar las muestras de agradecimiento. Podemos negarnos muy bien a atender un ruego, pero no tenemos derecho alguno a rechazar las muestras de

agradecimiento (o, lo que es lo mismo, hemos de aceptarlas fríamente, como por compromiso). Esto ofendería profundamente, y ¿qué necesidad hay de ofender a nadie?

236

Castigo. ¡Qué singular es vuestra forma de castigar! No purifica al criminal, no es una expiación; por el contrario, mancha más que el propio crimen.

237

Un peligro que se da en el interior de los partidos. En casi todos los partidos se da un sufrimiento ridículo, aunque no exento de peligro. Es el que padecen quienes han estado defendiendo durante muchos años, con fidelidad y veneración, la opinión de su partido, y un buen día se dan cuenta de pronto de que otro mucho más poderoso que ellos se ha apoderado de la trompeta. ¿Cómo van a poder soportar el quedar reducidos al silencio? Por eso se ponen a hablar alto, y a veces dan notas nuevas.

238

La aspiración a la elegancia. Cuando un individuo que tiene un carácter muy fuerte no se siente inclinado a ser moral ni se está ocupando siempre de sí mismo, aspira involuntariamente a *la elegancia*. Esta es su forma de distinguirse. A los caracteres débiles, en cambio, les gustan los juicios duros; se asocian a los héroes del desprecio a la humanidad, a los que calumnian la vida, tanto desde la religión como desde la filosofía, o bien se escudan tras unas costumbres rígidas y una *vocación* estricta. De esta forma tratan de crearse un carácter y una especie de vigor. Y esto lo hacen también involuntariamente.

239

Aviso a los moralistas. Nuestros músicos han hecho un gran descubrimiento. Han descubierto que su arte puede incluir también la *fealdad interesante*. Por eso se arrojan ebrios en el océano de la fealdad, encontrando así hoy el medio más fácil de componer música. Actualmente se logra imponer un fondo de color sombrío, donde

el rayo luminoso de la música hermosa, por muy tenue que sea, se viste con reflejos de oro y de esmeralda. Se tiene el atrevimiento de provocar en el auditorio sentimientos tempestuosos y actitudes de rechazo, sacándole fuera de sí, para proporcionarle a continuación un momento de abandono, un sentimiento de beatitud que predispone a disfrutar de la música. Se ha descubierto el contraste. Ahora son posibles —y *a bajo precio*— los más poderosos efectos. A nadie le interesa ya la buena música. Pero no hay que perder el tiempo: a todo arte que llega a descubrir esto le queda poco tiempo de vida. ¡Ay, si nuestros pensadores tuvieran oídos para escuchar, a través de su música, lo que sucede en el alma de nuestros músicos! ¿Cuánto habrá que esperar para tener la ocasión de sorprender al hombre interior en el momento de cometer inocentemente una mala acción? Porque nuestros músicos no sospechan ni de lejos que le están poniendo música a su propia historia, a la historia de un alma que se va volviendo cada vez más fea. Antes, un buen músico tenía que acabar siendo bueno a la fuerza, por efecto de su música. ¡Pero ahora…!

240

La moral en el escenario. Se equivoca quien piensa que el teatro de Shakespeare ejerce un efecto moralizante, y que asistir a una representación de *Macbeth* arranca la ambición de raíz; y se equivoca todavía más quien cree que Shakespeare pensaba también así. Quien se encuentra realmente poseído de una pasión furiosa contempla con *deleite* esa imagen de sí mismo, y cuando el héroe del drama perece a causa de su pasión, suministra el condimento más picante a la ardiente bebida de ese deleite. ¿Se inspiró el poeta en otros sentimientos? El ambicioso que presenta se dirige a su objetivo final, de una forma regia, sin una pizca de bribonería, una vez que ha realizado el crimen. Desde ese momento preciso, atrae de un modo *demoníaco* e incita a que le imiten a quienes tienen un carácter semejante al suyo. (De un modo demoníaco significa en este caso: en rebeldía *contra* la ventaja de vivir, en beneficio de una idea y de un instinto). ¿Creéis que *Tristán e Iseo* constituye una proclama *contra* el adulterio, por el hecho de que el adulterio sea la causa que hace perecer a los dos amantes? Sería invertir el sentido de los poetas que, como Shakespeare, están enamorados de la pasión en sí, y no menos enamorados de la disposición a la muerte que genera, de ese estado de ánimo en el que el corazón no tiene más apego a la vida que una gota al vaso que la contiene. Lo que le interesa a Shakespeare (al igual que al Sófocles de personajes como Ajax, Filoctetes, Edipo), no es la falta y sus consecuencias desastrosas. Tanto un autor como otro evitaron deliberadamente convertir la falta en palanca del drama, cosa que hubiera sido muy fácil; el poeta trágico, con sus imágenes de la vida, no trata de indisponer a los hombres con la vida.

Por el contrario, lo que viene a decir es lo siguiente: «Esta existencia agitada, cambiante, peligrosa, sombría, y a veces alumbrada por un sol ardiente, constituye el mayor de los encantos. Vivir es *una aventura*; sea cual sea el partido que toméis en vuestra vida, este tendrá siempre el mismo carácter». Así es como habla, en una época inquieta y vigorosa, que está casi ebria y asombrada de su superabundancia de sangre y de energía, en una época mucho peor que la nuestra. Por eso necesitamos *adaptar cómodamente* a nosotros la finalidad de un drama de Shakespeare, es decir, de no entenderlo.

241

Miedo e inteligencia. Si es cierto lo que hoy se dice, y la luz no es la causa de la pigmentación oscura de la piel, este fenómeno podría ser tal vez el efecto último de una serie de accesos frecuentes de ira, acumulados durante siglos, y de la afluencia de sangre a la piel. En otras razas más *inteligentes*, por el contrario, ¿habrá sido el fenómeno de la palidez y del miedo, que han padecido tan frecuentemente, lo que ha terminado produciendo el color blanco de la piel? Porque el grado de intensidad del miedo que se padece constituye una medida de inteligencia, mientras que el hábito de entregarse frecuentemente a accesos de ira ciega es un signo de que se está todavía cerca de la animalidad y de que esta puede volver aún por sus fueros. Tal vez sea lógico pensar que el color primitivo del hombre fue un gris oscuro, color que compartiría con el mono y con el oso.

242

Independencia. La independencia (llamada *libertad de pensamiento* en su dosis más reducida) es la forma de renuncia que acaba por aceptar el espíritu de dominación, cuando ha estado mucho tiempo buscando algo que dominar y no ha encontrado otra cosa más que a sí mismo.

243

Las dos corrientes. Si consideramos el espejo en sí, no encontraremos en él más que los objetos, que refleja. Si queremos coger esos objetos, volvemos a no ver más que el espejo. Esta es la historia general del pensamiento.

244

El placer que nos causa la realidad. Esta actual inclinación nuestra, que nos es tan común, a encontrar placer en lo real no puede explicarse más que aceptando que, durante mucho tiempo, hemos estado deleitándonos hasta la saciedad con cosas irrealizables. Esta inclinación, tal como hoy la vemos, sin discernimiento ni sutileza, no carece de peligros. El menor de ellos es la falta de gusto.

245

Sutilezas del espíritu de dominio. A Napoleón le encantaba hablar mal de la gente, y en este aspecto no se traicionaba a sí mismo; pero su deseo de dominio, que no dejaba pasar ocasión alguna de manifestarse y que era más sutil que su propia inteligencia, le impulsó a hablar peor aún de lo que *le era lícito* hacer. De este modo, se vengaba de su propia cólera (estaba celoso hasta de sus pasiones, porque estas tenían *poder*) para gozar de su benevolencia autocrática. Después, gozaba por segunda vez de esa benevolencia, en relación con los oídos y el juicio de quienes le escuchaban, como si al hablarles así les hiciera un considerable favor. Disfrutaba íntimamente ante la idea de desconcertar el juicio y de extraviar el gusto con el relámpago y el trueno de la más elevada de las autoridades, que es la que reside en la unión del poder y la genialidad; mientras que, realmente, tanto su juicio como su gusto alimentaban en lo más íntimo de sí mismo el convencimiento de que hablaba *mal*. Napoleón, como tipo total de un solo instinto plenamente desarrollado, pertenece a esa humanidad antigua que podemos distinguir fácilmente por una característica: una concepción simple y el desarrollo ingenioso de un solo motivo o de un número reducido de motivos.

246

Aristóteles y el matrimonio. Aristóteles observa que en los hijos de los grandes genios se da la locura y en los hijos de los hombres muy virtuosos, la idiotez. ¿Pretendía lograr, así, que se casaran los hombres excepcionales?

247

Origen del mal temperamento. La injusticia y la inestabilidad que se observan en el espíritu de determinados individuos, su desorden y su falta de moderación, son las consecuencias últimas de innumerables errores lógicos, de falta de profundidad, de conclusiones precipitadas, que cometieron sus antepasados. Los hombres que tienen un buen temperamento proceden, por el contrario, de razas reflexivas y sólidas, que han elevado la razón a un grado muy alto. El hecho de que esto se hiciera con fines laudables o con fines perversos es lo que menos importancia tiene.

248

Disimular por deber. A veces, la bondad se ha desarrollado mejor disimulando que se trataba aparentemente de ser bueno. Siempre que ha existido un gran poder, se ha producido la necesidad de esta especie de disimulo, que inspira seguridad y confianza, y centuplica la suma efectiva de poder físico. La mentira es, si no la madre, por lo menos la nodriza de la bondad. Del mismo modo, la honradez se ha formado, las más de las veces, por la exigencia de aparentar honradez y probidad. Esto es lo que ha sucedido en la aristocracia hereditaria. Del constante ejercicio de una simulación acaba apareciendo una segunda naturaleza. La simulación, a la larga, acaba autodestruyéndose. Y los nuevos órganos e instintos son los frutos imprevistos del jardín de la hipocresía.

249

¿Quién está solo alguna vez? El miedoso no sabe lo que es estar solo. Detrás de su silla, tiene siempre a un enemigo. ¿Quién podría contarnos, ¡ay!, la historia de ese sentimiento al que llamamos soledad?

250

La noche y la música. Sólo de noche, y en la penumbra de los bosques umbríos y de las cavernas, pudo alcanzar ese órgano del miedo que es el oído un desarrollo tan grande, merced a la forma de vida de la época del terror, es decir, de la época más larga de la historia de la humanidad. Cuando hay claridad, el oído es mucho menos necesario. De ahí el carácter de la música, arte de la noche y de la penumbra.

251

De una manera estoica. En el estoico se da una especial serenidad cuando siente lo estrecho que le resulta el ceremonial que él mismo ha impuesto a sus actos; se considera dominador.

252

Tenedlo en cuenta. Aquel a quien se castiga no es el que ha cometido el crimen; siempre es el chivo expiatorio.

253

Evidencia. Es triste decirlo, pero no hay nada que se tenga que demostrar con mayor energía y tenacidad que la evidencia. Pues la mayoría de la gente no tiene ojos para verla. ¡Y es tan aburrido demostrar!

254

Los que se anticipan demasiado. Lo que distingue a los caracteres poéticos, aunque constituye también un peligro para ellos, es esa imaginación suya que *agota* las cosas de antemano; una imaginación que anticipa lo que ha de suceder o lo que puede suceder, que goza o sufre previamente por ello y que, cuando llega el momento de actuar, se encuentra ya *cansada*. Lord Byron, que sabía mucho de esto, escribió en un diario; «Si alguna vez tengo un hijo, le haré algo prosaico: abogado o pirata».

255

Una conversación sobre música. A: «¿Qué te parece esta música?». B: «Me ha subyugado; no puedo decir otra cosa». A: «¡Me alegro! Vamos a procurar ser *nosotros* quienes la subyuguemos a ella. ¿Puedo decir algo sobre esta música y mostrarte un drama cuya primera representación quizá no quisieras ver?». B: «Soy todo oídos». A: «No es esto aún lo que quiere decirnos el músico; lo que hace ahora es prometer que va a decimos algo, algo sorprendente, según da a entender con sus gestos. ¡Qué señas

hace! ¡Cómo se alza! ¡Cómo gesticula! Parece que ha llegado el momento de máxima tensión; dos compases más, y ofrecerá su tema, soberbio, adornado, resplandeciente de piedras preciosas. ¿Es una mujer hermosa? ¿Un apuesto caballero? Mira a su alrededor, pues tiene que recoger miradas totalmente encantadas. Sólo ahora le satisface su tema plenamente; ahora es cuando se torna creativo y se atreve a aventurar trazos nuevos. ¡Cómo realza su tema! Pero ¡cuidado! Ya no trata sólo de adornar, sino también de maquillar[5]. Conoce perfectamente el color de la salud y trata de aparentarlo; se conoce más sutilmente a sí mismo de lo que yo creía. Ahora que está seguro de que ha convencido a sus oyentes, presenta sus descubrimientos como si fueran las cosas más importantes que existen bajo el sol. Pero ¡qué desconfiado se muestra! Tiene miedo de que nos cansemos. Por eso endulza sus melodías; apela a nuestros sentidos más groseros, con la finalidad de conmovernos y de apoderarse nuevamente de nosotros. Escucha cómo evoca en nosotros la fuerza primitiva de los ritmos, de la tempestad y el huracán; y al ver que estos nos impresionan, nos oprimen y parece que van a ahogarnos, se atreve a arrojar su tema nuevamente al juego de los elementos, para *convencemos* —una vez que estamos ya aturdidos y quebrantados— de que estamos emocionados a causa de su maravilloso tema. A partir de este momento, los oyentes le creen; en cuanto vuelve a sonar el tema surge en su memoria el recuerdo de esos emocionantes efectos elementales, y el tema se aprovecha entonces de este recuerdo y se vuelve *demoniaco*. ¡Qué bien conoce este músico el alma humana! Nos domina con los artificios de un orador popular. Pero ya cesa la música». B: «Y hace muy bien, porque no puedo seguir oyéndote. Prefiero cien veces *dejarme engañar* que conocer la verdad así». A: «Eso es lo que quería oírte decir. Los mejores están hechos a tu imagen y semejanza; les gusta dejarse engañar. Venís aquí con oídos groseros y llenos de apetitos; no conocéis el arte de escuchar. Os habéis dejado en el camino vuestra *sutil buena fe*. Así corrompéis el arte y los artistas. Cuando aplaudís y os regocijáis, tenéis en las manos la conciencia del artista. ¡Pobre de él si se da cuenta de que no sabéis distinguir la música *inocente* de la música *malvada*! No quiero hablar de *buena* y de *mala* música, pues en cada una de las dos clases que he dicho hay de la una y de la otra. Llamo *música inocente* a la que no piensa en nada más que en sí misma, a la que no cree en nada más que en sí misma, y se olvida del mundo entero a causa de sí misma; la que alza su voz en la más honda soledad, la que se habla a sí misma de sí misma, y no sabe que, fuera de ella, hay oyentes que agudizan el oído, y en los que se producen efectos, equivocaciones y fracasos. Pero, en fin, la música que acabamos de oír pertenece precisamente a esa especie noble y excepcional. Todo lo que he dicho de ella era una simple broma. Perdona mi malicia, por favor». B: «¿Luego te gusta esta música? Entonces quedas totalmente perdonado».

256

La felicidad de los malos. Esos hombres silenciosos, sombríos y malos tienen algo que no se les puede negar: esa rara y excepcional complacencia en el *dolce far niente*, ese descanso nocturno, posterior a la puesta del sol, que sólo conocen los corazones que se han visto demasiadas veces devorados, desgarrados y envenenados por las pasiones.

257

Las palabras que tenemos presentes. Sólo sabemos expresar nuestros pensamientos con las palabras que tenemos a mano. O, mejor —para decir todo lo que sospecho—, no tenemos nunca más pensamientos que los que podemos expresar aproximadamente con las palabras que tenemos en la memoria.

258

Adular al perro. En cuanto acariciamos el pelo de un perro, este se estremece y lanza chispas, como haría cualquier adulador. A su manera, no deja de ser inteligente. ¿Por qué no ha de darnos gusto?

259

El que antes nos alababa. «No habla de mí, aunque sabe la verdad y podría publicarla. Pero eso parecería una venganza, ¡y estima tanto la verdad este hombre estimable!».

260

El amuleto de los que dependen de otro. Todo el que depende de un amo, necesita poseer algo que inspire miedo y que sirva de freno a ese amo; por ejemplo, honradez, franqueza… o mala lengua.

261

¿A qué vienen esos aires de sublimidad? Ya sabéis cómo es esta raza animal. Es cierto que se siente más satisfecha de sí misma cuando anda sobre los dos pies, «como Dios», pero a mí me gusta más cuando vuelve a ponerse a cuatro patas. Me parece mucho más natural.

262

El demonio del poder. El demonio que tortura a los hombres no es el deseo ni la necesidad, sino el amor al poder. Aunque lo poseyeran todo —salud, vivienda, alimentación y todas las demás necesidades cubiertas—, seguirían sintiéndose desdichados y mostrándose caprichosos, porque el demonio del poder está constantemente deseando y deseando cada vez más; exige que le satisfagan y aguarda el momento de ello. Si se priva a los hombres de todo y se satisface a este demonio, se sentirán casi felices —tan felices como pueden serlo los hombres y los demonios. Pero ¿para qué voy a repetir una cosa que ya Lutero dijo mejor que yo?; «Si nos quitan el cuerpo, los bienes, el honor, la mujer y los hijos, no se lo impidáis. ¡Siempre nos quedará el imperio!». Eso es: ¡el imperio!

263

La contradicción en cuerpo y alma. Lo que llamamos *genio* encierra una contradicción fisiológica: el genio posee, por un lado, mucho movimiento salvaje, desordenado, involuntario, y, por otro, mucha actividad superior en el movimiento. Además, tiene un espejo que le muestra ambos movimientos, uno junto al otro, mezclados y, en ocasiones, también opuestos entre sí. La consecuencia de ello consiste en que el genio es frecuentemente desgraciado, y si se siente feliz en el momento de crear, es porque entonces olvida que, al ejercer su actividad superior, hace algo fantástico e irracional, como no podría ser de otro modo. Así es todo el arte.

264

Autoengaño voluntario. Los individuos envidiosos que tienen muy fino el sentido del olfato, no quieren ver de cerca a sus rivales, para poder sentirse así superiores a ellos.

265

El teatro tiene su época. Cuando decae la imaginación de un pueblo, se produce en él una inclinación a la representación escénica, soportando entonces ese burdo sustitutivo de la imaginación. Pero en la época a la que pertenece el rapsoda épico, el teatro y el actor disfrazado de héroe constituyen un estorbo para la imaginación, en vez de darle alas. Son algo demasiado concreto, demasiado definido, demasiado pesado y material. Tienen muy poco de ensueño y de vuelo.

266

Sin gracia. Carece de gracia y lo sabe. ¡Cómo se las ingenia para disimularlo! Con una virtud rígida, una mirada modesta, una desconfianza aprendida hacia los hombres y hacia la existencia, un desprecio frente a la vida refinada y frente a lo sentimental y sus exigencias, y una filosofía cínica, ha logrado ser un carácter, merced a tener constantemente conciencia de la cualidad que le faltaba.

267

¿A qué viene ser tan orgulloso? Un carácter noble se distingue de un carácter vulgar en que, a diferencia de este, no tiene *a su alcance* un cierto número de costumbres y de puntos de vista. El azar quiso que no se los suministraran ni la herencia ni la educación.

268

El Caribdis y el Escila de los oradores. ¡Qué difícil era en Atenas hablar de modo que se atrajera a los oyentes a favor de una causa sin que les repeliera la forma, y sin que el atractivo de la forma les hiciera olvidarse de la causa! ¡Y qué difícil sigue siendo en Francia *escribir* de la misma manera!

269

Los enfermos y el arte. Contra toda clase de tristezas y de miserias espirituales,

lo primero que se impone es cambiar de régimen y realizar un duro trabajo físico. Pero en estos casos los individuos acostumbran a embriagarse con algo; con el arte, por ejemplo, para desgracia de ellos y para desgracia del arte. ¿No comprendéis que si recurrís al arte porque estáis enfermos, acabáis haciendo que también el arte enferme?

270

Tolerancia aparente. Oigo hablar de la ciencia y a favor de la ciencia, con buenas palabras, con palabras benévolas y comprensivas. Pero *detrás de esas palabras* descubro que toleráis la ciencia. En un rincón de vuestra mente sentís que, pese a todo, la ciencia *no os es necesaria*, que tenéis la magnanimidad suficiente para admitirla y para abogar por ella, sin que la ciencia muestre, por su parte, igual magnanimidad para con vuestras opiniones. Pero ¿sabéis que no tenéis derecho alguno a ejercer esa tolerancia, que ese gesto de condescendencia constituye un atentado contra el honor de la ciencia, más grosero incluso que el desdén abierto que se permiten para con ella cualquier eclesiástico o cualquier artista impetuoso? Os falta la conciencia severa para con lo verdadero y veraz; no os inquieta ni os atormenta el descubrir que la ciencia está en contradicción con vuestros sentimientos; ignoráis el ansia insaciable de conocer que os gobernaría como una ley; no consideráis que sea un deber la necesidad de estar presente con los ojos dondequiera que se *conoce,* de no dejar que se os escape nada de lo que se ha *conocido*. Desconocéis eso que tratáis con tanta tolerancia. Y precisamente porque lo ignoráis, le mostráis ese semblante tan agradable. Si la ciencia os ilumina el rostro con sus ojos, quedaría al descubierto vuestra mirada de odio y de fanatismo. ¿Qué nos importa, entonces, que seáis tolerantes con un fantasma, pero no con nosotros? Pues, ¿qué importamos nosotros?

271

Impresión de fiesta. Los individuos que con más ímpetu aspiran al poder encuentran sumamente grato el sentirse *subyugados*. Hundirse súbita y profundamente en un movimiento como en un torbellino, dejarse arrebatar las riendas de la mano y ser espectador de un movimiento quién sabe adónde, constituye un gran servicio, sea quien sea la persona que nos lo preste. Nos sentimos felices, entusiasmados, sentimos a nuestro alrededor un silencio excepcional, como si estuviéramos en el centro de la tierra. ¡Carecer totalmente de poder por un instante!

¡Ser un juguete en manos de fuerzas primordiales! Esta felicidad implica un gran reposo: el alivio de una carga pesada, un descanso que no cansa, como si nos viéramos entregados a una fuerza de gravedad que nos atrajese ciegamente. Esto es lo que sueña el hombre que escala una montaña y que, aunque su meta se encuentre por encima de él, se duerme al llegar un momento en mitad del camino, con un enorme cansancio, y sueña con el *placer opuesto*: con rodar sin esfuerzo hasta el pie de la montaña.

Esta felicidad a la que me refiero es la que pienso que experimenta hoy nuestra sociedad europea y americana, tan perturbada y acometida por el ansia de poder. En un lugar y en otro, los individuos desean a veces volver a caer en la *impotencia*: las guerras, las artes, las religiones y los genios les brindan este goce. Cuando el hombre se ha abandonado a una impresión momentánea que lo devora y lo ahoga todo —esta es la *impresión* moderna de fiesta—, se siente luego más libre, más tranquilo, más frío, más severo, aspirando entonces incansablemente a conseguir lo contrario: *el poder*.

272

La purificación de las razas. Probablemente no hay razas puras, sino solamente razas depuradas, e incluso estas son muy escasas. Las más frecuentes son las razas cruzadas en las que, junto a defectos de armonía en las formas corporales (por ejemplo, cuando los ojos y la boca no se corresponden), se observan necesariamente faltas de armonía en las costumbres y en los juicios de valor. (Livingston oyó decir: «Dios creó a los blancos y a los negros, y el diablo creó a los mulatos»).

Las razas cruzadas producen siempre, a la vez que civilizaciones cruzadas, morales igualmente cruzadas: generalmente, estas son las peores, las más crueles y las más inquietas. La pureza es el resultado último de incontables asimilaciones, absorciones y eliminaciones, y el progreso hacia la pureza se manifiesta en que la fuerza existente en una raza se limita cada vez más a determinadas funciones escogidas, mientras que antes se tendía con frecuencia a realizar demasiadas cosas contradictorias. Esta limitación tendrá siempre la apariencia de un empobrecimiento, pero hay que juzgarla con prudencia y equidad. Una vez acabado el proceso de depuración, todas las fuerzas que antes se perdían en la lucha entre cualidades sin armonía, están ahora a disposición del conjunto del organismo. Por eso las razas depuradas son siempre más *fuertes* y más *hermosas*. Los griegos constituyen un ejemplo de una raza y de una civilización depurada del modo que acabo de indicar, y es de esperar que algún día se logre también crear una raza y una civilización europeas puras.

273

Las alabanzas. Presientes que alguien va a elogiarte. Te muerdes los labios, se te encoge el corazón. ¡Ay! ¡Ojalá pase de ti este cáliz! Pero el cáliz no pasa: se aproxima a nosotros. Bebamos, pues, la dulce impertinencia del que nos alaba; dominemos la repugnancia y el profundo desprecio que nos producen en el fondo sus elogios; expresemos en nuestra cara alegría y gratitud. ¡El hombre quería agradarnos! Y ahora que ya lo ha hecho, sepamos que se siente muy elevado: ha conseguido un triunfo sobre nosotros, y también sobre sí mismo —¡el muy animal!—, pues no le ha resultado tan fácil tributarnos sus elogios.

274

Derechos y privilegios del hombre. Los hombres somos la única criatura que, cuando fracasa, puede autoeliminarse, como se retira una frase inoportuna, y nos comportamos así, ya sea por miedo a la humanidad, por compasión hacia ella, o incluso por aversión hacia nosotros mismos.

275

El hombre transformado. Ese se ha vuelto ahora virtuoso para mortificar a los demás. No le miréis mucho.

276

¡Con cuánta frecuencia y qué inesperadamente! ¡Cuántos hombres casados se dan cuenta, una buena mañana, que su mujer les molesta y que ella se cree lo contrario! No hablo de mujeres con los sentidos despiertos, sino de las de inteligencia débil.

277

Virtudes frías y virtudes calientes. Sólo disponemos de una palabra para designar la valentía, entendida como una resolución fría e inamovible, y la valentía,

como una bravura fogosa y casi ciega. Sin embargo, ¡qué distintas son las virtudes frías y las virtudes calientes! Loco será quien suponga que la *cualidad* de la virtud radica en el calor; más loco aún el que se imagine que consiste en la frialdad. A decir verdad, la humanidad ha juzgado muy útiles tanto el valor de la sangre fría, como el valor ardiente. Sin embargo, esta distinción no ha sido lo bastante frecuente como para que los hiciera brillar entre sus joyas con dos colores diferentes.

278

La memoria cortés. A todo el que ocupa un rango elevado le conviene adquirir una memoria cortés, es decir, recordar todo lo bueno posible de la gente, para mantenerla así en una agradable dependencia. De igual manera puede proceder el hombre respecto a sí mismo. ¿Tiene una memoria cortés o no la tiene? He aquí el criterio decisivo para juzgar la actitud que mantiene un individuo para consigo mismo, la nobleza, la bondad o la desconfianza que pone en la observación de sus inclinaciones y de sus intenciones, y, en última instancia, la calidad de dichas inclinaciones e intenciones.

279

Cómo nos convertimos en artistas. El que convierte a alguien en su ídolo trata de justificarse ante sí mismo elevándole idealmente; se convierte en artista en la persona de su ídolo, para tener la conciencia tranquila. Si sufre, no sufre por su ignorancia, sino por mentirse a sí mismo, aparentando ignorancia. El dolor y la dicha interiores de un hombre así (y todo el que ama con pasión pertenece a esta especie) no puede saciar su sed con recipientes de dimensiones normales.

280

Infantil. Quien vive como un niño —es decir, quien no lucha para ganarse el pan, ni cree que sus actos tengan un significado último—, será siempre un niño.

281

El «yo» lo quiere todo. Parece que el hombre no se mueve más que para poseer.

Al menos, sustentan esta hipótesis todos los idiomas que consideran que toda acción pasada conduce a una posesión («Yo he hablado, luchado, vencido», quiere decir «yo *estoy en posesión* de mi palabra, de mi lucha, de mi victoria»). ¡Qué ansioso resulta el ser humano, al no dejar que le arrebaten el pasado, al pretender conservarlo siempre!

282

El peligro de la belleza. Esa mujer es guapa e inteligente. Pero ¡cuánto más inteligente habría llegado a ser si no hubiese sido guapa!

283

La paz del hogar y la paz del alma. Nuestro estado de ánimo habitual depende del estado de ánimo que sabemos infundir en quienes nos rodean.

284

Presentar lo nuevo como antiguo. A muchos les molesta que les comuniquen una noticia. Y es que captan la importancia que da la noticia al primero que se entera de ella.

285

¿Dónde acaba el «yo»? La mayor parte de la gente toma bajo su protección aquello que *sabe*, como si el saberlo le diera un derecho de propiedad sobre ello. El ansia de acaparar que muestran los instintos personales, no tiene límites. Los grandes hombres hablan como si tuvieran detrás de ellos el tiempo entero y fueran la cabeza de un cuerpo gigantesco; y las mujeres sencillas consideran como un mérito propio la belleza de sus hijos, de su ropa, de su perro, de su médico, de la ciudad donde han nacido; pero no se atreven a decir: «Yo soy todo esto». *Chi non ha, non é*, como dicen los italianos.

286

Los animales domésticos. ¿Hay algo más repugnante que el sentimentalismo hacia las plantas y los animales, por parte de sujetos que, desde su nacimiento, han causado estragos en el mundo vegetal y animal, como si fueran sus más feroces enemigos, y que acaban pretendiendo que les quieran tiernamente sus debilitadas y mutiladas víctimas? Ante cosas de esta *naturaleza*, es preciso que el hombre sea *serio*, si se trata de un individuo que piensa.

287

Dos amigos. Eran amigos, pero han dejado de serlo. Han roto su amistad por dos motivos: primero, porque uno de ellos creía que el otro le comprendía mal; segundo, porque el otro creía que su amigo le conocía demasiado bien. Pero los dos se engañaban, porque ninguno se conocía lo suficientemente a sí mismo.

288

La comedia de los hombres nobles. Aquellos que fracasan en la familiaridad noble y cordial tratan de hacer ver la nobleza de su carácter por medio de la reserva, la severidad y un cierto desprecio hacia las familiaridades, como si su sentimiento violento de confianza se avergonzara de manifestarse.

289

Con quiénes no se puede hablar mal de una virtud. Es de mal gusto criticar la valentía delante de cobardes, pues se corre el riesgo de ser despreciado. De igual forma, los hombres despiadados se irritan cuando se dice algo contra la compasión.

290

Una forma de derroche. Tratándose de individuos irritables e impulsivos, las primeras palabras y los primeros actos no indican nada de su verdadero carácter, pues están inspirados por las circunstancias y, en cierto modo, reproducen el sentido de dichas circunstancias. Ahora bien, una vez dichas estas palabras y realizados estos actos, las palabras y los actos propios de su carácter que vienen después, frecuentemente, tienen que malgastarse y *sacrificarse* a atenuar y a reparar lo

anterior.

291

La presunción. La presunción es un orgullo fingido y *simulado*, cuando precisamente lo característico del orgullo es no poder ni querer fingir, simular ni aparentar nada. En este sentido, la presunción es la hipocresía de la incapacidad de fingir, lo cual es muy difícil de hacer, por lo que no se logra la mayoría de las veces. Si admitimos que, como sucede por lo general, el presuntuoso se traiciona a sí mismo, este resulta chasqueado de tres modos: lo miramos mal porque ha pretendido engañarnos, le desvalorizamos porque ha intentado mostrarse superior a nosotros, y, por último, nos burlamos de él porque ha fracasado en ambos propósitos. En consecuencia, todo lo que se diga para desaconsejar la presunción es poco.

292

Un tipo de error. Al oír hablar a alguien, a veces basta escuchar su forma de pronunciar una consonante (como la erre, por ejemplo), para que dudemos de la sinceridad de su expresión. No estamos habituados a ese sonido y nos tenemos que esforzar para reproducirlo. Esta es la razón de que nos resulte *fingido*. Pero esto es un burdo error, y lo mismo sucede con el estilo de un escritor que tiene hábitos distintos a los de todo el mundo. Para él, esa forma de expresarse resulta *natural*, y lo que él considera *ficticio* en su expresión, por haber cedido alguna vez a la moda y al *buen gusto*, será lo que gustará y lo que le acreditará.

293

El exceso de agradecimiento. Una dosis mínima de más de agradecimiento y de compasión, hace sufrir tanto como un vicio. Por mucha independencia y voluntad que pongamos, empezaremos a no tener la conciencia tranquila.

294

Los santos. No hay individuos más sensuales que quienes huyen de la mujer y se ven obligados a mortificar su cuerpo.

295

Servir con sagacidad. Uno de los aspectos más difíciles del arte de servir consiste en servir a un individuo que, teniendo una ambición incontrolada y siendo un egoísta en todo, no quiere que se le tenga por tal (esta es, precisamente, una de las manifestaciones de su ambición), y exige que todo se haga según su voluntad y su capricho, pero siempre de un modo que parezca que es él quien se sacrifica y que no quiere nada para sí.

296

El duelo. Alguien decía que consideraba una ventaja poder provocar un duelo, cuando sentía una necesidad imperiosa de batirse, pues siempre había a su alrededor individuos valientes. El duelo es la única forma honrosa de suicidio que nos queda. La pena es que constituye un medio poco directo y no siempre seguro.

297

Algo nefasto. Se echa a perder a un joven con toda seguridad cuando se le enseña a apreciar más a los que piensan como él que a los que piensan lo contrario.

298

El culto a los héroes y sus fanáticos. El fanático de un ideal, al ser un hombre de carne y hueso, suele tener razón cuando *niega*, y negando es terrible. Conoce lo que niega tanto, como a sí mismo, por la sencilla razón de que viene de ello, de que lo ha considerado como su casa, y de que teme interiormente tener que regresar, por lo que trata de hacerse imposible la vuelta a base de negarlo. Pero cuando afirma algo, entorna los ojos y empieza a idealizar (con frecuencia sin otra finalidad que la de hacer daño a quienes siguen en la casa que él ha abandonado).

Puede que su forma de afirmar resulte artística, pero, no obstante, habrá en ella algo de desleal. Quien idealiza a una persona la sitúa a una distancia tal que ya no puede verla con precisión, y entonces interpreta como hermoso aquello que percibe, esto es, su simetría, sus líneas desdibujadas, su falta de precisión. Como quiere adorar ese ideal que flota en la lejana altura, ha de construir un templo para rendirle culto y

para protegerle del profano vulgo. Allí lleva todos los objetos venerables y santificados que tiene para que su encanto dé más relieve al ideal y este crezca o se divinice progresivamente con semejante *alimento*. Por último, logrará perfilar a su dios; aunque, ¡ay!, siempre existe alguien que sabe lo sucedido (me refiero a su conciencia intelectual), y alguien que protesta inconscientemente: el propio ser divinizado, que, a consecuencia del culto, de los panegíricos y del incienso, se hace tan insoportable, que revela del modo más claro y lastimoso que no tiene nada de divino y que sus cualidades son demasiado humanas. Entonces no le queda al fanático más que una alternativa: la de dejar pacientemente que le maltraten a él y a sus semejantes, interpretando también esta desgracia «a la mayor gloria de Dios», como una forma más de autoengaño y de mentira noble; tomará partido contra sí mismo, e interpretará el hecho de verse maltratado en términos de martirio, lo que consumará su presunción. En torno a *Napoleón*, por ejemplo, había hombres de esta clase, y tal vez fue él quien sembró en el alma de este siglo esa adoración romántica del *genio* y del *héroe*, que resulta tan ajena al espíritu racionalista de la centuria anterior. Byron no se avergonzó de decir que se consideraba «un gusano al lado de semejante hombre». (Quien dio con las fórmulas para expresar una prosternación así, fue Tomás Carlyle, aquel viejo gruñón, embrollado y presuntuoso que dedicó su vida a la inútil tarea de volver románticos a los ingleses).

299

El heroísmo aparente. El hecho de lanzarse en medio del enemigo puede ser un signo de cobardía.

300

Benevolencia para con los aduladores. Una muestra definitiva de prudencia por parte de los ambiciosos insaciables, consiste en ocultar el desprecio al ser humano que nos inspiran los aduladores, mostrándose, por el contrario, benévolos con estos, como un dios que no pudiera ser malévolo.

301

Todo un carácter. «Lo que digo, lo hago»: esta forma de pensar parece revelar todo un carácter. ¡Cuántos actos realizamos, no por lo que tienen de racionales, sino

porque, cuando se nos ocurrieron, excitaron de un modo u otro nuestra ambición o nuestra vanidad, y esto nos hizo ejecutarlos ciegamente! De esta forma aumentan en nosotros la fe en nuestro carácter y tranquilizan nuestra conciencia, incrementando, en consecuencia, nuestra *fuerza*; mientras que la elección de lo más racional fomenta un cierto escepticismo respecto a nosotros mismos, lo que constituye un elemento de debilidad.

302

Una, dos y tres veces cierto. Los hombres están constantemente mintiendo, pero luego no se acuerdan de que han mentido ni creen que lo hayan hecho.

303

Pasatiempo del que conoce a los hombres. Creo que me conoce y se considera sutil e importante cuando se comporta de una forma u otra conmigo. Procuraré no desengañarle, pues no me lo perdonaría; mientras que ahora me quiere mucho, porque le proporciono un sentimiento de superioridad consciente. Otro individuo teme que crea que le conozco, lo que le hace sentirse inferior. Por eso se comporta de una forma brusca e inconsecuente conmigo y trata de engañarme respecto a su persona, para volver a situarse por encima de mí.

304

Los destructores del mundo. Hay quien no es capaz de hacer algo, y termina diciendo rabioso: «¡Ojalá no queden del mundo ni los cimientos!». Esta forma tan odiosa de pensar es el colmo de la envidia, que razona así: «Como yo no puedo conseguir *tal cosa*, que el mundo entero no posea *nada*, que *deje de existir*».

305

Avaricia. Cuando compramos algo, nuestra avaricia es mayor cuanto más bajo es el precio del objeto en cuestión. ¿Se deberá esto a que las pequeñas diferencias de precio aguzan los ojos de la avaricia?

306

Ideal griego. ¿Qué admiraban los griegos de Ulises? Ante todo, su arte para mentir y para tomar represalias de una forma astuta y terrible; en segundo lugar, saber estar a la altura de las circunstancias; parecer, llegado el caso, más noble que el que más, saber qué era lo que *se esperaba* de él; ser heroicamente terco; hacer uso de cualquier medio; tener ingenio —el ingenio de Ulises causaba admiración a los dioses, que sonreían cuando pensaban en él—. Todo esto forma parte del ideal griego. Lo curioso es que no se percibiera totalmente la contradicción que existe entre *ser* y *parecer*, y que, en consecuencia, no se le diera importancia a esta diferencia. ¿Ha habido alguna vez mejores comediantes?

307

Facta! Si facta, ficta! El historiador no tiene que considerar los acontecimientos tal como se han producido, sino como él cree que sucedieron, pues así es como ejercen un *efecto*. Lo mismo ocurre con los presuntos héroes. Lo que llamamos historia universal no es más que la exposición de opiniones presuntas sobre hechos también presuntos, que, a su vez, han generado opiniones y hechos cuya realidad se esfuma de inmediato, no *obrando* más que como un vapor. Es un constante producir fantasmas entre las espesas nubes de una realidad impenetrable. Todos los historiadores cuentan cosas que no han sucedido más que en su imaginación.

308

Es distinguido no saber comerciar. Vender el mérito propio lo más caro posible, e incluso hacer usura con él, como profesor, funcionario o artista, convierte el talento o el genio en una mercancía. Hay que procurar no ser *habilidoso* con el saber.

309

Miedo y amor. El miedo ha hecho que progrese el conocimiento general de los hombres más que el amor, ya que el miedo nos hace intuir qué es el que tenemos delante, qué sabe, qué quiere y qué puede. Si nos equivocamos en esto, correremos un gran peligro o nos causaríamos un mal. El amor, por el contrario, nos inclina

íntimamente a ver en el prójimo hermosas cualidades y a elevarle todo lo posible; para él sería un placer y una ventaja engañarse en este aspecto; por eso no lo hace.

310

Los bonachones. Los individuos bonachones han adquirido esta forma de ser por el temor constante que inspiraban a sus antepasados los excesos ajenos: atenuaban las cosas, trataban de tranquilizar a los demás, pedían perdón, prevenían, distraían, adulaban, prodigaban miramientos, se humillaban, disimulaban su dolor y su despecho, leían en los rasgos de la cara, y acabaron transmitiendo todo ese mecanismo sutil y bien ajustado a sus hijos y nietos. Estos han tenido la suerte de no vivir ya en una situación de constante temor, pero siguen tocando el mismo instrumento.

311

Lo que llaman alma. Lo que llaman alma es el conjunto de movimientos internos que le resultan fáciles al hombre y que, en consecuencia, realiza de buen grado y con gracia. Se dice que un hombre no tiene alma cuando da muestras de que los movimientos del alma le resultan duros y penosos.

312

Los olvidadizos. En las explosiones de la pasión y en los delirios del ensueño y de la locura, el hombre reconoce su historia primitiva y la de la humanidad; reconoce la *animalidad* y sus gestos salvajes; su memoria se retrotrae a un pasado muy lejano, mientras que su estado civilizado se ha desarrollado, por el contrario, a partir del olvido de estas experiencias primitivas, es decir, en relación inversa con esa memoria. El individuo que, al ser un olvidadizo de un tipo superior, se mantiene constantemente lejos de estas cosas, *no comprende a los hombres*, individuos engendrados, en cierto modo, por los dioses y traídos al mundo por la razón.

313

La amistad que ya no deseamos. Deseamos más bien tener como enemigo al

amigo cuyas esperanzas no podemos satisfacer.

314

En la asamblea de pensadores. En medio del océano del devenir, nosotros, aventureros y aves viajeras, nos despertamos en un islote no mayor que una barquichuela, y miramos por un momento en torno nuestro con toda la prisa y la ansiedad posibles, ya que un golpe de viento puede arrastrarnos en cualquier instante o una ola puede barrernos del islote, sin dejar el menor rastro de nosotros. Pero ahí, en ese reducido espacio, encontramos a otras aves viajeras y oímos hablar de otras más antiguas, y de este modo disfrutamos de un delicioso minuto de conocimiento y de adivinación, gorjeando juntos y agitando alegremente las alas, mientras que nuestro espíritu vaga por el océano, con no menos orgullo que el propio océano.

315

El desprendimiento. Ceder algo que nos pertenece, renunciar a un derecho agrada cuando es señal de grandes riquezas. En este terreno es donde hay que situar la generosidad.

316

Las sectas débiles. Las sectas que disminuyen en número se esfuerzan en captar adeptos inteligentes para suplir con la calidad lo que les falta en cuanto a la cantidad. Esto constituye un peligro para la inteligencia, digno de tenerse en cuenta.

317

El juicio realizado de noche. El que reflexiona sobre el trabajo que ha llevado a cabo durante el día o durante toda su vida cuando ha llegado al final y se encuentra cansado, por lo general, se entrega a consideraciones melancólicas; pero esto no hay que atribuirlo al día ni a la vida, sino al cansancio. En medio del trabajo fecundo no solemos detenemos a juzgar la vida, y menos aun cuando estamos disfrutando; pero si por ventura nos paramos a hacerlo, no damos la razón al que espera el descanso del séptimo día para encontrarlo todo bueno; ha dejado pasar el *mejor* momento.

318

No os fieis de los sistemáticos. Los sistemáticos representan una comedia: al tener que rellenar su sistema y redondear el horizonte a su alrededor, tienen que presentar sus cualidades débiles igual que las fuertes: quieren aparentar de una forma completa y uniforme que son caracteres vigorosos.

319

La hospitalidad. La costumbre de ser hospitalario ha de ser explicada como un intento de neutralizar la hostilidad del extraño. Desde el momento en que este deja de ser visto como un enemigo, disminuye la hospitalidad; florece mientras florecen los recelos.

320

El clima. Un clima muy variable e incierto hace que los hombres desconfíen entre sí y que estén ansiosos de innovaciones, por el hecho de que tienen que cambiar sus hábitos. Por eso a los déspotas les gustan los países con un clima uniforme.

321

Los peligros de la inocencia. Los individuos inocentes son siempre víctimas, pues su inocencia les impide distinguir entre el término medio y la exageración y, en ocasiones, ser precavidos respecto a ellos mismos. De este modo, las mujeres jóvenes que son inocentes, es decir, ignorantes, se habitúan a disfrutar con frecuencia de los placeres del matrimonio y los echan en falta cuando sus maridos caen enfermos o envejecen prematuramente; y, como su candidez y su confianza les llevan a pensar que dichas relaciones frecuentes son la regla y constituyen un derecho, terminan creándose una necesidad que las expone más tarde a fuertes tentaciones y a algo peor.

Pero si adoptamos un punto de vista más general y elevado, todo el que ama a alguien o algo sin conocerlos se convierte en víctima de algo que no amaría si pudiera conocerlo. En todos aquellos casos en los que se requiere experiencia, precaución y una actuación prudente, el inocente sufre cruelmente, pues se ve obligado a apurar el veneno que las cosas ocultan. Observemos cómo actúan los príncipes, las iglesias, las

sectas, los partidos, las corporaciones: ¿No utilizan como cebo a un inocente en los casos más difíciles y apurados, como se valió Ulises del inocente Neoptolemo para quitarle su arco y sus flechas al viejo y enfermo ermitaño de Lemnos?

Con su desprecio del mundo, el cristianismo convirtió la ignorancia en virtud cristiana, tal vez porque el resultado más frecuente de la ignorancia sea el pecado, el dolor de haberlo cometido y la desesperación, virtud esta que conduce al cielo dando un rodeo por los alrededores del infierno, pues la promesa de una segunda *inocencia* sólo se cumple cuando se abren los sombríos propileos de la salvación cristiana. ¡He aquí una de las más bellas invenciones del cristianismo!

322

Vivir en lo posible sin médico. Un enfermo sobrelleva mejor su enfermedad cuando le asiste un médico que cuando trata de curarse por sí sólo. En el primer caso, no tiene más que cumplir escrupulosamente las prescripciones facultativas; en el segundo, observa más concienzudamente aquello a lo que se refieren dichas prescripciones, es decir, su salud; aprecia más síntomas, se priva de más cosas y se impone más obligaciones de las que le privaría e impondría el médico. Todas las reglas producen este mismo efecto; nos apartan del fin que hay detrás de la regla y nos lo hacen más ligero. Pero la apatía de la humanidad hubiera llegado al desquiciamiento y a la destrucción si se hubiera abandonado total y sinceramente en manos de ese médico suyo que es la divinidad, de acuerdo con la frase «según la voluntad de Dios».

323

Oscurecen el cielo. ¿Sabéis cómo se vengan los tímidos que actúan socialmente como si les hubieran quitado sus miembros, las almas humildes (a la manera cristiana), que se deslizan furtivamente por todo el mundo, los que están siempre juzgando, aunque no se les dé nunca la razón, los borrachos de toda especie para quienes la mañana constituye lo peor del día, los enfermos, los achacosos y abatidos que no tienen la valentía de curarse? Sus venganzas son pequeñas y mezquinas; el número de estas personas y el de sus actos de venganza es incalculable; toda la atmósfera está constantemente surcada por las flechas y flechillas que lanza su malignidad, hasta el punto de que el cielo y el sol de la vida quedan oscurecidos, no sólo para ellos, sino también para nosotros, para todos, lo cual es peor que si estuvieran constantemente arañándonos la piel y el corazón. ¿No negamos muchas

veces el sol y la tierra simplemente porque hace mucho tiempo que no los hemos visto? Por consiguiente, la soledad. Y a causa de esto también, la soledad.

324

Filosofía de comediantes. Los grandes actores se sienten felices ilusionándose con la idea de que los personajes históricos que representan tuvieron realmente el mismo estado de ánimo en que se encuentran ellos cuando los representan. Pero en esto cometen un grave error, pues su facultad imitativa y adivinatoria, que tratan de hacer creer que es una lúcida capacidad, vale sólo para explicar los gestos, el tono de voz, las miradas y, en general, todo lo externo, lo que quiere decir que captan la sombra del alma de un héroe, de un estadista, de un guerrero, de un envidioso, de un desesperado, llegando muy cerca del alma, pero que no penetran en el espíritu del personaje que representan. Sería, verdaderamente, un gran descubrimiento que bastara un actor perspicaz, en vez del pensador, del científico y del especialista, para esclarecer la *esencia* misma de cualquier estado moral.

Cuando oigamos formular semejantes pretensiones, no olvidemos nunca que un actor no es más que un mono ideal y que, como mono, no es capaz ni siquiera de creer en la *esencia* y en lo *esencial*. Para él, todo se convierte en papel a representar, entonación, gesticulación, escena, bastidores y público.

325

Vivir aislado y con fe. Para llegar a ser el profeta y el taumaturgo de una época —lo mismo hoy que siempre—, hay que vivir aislado, con pocos conocimientos, algunas ideas y mucha presunción. De este modo acabamos creyendo que la humanidad no puede prescindir de nosotros, cuando lo *absolutamente claro* es que nosotros no podemos vivir sin ella. En cuanto se apodera de nosotros esta creencia, surge la fe. Para terminar, daré un consejo destinado a quien lo necesite (el que dio a Wesley su maestro espiritual, Baehler): «Predica la fe hasta que la encuentres; entonces la predicarás porque la tienes».

326

Conocer nuestras circunstancias. Podemos calcular nuestras fuerzas, pero no nuestra *fuerza*. No sólo son las circunstancias las que nos la muestran y nos la ocultan

sucesivamente, sino que también esas circunstancias la aumentan o la disminuyen. Debemos considerarnos como un elemento variable, cuya capacidad productiva puede alcanzar su grado más elevado, en circunstancias favorables. Hay, pues, que reflexionar sobre las circunstancias y observarlas con la mayor dedicación.

327

Una fábula. Ningún filósofo ni poeta alguno ha descubierto aún al donjuán del conocimiento. No ama las cosas que descubre, pero tiene ingenio y voluptuosidad, y disfruta con las conquistas y las intrigas del conocimiento, al que persigue hasta las estrellas más altas y lejanas, hasta que, al final, ya no le queda por conquistar más que el aspecto totalmente *doloroso* del conocimiento, como el borracho que termina bebiendo amargo ajenjo. Por eso acaba deseando el infierno, cuyo conocimiento es el último que le *seduce*, aunque quizá le desengañaría también, como el resto de las cosas que ha conocido. Entonces no le quedaría otro recurso que detenerse durante toda la eternidad, clavado en la decepción y convertido él mismo en convidado de piedra, deseando una cena del conocimiento en la que ya no podrá participar, pues no habrá cosa alguna que pueda servir de manjar a un hambriento semejante.

328

Lo que dejan vislumbrar las teorías idealistas. Los hombres con sentido práctico son los que con mayor seguridad sustentan teorías idealistas, pues tales individuos necesitan para su reputación la aureola de dichas teorías. Se apoderan instintivamente de ellas sin caer en la hipocresía, del mismo modo que un inglés no es hipócrita al practicar el cristianismo y santificar el domingo. Por el contrario, a los caracteres contemplativos, que tienen que evitar todo tipo de improvisación y que temen que se les tenga por exaltados, sólo les satisfacen las duras teorías realistas, las cuales se apoderan de ellos en virtud de la misma necesidad instintiva y sin que ello suponga merma alguna de su sinceridad.

329

Los calumniadores de la serenidad. Los hombres a los que la vida ha herido profundamente, desconfían de la serenidad, como si fuera siempre algo pueril y revelase una sinrazón digna de compasión y de lástima, a la manera del sentimiento

que nos produce el niño que está a punto de morir y acaricia sus juguetes por última vez. Los hombres así ven tumbas ocultas debajo de las rosas; los placeres, el bullicio y la música les parecen las ilusiones voluntarias de un enfermo irrecuperable que tratara de seguir aturdiéndose durante un minuto más, con la embriaguez de la vida. Pero este juicio respecto a la serenidad no es otra cosa que el reflejo de esta sobre el fondo oscuro del cansancio y de la enfermedad; se trata de algo conmovedor, insensato, que incita a la compasión; algo pueril, que procede de esa *segunda confianza* que sigue a la vejez y que antecede a la muerte.

330

No basta aún. No basta demostrar algo; hay que convencer a los hombres de ello o elevarlos hasta ello. Por esto el iniciado debe aprender a *decir* su sabiduría, y a veces de forma que *suene* a locura.

331

Derecho y límite. El ascetismo es la forma verdadera de pensar para quienes tienen que destruir sus instintos carnales, porque esos instintos son bestias feroces. ¡Pero sólo para ellos!

332

El estilo ampuloso. El artista que no logra proyectar sus sentimientos sublimes en una obra para aliviarse de ellos, sino que, por el contrario, quiere hacer ostentación de sus sentimientos elevados, se vuelve hinchado, y su estilo resulta ampuloso.

333

Humanidad. No consideramos a los animales como seres morales. (Pero ¿creéis que los animales nos tienen a nosotros por seres morales?). Un animal que sabía hablar, dijo: «El humanitarismo es un prejuicio del que los animales, afortunadamente, nos vemos libres».

334

El individuo caritativo. El individuo caritativo satisface una necesidad anímica al hacer el bien. Cuanto mayor sea esta necesidad, menos se pone en el lugar de aquel a quien ayuda y que le sirve para satisfacer dicha necesidad; en algunos casos, hasta resulta duro y ofensivo. La beneficencia y la caridad judaicas tienen esta reputación: se sabe que son un poco más violentas que las del resto de los pueblos.

335

¿Por qué se considera que el amor es amor? Hemos de ser sinceros con nosotros mismos y conocernos bien para ejercer con los demás esa benévola simulación que se llama amor y bondad.

336

¿De qué somos capaces? Un padre al que un hijo suyo malo y rebelde le había estado atormentando durante todo el día, lo mató al llegar la noche, y dijo al resto de la familia, con un suspiro de alivio: «¡Por fin vamos a poder dormir tranquilos!». ¿Sabemos adónde nos pueden llevar las circunstancias?

337

Lo «natural». Ser «natural», por lo menos en sus defectos, es quizá el único elogio que cabe dirigir a un artista que es afectado, comediante y ficticio en todo lo demás. Por eso, un individuo así dará siempre rienda suelta únicamente a sus defectos.

338

Compensación de conciencia. Un individuo puede ser la conciencia de otro, y esto es importante, sobre todo si el segundo carece de conciencia.

339

Transformación de los deberes. Cuando deja de ser difícil el cumplimiento de los deberes, cuando se transforman, tras una larga práctica de los mismos, en inclinaciones agradables y en necesidades, los derechos de los demás a los que se refieren tales deberes, varían también, esto es, se convierten en ocasiones de que experimentemos sentimientos agradables. Desde ese momento el *otro*, es decir, el que ostenta los derechos, se convierte, en virtud de esos mismos derechos, en alguien digno de ser amado (en lugar de ser alguien solamente variable y terrible, como antes). De este modo, cuando reconocemos y ampliamos el ámbito de su poder, lo que buscamos es nuestro placer. Cuando los quietistas dejaron de sentir el peso de su cristianismo y se limitaron a gozar de Dios, su lema fue: «¡Todo por la gloria de Dios!». Hicieran lo que hicieran en este aspecto, ya no se trataba de un sacrificio, sino que equivalía a decir «¡Todo por nuestro deleite!». Exigir, como hace Kant, que el saber sea *siempre* algo incómodo, es pedir que no forme parte nunca de los hábitos y de las costumbres. Esta exigencia tiene algo de crueldad ascética.

340

La evidencia está en contra del historiador. Está totalmente demostrado que los hombres salen del vientre de su madre, a pesar de lo cual los niños se hacen mayores y los vemos junto a su madre; de este modo, hacen que las hipótesis de su crecimiento resulte absurda; tiene la evidencia en contra.

341

Ventajas de la ignorancia. Alguien ha dicho que, siendo niño, despreció tanto los caprichos y las coqueterías del temperamento melancólico, que, hasta la mitad de su vida, ignoró cuál era su temperamento, temperamento que era precisamente melancólico. Por esta razón, manifestó que esta era la mejor de las ignorancias posibles.

342

No confundir. ¡Sí! Examina una cosa, mirándola por todos lados, y por eso creéis que es un auténtico investigador del conocimiento. Pero lo único que pretende es rebajar el precio^ porque quiere comprarla.

343

Lo que se tiene por moral. No queréis sentiros nunca descontentos de vosotros mismos, ni sufrir nunca por vuestra causa, y llamáis a esto vuestra inclinación moral. Pues bien: otro puede decir que eso es una cobardía vuestra. Pero hay una cosa segura, y es que no daréis nunca la vuelta al mundo (al mundo que sois vosotros), y que seguiréis siendo un azar, un grano de arena en otro grano de arena. ¿Creéis que los que pensamos de otra manera, nos exponemos por pura temeridad al viaje a través de nuestra propia nada, a través de nuestros pantanos y de nuestras montañas nevadas, que hemos elegido voluntariamente el dolor y la náusea, como los anacoretas estilistas?

344

Sagacidad en el desprecio. Si, como se ha dicho, Homero dormitaba algunas veces, demostraba con ello ser más prudente que todos los artistas de la ambición que se mantienen despiertos. Hay que dejar que tomen aliento los admiradores, convirtiéndose de vez en cuando en censores, pues no hay quien soporte la bondad ininterrumpida, brillante y siempre en vela; un maestro así, lejos de ser un bienhechor, se convierte en un verdugo, a quien odiamos mientras le tenemos delante.

345

Nuestra felicidad no es un argumento ni a favor ni en contra. Muchos hombres no son capaces más que de una felicidad mínima; no es un argumento contra su sabiduría el que esta no pueda suministrarles más felicidad, como tampoco constituye un argumento contra la medicina la existencia de enfermos incurables y de enfermos crónicos. Aunque cabe desear que cada cual acierte en la concepción de la existencia que puede reportarle su grado más elevado de felicidad, ello no garantiza que su vida no le resulte lamentable y poco envidiable.

346

Enemigos de las mujeres. «La mujer es nuestro enemigo». Quien como hombre habla así a los hombres está movido por el instinto indómito que no sólo se odia a sí

mismo, sino que odia también a sus medios.

347

La escuela del orador. Cuando se guarda silencio durante un año, se olvida uno de charlar y se aprende a hacer uso de la palabra. Los pitagóricos fueron los mejores hombres de Estado de su época.

348

El sentimiento de poder. Hay que saber distinguir claramente: quien quiere adquirir el sentimiento de poder se aprovecha de todos los medios y no desprecia nada que pueda alimentar dicho sentimiento. Pero el que lo posee, ha adquirido un gusto muy difícil y delicado; es raro que encuentre algo que le satisfaga.

349

No es tan importante. Cuando asistimos a una defunción, nos asalta generalmente una idea que un falso sentido de las conveniencias nos hace que la sofoquemos en nuestro interior pensamos que el acto de morir tiene menos importancia de lo que habitualmente se cree, y que el moribundo ha perdido quizá en el transcurso de su vida cosas más importantes que la que va a perder en ese momento. En tal caso, el fin no es realmente el objetivo.

350

La mejor forma de prometer. Cuando se promete algo, no es la palabra quien promete, sino lo que queda sin expresar detrás de las palabras. Las palabras debilitan a veces la promesa, al descargar y hacer uso de una fuerza que forma parte de la fuerza que promete. Haced que os den la mano poniendo un dedo en los labios en señal de silencio, y tendréis una garantía mayor de la promesa que os formulan.

351

Lo que generalmente se ignora. En la conversación cabe observar que uno tiende un lazo para que otro caiga con él, no por crueldad, como podría pensarse, sino por el placer que le suministra su sagacidad. Otros preparan la frase ingeniosa para que otro la formule, o bien enlazan los hilos para que se forme un nudo, no por benevolencia, como podría pensarse, sino por malignidad y por desprecio hacia quienes tienen poca inteligencia.

352

El centro. La sensación de que *se es el centro del mundo*, surge con mucha intensidad cuando nos avergonzamos de pronto; entonces nos sentimos como ensordecidos en medio de una rompiente y como cegados por un ojo enorme que mira a todos lados y que llega al fondo de nuestro ser.

353

Libertad oratoria. «Hay que decir la verdad, aunque el mundo entero estalle en mil pedazos»; así dijo el gran Fichte con su gran elocuencia. Muy bien, pero antes habría que poseer esa verdad. Pero lo que él pretende es que cada uno exponga su opinión, aunque se produzca una confusión total. Y esto resulta, por lo menos, discutible.

354

El valor de sufrir. Tal como somos realmente los hombres, podemos soportar cierta dosis de molestia, y nuestro estómago está habituado a estas comidas indigestas. Sin ellas, quizá encontraríamos soso el festín de la vida, y sin la buena disposición a sufrir nos veríamos forzados a dejar escapar muchas alegrías.

355

Admirador. Quien admira hasta el punto de crucificar a todo el que no comparte su admiración, debe ser considerado como un verdugo dentro de su partido, y no le deben dar la mano ni los de su propio partido.

356

Efecto de la felicidad. El primer efecto de la felicidad es el *sentimiento de poder*. Este efecto quiere *manifestarse* ante nosotros mismos, ante otros hombres o ante representaciones o seres imaginarios. Las formas más habituales que tiene de manifestarse son: hacer regalos, burlarse y destruir; las tres cosas responden a un mismo instinto fundamental.

357

La moral de las moscas pegajosas. Los moralistas que no aman el conocimiento y que no disfrutan más que haciendo daño, ofrecen el mismo espíritu y el mismo aburrimiento que las ciudades pequeñas. Su placer, tan cruel como lamentable, consiste en observar los dedos del vecino con objeto de acercarle de pronto una aguja para que se pinche. Presentan algo de la malignidad de los niños que no saben divertirse más que acosando y maltratando a algún ser vivo o muerto.

358

Las razones y su sinrazón. Sientes aversión hacia él y ofreces múltiples razones para justificar dicha aversión. Sin embargo, yo creo más en tu aversión que en tus razones. Guardas las apariencias ante ti mismo presentándote y presentándome como si fuera una deducción lógica algo que se hace instintivamente.

359

Aprobar una cosa. Se aprueba el matrimonio, primero, porque aún no se le conoce; luego, porque se ha habituado uno a él; y, por último, porque lo hemos contraído. Así pasa en casi todos los casos. Y, sin embargo, nada de esto prueba el valor del matrimonio.

360

Los no utilitarios. «El poder, del que se dicen muchas cosas malas, vale más que

la impotencia, a la que no suceden más que cosas buenas». Así pensaban los griegos; lo que quiere decir que estos consideraban que el sentimiento de poder es superior a toda clase de utilidad y de buen nombre.

361

Parecer feo. La templanza se considera a sí misma bella, pero no puede hacer nada para que los intemperantes la consideren burda e insípida y, en consecuencia, fea.

362

Diferentes formas de odiar. Hay individuos que no empiezan a odiar hasta que no se sienten débiles y cansados; en caso contrario, se muestran equitativos y poseídos de sentimientos superiores. Otros empiezan a odiar cuando vislumbran la posibilidad de vengarse; en caso contrario, se guardan de sentirse airados en público y en privado, y prescinden de ello cuando se les presenta la ocasión.

363

Los hombres del azar. Todo descubrimiento se debe principalmente al azar, pero la mayoría de los hombres no dan con ese azar.

364

La elección de ambiente social. Hemos de evitar el vivir entre individuos ante los que no podamos ni callar dignamente ni dar a conocer nuestros pensamientos más elevados, de forma que no podemos hacer otra cosa que manifestar nuestras quejas y necesidades y la historia de nuestras miserias. De este modo, estamos descontentos de nosotros mismos y del ambiente que nos rodea, y a los males que nos llevan a quejarnos añadimos el despecho que nos inspira el hecho de encontrarnos en la situación de quien está siempre quejándose. Por el contrario, conviene vivir en un ambiente donde resulte vergonzoso hablar de uno mismo y donde no se dé la necesidad de hacerlo. Pero ¿quién piensa en estas cosas?, ¿quién piensa en *elegir* en este terreno? Hablamos de nuestro *destino*, nos inclinamos y suspiramos diciendo:

«¡Soy un Atlas desgraciado!».

365

La vanidad. La vanidad es el miedo a parecer original; en consecuencia, implica falta de orgullo, pero no falta de originalidad.

366

Las desgracias del criminal. El criminal cuyo delito ha sido descubierto no sufre a causa de su crimen, sino por la vergüenza y el despecho que le suscita la necedad que ha cometido, o bien la privación del elemento al que está acostumbrado. Hay que ser sumamente sagaz para poder distinguir entre estos dos casos. Todo el que conoce una cárcel o un correccional se admira de lo raro que es encontrar *arrepentimientos* sinceros. Lo más frecuente es la nostalgia del crimen, del perverso y adorado crimen.

367

Parecer siempre feliz. Cuando la filosofía era cuestión de emulación pública, en la Grecia del siglo III, había algunos filósofos que se sentían felices pensando en la envidia que debía suscitar su felicidad en los que vivían de acuerdo con otros principios y desconfiaban de que estos fueran los adecuados. Los primeros creían refutar a estos filósofos con la manifestación pública de su felicidad mejor que con cualquier otro argumento, y pensaban que, con esta finalidad, bastaba con que parecieran ser siempre felices. Ahora bien, de este modo, llegaban a la larga a ser felices de veras. Este fue el caso de los cínicos, por ejemplo.

368

Lo que hace que nos engañemos muchas veces. La moral de la fuerza nerviosa, que va creciendo, es alegre y agitada; la moral de la fuerza nerviosa que disminuye (por la noche, después del trabajo del día, o en los ancianos y en los enfermos), nos induce a la pasividad, a la calma, a la espera y a la melancolía, y a veces a las ideas negras. Según poseamos una u otra de estas morales, dejaremos de entender la que nos falta, y la interpretaremos en los demás como inmoralidad y debilidad.

369

Para elevarse por encima de su bajeza. Existen individuos orgullosos que, para cultivar el sentimiento de su dignidad y de su importancia, necesitan de otros individuos a los que puedan tratar con dureza y dominar, de hombres cuya impotencia y cobardía permiten que cualquiera se pavonee ante ellos haciendo gestos sublimes y furiosos. Tales sujetos necesitan que quienes les rodean sean muy poca cosa con la finalidad de que ellos puedan elevarse durante un instante por encima de su bajeza. Para ello, hay quien precisa de un perro, otro de un amigo, otro de una mujer, otro de un partido, y, por último, en casos excepcionales, hay quien necesita de toda una época.

370

En qué medida ama el pensador a su enemigo. No te ocultes ni te dejes de decir a ti mismo nada de lo que pueda oponerse a tus ideas. Prométetelo, porque esto forma parte de la honradez que hay que exigir, ante todo, al pensador. También es preciso que hagas diariamente campaña contra ti mismo. Una victoria o la conquista de un reducto no te pertenecen a ti, sino a la verdad, así como tampoco es cosa tuya la derrota.

371

El mal de la fuerza. Hay que interpretar la violencia que surge de la pasión (por ejemplo, de la ira), desde una perspectiva filosófica, como un intento de evitar el acceso de ahogo que nos amenaza. Un sinnúmero de actos de arrogancia realizados contra otras personas deriva de congestiones súbitas, por una violenta acción muscular, y tal vez haya que considerar desde este punto de vista todo el llamado *mal de la fuerza*. (El mal de la fuerza hiere a los demás, sin que estos comprendan que dicho mal necesita manifestarse; el mal de la debilidad *quiere* causar daño y contemplar las huellas del dolor).

372

En honor de los que saben. Desde el momento en que alguien, sea hombre o

mujer, trate de erigirse en juez de una materia que desconoce, hay que protestar inmediatamente. El entusiasmo y la seducción que puedan suscitar en nosotros algo o alguien no son argumentos, como tampoco lo son la repugnancia y el odio.

373

Censura reveladora. La expresión «no conoce a los hombres» quiere decir, en boca de unos, «no conoce la bajeza», y, en boca de otros, «no conoce lo excepcional y conoce muy bien la bajeza».

374

El valor del sacrificio. Cuando más se discuta a los príncipes y a los Estados el derecho de sacrificar al individuo (en la forma de administrar justicia, de reclutar ejércitos, etc.), mayor será el valor del sacrificio propio.

375

Hablar con una claridad excesiva. Puede haber muchas razones para pronunciar de una forma clara y distinta las palabras: una, la falta de confianza en uno mismo que tiene el que utiliza un idioma nuevo en el que no está acostumbrado a hablar; otra, la falta de confianza en los demás, en virtud de la torpeza y de la lenta comprensión de estos. Lo mismo sucede en el terreno intelectual: muchas veces la expresión de nuestras ideas resulta demasiado insistente, demasiado penosa, porque, de no ser así, la gente no nos entendería. En consecuencia, sólo es *lícito* usar un estilo perfecto y ligero cuando estamos ante un auditorio perfecto.

376

Dormir mucho. ¿Qué hemos de hacer para animarnos cuando estamos cansados y hartos de nosotros mismos? Unos recomiendan que se recurra a los juegos de azar, otros al cristianismo, otros a la electricidad. Pero lo mejor, querido melancólico, es *dormir mucho*, en el sentido propio y en el sentido figurado de la expresión. Así podremos recuperar nuestra mañana. En la sabiduría de la vida constituye un gran acierto saber intercalar a tiempo el sueño en todas sus formas.

377

Lo que cabe deducir de un ideal fantástico. Nuestras exaltaciones se pierden allí donde se encuentran nuestras debilidades. El entusiasta principio que dice «amad a vuestros enemigos», tenía que ser inventado por los judíos, que son los que mejor han *odiado* en el mundo, y la glorificación más hermosa de la castidad ha sido escrita por quienes, en su juventud, han llevado la vida más libertina y escandalosa.

378

Manos limpias y paredes limpias. No hay que pintar en las paredes ni a Dios ni al diablo. De lo contrario, estropearíamos la pared y perturbaríamos a los vecinos.

379

Verosímil e inverosímil. Una mujer amaba en secreto a un hombre, le consideraba muy por encima de ella y se decía cien veces a sí misma: «Si un hombre así me amara, sería una gracia del cielo, ante la que tendría que besar el suelo». Lo mismo le sucedía al hombre en cuestión con dicha mujer, y se decía interiormente semejantes palabras. Cuando, al fin, uno y otra se hablaron y pudieron decirse lo que escondían tan en secreto en su corazón, se produjo un silencio entre ellos, y ambos vacilaron. Luego, dijo la mujer fríamente: «Es evidente que ninguno de los dos es lo que el otro había amado. Si no eres más que lo que dices, al amarte, me he rebajado inútilmente; el demonio me ha engañado, como a ti». ¿Por qué será que esta historia tan verosímil no se da nunca en la realidad?

380

Consejo práctico. La forma más eficaz de consolarse para aquel que lo necesita es afirmar que su desgracia no tiene consuelo alguno. Estas palabras le distinguen de tal modo, que inmediatamente yergue la cabeza.

381

Conocer su peculiaridad. Muchas veces nos olvidamos de que, a los ojos de los extraños que nos ven por primera vez, somos algo totalmente distinto de lo que creemos ser; por lo general, no se ve en el individuo más que una peculiaridad que salta a la vista y que es lo que determina la impresión. De este modo, el hombre más pacífico y conciliador, sí tiene un gran bigote, puede descansar tranquilamente a la sombra de su gran mostacho. Los ojos de la gente corriente no verán en él más que los *accesorios* de un gran bigote, es decir, un carácter militar que se arrebata con facilidad y que puede llegar a comportarse violentamente; y quienes le rodean guardarán con él las debidas consideraciones.

382

Jardinero y jardín. Los días húmedos y sombríos, las palabras frías generan *conclusiones* tristes, que un buen día vemos aparecer ante nosotros, sin saber de dónde proceden. ¡Pobre del pensador que no es jardinero, sino el terreno del jardín donde crecen sus plantas!

383

La comedia de la compasión. Sea cual sea la forma en que participemos de las penas de un desgraciado, ante él siempre representamos una comedia: no decimos todo lo que pensamos ni como lo pensamos, a la manera de un médico que se muestra sumamente discreto a la cabecera de un enfermo que está a punto de morir.

384

Hombres singulares. Hay individuos pusilánimes que tienen un mal concepto de lo mejor que contienen sus obras y que no saben hacer ver su alcance; pero, en virtud de una especie de venganza, también tienen una mala opinión de la simpatía de los demás y no creen en ella. Les da vergüenza parecer que se dejan arrastrar por ellos mismos, y da la impresión de que se complacen tercamente en ponerse en ridículo. Estos estados anímicos son propios de un artista melancólico.

385

Los vanidosos. Somos como escaparates de tiendas, en los que nos pasamos el tiempo colocando, escondiendo y poniendo de manifiesto las presuntas cualidades que nos atribuyen los demás… para engañarnos a nosotros mismos.

386

Los patéticos y los ingenuos. Es muy corriente no perder la ocasión de mostrarnos patéticos, a causa del placer que supone imaginarnos que, quien nos viera, se daría golpes de pecho y se sentiría pequeño y miserable. Por consiguiente, tal vez sea un signo de nobleza tomar a broma las situaciones patéticas y comportarse de un modo indigno. La antigua nobleza guerrera de Francia poseía este tipo de distinción y de sutileza.

387

Un ejemplo de cómo se discurre antes de casarse. Si ella me quiere, ¡cómo me aburrirá a la larga! Si no me quiere, más razones habrá para que me aburra a la larga. Esta alternativa no implica, pues, más que dos formas de aburrir: ¡casémonos, pues!

388

La picardía y la conciencia tranquila. Es muy desagradable sentirse estafado cuando va uno de compras en algunos países, como el Tirol, por ejemplo; y ello porque, no sólo te cobran muy caro, sino porque, además, hay que soportar la mala cara y la brutal avaricia del pícaro vendedor, junto con su mala conciencia y la vulgar enemistad con que te trata. En Venencia, por el contrario, quien te estafa disfruta enormemente al ver que le sale bien su pillería, y no ve con malos ojos a aquel a quien engaña, sino que se deshace en cumplidos y amabilidades, y hasta está dispuesto a bromear contigo, si le das pie para ello. En suma, hay que saber ser pillo con la conciencia tranquila y con ingenio. Esto casi hace que el engañado perdone el engaño.

389

Demasiado toscas. Hay personas muy honradas que, al ser demasiado torpes para

mostrarse finas y amables, tratan de corresponder inmediatamente a toda manifestación de amabilidad con un favor formal o poniendo toda su fuerza a disposición de quien le ha halagado. Conmueve ver cómo sacan tímidamente sus monedas de oro, cuando otro les ha dado calderilla de cobre.

390

Ocultar el talento. Cuando sorprendemos a alguien ocultándonos su talento, le consideramos malvado, y con mayor razón si sospechamos que lo que le impulsa a ello es la amabilidad y la benevolencia.

391

El mal momento. Los caracteres vivos no mienten más que por un momento, porque una vez que se han mentido a sí mismos, actúan de un modo convencido y sincero.

392

Requisitos de la cortesía. La cortesía es una gran cosa, y puede ser considerada muy bien como una de las cuatro virtudes cardinales (aunque sea la última); pero para que no nos molestemos con ella los unos a los otros, es preciso que aquel con quien tratamos tenga un grado de cortesía mayor o menor que el nuestro; de lo contrario, acabaríamos echando raíces, pues el bálsamo no sólo embalsama, sino que también activa como pegamento.

393

Virtudes peligrosas. «No olvida nada, pero lo perdona todo». Entonces será odiado doblemente, pues avergonzará doblemente a los demás, primero con su memoria y segundo con su generosidad.

394

Sin vanidad. Los individuos apasionados tienen poco en cuenta lo que piensan los demás; su condición les sitúa por encima de la vanidad.

395

La contemplación. En un pensador, el estado contemplativo propio de los pensadores sigue siempre a un estado de temor; en otro, a un estado de deseo. En el primero, la contemplación se da unida con el sentimiento de *quietud*; en el segundo, con el de *saciedad*; lo que quiere decir que aquel está en una disposición de quietud, mientras que este se encuentra hastiado y se mantiene neutral.

396

De caza. Uno sale a cazar verdades agradables; otro, verdades desagradables. Por ello, el primero disfrutará más con la caza en sí que con las piezas cobradas.

397

La educación. La educación es una continuación de la reproducción, y muchas veces resulta ser un elemento que atenúa posteriormente a aquella.

398

En qué se conoce al más fogoso. Entre dos individuos que luchan, que se aman o que se admiran mutuamente, el más fogoso adopta siempre la posición más cómoda. Lo mismo ocurre con los pueblos.

399

Defenderse. Hay hombres que tienen derecho a obrar de una forma u otra; pero cuando tratan de defender sus actos, no se cree que les asista ese derecho, y se comete un error no creyéndoles.

400

Reblandecimiento moral. Hay caracteres morales tiernos que se avergüenzan de sus éxitos y sienten remordimiento por sus fracasos.

401

Olvido peligroso. Empezamos olvidándonos de la costumbre de amar al prójimo, y acabamos no encontrando en nosotros nada digno de ser amado.

402

Una tolerancia como otra cualquiera. «Estar un minuto más al fuego y quemarse un poco, es algo que les tiene sin cuidado a los hombres y a las castañas. Este poco de amargura y este poco de dureza permite apreciar lo dulce y tierno que es el corazón». Sí; así es como juzgáis vosotros los hedonistas, vosotros, sublimes antropófagos.

403

Orgullos diferentes. Hay mujeres que palidecen al pensar que su amante podría no ser digno de ellas; hay hombres que palidecen al pensar que podrían no ser dignos de la mujer a la que aman. Se trata de mujeres y de hombres completos y cabales. Esos hombres, que, *en circunstancias normales*, confían en sí mismos y tienen el sentimiento de poder, experimentan, cuando se enamoran, una cierta timidez y dudan de sí mismos. Esas mujeres, sin embargo, se consideran siempre como seres débiles, expuestas a ser abandonadas, pero, en la *excepción* sublime del amor, se muestran orgullosas y su sentimiento de poder les hace preguntarse: «¿quién es digno de mí?».

404

A quiénes se hace rara vez justicia. Hay hombres que no pueden entusiasmarse por algo bueno y grande sin cometer, de un modo u otro, una gran injusticia. A su modo, esto es una moral.

405

Lujo. El afán de lujo llega hasta lo más íntimo del hombre; revela que donde su alma nada más a gusto es entre las olas de la abundancia y de lo superfluo.

406

Inmortalizar. Quien quiera matar a su rival considere si no será esta una forma de inmortalizarle dentro de sí mismo.

407

Contra nuestro carácter. Cuando hemos de decir una verdad que es contraria a nuestro carácter —lo cual es muy frecuente—, la decimos como si no supiéramos mentir, por lo que inspiramos desconfianza.

408

Alternativa. Hay caracteres que se encuentran ante la alternativa de o ser malhechores públicos, o llevar su cruz en secreto.

409

Enfermedad. Hay que considerar como una enfermedad el envejecimiento prematuro, la fealdad y los juicios pesimistas: tres cosas que suelen ir unidas.

410

Los tímidos. Los individuos torpes y tímidos se convierten fácilmente en criminales; les falta prudencia para defenderse y para vengarse. Por falta de ingenio y de presencia de ánimo, su odio no da con otra salida que el aniquilamiento.

411

Sin odio. Quieres liberarte de tu pasión. Hazlo, pero hazlo *sin odio* hacia ella. De lo contrario, te verás subyugado por una segunda pasión. El alma del cristiano que se ha liberado del pecado suele hundirse después a causa de su odio al pecado. Mirad los rostros de los grandes cristianos. Son rostros de gente que odia mucho.

412

Inteligente y torpe. No sabe apreciar nada fuera de sí mismo, y cuando quiere apreciar a otras personas tiene que transformarlas en virtud de la idea que tiene de sí mismo. En esto es inteligente.

413

Acusadores públicos y privados. Mirad de cerca a los acusadores e inquisidores: estos actos revelan su carácter, y no es extraño que ese carácter sea peor que el del criminal al que acusan. El acusador se figura ingenuamente que quien persigue el crimen y al malhechor deber ser, por ello mismo, de buena condición o, al menos, pasar por bueno. Por eso se deja ir, esto es, se *vierte*.

414

Ciegos voluntarios. Hay una forma de entrega entusiasta y llevada al extremo, ya sea a una persona o a un partido, que revela que nos sentimos íntimamente superiores a dicha persona o a dicho partido, y que nos acusamos de ello. En cierto modo nos cegamos voluntariamente para castigar a nuestros ojos por haber visto demasiado.

415

Un remedio contra el amor. Por lo general no hay nada más eficaz contra el amor que el viejo y radical remedio de corresponder a ese amor.

416

¿Dónde está el peor enemigo? Quien sabe llevar bien un negocio y tiene

conciencia de ello, experimenta, por lo general, sentimientos de conciliación con sus adversarios. Pero el que cree que lucha por una buena causa y ve que no tiene aptitudes para defenderla, persigue a sus adversarios con un odio secreto e implacable. Según esto, que cada cual calcule dónde debe buscar a sus peores enemigos.

417

Los límites de la humildad. Hay muchos que han llegado a ese grado de humildad que dice «creo porque es absurdo», y que sacrifican su razón; pero nadie ha alcanzado aún esa otra humildad que se encuentra a un paso de esta y que dice «creo porque soy absurdo».

418

La comedia de la verdad. Hay quienes son veraces no porque detesten fingir, sino porque no lograrían disimular totalmente. En suma, no confían en su talento de comediantes y prefieren ser sinceros y veraces. «La comedia de la verdad».

419

El valor en un partido. Las pobres ovejas dicen al pastor: «Ve delante, que no nos faltará valor para seguirte». Y el pobre pastor se dice: «Seguidme, y no me faltará valor para guiaros».

420

Astucia de las víctimas. Hay una triste astucia consistente en querer engañarnos sobre alguien por quien nos hemos sacrificado, y en darle la oportunidad de que se nos presente como desearíamos que fuese.

421

A través de los demás. Hay hombres que no quieren ser vistos más que

proyectando sus rayos a través de otros. Y esto supone una gran habilidad.

422

Agradar a los demás. ¿Por qué no hay placer superior al de causar placer? Porque así damos placer a cincuenta instintos nuestros. Quizá se trate de pequeñas satisfacciones, pero, unidas en una mano, colmarán totalmente esa mano, así como el corazón.

LIBRO QUINTO

423

En el gran silencio. Junto al mar nos olvidamos de la ciudad. Las campanas tocan el avemaría con un sonido fúnebre aunque dulce en esta hora crepuscular. Aguardad un poco más. Todo se encuentra ahora en silencio. Se extiende el mar pálido y brillante. No puede hablar. A esta hora de la tarde, el cielo representa su eterno papel, revestido de rojos colores, de tintes amarillentos y verdosos. Las rocas y arrecifes que se precipitan en el mar como tratando de encontrar un lugar más solitario, tampoco pueden hablar. Hay una íntima quietud. ¡Qué hermoso y qué cruel es este gran silencio que nos sorprende repentinamente! ¡Qué doblez encierra esta belleza muda! Si quisiera, ¡cuántas cosas diría y qué malas serían estas cosas! Su lengua y la doliente felicidad que hay impresa en su rostro no es más que malicia para burlarse de su compasión. ¡Que así sea! No me avergüenza servir de risa a semejantes poderes. Pero yo te compadezco, naturaleza, porque te han de hacer callar, aunque no sea sino la malicia lo que te hace enmudecer. Sí, me apena tu malicia.

Mira cómo aumenta el silencio y cómo se oprime y se espanta mi corazón ante una nueva verdad; *tampoco él puede hablar*; se ha puesto de acuerdo con la naturaleza para burlarse también. Cuando la boca trata de pronunciar palabras en medio de esta belleza, mi corazón disfruta con la dulce malicia del silencio. En medio de este, la palabra y el propio pensamiento me resultan odiosos. ¿Acaso no escucho detrás de cada frase la risa y el error, la imaginación y la ilusión? ¿Habré de burlarme de mi compasión y de mi propia burla? ¡Oh mar! ¡Oh tarde! ¡Sois seres malignos!: enseñáis al hombre a dejar de ser hombre. ¿Habrá de abandonarse este a vosotros y convertirse en lo que sois vosotros, algo pálido, brillante, mudo, inmenso, aquietado en sí mismo, elevado por encima de sí?

424

¿Para qué la verdad? Hasta ahora han sido los errores las fuerzas más *fecundas* para consolar; ahora esperamos los mismos servicios de las verdades reconocidas, pero la espera se va haciendo aburrida. ¿Acaso no servirán las verdades de consuelo?

¿Podrá ser este un argumento contra las verdades? ¿Qué tienen estas en común con el estado enfermizo de ciertos hombres para que se les pueda exigir que sean útiles a tales individuos? Nada se prueba contra la verdad de una planta demostrando que no sirve para curar a los enfermos. Pero antaño se pensaba ciegamente que el hombre es el fin de la naturaleza, hasta el punto de aceptar, sin más, que el conocimiento no podía revelarnos nada que no fuese útil y saludable para el hombre, y que en el mundo no existía nada que no respondiera a esta finalidad.

Tal vez quepa deducir de esto que la verdad como entidad total no existe más que para las almas fuertes y desinteresadas, alegres y tranquilas (como la de Aristóteles); y que estas almas son las únicas que la *buscan*, dado que las demás *buscan remedios* para utilizarlos; por mucho orgullo que pongan en alabar su inteligencia y la libertad de esa inteligencia, en realidad no buscan la verdad. Por eso la ciencia agrada tan poco a esos hombres que le reprochan su frialdad, su sequedad y su inhumanidad. Así enjuician los enfermos los ejercicios que realizan los sanos. Los dioses griegos tampoco sabían consolar; cuando la humanidad griega acabó cayendo enferma, sus dioses perecieron también.

425

Nosotros, dioses desterrados. Por los errores relativos a su origen, a su situación única en el universo y a su destino, y por las exigencias basadas en estos errores, la humanidad se ha *superado a sí misma*, pero, por estos mismos errores, se han introducido en el mundo dolores indecibles, persecuciones, sospechas y desconocimientos recíprocos, y un número todavía mayor de penalidades para el individuo en sí y sobre sí. Los hombres se han convertido en criaturas *que sufren*, y lo que han conseguido ha sido el convencimiento de que son, por naturaleza, demasiado buenos para la tierra, en la que están sólo de paso. Por el momento, el tipo superior de hombre lo constituye el *orgulloso que sufre*.

426

El daltonismo de los pensadores. Los griegos veían la naturaleza de distinta forma que nosotros, pues hay que aceptar que sus ojos eran ciegos para el azul y el verde, y que, en lugar del azul, veían un marrón oscuro, y, en lugar del verde, un amarillo (ya que designaban con una misma palabra el color de una melena oscura, el de los ancianos y el de los mares meridionales; y, con una sola palabra también, el color de las plantas verdes y el de la piel humana, el de la miel y el de las resinas

amarillas; de forma que sus mejores pintores, como se ha podido demostrar, no supieron reproducir el mundo que les rodeaba más que con el negro, el blanco, el rojo y el amarillo). ¡Qué diferencia y cuánto más cercana al hombre debía de parecerles la naturaleza, puesto que, a sus ojos, los colores del hombre predominaban en la naturaleza, y esta nadaba, en cierto modo, en el éter coloreado de la humanidad! (El azul y el verde son los colores que más despojan a la naturaleza de su *humanidad*).

En virtud de este *defecto*, se desarrolló esa facilidad infantil, tan característica de los griegos, de considerar los fenómenos de la naturaleza como dioses y semidioses, es decir, de imaginárselos con forma humana.

Sirva esto de símbolo para otra suposición. Todo pensador pinta su mundo y las cosas que le rodean con menos colores *de los que tienen*, porque es ciego para determinados colores. Esto no es sólo un defecto. En función de esta simplificación y de esta combinación, introduce *en las cosas* armonías de color que tienen un gran encanto y que pueden generar un enriquecimiento de la naturaleza. Es posible que por esta vía haya aprendido la humanidad a *disfrutar* de la contemplación de la existencia, por el hecho de que esta se le ofreció primero con uno o dos tonos, y, en consecuencia, de una forma más armoniosa; así, se habituó, en cierto modo, a esos tonos simples, antes de pasar a matices más variados. Y todavía hoy, algunos individuos se esfuerzan en superar un daltonismo parcial, para alcanzar una visión más rica y una mayor diferenciación, con lo que no sólo descubren nuevos goces, sino que también se ven obligados a *abandonar* y a *perder* algunos de los antiguos.

427

El embellecimiento de la ciencia. Al igual que en la horticultura el gusto *rococó* surgió de la idea de que la naturaleza es fea, salvaje y aburrida, y que, en consecuencia, hay que embellecerla (¡*embelleced la naturaleza*!), la idea de que la ciencia es fea, seca, árida, desesperante, difícil y aburrida, y que, por consiguiente, hay que embellecerla, provoca siempre la reaparición de eso que llamamos *filosofía*. Esta quiere lo que quieren todas las artes y todos los poemas: *divertir*, antes que nada. Pero quiere hacerlo con una altivez congénita, de una forma superior y sublime, y ante un público de espíritu selecto. Ahí es nada crear para ella una especie de horticultura, cuyo encanto consistiría, como para la horticultura más *corriente*, en producir una *ilusión óptica* (por medio de templetes, perspectivas, grutas, laberintos y cascadas, hablando en sentido figurado), presentar la ciencia en extracto, con toda suerte de iluminaciones maravillosas y súbitas, mezclando con ella cierta vaguedad, algo de absurdo y de ensueño, para poder pasearse por ella *como por la naturaleza salvaje*, pero sin molestias ni aburrimiento. Quien está poseído de ella, sueña hasta

con hacer superflua la religión, que para los hombres de antaño constituía la forma más elevada del arte de agradar y entretener.

Esta tendencia se va abriendo paso para alcanzar un día su punto culminante, pero ya se dejan oír voces de oposición contra la filosofía, voces que exclaman: «¡Volvamos a la ciencia, a la naturaleza, a lo que hay de natural en la ciencia!». Por ello, tal vez está *comenzando* una época que descubre la belleza más poderosa en las partes «salvajes y horribles» de la ciencia; del mismo modo que, hasta llegar a Rousseau, no se descubrió el sentido de la belleza de las altas montañas y de los desiertos.

428

Dos clases de moralistas. Captar totalmente desde el primer momento una ley de la naturaleza, es decir, *demostrar* esta ley (como la de la caída de los graves, la de la refracción de la luz, etc.), es algo distinto a *explicarla*, y corresponde también a inteligencias diferentes. Así se diferencian también los moralistas que observan y recogen las leyes y las costumbres humanas —moralistas con oídos, olfato y vista sutiles—, de los moralistas que explican lo que han observado. Estos últimos han de ser, ante todo, *inventivos*, y han de tener una imaginación liberada por la sagacidad y el saber.

429

La nueva pasión. ¿Por qué tememos y aborrecemos la posibilidad de retroceder a la barbarie? ¿Será porque la barbarie haría a los hombres más desgraciados de lo que son? ¡No! Los bárbaros de todas las épocas eran más felices; no nos engañemos. Pero nuestro *instinto de conocimiento* se ha desarrollado demasiado para que podamos seguir apreciando la felicidad sin conocimiento, o por lo menos la felicidad de una ilusión sólida y vigorosa.

La sola imaginación de un estado así nos causa dolor. La inquietud de descubrir y adivinar ha adquirido para nosotros un encanto tal que ha llegado a sernos tan indispensable como el amor no correspondido lo es para el enamorado, que no lo cambiaría a ningún precio por una actitud de indiferencia. Quizá seamos nosotros también amantes *desgraciados*. El conocimiento se ha convertido para nosotros en una pasión, a la que no asusta sacrificio alguno ni teme otra cosa que extinguirse. Creemos sinceramente que toda la humanidad, agobiada por el peso de esta pasión, se cree más grande y mejor consolada de lo que nunca estuvo hasta ahora, dado que aún

no había superado las satisfacciones groseras que acompañan a la barbarie. La pasión por conocer acabará quizá haciendo que perezca la humanidad. Pero tampoco esta idea nos impresiona. ¿Se asustó acaso el cristianismo ante una idea semejante? ¿No van hermanadas la pasión y la muerte? Sí, odiamos la barbarie, todos preferimos que perezca la humanidad antes de que retroceda y se pierda el conocimiento. Y, en última instancia, si la *pasión* no hace perecer a la humanidad, esta sucumbirá por *debilidad*. ¿Qué es preferible? ¿Queremos que la humanidad encuentre su fin en el fuego y la luz, o en la arena?

430

También esto es heroico. Hacer las cosas más malolientes, esas cosas de las que ni siquiera nos atrevemos a hablar, pero que son útiles y necesarias, constituye también un heroísmo. Los griegos no se avergonzaron de incluir, entre los trabajos de Hércules, la limpieza de un establo.

431

Las opiniones de los adversarios. Para calibrar la medida natural de sutileza o de debilidad de los cerebros —incluidos los más inteligentes—, no hay forma mejor que fijarse en cómo conciben y expresan las opiniones de sus adversarios: en esto se revela la medida natural de la inteligencia. El sabio perfecto eleva involuntariamente a su adversario en la idea que se forma de él y, limpia la contradicción de este de toda mancha y de todo lo accidental; sólo lucha con su adversario, cuando este se ha convertido en un dios de relucientes armas.

432

Investigador y tanteador. No hay método científico fuera del cual no exista saber. Es preciso que procedamos con las cosas como por tanteo; que seamos con ellas unas veces buenos y otras malos, actuando alternativamente con justicia, con pasión y con frialdad. Hay quien trata a las cosas como un policía, o como un confesor, o como un viajero curioso. Con simpatía o con violencia se consigue arrebatarles una partecita de ellas. Uno avanza y llega a ver claro gracias a la veneración que les inspiran los secretos de las cosas; otro, merced a la forma indiscreta y maliciosa en que interpreta los misterios. Nosotros los investigadores,

como todos los conquistadores, los exploradores, los navegantes y los aventureros, tenemos una moral audaz, y es bueno que nos tengan por malos.

433

Ver con buenos ojos. Si, como creo que es cierto, la belleza artística ha consistido siempre en la *representación del hombre feliz*, según la idea de felicidad que tiene una época, un pueblo o un individuo singular que se autolegisla gustosamente, ¿qué revelará respecto a la felicidad de hoy ese arte de los artistas actuales al que llaman realismo? Es indudable que esta es la clase de belleza que hoy captamos con mayor facilidad y la que más nos hace disfrutar. Cabe deducir, por consiguiente, que a la felicidad actual, a *nuestra* felicidad, le complace el realismo, con una sensibilidad lo más afinada posible y con una concepción lo más fiel posible de la realidad. Ahora bien, lo que agrada no es la realidad en sí, sino lo que *se sabe acerca de la realidad*. Los resultados de la ciencia han avanzado tanto en profundidad y en extensión, que los artistas de nuestro siglo se han convertido involuntariamente en los panegiristas de la *suprema felicidad* científica.

434

Intercesión. Los paisajes sin pretensiones son para los grandes paisajistas; los paisajes singulares y raros, para los pequeños. Es decir, que las grandes cosas de la naturaleza y de la humanidad deben interceder con sus admiradores en favor de todo lo pequeño, mediocre y vanidoso; y lo *grande* intercede por las cosas sencillas.

435

No perecer imperceptiblemente. No una vez, sino constantemente, quedan esterilizadas nuestra capacidad y nuestra grandeza; la vegetación parasitaria que crece por todas partes, aniquila lo que hay de grande en nosotros. Todo contribuye a ello: la pequeñez de nuestro ambiente, lo que tenemos diariamente y a todas horas ante la vista, las mil raicillas de este o de aquel sentimiento mezquino que crece a nuestro alrededor, aquello que frecuentamos y el uso que hacemos de nuestro tiempo. Si dejamos que crezca esta hierbecita, sin que lo notemos, nos hará perecer imperceptiblemente. Y si queréis perderos, es preferible que lo hagáis *de golpe* y repentinamente. Al menos, lo que quede de vosotros serán unas *ruinas altivas* y no

madrigueras de topos, como es de temer que suceda ahora. El musgo y la mala hierba que cubren esas madrigueras de topos son indicios de pequeñas victorias, de victorias humildes como en otro tiempo y demasiado mezquinas para acabar triunfando.

436

Casuística. Hay una amarga alternativa que sorprende a nuestra valentía y a nuestro carácter: consiste en descubrir, cuando viajamos en barco, que el capitán y el piloto cometen errores peligrosos y que nosotros les superamos en conocimientos náuticos. Entonces nos preguntamos: «¿Y si organizamos un motín y los hacemos prisioneros a ambos? ¿No nos obliga a ello nuestra superioridad? Pero ellos, a su vez, ¿no tienen derecho a encerrarnos, puesto que conspiramos contra su obediencia?».

Este ejemplo constituye un símbolo de situaciones más elevadas y más comprometidas, y, a fin de cuentas, siempre queda en pie la cuestión de saber qué es lo que en tales casos garantiza nuestra superioridad y la confianza en nosotros mismos. ¿El éxito? Pues entonces es preciso llevar a cabo la empresa en cuestión, que implica toda suerte de peligros, no sólo para nosotros, sino también para la embarcación.

437

Privilegios. Quien es, realmente, dueño de sí mismo, esto es, quien se ha *conquistado* definitivamente, considera que uno de sus privilegios consiste en castigarse, perdonarse, compadecerse de sí mismo. No necesita conceder esto a nadie, aunque puede transferirlo libremente a otro, por ejemplo, a un amigo; pues sabe que, haciéndolo, le otorga un *derecho*, y que, para conferir derechos, antes hay que estar en posesión del *poder*.

438

El hombre y las cosas. ¿Por qué no ve el hombre las cosas? Porque es él mismo quien se interpone en el camino, ocultando las cosas con su cuerpo.

439

Signos característicos de la felicidad. Todas las sensaciones de poder tienen dos cosas en común: la *plenitud* del sentimiento y la *vanidad* que deriva de él, de forma que el hombre feliz se encuentra tan en su elemento como el pez en el agua. Los buenos cristianos saben muy bien lo que es la prodigalidad cristiana.

440

No abdicar. Renunciar al mundo sin conocerlo, como una *monja*, equivale a realizar un sacrificio estéril, quizá melancólico. Esto no tiene nada que ver con la soledad de la vida contemplativa que lleva el pensador. Cuando este escoge dicha soledad, no trata de renunciar a nada; por el contrario, la renuncia, la melancolía y la autodestrucción serían, para él, el continuar llevando una vida activa. Renuncia a esta porque la conoce y se conoce. Así es como da un salto en su agua; así conquista su serenidad.

441

Por qué el prójimo está cada vez más lejos de nosotros. Cuanto más pensamos en todo lo que ha sido y en todo lo que será, más atenuado nos parece lo que se encuentra fortuitamente en el presente. Si vivimos con los muertos y si morimos con su agonía, ¿qué es *el prójimo* para nosotros? Nos volvemos más solitarios, porque todo el oleaje de la humanidad bulle a nuestro alrededor. El ardor que hay en nosotros, ese ardor que abrasa todo lo humano, aumenta sin cesar; por eso miramos cuanto nos rodea como si cada vez nos resultara más indiferente, más semejante a un fantasma. Pero la frialdad de nuestra mirada *ofende*.

442

La regla. Quien piense que la regla es más interesante que la excepción, habrá avanzado mucho en el conocimiento y se encontrará entre los iniciados.

443

Respecto a la educación. Poco a poco he ido viendo claro cuál es el defecto más general de nuestra forma de enseñar y de educar. Nadie aprende, nadie aspira, nadie

enseña *a soportar la soledad*.

444

La sorpresa que provoca la resistencia. Cuando algo ha terminado siendo transparente para nosotros, nos figuramos que ya no se nos podrá resistir, y nos encontramos con que podemos ver a través de ello, pero no atravesarlo. Es la misma necedad y la misma sorpresa de la mosca que se encuentra ante un cristal.

445

En lo que se engañan los más nobles. Acabamos dando a alguien lo mejor que tenemos, nuestro tesoro; y, después, el amor ya no tiene nada más para dar. Pero el que lo acepta no encuentra en ello lo mejor que tiene, y, por consiguiente, carece de esa gratitud plena y definitiva con la que cuenta el que da.

446

Clasificación. Hay, primero, pensadores superficiales; segundo, pensadores profundos, que ven en las profundidades de las cosas; y, tercero, pensadores fundamentales, que descienden hasta el fondo último de las cosas, lo que tiene más valor que asomarse simplemente a sus profundidades. Por último, hay pensadores que sumergen la cabeza en la ciénaga, lo que no debe tomarse como una muestra de profundidad ni de pensamiento profundo.

447

Maestro y discípulo. Es preciso que el maestro ponga a sus discípulos en guardia contra él. Esto forma parte de su humanitarismo.

448

Honrar la realidad. ¿Cómo podemos contemplar sin lágrimas y sin aplausos esa alegre muchedumbre popular? En otros tiempos, considerábamos despreciativamente

sus motivos de alegría, y lo mismo seguiría ocurriendo hoy si no hubiésemos *vivido* también nosotros esas alegrías. ¿Adónde pueden arrastrarnos los acontecimientos? ¿Qué son nuestras opiniones? Para no perdernos, para no perder la razón, hay que huir ante los acontecimientos. Así es como Platón huye de la realidad y no quiere contemplar más que las pálidas imágenes ideales de las cosas; su extrema sensibilidad le hacía ver lo fácilmente que pasan sobre la razón las olas de la sensibilidad. ¿Debería decirse, por consiguiente, el sabio: «quiero honrar la *realidad*, pero volviéndole la espalda, porque la conozco y la temo? ¿Debería hacer como ciertos pueblos africanos que, cuando están delante de su soberano, no se acercan a él, sino que retroceden, como muestra de veneración y al mismo tiempo de temor?».

449

Lo que sería vivir. ¡Ay! ¡Cómo me repugna imponer a otros mis pensamientos! Quiero alegrarme con cada pensamiento que me llega, con cada cambio íntimo que se produce en mí, en el que las ideas de otros se resisten contra las mías. Pero de vez en cuando se produce una alegría mayor aún: cuando tenemos la posibilidad de esparcir nuestros bienes espirituales, como el confesor que, sentado en el confesionario, espera que llegue a él alguien que necesite consuelo y que le hable de la miseria de sus pensamientos, para colmarle de nuevo el corazón y las manos, y para aliviar su alma inquieta. El confesor no sólo renuncia a la gloria por el bien que hace, sino que quisiera escapar incluso de la gratitud, ya que esta resulta indiscreta e impúdica ante la soledad y el silencio.

Una vida, una razón para vivir mucho tiempo sería vivir sin fama o, siendo objeto de amistosas burlas, de un modo lo bastante oscuro como para no suscitar envidias ni enemistades, provisto de un cerebro sin fiebre, de un puñado de conocimientos y de un bolsillo lleno de experiencias; ser, en cierto modo, un médico de los pobres de espíritu; ayudar a este o a aquel, cuando su cabeza está *turbada por opiniones*, sin que el individuo en cuestión se dé cuenta de que se le ayuda; no tratar de tener la razón ante ellos ni celebrar una victoria, sino hablarles de forma que, a la más mínima e imperceptible indicación u objeción, ellos mismos descubran la verdad y se enorgullezcan de haberla descubierto; ser como un modesto albergue que acoge a todo el que lo necesita, pero el que luego se olvida y hasta inspira burlas; no tener ventaja alguna, ni en una alimentación mejor, ni en un aire más puro, ni en un espíritu más alegre, sino dar siempre, devolver, comunicar, empobrecerse, saber hacerse pequeño para ser accesible a muchos, sin humillar a nadie; tomar sobre sí muchas injusticias y arrastrarse como gusanos sobre toda clase de errores a fin de poder entrar por caminos secretos en lo más íntimo de muchas almas; estar en posesión de un

poder y, sin embargo, mantenerse oculto, renunciando a él; estar constantemente expuesto al sol de la dulzura y de la gracia, sabiendo, no obstante, que el acceso a lo sublime está al alcance de nuestra mano.

450

La seducción del conocimiento. Una simple mirada al dintel de la ciencia ejerce en los espíritus exaltados la mayor de las seducciones. Tales espíritus terminan volviéndose imaginativos y, en el mejor de los casos, poéticos, tan grande es su avidez por la alegría de conocer. ¿No cautiva todos vuestros sentidos ese tono de dulce seducción con el que la ciencia anuncia su buena nueva con cien palabras, y con la más maravillosa de todas, la ciento una, que dice: «Haz desaparecer la ilusión, y así dejarás también de quejarte y de compadecerte de ti mismo; y cuando dejes de quejarte y de compadecerte de ti mismo, desaparecerá también el dolor». (Marco Aurelio)?

451

Los que necesitan un bufón. Los que son muy hermosos, muy buenos, muy poderosos, no captan casi nunca la verdad entera y vulgar, cualquiera que sea el tema de que se trate, pues, en su presencia, se miente involuntariamente un poco, ya que se está influido por la seducción de tales individuos, y, por efecto de dicha impresión, se presenta la verdad atenuada o adaptada a las circunstancias (falseando el color y el grado de los hechos, omitiendo o añadiendo detalles y prescindiendo de lo que no se puede asimilar). Cuando, a pesar de ello, los hombres de esta especie quieren saber la verdad a cualquier precio, necesitan un bufón, un ser que tenga esa prerrogativa de los locos consistente en no poder asimilar las cosas.

452

Impaciencia. En los hombres de pensamiento y de acción, hay un grado de impaciencia que, al más mínimo fracaso, les hace pasarse al campo contrario y les lleva a apasionarse y a entregarse a nuevas empresas, que terminan abandonando también cuando dudan del éxito. De este modo, andan errantes, aventureros y violentos, de un lado para otro, conociendo numerosos reinos y numerosas situaciones, y puede suceder que el conocimiento universal de los hombres y de las

cosas, conseguido por la maravillosa experiencia de sus aventuras, termine haciendo de ellos individuos sumamente prácticos. Así, un defecto de carácter puede llegar a ser una escuela del genio.

453

Interregno moral. ¿Quién sería capaz de intuir hoy lo que reemplazará algún día a los sentimientos y a los juicios morales, aunque sea fácil entender que estos están contaminados de errores fundamentales, que su edificio amenaza inevitablemente ruina, que su sanción disminuye necesariamente de día en día, en la medida en que no disminuye la sanción de la razón? Para realizar la tarea de formular nuevamente las leyes de la vida y de la acción, nuestras ciencias de la fisiología, de la medicina, de la sociedad y de la soledad, no están aún lo bastante seguras de sí mismas, aunque sólo estas ciencias pueden suministrarnos las bases de un nuevo ideal o incluso el propio ideal. Vivimos, pues, una existencia provisional o arrastramos una existencia de perezosos, según nuestros gustos y nuestro talento, y lo mejor que podemos hacer en este interregno es ser, en la medida de lo posible, nuestros propios reyes y no fundar pequeños campos de experimentación. Somos experimentos. ¡Tengamos el valor de serlo!

454

Interrupción. Un libro como este no se ha escrito para ser leído deprisa, de un tirón, ni en alta voz. Hay que abrirlo muchas veces, sobre todo mientras paseamos o viajamos. Es necesario poder sumergirse en él, mirar luego a otra parte y no encontrar a nuestro alrededor nada de lo que nos es habitual.

455

La primera naturaleza. De la forma en que hoy se nos educa, adquirimos una segunda naturaleza, y la poseemos cuando la gente dice que hemos alcanzado la madurez, que nos hemos emancipado, que somos unos individuos útiles. Sólo un pequeño número de individuos tienen lo bastante de *serpientes* para saber cambiar algún día esa piel, cuando la *primera naturaleza* que hay debajo de ella, ha alcanzado la madurez. Pero en la mayoría de los hombres se ahoga esta primera naturaleza cuando aún se encuentra en germen.

456

Una virtud que está en devenir. Afirmaciones y promesas, como las que hacía la filosofía antigua respecto a la armonía entre la virtud y la felicidad o la que hace el cristianismo cuando dice que busquemos el reino de Dios y lo demás se nos dará por añadidura, nunca fueron formuladas con absoluta sinceridad, aunque se hicieran de buena fe. La cosa consistía en presentar con audacia las proposiciones que se pretendía que fueran tenidas por verdaderas como si fueran la verdad misma, aunque estuvieran en contra de la evidencia; y esto sin remordimientos de conciencia religiosos o morales, pues «a la mayor gloria de Dios» se rebasaba el límite de la realidad sin ninguna intención egoísta.

Hoy sigue habiendo muchas personas honradas que se encuentran aún en ese *grado de veracidad*; con tal de actuar de una forma desinteresada, *se sienten* autorizadas a tomar la verdad *muy a la ligera*. Observemos que ni entre las virtudes cristianas ni entre las socráticas, figura la *lealtad*; esta es una de las virtudes más jóvenes; aún no está formada y es frecuente confundirla o no conocerla. Apenas tiene conciencia de sí misma: es algo que se desarrolla, y ese desarrollo podemos acelerarlo u obstaculizarlo, según las tendencias de nuestro espíritu.

457

Discreción suma. Hay hombres que viven una aventura similar a la de los buscadores de tesoros, y descubren, por casualidad, en un alma ajena las cosas que se escondían en ella, adquiriendo así una experiencia difícil de obtener. En determinadas circunstancias se puede conocer a los vivos y a los muertos, lograr que su alma se nos revele hasta el punto de que vacilemos a la hora de hablar de ello, por miedo a que a cada palabra nuestra cometamos una indiscreción. Yo me imagino fácilmente al historiador más sabio quedándose mudo de repente.

458

El primer premio. Hay algo extraordinariamente raro y que nos embriaga: el hombre de gran talento, que posee a su vez el carácter y las inclinaciones propias de un espíritu así, y que encuentra en la vida *aventuras* que responden a su condición.

459

La generosidad del pensador. Rousseau y Schopenhauer tuvieron el suficiente orgullo de grabar en su vida el lema: «consagrar la vida a la verdad». ¡Cuánto debió de resentirse su orgullo al no lograr «consagrar la verdad a la vida» —entendiendo la verdad como ellos lo hacían—, al ver que su vida discurría al lado de su conocimiento como un fagot que desafina al tratar de tocar una melodía! Pero el conocimiento se encontraría en una posición incómoda si se midiera su grado de adaptación al pensador en función de su adaptación a su cuerpo. Y el pensador se encontraría también en una posición incómoda si su vanidad fuera tan grande que no pudiera soportar otra medida que esta. Aquí es donde brilla la virtud más hermosa de los pensadores: la generosidad que muestran al ofrecerse ellos mismos, al ofrecer su vida en sacrificio, cuando buscan el conocimiento, unas veces con humildad, y muchas veces con una ironía suprema y una sonrisa.

460

Utilizar los momentos peligrosos. Aprendemos a conocer mucho mejor a un hombre o a comprender una situación, cuando cada gesto supone un peligro para los bienes, la honra o la vida, ya sea para nosotros o para nuestros allegados. Tiberio, por ejemplo, debió de reflexionar más profundamente sobre el alma del emperador Augusto y sobre su reinado, y debió de conocerlos mejor que el más sabio historiador. Pero, comparativamente hablando, todos nosotros vivimos en un estado de seguridad demasiado grande para poder convertirnos en expertos conocedores del alma humana. Uno conoce por *dilettantismo*; otro, porque no tiene nada que hacer; otro, por hábito. Nadie se dice: «¡Conoce o perecerás!». Mientras las verdades no se graben en nuestra carne a golpes de cincel, mantendremos hacia ellas una especie de reserva, que se parece al desprecio; nos parecerán muy semejantes a ensueños, como si nos fuera posible alcanzarlas o no alcanzarlas, como si pudiéramos *despertamos* de estas verdades, al igual que nos despertamos de un sueño.

461

Hic Rhodus, hic salta. Nuestra música, que puede revestir cualquier forma y que puede y debe transformarse, porque, como el demonio del mar, no tiene en sí un carácter propio, esta música, digo, tentó en otros tiempos el espíritu del sabio cristiano, traduciendo en armonías su ideal. ¿Por qué no ha de acabar encontrando esas armonías más claras, más alegres, más universales, que corresponden al *pensador ideal*? ¿Por qué no ha de haber una música que sea capaz de mecerse

familiarmente bajo las vastas bóvedas flotantes de su alma? Nuestra música ha sido hasta hoy tan grande y tan buena, que para ella no ha habido nada imposible. Que nos demuestre, pues, que es capaz de sentir a un tiempo estas tres cosas: la grandeza, la luz intensa y cálida y el placer de la lógica más elevada.

462

Curaciones lentas. Las enfermedades crónicas, tanto del alma como del cuerpo, raras veces se deben a un burdo atentado contra el alma o contra el cuerpo, sino que, por lo general, tienen su origen en incontables descuidos pequeños, casi imperceptibles. Por ejemplo, quien día a día, en grado insignificante, respira demasiado débilmente y aspira en sus pulmones una cantidad de aire demasiado pequeña, de forma que, en conjunto, no les exige un esfuerzo suficiente ni los ejercita, acaba contrayendo una neumonía crónica. En tales casos, no se puede conseguir la curación más que corrigiendo insensiblemente los hábitos nocivos, a base de adquirir los hábitos contrarios, por ejemplo, aspirando fuerte y profundamente cada cuarto de hora (a ser posible, tumbándose en el suelo boca abajo y utilizando un reloj que dé los cuartos de hora).

Todas estas curaciones son lentas y minuciosas, y el que quiere curarse el alma debe pensar también en cambiar hasta sus hábitos más pequeños. Hay quien se dirige diez veces al día de forma fría y maliciosa a los que le rodean, y no le da a ello importancia alguna, sin darse cuenta de que, al cabo de los años, ha contraído un hábito que desde ese momento le obliga a indisponerse diez veces al día con los que le rodean. Claro que también puede habituarse a hacerles un bien en diez ocasiones al día.

463

El séptimo día. ¿Alabas esto como *obra* mía? ¡Pero si yo no he hecho más que quitarme de encima un peso que me molestaba! Mi alma se ha elevado por encima de la vanidad de los creadores. ¿Alabas en esto mi *resignación*? ¡Pero si yo no he hecho más que quitarme de encima lo que me molestaba! Mi alma se ha elevado por encima de la vanidad de los resignados.

464

La vergüenza del que da. ¡Qué falta de generosidad se aprecia en el que está representando constantemente el papel de dar y de dispensar beneficios públicamente! Lo que hay que hacer es dar y repartir beneficios, ocultando el nombre y el don en sí. O bien no tener nombre alguno, como la naturaleza ciega, que es lo que más nos conforta, porque, en tal caso, no descubrimos a nadie que da y que distribuye beneficios, alguien *de semblante benévolo*.

Bien es cierto que nos habéis privado de esta forma de confortarnos, al introducir a un Dios en la naturaleza, con lo que todo queda exento de libertad y cae en el sometimiento. ¡Cómo! ¿No tenemos nunca derecho a estar solos con nosotros mismos? ¿Hemos de estar siempre vigilados, protegidos, espiados y gratificados? Si siempre hemos de tener alguien al lado, será imposible que se dé en el mundo la mayor parte del valor y de la bondad. ¿No sería mejor mandarlo todo al diablo, a causa de esa indiscreción del cielo, de ese vecino ineludible y sobrenatural? Pero no hace falta, porque todo ha sido un sueño. ¡Despertémonos, pues!

465

Al volver a encontrarse. A: «¿Qué miras? Observo que llevas mucho tiempo parado». B: «Miro siempre lo mismo, y lo que miro me parece siempre algo nuevo. El interés que me despierta una cosa me hace que la persiga hasta tan lejos, que termino por llegar al fondo de ella, y entonces me doy cuenta de que no valía la pena que me haya tomado tanto trabajo. Todas estas experiencias acaban dejándome una especie de tristeza y de estupor. Y esto me pasa unas tres veces al día».

466

La gloria supone una pérdida. ¡Qué ventaja tan grande supone el poder hablar a los hombres como un desconocido! Los dioses nos despojan de *la mitad de nuestras virtudes*, cuando nos sacan del anonimato y nos hacen célebres.

467

Doble paciencia. «De este modo, estás haciendo sufrir a mucha gente». Ya lo sé, y también sé que he de sufrir doblemente: primero, por la compasión que me inspira el dolor ajeno; y segundo, porque se vengarán de mí. Sin embargo, es preciso que me comporte así.

468

El imperio de la belleza es mayor. De la misma forma que nos paseamos por la naturaleza con curiosidad y satisfacción, tratando de sorprender en cada cosa su belleza peculiar, como en flagrante delito; de la misma forma que, unas veces con sol y otras veces bajo un cielo de tormenta, nos esforzamos en ver un lugar concreto de la costa, con sus rocas, sus ensenadas, sus pinos y olivares, con su aspecto de perfección y de maestría: así también, digo, deberíamos pasearnos entre los hombres, explorando e interrogando, haciéndoles bien y mal para que se manifieste la belleza que les caracteriza, belleza que en uno está llena de sol, en otro es tormentosa, y en un tercero se muestra a media luz y bajo un cielo lluvioso. ¿Es que no se puede *gozar* ante un hombre *malo*, como se goza ante un paisaje salvaje que tiene sus propias líneas atrevidas y sus efectos de luz, cuando ese mismo hombre, en cuanto se le toma por bueno y conforme a la ley, aparece a nuestra vista como un dibujo equivocado, como una caricatura, y nos hace sufrir como una mancha de la naturaleza? Bien es cierto que esto está prohibido, pues hasta hoy se ha pensado que lo único lícito es buscar la belleza en lo *moralmente bueno*, lo que explica suficientemente que se hayan descubierto tan pocas cosas y que haya habido que perseguir bellezas imaginarias, que no eran de carne y hueso. Del mismo modo que en los malos se dan cien tipos distintos de felicidad, que los buenos no pueden sospechar, hay en ellos cien clases de belleza, muchas de las cuales todavía están por descubrir.

469

La inhumanidad del sabio. Junto a la pesada marcha del sabio que todo lo aplasta, y que, según las palabras del himno budista, «camina solitario como el rinoceronte», ha de aparecer de vez en cuando una manifestación de humanidad conciliadora y dulce; no bastan los pasos apresurados ni los rasgos de ingenio familiares, ni las agudezas ni la ironía; hacen falta también una cierta dosis de contradicción y un retorno ocasional a los absurdos dominantes. Para que no parezca el rodillo de una apisonadora que avanza ciegamente como el destino, el sabio que quiere enseñar ha de hacer uso hasta de sus defectos para embellecerse. Al pedir que le desprecien, solicita convertirse en el defensor de una verdad usurpada. Quiere llevaros a las montañas y hacer que vuestra vida corra peligro, por lo que os autoriza voluntariamente a que os venguéis, antes o después, de un guía semejante. A este precio paga la satisfacción de ir delante de vosotros como *jefe de fila*. ¿Recordáis lo que se os ocurrió el día que os condujo por una oscura caverna, a través de un resbaladizo sendero? Vuestro corazón latía aceleradamente y se decía: «Este guía

podía hacer algo mejor que trepar por aquí. Pertenece a esa clase de perezosos que están llenos de curiosidad. No le demos demasiada importancia haciéndole ver que le *seguimos* porque le concedemos gran valor».

470

En el banquete multitudinario. ¡Qué felicidad la de ser alimentado, como los pájaros, por la mano de un solo hombre, que lanza el grano sin reparar en quién lo recibe y en si se merece que se lo den! ¡Vivir como un pájaro que viene a tomar su sustento y luego echa a volar sin llevar un nombre grabado en el pico! Por eso me agrada tanto saciarme en el banquete multitudinario.

471

Otra forma de amar al prójimo. La marcha agitada, ruidosa, desigual, nerviosa, está en contra de las *grandes pasiones*. Estas se encuentran en lo más íntimo del hombre como un brasero silencioso y oculto, y, al acumular allí todo su calor y todo su ímpetu, permiten al hombre mirar hacia fuera con frialdad e indiferencia, e imprimen a sus facciones una cierta impasibilidad. Llegado el caso, los hombres así son capaces de *mostrar amor al prójimo*, pero este amor difiere mucho del de las personas sociables y ansiosas de agradar; se manifiesta en una dulce benevolencia, contemplativa y serena. En cierto modo, estos hombres miran desde lo alto de esa torre suya que constituye a un tiempo su fortaleza y su prisión. ¡Cuánto bien les hace mirar hacia fuera y ver lo que les es externo y diferente!

472

No justificarse. A: Pero ¿por qué no quieres justificarte? B: Podría hacerlo en este caso y en muchos otros casos, pero desdeño el placer de la justificación, pues todo esto me importa poco, y prefiero llevar una mancha a proporcionar a la gente mezquina el pérfido placer de pensar que concedo mucha importancia a estas cosas. Esto no sería cierto. Quizá tendría que concederme más importancia a mí mismo para pensar que debo rectificar las ideas falsas que se formen de mí los demás; pero soy demasiado indiferente e indolente respecto a mi persona y respecto a lo que esta suscita.

473

Dónde hemos de edificar nuestra casa. Si estando solo, te sientes grande y fecundo, la compañía te volvería pequeño y estéril, y a la inversa. Donde te asalte el sentimiento de una poderosa dulzura, similar a la de un padre, allí deberás edificar tu casa, ya sea en el silencio de la soledad o entre el bullicio de la multitud. «Donde soy padre, allí está mi patria».

474

Los únicos caminos. «La dialéctica es el único camino que conduce a la divinidad y que permite atravesar el velo de la apariencia»; esto es lo que sostenía Platón con la misma pasión y solemnidad con que Schopenhauer defendía lo contrario. Y ambos se equivocaban, pues no existe aquello adonde conducía el camino que marcaban. Todas las grandes pasiones de la humanidad, ¿no han sido hasta hoy pasiones por nada? Y todas las solemnidades de la humanidad, ¿no han sido solemnidades a causa de nada?

475

Hacerse pesado. No le conocéis; es capaz de cargar con muchos pesos, y, sin embargo, levantarlos todos ellos hasta las alturas. Y vosotros, con vuestros cortos vuelos, creéis que si carga con tanto peso, es porque *no quiere elevarse*.

476

La fiesta de la cosecha del espíritu. La experiencia, los acontecimientos de la vida, lo que estos nos hacen reflexionar y los ensueños que ello suscita, crecen y se acumulan día a día constituyendo una riqueza inmensa y enloquecedora. Da vértigo contemplar esa riqueza. No comprendo cómo se puede llamar bienaventurados a los pobres de espíritu; aunque a veces, cuando me siento cansado, les envidio, pues resulta difícil administrar semejante riqueza, y no es raro que esta dificultad impida toda clase de felicidad. ¡Ay! ¡Si pudiéramos contentarnos con contemplar ese tesoro; si no fuéramos avaros más que de nuestro propio conocimiento!

477

Libre del escepticismo. A: Otros abandonan un escepticismo moral generalizado aburridos y débiles, roídos, carcomidos y medio corroídos, pero yo salgo más valiente y más sano que nunca, con los instintos reconquistados. Cuando corta la brisa, sube la marea y no hay peligros pequeños que vencer, empiezo a sentirme a gusto. No me he convertido en gusano, aunque muchas veces haya tenido que actuar y roer como un gusano. B: Si *niegas*, es porque has *dejado* de ser escéptico. A: Y por eso mismo he aprendido nuevamente a *afirmar*.

478

No nos detengamos. No le importunéis. Dejadle en su soledad. ¿Queréis que termine rompiéndose del todo? Se ha rajado como un vaso en el que se ha echado un líquido muy caliente. ¡Era de un material tan precioso!

479

Amor y veracidad. Por amor nos hemos convertido en criminales peligrosos para la verdad; en encubridores habituales que proclamamos más verdades de las que admitimos. Por eso conviene que el pensador ahuyente de vez en cuanto a las personas a las que ama (que no serán precisamente las que le aman a él), para que le muestren su aguijón y su maldad y dejen de *seducirle*. Por eso la bondad del pensador ha de tener su luna creciente y su luna menguante.

480

Inevitable. Os pase lo que os pase, quien no os quiera bien encontrará en lo que os ocurra un pretexto para empequeñeceros. Si sufrís las más hondas perturbaciones en vuestro espíritu y en vuestro conocimiento, y acabáis llegando, como convalecientes, con una melancólica sonrisa, a la libertad y a la luz silenciosa, no faltará alguien que os diga; «Este utiliza su enfermedad como un argumento, hace uso de su importancia para demostrar que todos somos impotentes; es lo suficientemente vanidoso para caer enfermo por gusto a fin de experimentar el prestigio que suministra el dolor». Y si alguien rompe sus ataduras, y, al hacerlo, se hiere

profundamente, siempre habrá alguien que aluda a ello en son de sorna: «¡Qué torpe es —dirá—! ¡No podía sucederle otra cosa a un hombre que se había acostumbrado a sus ataduras y que ha cometido la locura de romperlas!».

481

Dos alemanes. Si comparamos a Kant y a Schopenhauer con Platón, con Spinoza, con Pascal, con Rousseau y con Goethe, en lo referente a su alma, no a sus aptitudes intelectuales, advertiremos que los dos primeros se encuentran en una posición desfavorable. Sus ideas no representan la historia de un alma apasionada, no hay en ellas una novela que se entrevea, unas crisis, unas catástrofes, unas horas de angustia. Su pensamiento no es, a la vez, la biografía involuntaria de su alma: en el caso de Kant es la de un *cerebro* y en el de Schopenhauer es la descripción y el reflejo de un *carácter* (de un carácter *inmutable*); y en ambos, el placer que proporciona el *espejo* en sí, el goce de encontrar una inteligencia de primer orden. Cuando se transparenta detrás de sus ideas, Kant se nos presenta como un hombre honrado en toda la extensión de la palabra, pero insignificante; le falta amplitud y poder; ha *vivido* poco, y su forma de trabajar le quita el tiempo que necesitaría para vivir. Entiéndase bien que no me refiero a vivir los *acontecimientos* vulgares, externos a él, sino a las vacilaciones y destinos a los que está sometida el alma más solitaria y silenciosa, cuando esa vida tiene momentos de ocio y se consume en una meditación apasionada. Schopenhauer le aventaja algo: al menos, posee una determinada *fealdad violenta* que le es congénita y que se revela en sus odios, en sus deseos, en su vanidad y en su desconfianza; tiene inclinaciones más feroces. Sin embargo, le faltó *evolucionar*, lo mismo que le sucede al conjunto de sus ideas: careció de *historia*.

482

Escoger las compañías. ¿Estaremos pidiendo demasiado cuando tratamos de relacionarnos con hombres dulces, agradables al gusto y *nutritivos*, como las castañas que se ponen a asar cuando están maduras y se retiran del fuego en el momento oportuno; con hombres que esperan poco de la vida y que prefieren aceptarla como un regalo en lugar de merecerla, como si fueran los pájaros y las abejas quienes se la hubiesen traído; con hombres que son demasiado orgullosos para sentirse alguna vez recompensados y demasiado serios en su pasión por el conocimiento y la rectitud para tener tiempo que dedicar a la gloria y para que esta les complazca? A estos hombres les llamamos filósofos, pero ellos se dan un nombre más modesto.

483

Estar harto del hombre. A: ¡Busca el conocimiento, sí, pero siempre como hombre! ¿Cómo? ¿Ser siempre espectador de la misma comedia, representar siempre un papel en ella; no poder contemplar las cosas más que con estos mismo ojos? ¡Cuántos seres debe haber, que tengan ojos más aptos para el conocimiento! ¿Qué es lo que acabará descubriendo la humanidad después de todo su conocimiento? ¡Sus órganos!, lo que tal vez equivalga a decir su imposibilidad de conocer. ¡Qué miseria y qué asco! B: Estás en un mal momento; te acosa la razón. Pero mañana te encontrarás bien y volverás de lleno al conocimiento, y, con ello, de lleno a la sinrazón, es decir, al *goce* que te produce todo lo humano. ¡Ven a la orilla del mar!

484

Nuestro camino. Cuando damos el paso decisivo y emprendemos el camino que es *nuestro camino*, se nos revela de pronto un secreto: todos los que eran nuestros amigos y familiares se habían atribuido una superioridad sobre nosotros, y ahora se sienten ofendidos. Los mejores de ellos son tolerantes y esperan pacientemente que volvamos al *camino recto*, el camino que ellos conocen bien. Otros se burlan y creen que somos víctimas de un ataque de locura pasajera, o denuncian con amargura a alguien que piensan que nos ha seducido. Los peores nos tienen por locos y tratan de echarnos en cara los móviles de nuestra conducta; el peor de todos nos considera su peor enemigo, a quien una larga subordinación ha llenado de venganza, y nos teme. ¿Qué habrá que hacer? Lo siguiente: inaugurar nuestro reinado concediendo previamente durante un año amnistía general a nuestros enemigos por toda clase de delitos.

485

Perspectivas lejanas. A: Pero ¿a qué viene esta soledad? B: No estoy enfadado con nadie, pero cuando estoy solo, me parece que veo mejor a mis amigos, que les veo bajo una luz más favorable que cuando estoy con ellos. Cuando más me gustaba la música y cuando tenía un sentimiento más exacto de ella, era cuando vivía alejado de la misma. Parece como si tuviera necesidad de perspectivas lejanas para pensar bien las cosas.

486

El oro y el hambre. A veces encontramos a un hombre que convierte en oro todo lo que toca. Un buen día acabará descubriendo que está a punto de morirse de hambre. Todo lo que le rodea es brillante, soberbio, ideal e inaccesible, por lo que ahora aspira a encontrar cosas que no pueda convertir en oro de ningún modo. ¡Con cuánta violencia lo desea! ¡Con el ansia de quien se está muriendo de hambre y ansia algo de comer! ¿De qué se apoderará?

487

Vergüenza. Mira ese hermoso corcel que piafa y relincha; está ansioso de correr y espera impaciente al que suele montarle. Pero ¡qué vergüenza! El jinete no puede subirse a la silla: está cansado. Esa es la vergüenza que siente el pensador cansado ante su propia filosofía.

488

Contra la prodigalidad en el amor. ¿No nos ruborizamos cuando nos sorprendemos en flagrante delito de aversión violenta? Pues lo mismo nos deberían ruborizar nuestras simpatías intensas, por lo que tienen de injustas. Más aún, hay hombres que se sienten molestos y con el corazón oprimido cuando alguien les prodiga su simpatía, quitándosela a los demás, cuando aprecian por el tono de voz que ellos son los elegidos, los preferidos. ¡Ay!, no siento gratitud alguna por este tipo de preferencias, y hasta guardo rencor a quien quiere distinguirme de ese modo; no quiero que me amen *a costa* de los demás. Me cuesta trabajo contenerme, y a veces se desborda mi corazón y tengo razones para ser vanidoso. A quien tiene esto no se le debe dar lo que otros tan amargamente necesitan.

489

Amistades en conflicto. A veces notamos que uno de nuestros amigos se lleva mejor con un tercero que con nosotros, que su delicadeza se resiente al tener que escoger y que su egoísmo no está a la altura de su decisión. Entonces hemos de darle facilidades para que abandone nuestra amistad e incluso *ofenderle* con vistas a que se

distancie de nosotros. Esto es igualmente necesario cuando nuestra forma de pensar podría ser funesta para él; es preciso que nuestro afecto hacia él nos impulse a darle, cargando sobre nosotros una injusticia, la tranquilidad de conciencia que le permita alejarse de nosotros.

490

Las pequeñas verdades. Conocéis todo eso, pero nunca lo habéis visto; en consecuencia, no acepto vuestro testimonio. Habláis de «pequeñas verdades», pero os parecen pequeñas porque no las habéis pagado con vuestra sangre. ¿Creéis que son grandes porque las habéis pagado demasiado caras? ¿Tan cara pensáis que vale la sangre? ¡Qué avaros sois de vuestra sangre!

491

La razón para estar solo. A: ¿Quieres regresar al desierto? B: No estoy preparado. Tengo que esperarme a mí mismo; siempre tarda mucho en subir de nivel el agua del pozo de mi yo, y me dura más mi sed que mi paciencia. Por eso vuelvo a la soledad, para no beber en las cisternas en las que bebe todo el mundo. En medio de la multitud vivo como la mayoría y no pienso como yo pienso. Al cabo de cierto tiempo tengo la impresión de que quieren desterrarme de mí mismo y arrebatarme el alma, y empiezo a odiar y a temer a todo el mundo. Entonces necesito el desierto para volver a ser bueno.

492

Bajo el efecto de los vientos del sur. A: ¡Ya no me entiendo a mí mismo! Ayer sentía la soledad en mi interior, algo cálido, soleado y lleno de claridad. Pero hoy, en cambio todo me parece tranquilo, vasto, melancólico y sombrío como la laguna de Venecia. No deseo nada y suspiro satisfecho. Sin embargo, me indigna íntimamente esta falta de voluntad. En el lago de mi melancolía se van formando las pequeñas olas blancas y espumosas de mis dudas. B: Estás describiendo una ligera enfermedad muy agradable. El viento del norte te curará muy pronto. A: ¿Y para qué?

493

De su propio árbol. A: No me agradan las ideas de ningún pensador tanto como las mías. Bien es cierto que esto no prueba nada en favor de mis ideas, pero sería absurdo por mi parte que renuncie a unos frutos sabrosos tan sólo porque han crecido casualmente en mi árbol. Ya cometí esta locura en otros tiempos. B: A otros les pasa lo contrario, y ello tampoco quiere decir nada respecto al valor de sus ideas, ni mucho menos en contra del valor de las mismas.

494

El último argumento del valiente. «Entre esa maleza hay serpientes». Bien, entonces me meteré en ella y las mataré. «Pero puedes ser tú el que perezca antes de matarlas». ¿Y qué importancia tengo yo?

495

Nuestros maestros. Durante la juventud aceptamos a los maestros y a los líderes del momento y del ambiente en donde nos coloca el azar. Tenemos el convencimiento infundado de que en el momento presente ha de haber maestros que pueden servirnos mejor que cualquier otro y que los encontramos sin buscarlos. Al cabo del tiempo nos hace sufrir mucho este infantilismo: *hemos de expiar a nuestros maestros en nosotros*. Puede que entonces recorramos el mundo presente y pasado en busca de verdaderos guías, aunque quizá ya sea demasiado tarde. Y, en el mejor de los casos, descubriremos que vivían cuando éramos jóvenes y que nos equivocamos al no elegirlos.

496

El principio malo. Platón demostró admirablemente que, en toda sociedad establecida, el pensador filosófico ha de ser forzosamente considerado como la encarnación de toda maldad, pues, como crítico de las costumbres, es lo contrario de todo hombre moral, y si no logra convertirse en legislador de nuevas costumbres, su recuerdo perdurará en la memoria de los hombres con el nombre de «principio malo». Por esto podemos adivinar la reputación que hubo de sufrir Platón durante su vida en una ciudad tan liberal e innovadora como Atenas. ¿Qué tiene esto de extraño si el filósofo que, como decía el propio Platón, tenía el *instinto político* en el cuerpo, llevó a cabo tres intentos de reforma en Sicilia, donde parecía que iba a organizarse

entonces un Estado griego mediterráneo? En ese Estado pensaba hacer Platón para los griegos lo que luego haría Mahoma para los árabes: establecer los usos y costumbres públicos y privados, y la vida diaria de cada hombre. La realización de sus ideas era posible, como luego lo fue las de Mahoma. ¿No ha quedado demostrado que ideas mucho más increíbles aún, como las del cristianismo, eran realizables? Un azar más o menos, y el mundo hubiese asistido a la platonización del sur de Europa. Si esta situación se hubiera mantenido hasta nuestros días, es probable que hoy veneráramos a Platón como el principio bueno. Pero no tuvo éxito, y por eso conserva la reputación de soñador y de utópico, y eso que los epítetos más duros desaparecieron con la antigua Atenas.

497

El ojo purificador. Habría que hablar, antes que en ningún otro caso, de *genio* al referirse a hombres como Platón, Spinoza o Goethe, en los que la inteligencia no aparece vinculada al carácter ni al temperamento sino de una forma muy *débil*, como un ser alado que se separa fácilmente de estos y que puede elevarse muy por encima de ellos. Por el contrario, quienes no consiguieron librarse nunca de su temperamento fueron precisamente los que con mayor frecuencia se adornaron con el epíteto de *genios*, los que supieron dar a su temperamento la expresión más espiritualizada, más general y más vasta, una expresión que, en determinadas circunstancias, puede considerarse cósmica (por ejemplo, en Schopenhauer). Estos genios no supieron volar por encima de sí mismos, sino que creyeron *descubrirse* o reencontrarse en todas las partes donde dirigían su vuelo. En esto radica su *grandeza*, pues esto *puede ser* grandeza. Los otros pensadores —que es a los que cabe dar con mayor exactitud el calificativo de genios— poseen el ojo *puro y purificador*, que no parece proceder ni de su temperamento ni de su carácter, sino que, libre de estos, y las más de las veces en amable contradicción con estos, considera el mundo como si fuera un dios y ama a ese dios. Sin embargo, este ojo tampoco les fue dado de una sola vez. Hay una preparación y un aprendizaje en el arte de ver, y quien tiene verdadera suerte encuentra a tiempo a un maestro que le enseña la visión pura.

498

No exigir. ¡No le conocéis! Es cierto que se somete fácil y espontáneamente a los hombres y a las cosas, y que es bueno con unos y con otras —lo único que pide es que le dejan tranquilo—, pero sólo a condición de que ni los hombres ni las cosas le

exijan que se someta a ellos. Toda exigencia le hace ponerse orgulloso, hosco y belicoso.

499

El malo. «Sólo es malo el individuo solitario», decía Diderot, y Rousseau se dio por aludido y se sintió mortalmente ofendido; lo que significa que confesaba su forma de ser y reconocía que Diderot llevaba razón. Bien es cierto que todo instinto malo ha de imponerse a sí mismo en la sociedad y en las relaciones sociales tanto sometimiento, y ha de ponerse tantas caretas y acostarse tantas veces en el lecho de Procusto de la virtud, que cabría decir sin exageraciones que el individuo malo sufre un auténtico martirio. La soledad hace que desaparezca todo esto. El malo lo es todavía más en soledad, y el mejor —vaya esto por aquellos que van buscando el espectáculo en todas partes— lo es también con mayor perfección cuando está solo.

500

A contrapelo. Un pensador puede imponerse la obligación durante años de pensar a contrapelo, es decir, a no seguir los pensamientos que se le presentan, procedentes de su interior, sino aquellos a los que le obligan un empleo, una división establecida del tiempo o una manera arbitraria de trabajar. Pero acaba cayendo enfermo, pues esta coacción moral destruye tan radicalmente su fuerza nerviosa como podría hacerlo una vida licenciosa que se hubiese impuesto a sí mismo por obligación.

501

¡Almas mortales! La conquista más útil que se ha conseguido en el terreno del conocimiento es la de haber renunciado a la creencia en la inmortalidad del alma. Ahora la humanidad tiene derecho a esperar; ahora no necesita precipitarse ni aceptar ideas mal examinadas, como había que hacer antiguamente. Entonces, la salvación de la pobre *alma inmortal* dependía de sus convicciones durante una corta existencia; tenía que decidir de hoy a mañana, y el *conocimiento* revestía una importancia espantosa. Nosotros hemos reconquistado el valor de equivocarse, de ensayar, de adoptar conclusiones provisionales —todo lo cual tiene ya menos importancia—, y precisamente por eso los individuos y hasta las generaciones enteras pueden entrever

tareas tan grandiosas que en otros tiempos hubiesen parecido locuras o una burla impía del cielo y del infierno. Tenemos el derecho a experimentar en nosotros mismos. La humanidad entera tiene ese derecho. Aún no se han realizado los mayores sacrificios en aras del conocimiento. Sospechar de ideas como las que hoy preceden a nuestros actos hubiera supuesto antes un sacrilegio y la pérdida de nuestra salvación eterna.

502

Una sola palabra para tres estados diferentes. En uno, la pasión hace que se soliviante la bestia salvaje, horrible e intolerante; otro, gracias a ella, se eleva a una altura y alcanza una amplitud y un esplendor tales que hace que parezca mezquina su existencia habitual y corriente; un tercero, cuyo carácter respira nobleza por los cuatro costados, sigue siendo noble en sus ímpetus y encarna, cuando se encuentra en ese estado, a la naturaleza *salvaje y bella*, a sólo un grado por debajo de la gran naturaleza serena y bella que representa habitualmente. Pero los hombres le comprenden mejor cuando le ven apasionado y le veneran más a causa de esos momentos. Le encuentran entonces un poco más cerca de ellos y se les parece más. Al contemplarle, experimentan encanto y temor, y entonces *precisamente le consideran divino*.

503

Amistad. Criticar la vida filosófica argumentando que con ella resultamos inútiles a nuestros amigos, es algo que no se le habría ocurrido nunca a un hombre moderno. Pertenece a la antigüedad. Efectivamente, los antiguos vivieron profunda e intensamente la idea de amistad y casi se la llevaron con ellos a la tumba. En esto nos aventajaron. Nosotros, en cambio, contamos con el amor ideal entre los sexos. Todas las grandes cosas que realizó la humanidad antigua obtuvieron su fuerza del hecho de que el hombre era amigo del hombre y que ninguna mujer podía abrigar la pretensión de ser para el hombre el objeto de amor más inmediato y elevado, ni tampoco el objeto único, como hoy predica el concepto de pasión amorosa. Puede que nuestros árboles no crezcan tan altos a causa de la hiedra y de las vides que se abrazan a ellos.

504

Conciliar. ¿Será quizá tarea de los filósofos conciliar lo que aprende el *niño* con lo que el hombre conoce por experiencia? ¿Será entonces la filosofía tarea de jóvenes, ya que estos se encuentran a medio camino entre la infancia y la madurez y tienen, en consecuencia, necesidades intermedias? Así parece que deba ser, si consideramos a qué edad de la vida suelen hoy crear sus concepciones los filósofos: cuando es demasiado tarde para la fe y demasiado pronto para la ciencia.

505

Los individuos prácticos. A los pensadores nos corresponde el derecho a establecer el buen gusto en todo e incluso a imponerlo si hace falta. Los individuos prácticos lo recogen de nosotros, y su dependencia de nosotros es, en este aspecto, increíblemente grande. Este es el espectáculo más ridículo que podemos presenciar, aunque ellos quieren ignorar esta dependencia y les gusta considerarnos con orgullo como personas carentes de sentido práctico, aunque llegarían incluso a despreciar su vida práctica si nosotros quisiéramos despreciarla, lo cual nos podría generar de vez en cuando un cierto deseo de venganza.

506

La necesidad de hacer lo bueno. ¿Hemos de considerar una obra del mismo modo que juzgamos la época que la ha producido? ¿No habéis observado que mientras una obra buena se encuentra expuesta al aire húmedo de su época, posee un valor mínimo porque conserva aún el olor de la plaza pública, de la oposición, de las opiniones recientes y de todo lo que se marchita de la mañana a la noche? Luego, se seca; se extingue su *vida temporal*, y entonces adquiere su brillo, su perfume y, si es apta para ello, la mirada serena de la eternidad.

507

Contra la tiranía de lo verdadero. Aunque fuéramos lo bastante insensatos como para considerar verdaderas todas nuestras opiniones, sin embargo, no desearíamos que fuesen las únicas. No veo la razón de que haya que desear la omnipotencia y la tiranía de la verdad; basta saber que la verdad posee una gran fuerza. Pero es preciso que pueda *luchar*, que tenga una oposición, y que, de cuando en cuando, podamos *descansar* de ella en lo que no es verdad. De lo contrario, lo

verdadero se volvería aburrido, sin gracia y sin fuerza, y haría que a nosotros nos pasara lo mismo.

508

No se debe adoptar un tono patético. Lo que hacemos para sernos *útiles* a nosotros mismos, no debe reportarnos alabanzas morales, ni propias ni ajenas. El buen tono exige que, en estos casos, los hombres superiores eviten adoptar un tono patético y se abstengan de todo patetismo. Quien se acostumbra a este buen tono recupera la ingenuidad.

509

El tercer ojo. ¡Cómo! ¿Sigues necesitando ir al teatro? ¿Tan joven eres? Sé formal y busca la tragedia y la comedia donde mejor se representan, en el lugar donde la acción es más interesante y más interesada. Admito que no es fácil limitarse a ser espectador, pero aprende a serlo. Y en casi todas las situaciones que te parezcan difíciles y penosas encontrarás una salida hacia la alegría y un refugio, incluso cuando veas que te asaltan tus propias pasiones. Abre el ojo que empleas cuando vas al teatro, ese tercer gran ojo que mira el mundo a través de los otros dos.

510

Huir de sus propias virtudes. ¿Qué valor tiene un pensador que no sabe huir de sus propias virtudes cuando llega el momento oportuno? El pensador debe ser *algo más que un ser moral*.

511

La tentadora. La honradez es la gran tentadora de todos los fanáticos. Quien se acercaba a Lutero para tentarle bajo la forma del diablo o de una mujer hermosa, y contra quien se defendió de una forma tan burda, debió de ser la honradez, o quizá, en casos más raros, la verdad.

512

Valiente ante las cosas. El que, de acuerdo con su carácter, está lleno de consideraciones y de timidez para con las personas, pero muestra toda su valentía ante las cosas, teme las relaciones nuevas, y restringe las antiguas para que se confundan en la verdad su incógnito y su radicalismo.

513

Límites y belleza. ¿Buscas hombres con una *bella* cultura? Entonces tendrás que aceptar, como cuando buscas hermosas comarcas, perspectivas y aspectos limitados. Hay, ciertamente, hombres panorámicos, que son instructivos y admirables, pero que están desprovistos de belleza.

514

A los más fuertes. A vosotros, los espíritus más fuertes y orgullosos, no se os pide más que esto: que no nos impongáis nuevas cargas y que, ya que sois tan fuertes, toméis una parte de nuestro fardo. Pero, como queréis alzar el vuelo, ¡cuánto os gusta hacer lo contrario! Por eso tenemos que añadir vuestra carga a la nuestra, es decir, arrastrarnos por el suelo.

515

Aumento de la belleza. ¿Por qué aumenta la belleza con la civilización? Porque entre los hombres civilizados cada vez se dan con menos frecuencia las tres cosas que ocasionan la fealdad: primera, las pasiones, en sus más salvajes manifestaciones; segunda, el esfuerzo físico llevado hasta el extremo; tercera, la necesidad de inspirar miedo con nuestro aspecto, necesidad que, en los estadios inferiores y menos seguros de la civilización, es tan grande y tan frecuente que determina incluso las actitudes y las ceremonias, convirtiendo la fealdad en un *deber*.

516

No meter nuestro demonio en el prójimo. Aceptamos de momento que lo que constituye al hombre bueno es la benevolencia y los beneficios, pero no dejemos de añadir: «a condición de que empiece por ser benévolo consigo mismo y por hacerse beneficios a sí mismo», pues de lo contrario huirá de sí mismo, se detestará y se hará daño, con lo que no será un hombre bueno. En tal caso, no hará más que salvarse de sí mismo *en los demás*: que estos se cuiden de que no les pase nada malo, a pesar de todo el bien que aquel parece desearles. Pero esto precisamente, es decir, huir de nuestro yo y odiarle, vivir en los demás y para los demás, es lo que se ha venido considerando hasta hoy —con tanta sinrazón como seguridad— *no egoísta*, y, en consecuencia, *bueno*.

517

Inducir a amarse. A quien se odia a sí mismo hay que tenerle miedo, ya que podemos ser víctimas de su cólera y de su venganza. Procuremos, pues, inducirle a que se ame a sí mismo.

518

Resignación. ¿Qué es la resignación? Es la situación más cómoda en la que se encuentra un enfermo a quien sus dolores le han perturbado lo suficiente para *descubrirla*, y al que esa perturbación le ha dejado *cansado*, lo que le ha hecho dar con la resignación.

519

Engañarse. «Desde el momento en que quieras hacer algo, has de cerrar las puertas a la duda», decía un hombre de acción. «¿Y no temes engañarte?», preguntaba un contemplativo.

520

La eterna ceremonia fúnebre. Si prestamos atención a la historia en general, podríamos creer que oímos una oración fúnebre continua; siempre se ha estado enterrando, y se sigue enterrando aún, lo más querido: pensamientos y esperanzas,

mientras que se recibe, en cambio, orgullo, gloria del mundo; es decir, la pompa del discurso necrológico. Así es como lo arreglamos todo, y el que pronuncia la oración fúnebre es el mayor bienhechor público.

521

Vanidad excepcional. Ese hombre tiene una elevada cualidad, que le sirve de consuelo; sus ojos miran con desprecio lo restante de su ser… y casi todo él es eso restante. Pero el hombre en cuestión descansa de sí mismo cuando se refugia en esa especie de santuario; hasta el camino que sube hasta él le parece compuesto por anchos y cómodos escalones. ¡Qué crueles sois, cuando pretendéis llamarle vanidoso por eso!

522

La sabiduría sin oídos. Oír diariamente lo que dicen de nosotros y tratar de descubrir incluso lo que piensan de nosotros, es algo que termina aniquilando hasta al individuo más fuerte. Si los otros nos dejan vivir, es para tener diariamente razón contra nosotros. No nos soportarían, si fuéramos nosotros quienes tuviésemos razón contra ellos, y menos aún si *pretendiéramos* tener razón. En suma, hagamos este sacrificio en aras de la buena armonía general; no escuchemos cuando hablen de nosotros, cuando nos alaben o nos critiquen; y ni siquiera pensemos en ello.

523

Preguntas insidiosas. Cuando un hombre deja entrever algo, permitiendo que se haga visible, podemos preguntar: ¿qué trata de ocultar, de dónde quiere distraer nuestra mirada, a qué prejuicio intenta recurrir, hasta dónde alcanza la sutileza de su disimulo, y en qué medida se equivoca al actuar así?

524

Celos de los solitarios. Entre los caracteres sociables y los caracteres solitarios se da esta diferencia (suponiendo que ambos son inteligentes): los primeros se satisfacen o casi se satisfacen con una cosa, cualquiera que sea, y en cuanto descubren en su

espíritu una ocurrencia afortunada y comunicable relativa a ese tema, esto les reconcilia hasta con el diablo. Los solitarios, en cambio, sienten un placer callado ante las cosas, o bien estas les producen un dolor silencioso; detestan exponer de una forma ingeniosa y brillante sus problemas íntimos, del mismo modo que rechazan que la mujer a quien aman se ponga un vestido muy llamativo: entonces la miran con melancolía, como si sospecharan que trata de gustar a otros. Estos son los celos que tienen respecto a la inteligencia todos los pensadores solitarios y todos los soñadores apasionados.

525

Los efectos de las alabanzas. Cuando les alaban mucho, unos se avergüenzan y otros se ponen impertinentes.

526

No querer servir de símbolo. Compadezco a los príncipes, porque no les está permitido anularse de vez en cuando en sociedad, y por eso no pueden conocer a los hombres más que en una postura incómoda y en un estado de disimulo constante; la obligación continua de representar algo acaba convirtiéndoles en solemnes nulidades. Lo mismo les pasa a todos los que tienen el deber de ser un símbolo.

527

Los hombres ocultos. ¿No os habéis encontrado aún con uno de esos hombres que contienen su encantador corazón, que lo oprimen, y que prefieren guardar silencio a perder la vergüenza de la proporción y la medida? ¿Y no habéis tropezado tampoco con uno de esos hombres molestos y muchas veces bonachones, que quieren pasar desapercibidos, que borran las huellas que dejan en la arena, y que llegan incluso a engañarse y a engañar, con tal de permanecer ocultos?

528

Abstinencia rara. Muchas veces constituye una muestra de humanitarismo que no carece de importancia el no querer juzgar a alguien y negarse a hacer

consideraciones sobre él.

529

Cómo adquieren brillo los hombres y los pueblos. ¡De cuántos actos muy individuales nos abstenemos sólo porque, antes de realizarlos, tememos que sean mal interpretados o nos asalta la duda de que puedan serlo! Estos actos son, precisamente, los que tienen un *auténtico valor*, ya sea en un sentido bueno o en un sentido malo. Por consiguiente, cuanto más estime a los individuos una época o un pueblo, y más derechos y supremacías les conceda, más actos de esta clase saldrán a la luz del día. De este modo se extiende sobre las épocas y sobre pueblos enteros un cierto destello de sinceridad y de franqueza, en un sentido bueno y en un sentido malo; algunos, como en el caso de los griegos, continúan proyectando sus rayos incluso miles de años después de su desaparición.

530

Rodeos del pensador. En algunos hombres la marcha del pensamiento es severa, inflexiblemente audaz y, en ocasiones, incluso cruel consigo mismo. En los detalles, sin embargo, estos destellos, son amables y flexibles; dan cien vueltas en torno a una cosa, vacilando con benevolencia, pero terminan siguiendo su camino recto. Son ríos con múltiples curvas y con parajes aislados; hay lugares en los que las aguas juegan al escondite consigo mismas, y, al pasar, se permiten coquetear brevemente con los islotes, con los árboles, con las grutas y con las cascadas; luego, siguen su curso entre las rocas, abriéndose camino a través de los más duros peñascos.

531

Sentir el arte de otro modo. Desde el momento en que un hombre se pone a hacer vida de ermitaño, sin otra compañía que sus pensamientos profundos y fértiles, o bien no quiere saber ya nada del arte, o bien le exige algo distinto, es decir cambia de gusto. Antes quería penetrar por un instante, a través del arte, en el elemento donde hoy vive de una manera estable; entonces evocaba en sueños el encanto de la posesión; ahora, en cambio, posee. Por el contrario, lo que ahora le causa placer es desprenderse de lo que tiene y soñar que es pobre, niño, mendigo y loco.

532

El amor nos hace iguales. El amor tiende a impedir que el amante se sienta ajeno a la persona que ama; por consiguiente, recurre a disimulos y asimilaciones, engaña sin cesar y finge una igualdad que no existe en la realidad. Esto se hace tan instintivamente, que muchas mujeres enamoradas niegan que se dé este disimulo y este engaño dulce y constante, y se atreven a sostener que el amor *nos hace iguales* (es decir, que realiza el mayor de los milagros).

Este fenómeno es muy sencillo cuando una persona *deja que le amen*, sin fingimientos, dejando esta labor a cargo del otro amante; pero no hay comedia más embrollada ni más intrincada que esta, cuando ambos están llenos de pasión mutua. Entonces, cada uno de ellos renuncia a sí mismo y se coloca en el nivel del otro, tratando de obrar siempre como él; en ese sentido ninguno sabe ya lo que debe imitar, lo que debe fingir, cómo debe presentarse. La locura que supone semejante espectáculo es demasiado hermosa para este mundo y demasiado sutil para los ojos humanos.

533

Nosotros, los principiantes. ¡Cuántas cosas ve y adivina un cómico cuando observa la actuación de otro! Aprecia cuándo un músculo no acompaña a un gesto; deja a un lado esas cosas ficticias que se ensayan por separado y a sangre fría delante del espejo y que no logran fundirse con el conjunto; advierte cuándo el actor se ve sorprendido en escena por su propio artificio y con su sorpresa echa a perder el efecto. ¡De qué modo tan distinto ve un pintor al hombre que se mueve delante de él! Ante todo, ve muchas más cosas de las que existen en realidad, para poder completar lo que tiene delante y producir el efecto; ensaya en su memoria diferentes iluminaciones de un mismo objeto; da variedad al conjunto, a base de añadir a él una oposición. ¡Ojalá tuviéramos los ojos de ese cómico y de ese pintor para mirar el mundo del alma humana!

534

Las pequeñas dosis. Para que una transformación se extienda todo lo posible y llegue hasta lo más profundo, hay que administrar el remedio en pequeñas dosis, pero ininterrumpidamente, a lo largo de un amplio período de tiempo. ¿Qué cosa que sea realmente grande puede crearse de un golpe? Nos guardaremos mucho de cambiar,

precipitada y violentamente, las condiciones morales a las que estamos acostumbrados, ante una nueva valoración de las cosas; por el contrario, deseamos seguir viviendo así mucho tiempo, hasta que advirtamos —quizá muy tarde— que la *nueva valoración* ha acabado siendo dominante en nosotros, y que las pequeñas dosis, *a las que nos tenemos que acostumbrar a partir de ese momento*, han producido en nosotros una segunda naturaleza. De esta forma, empezamos a darnos cuenta de que el instinto definitivo de llevar a cabo un gran cambio en las valoraciones relativas a las cuestiones políticas —esto es, la *gran revolución*— no fue más que una patética y sangrienta charlatanería, que, en virtud de crisis repentinas, supo inculcar en la crédula Europa la esperanza de una curación *súbita*, lo cual ha hecho que todos los enfermos políticos se vuelvan impacientes y *peligrosos*.

535

La verdad necesita del poder. En sí misma, la verdad no es una potencia, pese a lo que digan los retóricos del racionalismo. Por el contrario, necesita que la fuerza se ponga de su parte o ponerse ella de parte de la fuerza, ya que de lo contrario perecerá siempre. Esto ha quedado demostrado hasta la saciedad.

536

Los grilletes. Nos indigna ver con cuánta crueldad impone cada individuo a los demás sus virtudes particulares, cuando carecen de ellas, y cómo les atormenta con tales virtudes. Seamos, pues, nosotros también humanos con el *espíritu de lealtad*, cualquiera que sea la certeza que tengamos de que, con él, poseemos unos grilletes capaces de hacer que sangren todos esos grandiosos egoístas que quieren imponer a todo el mundo su forma de pensar. Obremos así nosotros que hemos probado en nuestra propia carne esos grilletes.

537

Maestría. Hemos alcanzado la maestría cuando no nos equivocamos *ni vacilamos* en la ejecución.

538

Enajenación moral del genio. En ciertos ingenios destacados se observa un espectáculo penoso y a veces horrible: sus momentos más fecundos, sus vuelos elevados y distantes no se acomodan a su constitución y hasta parecen sobrepasar su fuerza de una manera u otra, de forma que siempre queda una tara, y, a la larga, queda al descubierto un *defecto de la máquina*, que se manifiesta, en los individuos tan sumamente inteligentes a los que nos referimos, en toda clase de síntomas morales e intelectuales con mucha mayor regularidad que las enfermedades físicas.

Estos aspectos incomprensibles de la naturaleza de los hombres superiores, lo que tienen de tímidos, de vanidosos, de biliosos, de envidiosos, de estrechos y de angustiosos, que se manifiesta en ellos de repente —lo que hay de excesivamente personal en caracteres como los de Rousseau y Schopenhauer—, podría ser muy bien una consecuencia de una enfermedad cardiaca periódica, que fuera a su vez resultado de una enfermedad nerviosa, y así sucesivamente.

Mientras se da en nosotros el genio, nos sentimos llenos de osadía, estamos como locos, y no nos importan nada ni la salud ni la vida ni el honor; volamos tan libres como las águilas y vemos en la oscuridad como los búhos. Pero si de pronto nos abandona el genio, nos invade inmediatamente un gran miedo; no nos comprendemos a nosotros mismos; todo lo que hemos vivido y hasta lo que no hemos vivido nos hace padecer; es como si estuviéramos sobre una roca pelada bajo la tempestad o como la pobre alma de un niño a quien le asusta cualquier rumor o cualquier sombra. Las tres cuartas partes del mal que se hace en el mundo se debe al miedo; y el miedo es, ante todo, un fenómeno fisiológico.

539

Pero ¿sabéis lo que queréis? ¿Nunca os habéis sentido atormentados por el miedo de no ser plenamente capaces de captar la verdad, por el miedo de que vuestros sentidos estén todavía demasiado atrofiados y de que la agudeza de vuestra vista sea aún demasiado primitiva? ¡Si pudieseis intuir por un momento qué voluntad domina detrás de vuestra misión! Por ejemplo, ¡cómo ayer querías ver *más* que otro y hoy queréis ver *de distinta manera* que ese otro, o cómo aspiráis a ver algo que esté en conformidad o en oposición con lo que habéis creído ver hasta ahora! ¡Qué ansias vergonzosas! ¡Con cuánta frecuencia acecháis un efecto violento o algo que os tranquilice, cuando os sentís cansados! ¡Siempre llenos de presentimientos íntimos sobre cómo debería ser la verdad para que vosotros, precisamente vosotros, pudierais aceptarla! ¿O es que creéis que hoy, porque os habéis helado y estáis secos como una mañana de invierno, sin que nada os oprima el corazón, vuestro corazón ve mejor que vuestros ojos? ¿No hace falta calor y entusiasmo para hacer *justicia* a aquello que se

piensa? ¿No es esto *lo que llaman ver*? ¡Como si pudierais tener con los objetos del pensamiento relaciones distintas de las que tenéis con los hombres! Hay en estas relaciones la misma moralidad, la misma honradez, la misma segunda intención, el mismo relajamiento e idéntico temor, en ellas se encuentra todo lo que tiene de amable y de odioso vuestro yo. Vuestras debilidades físicas darán a las cosas colores suaves; vuestras fiebres las convertirán en monstruos. ¿No ilumina las cosas vuestra mañana de un modo diferente que vuestro atardecer? ¿No os da miedo encontrar en la cueva de vuestro conocimiento el fantasma del que se disfraza la verdad para presentarse ante vosotros? ¿No es esta una comedia horrible en la que queréis representar un papel tan aturdidamente?

540

Aprender. Miguel Ángel veía en Rafael el estudio, y en sí mismo la naturaleza; en aquel, el *arte aprendido*; en él, el *don natural*. Pero esto era una pedantería, dicho sea sin faltar al respeto a aquel gran pedante. ¿Qué otra cosa es el talento sino el nombre que damos a un estudio *previo*, a una experiencia, a un ejercicio, a una asimilación, a una apropiación, estudio que se remonta tal vez a nuestros padres o más lejos aún? Además, el que aprende *se crea sus propias dotes*. No es fácil *aprender*, pues no basta con tener buena voluntad; se requiere *poder* aprender. En muchas ocasiones constituye un obstáculo para los artistas la envidia o ese orgullo que se pone a la defensiva frente al sentimiento de lo que nos es extraño, en lugar de adoptar una actitud receptiva. Rafael no tenía ni esta envidia ni este orgullo, al igual que Goethe, por lo que ambos fueron *grandes aprendices*, además de excelentes exploradores de los filones formados por el desplazamiento de los estratos o por la genealogía de los antepasados. Rafael se eclipsa, desaparece de nuestra vista cuando aún estaba aprendiendo y se ocupaba de asimilar lo que su gran rival llamaba su *naturaleza*. Todos los días aquel noble ladrón robaba un pedazo de esa naturaleza; pero antes de haberse incorporado a todo Miguel Ángel, murió, y la última serie de sus obras —*principio* de un nuevo plan de estudios— es menos perfecta y valiosa. La razón de ello es que el gran aprendiz se vio perturbado por la muerte en el momento en que cumplía su tarea más difícil, llevándose a la tumba el último fin justificador que perseguía.

541

Cómo hay que petrificarse. Hacerse duro lentamente, como una piedra preciosa;

y, por último, permanecer así tranquilamente para el disfrute de la eternidad.

542

Filosofía y ancianidad. Es un error permitir que el atardecer juzgue al día, pues muchas veces el cansancio se erige en justiciero de la fuerza, del éxito y de la buena voluntad. Por la misma razón, habría que adoptar todas las precauciones posibles en lo relativo a la vejez y a sus juicios sobre la vida, dado que a la vez, como al atardecer, le gusta disfrazarse de una moralidad nueva y encantadora, y sabe humillar al día con el color rojizo del poniente, con el crepúsculo y con su apacible calma o su emoción llena de deseos. El respeto y la compasión que sentimos por el anciano, sobre todo cuando se trata de un pensador y de un sabio, nos ciega fácilmente a la hora de considerar el envejecimiento de su espíritu, pese a lo necesario que es poner de manifiesto los *síntomas* de ese envejecimiento y de ese cansancio, es decir, de mostrar el fenómeno fisiológico que se oculta detrás del juicio y del prejuicio moral para que el respeto y la compasión no nos engañen ni afecten negativamente a nuestro conocimiento.

No es raro que la ilusión de una renovación moral y de una regeneración se apodere del anciano. Basándose en este sentimiento, emite juicios sobre su vida y su obra que parecen propios de un individuo clarividente, pero quien inspira esos juicios rígidos y seguros no es la sabiduría sino el cansancio. El signo más peligroso de ese cansancio es la *creencia en el genio* que se apodera de los pensadores grandes y medianos en este límite de la vida; la creencia de que están en una situación excepcional y que tienen unos derechos excepcionales. El pensador que se ve así revestido del genio, se cree autorizado para tomar las cosas a la ligera y dogmatizar en lugar de demostrar; pero es probable que la necesidad de descanso que siente, a causa del cansancio intelectual, constituya la causa principal de dicha creencia, precediéndola cronológicamente, aunque parezca lo contrario.

Además, en este momento de la vida, quieren gozar de los resultados de su pensamiento, como consecuencia de la necesidad de disfrute que tienen todos los individuos cansados y todos los ancianos, en lugar de volver a examinar esos resultados y de sembrarlos nuevamente, o, si es preciso, de darles un nuevo sabor, para hacerlos sabrosos y corregir su sequedad, su frialdad y su insipidez. A ello se debe que el pensador parezca elevarse por encima de la obra de su vida, cuando en realidad la estropea con la exaltación, las dulzuras, las especies, las nieblas poéticas y las luces místicas con las que la sazona. Esto es lo que acabó sucediéndole a Platón y también a Augusto Comte, aquel gran francés tan leal, a quien ni los alemanes ni los ingleses de este siglo han podido oponer una figura similar pues nadie como él se

apoderó de la auténtica ciencia hasta dominarla.

Veamos un tercer síntoma del cansancio: aquella ambición que inflamaba el pecho del gran pensador cuando era joven y que entonces no encontraba medio de satisfacerse, envejece igualmente. Como quien ya no tiene nada que perder, se apodera de los medios de satisfacción más próximos y burdos, es decir, de los que son propios de los caracteres activos, dominantes, violentos y conquistadores. Entonces prefiere fundar instituciones que lleven su nombre a elevar edificios de ideas. ¿Qué son ahora para él las victorias y los honores etéreos en el campo de las demostraciones y de las refutaciones? ¿Qué significa para él una inmortalidad lograda a través de los libros, un júbilo que estremezca el alma del lector? Él sabe muy bien que la institución, en cambio, es un templo de piedra, un templo duradero que hace que su Dios siga existiendo con mayor seguridad que los holocaustos de las almas tiernas y escogidas.

En esa época, puede también encontrar por vez primera ese amor que se dirige más bien a un dios que a un hombre, mientras todo su ser se endulza y se ablanda bajo los rayos de semejante sol, como un fruto en otoño. Así, el gran anciano se vuelve más divino y más bello, aunque es la edad y el cansancio lo que le *permiten* madurar de este modo, volverse silencioso y descansar en la luminosa adulación de una mujer. Terminó su antiguo y altivo deseo de tener auténticos discípulos —deseo superior incluso a su propio yo—, discípulos que fueran la verdadera prolongación de su pensamiento, es decir, que fueran adversarios. Este deseo tenía su fuente en la fuerza no debilitada, en el orgullo consciente y en el convencimiento de poder llegar a ser él mismo, en un momento dado, el adversario y hasta el enemigo irreconciliable de su propia doctrina. Ahora, por el contrario, necesita partidarios declarados, camaradas sin escrúpulos, tropas auxiliares, heraldos, un cortejo pomposo. Ya no es capaz de soportar el terrible aislamiento en que vive todo espíritu que vuela por delante de los demás; se rodea entonces de objetos de veneración, de comunión, de ternura y de amor; quiere, en fin, gozar de los mismos privilegios que todos los hombres religiosos y celebrar lo que él venera en *comunidad*; llegará incluso a inventar una religión, para tener su comunión de fieles.

De tal modo vive el sabio anciano, que acabará cayendo insensiblemente en una situación lamentablemente cercana a los excesos clericales y poéticos, y apenas nos atreveremos a recordar la prudencia y la severidad de su juventud, su rígida moral cerebral de entonces y su miedo genuinamente varonil a las ideas extravagantes y a las divagaciones. Cuando antaño se comparaba con otros pensadores más antiguos, era para medir seriamente su debilidad con la fuerza de aquellos, y para volverse más frío y más libre respecto a sí mismo; ahora no se entrega ya a esa comparación más que para embriagarse con su propia locura. En otro tiempo, pensaba con confianza en los pensadores futuros; se veía a sí mismo desapareciendo, con un extremo gozo, en

su luz más resplandeciente; ahora le atormenta la idea de no poder ser él el último pensador; piensa en la forma de imponer a los hombres, mediante la herencia que les lega, una restricción del pensamiento soberano; teme y calumnia el orgullo y la sed de libertad de los espíritus individualistas; no quiere que, después de él, nadie gobierne libremente su intelecto; ansia convertirse en el dique donde se rompan eternamente las olas del pensamiento. Estos son sus deseos, muchas veces secretos, algunas veces declarados.

El hecho brutal que se encuentra tras semejantes deseos es que se ha detenido él mismo ante su propia doctrina, que con ella se ha impuesto una barrera, un «no más allá». Canonizándose, se ha extendido su propio certificado de defunción; desde ese momento, su espíritu deja de tener el derecho a desarrollarse; ha dejado de pasar el tiempo para él; se ha detenido la aguja del reloj. Cuando un gran pensador quiere convertirse en institución, ligando a la humanidad con su futuro, cabe afirmar con certeza que ha superado el límite de sus fuerzas, que está muy cansado y muy cerca de la decadencia.

543

No hacer de la pasión un argumento a favor de la verdad. ¡Fanáticos de buena índole, fanáticos nobles, si queréis, os conozco! ¡Queréis tener razón ante nosotros, pero también, y sobre todo, ante vosotros mismos! Y una conciencia intranquila —sagaz e irritable— os impulsa con frecuencia contra vuestro propio fanatismo. ¡Qué llenos de ingenio os sentís entonces para engañar y para adormecer esa conciencia! ¡Cómo odiáis a los hombres honrados, sencillos y puros! ¡Cómo evitáis sus ojos inocentes! Esa *certeza opuesta* que ellos representan y cuya voz oís en vuestro interior dudando de vuestra creencia, ¡cómo tratáis de hacerla sospechosa, designándola como mala conciencia, como enfermedad de la época, como negligencia en los cuidados de vuestra propia salud! ¡Llegáis incluso a odiar la crítica, la ciencia y la razón! Tenéis que falsear la historia para que os dé la razón, y negar virtudes para que no hagan sombra a las virtudes de vuestros ídolos y de vuestro ideal; ponéis imágenes de colores, fuerza de expresión, niebla plateada y noches ambrosíacas, donde harían falta argumentos racionales. Sabéis iluminar y oscurecer *con luz*. Y si vuestra pasión se enfurece, llega un momento en que os decís: «Ya he *conquistado* para mí la tranquilidad de conciencia; ahora soy magnánimo, esforzado, desinteresado, grandioso; ¡soy honrado!». ¡Qué ansiosos estáis de esos momentos en los que vuestra pasión os confiere un derecho pleno y absoluto ante vosotros mismos, en que recuperáis, en cierta forma, la inocencia, de esos momentos de lucha, de embriaguez, de valor, de esperanza, en que estáis fuera de vosotros

mismos, por encima de todas las dudas, y en que decretáis!: «¡Aquel que no está fuera de sí, como nosotros, no puede saber en modo alguno qué es la verdad, dónde se encuentra la verdad!». ¡Qué ávidos estáis de dar con hombres que tengan vuestras ideas y que se encuentren en ese estado de *depravación de la inteligencia*, y de atizar con vuestro fuego su incendio! ¡Maldito sea vuestro martirio! ¡Maldita sea vuestra victoria en la falsificación de la mentira! ¿Era preciso que os hicierais tanto daño? ¿*Era preciso*?

544

Cómo se hace hoy la filosofía. Observo que nuestros jóvenes, nuestros artistas y nuestras mujeres, que quieren filosofar, piden a la filosofía que les dé lo contrario de lo que esta daba a los griegos. Quien no comprenda el júbilo constante que palpita en cada proposición y en cada respuesta de los diálogos platónicos, el júbilo que produce cada nuevo descubrimiento del pensamiento racional, ¿qué idea tendrá de Platón y de la filosofía antigua? En aquella época, las almas se llenaban de alegría al entregarse al juego sobrio y severo de las ideas, de las generalizaciones, de las refutaciones, con esa alegría que tal vez conocieran también los grandes, severos y sobrios contrapuntistas de la música. En aquellos tiempos de la Grecia clásica, el paladar conservaba aún ese otro gusto más antiguo, antaño omnipotente, y junto a él aparecía el gusto nuevo, dotado de tal encanto, que hacía cantar y balbucear —como si se estuviera ebrio de amor— el *arte divino* de la dialéctica. El gusto antiguo era el pensamiento bajo el imperio de las costumbres. Para ese gusto no existían más que juicios fijos, hechos determinados y ninguna otra razón más que la autoridad. De esta forma, pensar se reducía a *repetir*, y todo el deleite del razonamiento y del diálogo consistía forzosamente en la *forma*. (Siempre que se considera que la esencia es eterna y verdadera, en su generalidad, no hay más que una gran magia: la de la forma que cambia, esto es, la de la moda. Los poetas griegos, desde los tiempos de Homero, y posteriormente los artistas plásticos tampoco gustaban de la originalidad, sino de lo contrario de esta). Fue Sócrates quien descubrió la magia contraria, la de la causa y el efecto, la de la razón y su consecuencia, y nosotros, los hombres modernos, estamos tan habituados a la necesidad de la lógica, nos han inculcado tanto la idea de esa necesidad, que nos parece el gusto normal y que, en este sentido, debe repugnar a las personas ardientes y presuntuosas, a las que encanta todo lo que se aparta del gusto común. Su sutil ambición se esfuerza en creer que su alma es excepcional, que no son seres dialécticos que discurren, sino *seres intuitivos*, dotados de un *sentido interior* o de una *visión intelectual*. Ante todo, quieren ser *temperamentos artísticos*, con un genio en la cabeza y un demonio en el cuerpo, lo que les confiere unos derechos

excepcionales en este mundo y en el otro, y, sobre todo, el privilegio divino de resultar incomprensibles. ¡Y personas *así* se ponen a filosofar! Temo que algún día caigan en el error, porque lo que quieren es una religión.

545

¡Pero si no os creemos! Presumís de conocer a los hombres, pero no escaparéis. Sabemos que no sois tan expertos, profundos y perspicaces como pretendéis hacer creer. Lo advertimos como apreciamos que un pintor es presuntuoso tan sólo viéndole manejar el pincel, o como lo vemos en un músico que introduce un tema de forma que parezca superior a lo que es. ¿Habéis vivido la *historia* en el fondo de vosotros mismos, sus conmociones y sacudidas, sus amplias y vastas tristezas, sus destellos de alegría? ¿Os habéis sentido insensatos con los locos grandes y pequeños? ¿Habéis sentido realmente la ilusión y el dolor de los buenos? ¿Habéis sentido también el dolor y la felicidad de los malos? En tal caso, habladme de moral. De lo contrario, no lo hagáis.

546

¡Esclavo e idealista! El hombre de Epicteto no agradaría a los idealistas de hoy. ¿Qué significarían para nuestros idealistas, ávidos, ante todo, de *expansión*, la tensión constante de aquel, su incansable mirar a su interior, lo que esa mirada tiene de firme, de prudente y de reservada, cuando se dirige al mundo exterior; sus silencios y su hablar lacónico, signos todos ellos del valor más severo? Pero, con todo, el hombre de Epicteto no es fanático, detesta la ostentación y la jactancia de nuestros idealistas. Por muy grande que sea su orgullo, no quiere molestar a los demás; admite cierto benévolo acercamiento y procura no alterar el buen humor de nadie. Hasta sabe sonreír. Este ideal contiene mucha humanidad antigua, pero lo más bello es que carece totalmente del temor de Dios, que cree estrictamente en la razón, que no predica la penitencia. Epicteto era un esclavo; su hombre ideal carece de casta y aunque se da en todas las capas sociales, donde hay que buscarle es en las más bajas y profundas. En ellas es donde aparece el hombre silencioso que se basta a sí mismo, en medio de la servidumbre general, que está constantemente a la defensiva para guardarse de lo exterior y conservar la mayor fortaleza. Sobre todo, se distingue del *cristiano* en que este último vive con la esperanza de *inefables felicidades*, en que acepta regalos, en que espera y acepta lo mejor de la gracia y del amor divino; mientras que, por el contrario, Epicteto no espera nada y no acepta dones valiosos, ya

que los tiene cogidos valientemente entre sus manos y los defendería contra el mundo entero que quisiera arrebatárselos. El cristianismo estaba hecho para otra clase de esclavos antiguos: para los débiles de voluntad y de razón; es decir, para la gran masa de esclavos.

547

Los tiranos del espíritu. La marcha de la ciencia no se ve impedida a cada paso, como ocurrió durante mucho tiempo, por el simple hecho de que el hombre llegue a los setenta años. En otros tiempos, se pretendía llegar al final del conocimiento durante ese espacio de tiempo, y se valoraban los méritos del saber según este deseo universal. Las cuestiones pequeñas y las experiencias especiales eran consideradas como despreciables; se quería escoger el camino más corto; se creía que, puesto que todo lo de este mundo parecía organizado *con relación al hombre*, la posibilidad de percibir las cosas tenía que ajustarse también a una medida humana del tiempo. Su deseo íntimo era, en suma, resolverlo todo a la vez; los hombres entendían los problemas como nudos gordianos; estaban convencidos de que, en el terreno del conocimiento, era posible llegar hasta el final, como Alejandro, y elucidar todas las cuestiones con una sola respuesta. Los filósofos veían la vida como *un enigma que hay que resolver*; ante todo, era preciso descubrir el enigma y condensar el problema del mundo en la fórmula más simple. La ambición sin límites y el placer de ser el *descifrador del mundo*, colmaba los sueños del pensador; le parecía que nada de este mundo valía la pena más que descubrir el medio de llevarlo todo al fin que él ansiaba. De este modo, la filosofía era una especie de lucha suprema por la tiranía del espíritu. Nadie dudaba de que esta estuviera reservada a alguien muy afortunado, muy sutil, muy ingenioso, muy valiente, muy poderoso: ¡solamente a uno! Y ha habido muchos —Schopenhauer ha sido el último de ellos— que han creído que ellos eran ese hombre excepcional y único. De aquí que la ciencia se haya quedado hoy retrasada a causa de la *estrechez moral* de sus cultivadores, y que sea preciso superar este peligro con una idea directriz más elevada y más *generosa*. ¡*Qué importo yo*! Este será el lema de los pensadores futuros.

548

La victoria sobre la fuerza. Si pensamos en todo lo que hasta hoy se ha venerado con el nombre de *espíritu sobrehumano* o de *genio*, llegaremos a la triste conclusión de que, en conjunto, la intelectualidad ha debido ser muy baja y muy

pobre, cuando bastaba un poco de talento, para ser superior a ella. ¿Qué es la gloria fácil del genio? ¡Se conquista con tanta facilidad su trono! Su adoración se ha convertido en una costumbre. La fuerza se adora siempre de rodillas —según la antigua costumbre de los esclavos—, y, sin embargo, cuando hay que determinar el grado de *vulnerabilidad* de algo, el único determinante es el grado de razón que contiene la fuerza: hay que calibrar en qué medida ha sido superada la fuerza por algo superior, por algo a lo cual obedece a partir de entonces como instrumento y como medio. Pero tenemos aún poca vista para realizar semejantes cálculos, y hasta hay que considerar una blasfemia valorar al genio. Esta es la razón de que lo más hermoso que tiene el genio, se quede siempre en la sombra y de que se sumerja en la noche eterna, nada más nacer. Me refiero al espectáculo de esa fuerza que emplea el genio *no en crear sus obras*, sino en el desarrollo de *sí mismo, en cuanto obra*, es decir, en el autodominio, en la purificación de su imaginación, en la ordenación y en la elección de sus inspiradores y en las tareas que sobrevengan. El gran hombre se mantiene siempre invisible, como una estrella lejana, en lo que tiene de más grande y admirable: su *victoria* sobre la fuerza se lleva a cabo sin testigos, y, en consecuencia, se queda sin ser glorificada ni cantada. La jerarquía en la grandeza de la humanidad pasada aún está por fijar.

549

Huir de sí mismo. Los luchadores intelectuales, que son impacientes consigo mismos y sombríos, como Byron o Alfredo de Musset y que, en todo lo que hacen, parecen caballos desbocados, esos hombres a los que su obra sólo les procura una corta satisfacción y un fuego que casi hace estallar las venas, y luego la fría esterilidad y el desencanto, ¿cómo iban a poder profundizar en ellos mismos? Ansían disolverse en algo que esté *fuera de ellos mismos*; si el que siente esa ansiedad es cristiano, querrá aniquilarse en Dios e identificarse con él; si es un Shakespeare, se contentará con confundirse en las imágenes de la vida apasionada; si es un Byron, tendrá sed de *acción*, porque esta nos aleja de nosotros mismos más que los pensamientos, los sentimientos y las obras. ¿No equivaldrá la necesidad de acción, en el fondo, a la necesidad de huir de nosotros mismos? Esto preguntaría Pascal. Y, en efecto, los representantes más nobles de la necesidad de acción confirmarían esta suposición. Bastaría considerar —con los conocimientos y la experiencia de un alienista, por supuesto— que los cuatro hombres más sedientos de acción de todos los tiempos fueron epilépticos (me refiero a Alejandro, César, Mahoma y Napoleón). También lo fue Byron que padecía la misma enfermedad.

550

Conocimiento y belleza. Si los hombres reservan siempre su veneración y su sentimiento de deleite para las obras de la imaginación y de la idea, no es de extrañar que experimenten frialdad y disgusto ante lo contrario de la imaginación y de la idea. El encanto que nos produce el más mínimo paso hacia delante, seguro y definitivo, que se da en el terreno del conocimiento, hasta llegar adonde hoy ha llegado la ciencia, constituye un sentimiento frecuente y casi universal. Sin embargo, hoy por hoy, no sienten ese sentimiento quienes se han habituado a no sentirse transportados más que abandonando la realidad, dando un salto en las profundidades de la apariencia. Estos creen que la realidad es fea, sin advertir que incluso el conocimiento de la realidad más fea es, con todo, bello, y que el que conoce con frecuencia y mucho, termina estando muy lejos de parecerle feo el conjunto de esa realidad que tanto placer le ha proporcionado.

¿Hay, entonces, algo que sea *bello en sí*? El deleite de los que conocen incrementa la belleza del mundo y solea todo lo existente. El conocimiento no sólo envuelve las cosas en su belleza, sino que también introduce en las cosas su belleza, de una forma duradera. ¡Que la humanidad del futuro corrobore esta afirmación! Entretanto, recordemos una antigua experiencia: dos hombres tan fundamentalmente distintos como Platón y Aristóteles, coincidieron en la forma de concebir la felicidad suprema, no sólo para ellos y para los hombres en general, sino la felicidad en sí misma, incluyendo la que experimentan los dioses. Situaron, pues, la felicidad en el *conocimiento*, en la actividad de la razón, ejercitada en descubrir y en inventar (y *de ningún modo* en la *intuición*, como dicen los teólogos y los semiteólogos alemanes; ni en la visión, como pretenden los místicos; ni mucho menos en las obras, en el trabajo, como entienden los prácticos). Descartes y Spinoza hacen la misma afirmación. ¡Qué gozo debió proporcionarles a todos el conocimiento! ¡Y qué peligro entrañaba para la lealtad el convertirse en panegiristas de las cosas!

551

Virtudes del futuro. ¿A qué se debe el hecho de que cuanto más ininteligible se ha vuelto el mundo, más ha disminuido toda clase de solemnidad? A que el miedo solía ser el elemento básico de esa veneración que se apoderaba de nosotros ante todo lo que nos resultaba desconocido, misterioso, haciendo que nos arrodilláramos y pidiéramos perdón ante lo incomprensible. ¿No habrá perdido el mundo algo de su encanto, al habernos vuelto menos miedosos? ¿Y no habrán decrecido, junto con nuestra predisposición al miedo, nuestra dignidad, nuestra solemnidad, nuestro

carácter terrible? Tal vez estimemos menos el mundo y nos estimemos menos a nosotros mismos desde que tenemos ideas más valientes acerca del mundo y de nosotros mismos. Quizá llegue un momento en el que haya crecido tanto la valentía del pensador, que tendrá el supremo orgullo de sentirse por encima de los hombres y de las cosas. ¿Se verá el sabio a sí mismo y a la existencia entera a sus pies, por el hecho de ser el más valiente? Esta clase de valentía, no muy distante de la generosidad excesiva, no se ha dado hasta hoy en la humanidad. Puesto que los poetas no quieren volver a lo que fueron antaño —*visionarios* que nos decían *algo* acerca de lo *posible*—, y se les ha quitado de la cabeza lo real y lo pasado —pues le época de las inocentes falsificaciones medievales ya ha quedado atrás—, deberían decirnos algo sobre las *virtudes del futuro*, o sobre las virtudes que no existirán nunca en la tierra, aunque puedan estar en algún otro lugar del universo, en las constelaciones purpúreas y en las grandes nebulosas de la belleza. ¿Dónde estáis, astrónomos del ideal?

552

El egoísmo idealista. ¿Hay un estado más sagrado que el del embarazo, en el que todo se hace con el convencimiento íntimo de que, de un modo u otro, aprovechará al ser que se lleva dentro en estado de devenir, de que esto aumentará el valor secreto que ilusiona con el encanto del misterio que se lleva en el cuerpo? En esta situación se priva uno de muchas cosas, sin que cueste trabajo vencerse. Se evita una palabra violenta, se alarga una mano conciliadora: el niño debe nacer de lo que hay mejor y más tierno. Nos espantamos de nuestra violencia y de nuestra brusquedad como si estas fueran una gota de sufrimiento en la copa de la vida del ser desconocido. Todo está velado, lleno de presentimientos; no se sabe lo que pasa, se espera y se procura estar *alerta*. Durante este tiempo, nuestro ánimo se encuentra dominado por un sentimiento puro y purificador, de profunda irresponsabilidad, un sentimiento semejante al del espectador antes de que se levante el telón. *Aquello* crece; *aquello* va a ver la luz, y *nosotros* no tenemos nada en las manos para determinar su valor ni el momento de su llegada. Estamos totalmente reducidos a las influencias indirectas, bienhechoras y defensivas. Allí está creciendo algo que es mayor que nosotros. Esta es nuestra esperanza más íntima; lo disponemos todo pensando en su nacimiento y en su prosperidad; y no sólo lo útil, sino también lo superfluo, esas coronas de nuestra alma que tanto nos reconfortan. ¡Hay que vivir con ese *fuego sagrado*! ¡Es posible vivir así! Y cuando estamos a la espera de un pensamiento o de una acción, aguardando que se realice algo esencial, no podemos comportarnos más que como embarazadas y debemos aventar los presuntuosos discursos que hablan del *querer* y

de la *creación*. El auténtico *egoísmo idealista* consiste en tener un cuidado continuo, en velar y en mantener el alma en reposo, para que nuestra fecundidad *se logre felizmente*. Así, velamos y nos tomamos cuidados, de una manera indirecta, por el bien de todos y el estado de ánimo en que vivimos; ese estado de ánimo altanero y dulce es un bálsamo que se extiende muy lejos a nuestro alrededor, llegando incluso a las almas inquietas.

Pero las mujeres embarazadas son *antojadizas*. Tengamos, pues, antojos como ellas y no reprendamos a quien los tiene, cuando se encuentra en un estado semejante. Aun cuando este fenómeno llegue a ser grave y peligroso, sigamos venerando todo lo que se encuentra en estado de devenir, y no nos quedemos por debajo de la justicia de esta tierra, que no permite al juez ni al verdugo tocar a una mujer embarazada.

553

Con rodeos. ¿Adónde pretende llegar esta filosofía con tantos rodeos? ¿Hace algo más que racionalizar, en cierto modo, un instinto constante y fuerte, que exige un sol bienhechor, una atmósfera luminosa, plantas meridionales, aire del mar, una nutritiva alimentación a base de carne, huevos y fruta, agua pura para beber, paseos silenciosos durante días enteros, conversaciones poco frecuentes, leer poco y con precaución, una habitación solitaria, hábitos de limpieza sencillos y casi militares, en suma, todo lo que más se ajusta a mi gusto personal y lo que considero más saludable para mí? ¿Será, en el fondo, una filosofía el instinto de un régimen personal, un instinto que busca mi atmósfera, mi actitud, mi temperatura, la salud que necesito, por el rodeo de mi cerebro? En la filosofía hay muchas más cosas sublimes y cosas sublimes más elevadas. No todas son tan sombrías y exigentes como la mía. ¿No serán también todas ellas rodeos intelectuales hacia instintos personales? Mientras pienso en esto, miro con nuevos ojos el vuelo misterioso y solitario de una mariposa, allá arriba, a la orilla del lago, donde crecen tantas plantas. La mariposa vuela de un lado para otro sin preocuparse de que su vida no durará más que un día y de que la noche será demasiado fría para su alada fragilidad. También sería posible hallar una filosofía que valiera para esta mariposa, aunque me parece difícil que la mía pueda servir.

554

Un paso hacia adelante. Cuando se alaba el *progreso*, lo que se alaba es el movimiento y se ensalza a aquellos que no nos dejan estarnos quietos en ninguna

parte. En ciertos casos, esto supone ya mucho, en particular cuando se vive entre los egipcios. Sin embargo, en la dinámica Europa, en donde, como suele decirse, el movimiento «se produce por sí solo» —¡ay!, si por lo menos entendiéramos esto—, yo alabo el *paso hacia adelante* y a los que lo dan, es decir, a quienes se superan constantemente a sí mismos y ni siquiera miran si alguien les sigue. «Siempre que me detengo, me encuentro solo. ¿Por qué he de pararme? ¡Qué grande es el desierto!». Así sienten los hombres que van a la cabeza.

555

Bastan los más corrientes. Es preciso evitar los acontecimientos cuando se sabe que los más corrientes nos dejan una huella profunda y que de estos no podemos huir. El pensador debe tener dentro de sí un canon aproximado de todas las cosas que *quiere* aún *vivir*.

556

Las cuatro virtudes. Las cuatro virtudes cardinales nos exigen: que seamos *leales* con nosotros mismos y con los que siguen siendo amigos nuestros; *valientes* frente al enemigo; *generosos* con el vencido; *corteses* en todo momento.

557

Contra el enemigo. ¡Qué bien suenan la mala música y las malas razones cuando se va contra el enemigo!

558

No hay que ocultar las virtudes. Me gustan los hombres que son como el agua transparente y que —por decirlo con palabras de Pope— «dejan ver las impurezas que hay en el fondo de sus aguas». Pero incluso en estos se da una vanidad, aunque de carácter excepcional y sublime: algunos de ellos quieren que no se vean más que las impurezas y que no se tenga en cuenta la transparencia del agua que permite que se vean. El propio Buda captó la vanidad de estos cuando dijo: «Dejad que el mundo vea vuestros pecados y ocultad vuestras virtudes». Pero yo creo que esto es ofrecer al

mundo un espectáculo desagradable y que constituye un pecado contra el buen gusto.

559

Nada en demasía. ¡Cuántas veces se aconseja a alguien un fin que no puede alcanzar, por estar por encima de sus fuerzas, para que al menos consiga lo que pueden alcanzar esas fuerzas, sometidas *a la más alta tensión*! Pero ¿es deseable esto? Los mejores hombres que viven de acuerdo con este principio y los mejores actos, ¿no tienen algo de exagerado y de retorcido por haber en ellos demasiada tensión? ¿No se extiende sobre el mundo un sombrío velo de *fracaso*, cuando se ve por todas partes atletas luchando y gestos enormes, sin que se pueda contemplar en parte alguna a un vencedor laureado y contento por su victoria?

560

Lo que está a nuestro alcance. Podemos proceder con nuestros instintos como un jardinero y —lo que tan pocos saben hacer— cultivar los gérmenes de la cólera, de la compasión, de la sutileza y de la vanidad, de forma que lleguen a ser tan fecundos y productivos como un hermoso y resguardado frutal. Esto puede hacerse con buen gusto o con mal gusto, al estilo francés, inglés, holandés o chino. Pero también podemos dejar en libertad a la naturaleza y preocuparnos sólo de que haya un poco de limpieza y de orden. Por último, podemos dejar que crezcan las plantas, sin ciencia ni directriz alguna, con sus facilidades y sus obstáculos naturales, abandonándolas a la lucha que sostienen dentro de sí; podemos incluso aficionarnos a este caos y buscar el deleite que proporciona, a pesar del aburrimiento que hay que vencer. Todo esto está a nuestro alcance, pero ¿cuántos lo saben? ¿No se *consideran* a sí mismos los hombres como hechos consumados, que han *alcanzado la madurez*? ¿No ha habido grandes filósofos que han acreditado este prejuicio, al sustentar la teoría de la inmutabilidad del carácter?

561

Iluminar la felicidad. Los pintores no logran reproducir por ningún medio el tono profundo y luminoso del cielo, tal como aparece en la naturaleza. En consecuencia, se ven forzados a utilizar todos los colores requeridos para pintar un paisaje, con un tono menor y más suave que el que se observa en la realidad. Así

logran alcanzar, con los artificios de la paleta, un brillo similar y una armonía de tonos que corresponde a la naturaleza.

Del mismo modo, es preciso que los poetas y los filósofos, a quienes resulta inaccesible el brillo resplandeciente de la felicidad, superen el obstáculo imitándola. Dando a todo un tono más sombrío que el que realmente tiene, la luz de la que pueden disponer produce casi el efecto del resplandor solar y se parece a la luz de la felicidad plena.

El pesimista, que presta a todo, los colores más oscuros y sombríos, se sirve de llamas y de relámpagos, de auroras boreales y de todo lo que posee una intensidad de luz muy viva y que nos hace parpadear. La claridad le sirve para aumentar el espanto de las cosas y para hacernos sospechar que son más horribles de lo que son en realidad.

562

Los sedentarios y los hombres libres. Sólo en los infiernos se nos muestra algo del fondo sombrío que hay detrás de esa beatitud de aventureros que circunda a Ulises y a los que son como él a la manera de una luminaria eterna. Esa parte del fondo sombrío que entrevemos, ya no se olvida nunca. A la madre de Ulises la mató la pena y el deseo de ver a su hijo. Ulises va errante de un lado para otro, y esto destroza el corazón de la persona tierna y sedentaria que es su madre. La aflicción destroza el corazón de quien ve cómo aquel a quien más quiere abandona las ideas y la fe del pasado. Todo esto forma parte de la tragedia que *crea* a los espíritus libres, de esa tragedia de la que estos tienen alguna vez *conocimiento*. Entonces se ven obligados a descender a la morada de los muertos para consolarles y tranquilizar así su conciencia.

563

La ilusión del orden moral. *No hay necesidad eterna* que exija que toda falta haya de ser pagada y expiada. Creer en esta necesidad fue una ilusión terrible de dudosa utilidad. Igualmente, constituye una ilusión creer que todo lo que se considera como una falta lo es en realidad. No son *las cosas* las que han amargado así a los seres humanos, sino las opiniones que estos se forman de *cosas que no existen*.

564

En el límite de la experiencia. Hasta los mayores espíritus no tienen más que una experiencia de cinco dedos de ancha; en cuanto se pasa de ahí, termina la reflexión y comienza el vacío indefinido de la necedad.

565

La gravedad aliada a la ignorancia. Cuando se trata de algo que comprendemos, resultamos amables, felices e inventivos, y, en todo lo que hemos aprendido suficientemente, habiéndose habituado a ello nuestros ojos y nuestros oídos, nuestro espíritu se muestra lleno de agilidad y de gracia. Pero comprendemos pocas cosas y estamos muy poco informados, de forma que raras veces se da a un tiempo el abarcar una cosa en conjunto y el resultar amables. Rígidos e inflexibles por lo general, atravesamos la ciudad, la naturaleza y la historia, y nos enorgullecemos de esta actitud y de esta frialdad, como si fueran el resultado de una auténtica superioridad. Nuestra ignorancia y nuestra sed escasa de saber, saben disfrazarse muy bien con la careta de la dignidad y del carácter.

566

Vivir económicamente. La forma más económica y despreocupada de vivir es la del pensador, pues —por ir directamente al grano— necesita imperiosamente lo que los demás desprecian y desechan. Además, se contenta fácilmente y desconoce los costosos caminos por los que otros se dirigen al placer. Su trabajo no es duro, sino, en cierto sentido, meridional; el remordimiento no le amarga los días y las noches; se mueve, come, bebe y duerme según la medida que conviene a su espíritu, para que este se encuentre cada vez más tranquilo, más fuerte y más claro; le regocija su cuerpo y no tiene motivo alguno para temerle; no necesita a la sociedad más que de cuando en cuando, para volver en seguida a su soledad con un mayor amor a ella. Los muertos le indemnizan de los vivos y hasta encuentra la forma de reemplazar a los amigos, evocando de entre los muertos a los que fueron mejores en vida. Véase si no son los deseos y los hábitos contrarios los que hacen costosa la vida de los hombres y, en consecuencia, penosa y a veces insoportable. Sin embargo, la vida del pensador es costosa en otro sentido; pocas cosas son lo bastante buenas para él, y el hecho de que le faltara *lo mejor* sería para el pensador una *privación insoportable*.

567

En el terreno del conocimiento como en el campo de batalla. «Hay que tomar las cosas más alegremente de lo que se merecen, sobre todo porque las hemos estado tomando en serio durante más tiempo del que se merecían». Así hablan los valientes soldados del conocimiento.

568

Poeta y ave. El ave fénix muestra al poeta un rollo en llamas. «No temas —le dice—; esta es tu obra. No responde al espíritu de la época, y menos aún al espíritu de los que se acomodan a la época; por consiguiente, hay que quemarla. Pero esto es buena señal. Hay muchas clases de auroras».

569

A los solitarios. La falta de respeto al honor de los demás, tanto en público como en nuestros soliloquios, supone falta de honradez.

570

Pérdidas. Ciertas pérdidas confieren al alma un carácter sublime que le hace abstenerse de toda queja y marchar en silencio, como los altos cipreses negros.

571

Farmacia militar del alma. ¿Qué medicina es la más eficaz? La victoria.

572

La vida debe tranquilizarnos. Cuando —como en el caso del pensador— se vive habitualmente en medio de una gran corriente de ideas y de sentimientos, y hasta lo que soñamos por las noches sigue esta corriente, se pide a la vida tranquilidad y silencio; otros, por el contrario, tratan de descansar de la vida cuando se entregan a la meditación.

573

Mudar la piel. La serpiente se muere cuando no puede mudar la piel. Igualmente, los espíritus a los que se les impide cambiar de opinión, dejan de ser espíritus.

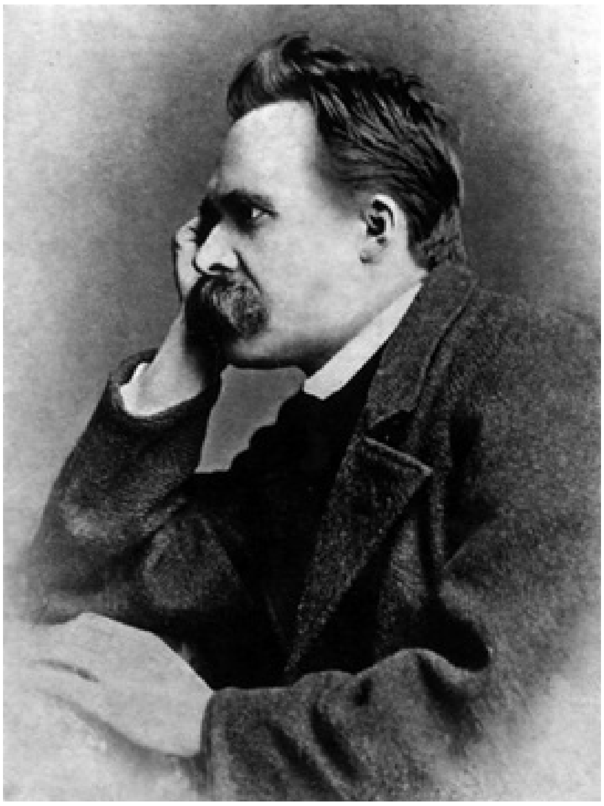
574

No hay que olvidarlo. Cuanto más nos elevemos, más pequeños pareceremos a los que no saben volar.

575

Nosotros, los aeronautas del espíritu. A todos esos pájaros atrevidos que vuelan hacia espacios lejanos, les llegará ciertamente un momento en el que no podrán avanzar más y habrán de posarse en un mástil o en un pelado arrecife, sintiéndose felices por haber dado con tan miserable cobijo. Pero ¿cabe concluir de aquí que no queda ante ellos un espacio libre e infinito y que han volado todo lo que podían volar?

Sin embargo, todos nuestros grandes iniciadores y nuestros precursores acabaron deteniéndose, y cuando el cansancio se detiene no adopta actitudes nobles ni graciosas. Lo mismo nos sucederá a ti y a mí. ¡*Otros pájaros volaron más lejos*! Este pensamiento, esta fe que nos anima, se echa a volar, compite con ellos, vuela cada vez más lejos y más alto, se lanza directamente por los aires como una flecha, por encima de nuestras impotentes cabezas, y desde lo alto del cielo ve en las lejanías del espacio bandadas de pájaros mucho más poderosos que nosotros, que se lanzaron en nuestra misma dirección, allí donde no hay más que mar y mar. ¿Dónde queremos ir? ¿Queremos atravesar el mar? ¿Adónde nos arrastra esta pasión poderosa, que supera a toda otra pasión? ¿A qué viene ese vuelo desesperado hacia el punto donde hasta ahora todos los soles han *declinado* y se han *extinguido*? Puede que un día se diga de nosotros que echamos a navegar hacia el oeste esperando llegar a unas Indias desconocidas, pero que nuestro destino era naufragar en el infinito. O tal vez se diga más bien, hermanos míos, que…



FRIEDRICH WILHELM NIETZSCHE fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores contemporáneos más influyentes del siglo XIX.

Realizó una crítica exhaustiva de la cultura, la religión y la filosofía occidental, mediante la deconstrucción de los conceptos que las integran, basada en el análisis de las actitudes morales (positivas y negativas) hacia la vida. Este trabajo afectó profundamente a generaciones posteriores de teólogos, antropólogos, filósofos, sociólogos, psicólogos, poetas, novelistas y dramaturgos.

Meditó sobre las consecuencias del triunfo del secularismo de la Ilustración, expresada en su observación «Dios ha muerto», de una manera que determinó la agenda de muchos de los intelectuales más célebres después de su muerte.

Si bien hay quienes sostienen que la característica definitoria de Nietzsche no es tanto la temática que trataba sino el estilo y la sutileza con que lo hacía, fue un autor que introdujo, como ningún otro, una cosmovisión que ha reorganizado el pensamiento del siglo XX, en autores tales como Martin Heidegger, Michel Foucault, Jacques Derrida, Gilles Deleuze, Gianni Vattimo o Michel Onfray, entre otros.

Nietzsche recibió amplio reconocimiento durante la segunda mitad del siglo XX como una figura significativa en la filosofía moderna. Su influencia fue particularmente notoria en los filósofos existencialistas, críticos, fenomenológicos, postestructuralistas y postmodernos, y en la sociología de Max Weber. Es considerado uno de los tres «Maestros de la sospecha» (según la conocida expresión

de Paul Ricoeur), junto a Karl Marx y Sigmund Freud.

El 3 de enero de 1889 Nietzsche sufrió un colapso mental. Ese día fue detenido tras, al parecer, haber provocado algún tipo de desorden público, por las calles de Turín. Lo que pasó exactamente es desconocido. La versión más extendida sobre lo sucedido dice que Nietzsche caminaba por la Piazza Carlo Alberto, un repentino alboroto que causó un cochero al castigar a su caballo llamó su atención, Nietzsche corrió hacia él y lanzó sus brazos rodeando el cuello del caballo para protegerlo, desvaneciéndose acto seguido contra el suelo. En los días siguientes, escribió breves cartas para algunos amigos, incluidos Cósima Wagner y Jacob Burckhardt, en las que mostraba signos de demencia y megalomanía.

El 25 de agosto de 1900, Nietzsche murió después de contraer neumonía. Por deseo de Elisabeth, su hermana, fue inhumado como su padre en la iglesia de Röcken.

Notas

[1] Inervación: «Acción del sistema nervioso en las funciones de los demás órganos del cuerpo del animal». (Diccionario de la Lengua Española, Real Academia Española). (N. del T.) <<

[2] Traducción de este aforismo por parte de Genoveva Dieterich, toda vez que fue omitido en la traducción de Enrique López Castellón. (N. del E. D.) <<

[3] El término francés *esprit* que Nietzsche utiliza aquí tiene un significado más amplio que el término castellano «espíritu», ya que quiere decir ingenio, talento, duende, chispa, imaginación, agudeza, etc. (N. del T.) <<

[4] Juego de palabras imposible de traducir entre *schlicht* («sencillo») y *schlecht* («malo»). (N. del T.) <<

[5] Juego de palabras imposible de traducir entre *schmücken* («adornar») y *schminken* («maquillar»). (N. del T.) <<